

VOUCHILLO
MENLA
MANNO

CHAOS WALKING

PATRICK
NENESS

NUBE DE TINTA

PATRICK NESS

El cuchillo en la mano

Traducción de **Alexandre Casal Vázquez**

NUBE **DE TINTA**

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Para Michelle Kass

Si tuviéramos la capacidad de ver y sentir el devenir de la vida de los seres humanos, sería como oír el crecimiento de la hierba y el pulso cardíaco de la ardilla, y ese fragor venido del otro lado del silencio habría de matarnos.

GEORGE ELIOT, *Middlemarch*



EL AGUJERO EN EL RUIDO

Lo primero que descubres cuando tu perro aprende a hablar es que los perros no tienen mucho que decir. Más bien, casi nada.

—Quiero hacer caca, Todd.

—Cállate, Manchee.

—Caca, Todd. Caca.

—He dicho que te calles.

Estamos paseando por los campos que se extienden al sureste del pueblo, esos que descienden hacia el río y se hunden en la ciénaga. Ben me ha encargado ir a la ciénaga a buscar manzanas silvestres y, también, llevar conmigo a Manchee, pero ya se sabe que Cillian compró el perro solo para ganarse las simpatías del alcalde Prentiss, de modo que aquí estoy yo, con un chucho que me regalaron por mi cumpleaños el año pasado, a pesar de que yo dejase bien claro que no quería ningún perro, que lo único que quería era que Cillian se decidiese de una vez a arreglar la moto de fisión para que yo no tuviera que ir andando a los lugares más recónditos de este estúpido pueblo, pero, ah, claro, de eso nada: feliz cumpleaños, Todd, aquí tienes este cachorrito recién comprado, Todd, y a pesar de que no lo quieras, a pesar de que nunca pidieses algo parecido, ¿a que no adivinas quién va a alimentarlo,

educarlo, lavarlo, pasearlo y oír su cháchara, ahora que está lo bastante crecido para que el germen del habla le haya puesto la boca a funcionar? ¿A que no lo adivinas?

—Caca —insiste Manchee con un ladrido ensimismado—. Caca, caca, caca.

—Vale, pues haz caca y deja de ladrar sobre el tema.

Arranco unos hierbajos del borde del sendero y trato de atizarle con ellos. No le doy, no pretendo darle, pero él se ríe con uno de sus ladridos cortos y sigue trotando. Voy tras él agitando los hierbajos a uno y otro lado, protegiéndome de los rayos del sol, tratando de mantener la mente en blanco.

Lo cierto es que no nos hace falta ir a la ciénaga por las manzanas. Si tanto las necesita, Ben puede ir a comprarlas a la tienda del señor Phelps. Además, recoger manzanas en la ciénaga no es trabajo para un hombre, porque no está permitido que los hombres holgazaneen de semejante manera. En lo que a mí respecta, me faltan treinta días para convertirme oficialmente en un hombre. He vivido doce años —cada uno con sus trece largos meses— y otros doce meses más, y toda esa vida ha valido para que me encuentre a un mes del gran cumpleaños. Los planes están planeándose y los preparativos, preparándose; habrá una fiesta, imagino, pero tengo la impresión de que será algo extraño, oscuro y demasiado brillante al mismo tiempo, y a pesar de todo me transformaré en un hombre, y buscar manzanas no es tarea para un hombre; ni siquiera para uno que está a punto de serlo.

Claro que Ben sabe que puede pedírmelo, sabe que aceptaré ir por las manzanas, pues la ciénaga es el único lugar en Prentisstown y alrededores en el que uno puede descansar del ruido que los hombres desparraman por todas partes, del barullo incesante que surge de su interior aun cuando duermen e ignoran que siguen pensando y que cualquiera puede oírlo. Los hombres y su ruido. No sé cómo lo hacen, cómo se soportan los unos a los otros.

Los hombres son criaturas ruidosas.

—¡Ardilla! —chilla Manchee, y salta hacia delante y sale del camino sin que, al parecer, le importen mis gritos, y, claro, allá voy yo también (miro alrededor para asegurarme de que no hay nadie), a correr por los campos, porque Cillian montaría un número si Manchee se cayese en algún maldito agujero, ya que entonces la maldita culpa sería mía, a pesar de que yo haya dicho, desde el maldito principio, que no quería un maldito perro.

—¡Manchee! ¡Vuelve aquí!

—¡Ardilla!

Al atravesar el pastizal, los gusanos se me adhieren a los pies. Uno de ellos se hace trizas cuando intento quitármelo y me deja una mancha verdosa en las zapatillas que, por experiencia, sé que no saldrá.

—¡Manchee! —bramo.

—¡Ardilla! ¡Ardilla! ¡Ardilla!

Ladra y da vueltas alrededor de un árbol, y la ardilla, insultante, brinca de una rama a otra al ritmo de sus ladridos. **Vamos, revoltoso**, dice el ruido de la ardilla. **Vamos, atrévete, ven por mí. revoltoso, revoltoso, revoltoso.**

—¡Ardilla, Todd! ¡Ardilla!

Hay que ver. Los animales son estúpidos.

Agarro a Manchee por el collar y le doy una palmada en los cuartos traseros.

—¡Ay, Todd! ¡Ardilla! —Le doy otra cachetada. Y otra más—. ¡Ay! ¡Ardilla, Todd!

—Basta —digo mientras mi propio ruido ruge con tanta fuerza que apenas puedo oírme pensar, lo cual, como verás, lamentaré pronto.

Chico revoltoso, chico revoltoso, piensa la ardilla, mirándome. **Ven aquí, chico revoltoso.**

—Por mí puedes irte a donde ya sabes —le espeto, aunque, por si no lo

sabe, se lo digo con todas las letras.

Más me habría valido volver a inspeccionar los alrededores.

Salido de entre los hierbajos, Aaron se me echa encima, me da una bofetada y, no contento con partirme el labio con su anillo, vuelve a golpearme, esta vez con el puño cerrado, pero, como ya me estoy cayendo a la hierba, no me da en la nariz sino en la mandíbula, y yo sigo precipitándome para evitar el puñetazo y suelto el collar de Manchee, que, ladrando, corre en pos de la ardilla, el traidor, y al fin aterrizo en la hierba con las manos y las rodillas para ponerme perdido de esa sustancia verdosa de los gusanos.

Me quedo aquí, en el suelo, jadeando.

El ruido de Aaron, que me mira desde arriba, me llega en forma de retazos, de citas de las escrituras y de lo que será su próximo sermón, y entonces *el lenguaje, joven Todd, y la búsqueda del sacrificio y el santo elige su camino* y un aluvión de imágenes que están en el ruido de cualquier hombre, de cosas conocidas y visiones fugaces de...

¿De qué? Pero ¿de qué, demonios...?

Pero un pasaje de su sermón se eleva sobre lo demás y lo anula, y yo lo miro a los ojos y, de repente, ya no quiero saber nada más. Noto el sabor de la sangre que me mana del labio y ya no quiero saber más. Él nunca viene por aquí, los hombres nunca vienen por aquí; sus motivos tendrán, los hombres, y, así, por aquí solo venimos mi perro y yo, pero ahora resulta que él ha venido y yo ya no quiero saber más.

Me mira, sonriéndome a través de la barba, me mira mientras descanso en la hierba.

Ha sido un puñetazo sonriente.

—El lenguaje, joven Todd —dice—, nos ata como la cadena a un

prisionero. ¿Es que no has aprendido nada en la iglesia, muchacho? —A ello añade una de las frases más frecuentes en sus sermones—. Si uno de nosotros cae, todos caemos con él.

«Sí, Aaron», pienso.

—Dilo con la boca, Todd.

—Sí, Aaron —digo.

—¿Y esas palabrotas? —inquire—. ¿Y esas maldiciones? No creas que no las he oído. Tu ruido te delata. Nos delata a todos.

«A todos, no», pienso, pero, al tiempo, digo:

—Lo siento, Aaron.

Se va inclinando sobre mí, va acercándoseme hasta que puedo captar el aliento que le sale de entre los labios, oler ese chorro de aire que quiere cerrarse sobre mí como los dedos de una mano.

—Dios lo oye todo —susurra—. Dios lo oye.

Levanta la mano una vez más y, al ver que me estremezco, suelta una carcajada y desaparece como si tal cosa, se aleja hacia el pueblo llevándose su ruido con él.

Estoy temblando. Por el labio partido, sí, pero también por el coraje, la sorpresa y la rabia que siento, y sobre todo por el odio que me inspira este pueblo y los hombres que viven en él, tanto que tardo un rato en recuperarme y en estar en disposición de ir a buscar al perro. «¿Qué demonios estaba haciendo aquí?», me pregunto, y estoy tan cabreado, tan lleno de ira y odio (y miedo, sí, pero cállate) que no me molesto en mirar alrededor para saber si Aaron está escuchando mi ruido. No me vuelvo para mirar. No miro. Y luego miro, veo al perro y lo atrapo.

—¿Aaron, Todd? ¿Aaron?

—No pronuncies ese nombre, Manchee.

—Sangre, Todd. ¿Todd? ¿Todd? ¿Sangre?

—Ya sé. Cállate.

—Revoltoso —responde el cabeza hueca, como si eso no significara nada.
Le doy un azote en el lomo.

—Eso tampoco lo digas.

—¡Ay, Todd!

Seguimos caminando con el río a nuestra izquierda. La corriente discurre a través de unos barrancos que se abren al este del pueblo; procedente del norte, pasa por las cercanías de nuestra granja, bordea el pueblo y se derrama en una zona pantanosa que acaba por convertirse en la ciénaga. Hay que mantenerse a distancia del río y de la zona pantanosa en la que todavía no hay árboles, porque allí es donde viven los cocodrilos, lo bastante grandes para matar a un casi hombre y su perro. Los pinchos de sus lomos parecen tan solo juncos, y si te acercas demasiado, ¡paf! Salen del agua y saltan hacia ti con las garras erizadas y las fauces abiertas, y entonces ya no tienes nada que hacer.

Superamos la zona pantanosa y escudriño la ciénaga, que, mientras nos vamos acercando, parece estar en calma. En fin, lo cierto es que ya no hay mucho que ver. De ahí que los hombres no se dejen caer por aquí. Y luego el olor; no digo que no huela, pero no huele tan mal como los hombres dicen. Ellos huelen sus recuerdos, eso hacen, perciben el olor que tenía hace tiempo y no el que se nota ahora. El de la muerte. Los zulas y los hombres no compartían costumbres funerarias. Los zulas utilizaban la ciénaga para depositar en ella a sus muertos, lo cual, supongo, era lo que correspondía a su naturaleza. La piel de zulaque se mezclaba bien con el agua y el barro, no dejaba residuo alguno y tan solo contribuía a enriquecer la ciénaga exactamente igual que los cadáveres de los hombres enriquecían la tierra.

Luego, claro, resultó que había que dar sepultura a más zulas de lo normal, tantos que se quedaba pequeña incluso una ciénaga como esta, que es una

señora ciénaga. Y después ya no quedaron más zulas con vida, ¿verdad? Solo sus cadáveres quedaron, pudriéndose y apestando, apilados en montones que llenaban la ciénaga, e hizo falta mucho tiempo para que la ciénaga dejase de ser un hervidero de moscas y olores y a saber cuántas clases de gérmenes, y volviese a ser la ciénaga.

Yo nací en aquel momento, en medio del desbarajuste, junto a una ciénaga atestada y un cementerio también atestado, en un pueblo medio despoblado, de modo que no me acuerdo de nada, no recuerdo ni un solo día sin ruido. Mi padre murió de enfermedad antes de que yo naciera, y después le tocó el turno a mi madre. Ben y Cillian se hicieron cargo de mí y me criaron. Ben dice que mi madre fue la última mujer, pero eso es lo que les dicen a todos de sus madres respectivas. A pesar de que Ben se lo crea, de que dé la impresión de que no miente, comprobar la veracidad de lo que dice es más bien difícil.

En todo caso, soy el habitante más joven del pueblo. Me gustaba jugar a lanzar piedras a los cuervos de los campos con Reg Oliver (siete meses y ocho días mayor que yo), Liam Smith (cuatro meses y veintinueve días) y Seb Mundy, quien, pese a llevarme tan solo tres meses y un día y ser el segundo más joven, dejó de hablarme cuando se convirtió en un hombre.

Eso es lo que todos hicieron al cumplir trece años.

Y así son las cosas en Prentisstown. Los niños se hacen hombres, y van a reuniones solo para hombres a hablar de quién sabe qué, y los que todavía son niños se quedan fuera, de modo que, si eres el último niño del pueblo, debes contentarte con esperar y, entre tanto, acostumbrarte a la soledad.

Bueno, y a la compañía de un perro que no quieres.

Pero ahora no importa, porque hemos llegado a la ciénaga. Elegimos los senderos que rodean o evitan los lugares donde hay más agua y esquivamos los gruesos y nudosos troncos de los árboles, que hunden sus raíces en el barro y elevan hacia el cielo las apuntadas copas. La atmósfera es espesa,

sombría y pesada, pero no tan espesa, sombría y pesada como para dar miedo. Hay muchas criaturas por aquí, cientos y cientos de ellas, llevando una existencia al margen del pueblo: pájaros, serpientes verdes, ranas, quivos, ardillas de las dos especies y (lo creas o no) uno o dos casoríes, y también puede que haya alguna serpiente roja de la que cuidarse, porque, pese a la oscuridad reinante, algunos haces de luz logran atravesar la cúpula de hojas e iluminar el suelo; por si te interesa, te diré que, para mí, la ciénaga es como una habitación, una habitación grande, cómoda y no demasiado ruidosa. Oscura pero viva, viva pero amable, amable pero no codiciosa.

Manchee levanta la pata en casi todos los rincones que encuentra, hasta vaciar la vejiga, y luego, parlotando, se mete debajo de un matorral, supongo que para aliviar necesidades más gruesas.

Sin embargo, eso a la ciénaga no le importa. ¿Por qué iba a importarle? Es solo un cúmulo de vida que gira sobre sí misma, que se revuelve, se recicla y se devora, y que nunca deja de crecer. De todos modos, es cierto que hace ruido. El ruido jamás cesa, ni siquiera en lugares como este, pero el de aquí es más relajado que el del pueblo. Tiene un tono distinto, de curiosidad, de seres que se preguntan quién eres y si constituyes una amenaza para ellos. En cambio, el pueblo ya sabe de ti y quiere saber aún más, quiere echarte en cara todo lo que sabe y llegar hasta el último rincón de tu ser.

El ruido de la ciénaga, sin embargo... El ruido de la ciénaga no es más que pajaritos que recuentan sus atribulados pensamientos de pajarito. **¿Dónde hay comida? ¿Cómo vuelvo a casa? ¿Estaré a salvo?** Y también ardillas céreas, las pequeñas pillastres que se burlan de ti si te ven y de sí mismas si no, y ardillas ruginosas, bobaliconas como niños pequeños; a veces, escondido en el follaje, un zorro de la ciénaga imita el ruido de las ardillas con el propósito de localizarlas y cazarlas, y menos veces aún, los mávenes cantan sus extrañas canciones de maven, y, una vez, juro que vi fugazmente

las dos largas patas de un casorí que corría, pero Ben dice que eso es imposible, que los casoríes abandonaron la ciénaga hace tiempo.

No sé. En general, me fío de lo que veo.

Manchee sale del matorral y viene a sentarse junto a mí, pues me he detenido en una senda. Mira alrededor para ver lo que estoy observando y dice:

—Buena caca, Todd.

—No lo dudo, Manchee.

Espero no recibir otro chucho descerebrado cuando llegue mi próximo cumpleaños. Lo que quiero este año es un cuchillo de caza como el que Ben lleva en el cinturón. Ese sí que es regalo para un hombre.

—Caca —musita Manchee.

Nos ponemos en marcha. Llegaremos al lugar en el que crecen los manzanos tras recorrer unos cuantos senderos y salvar un tronco caído que Manchee nunca es capaz de superar por sí solo. Al llegar a él, tengo que cogerlo en brazos y depositarlo sobre la parte alta. A pesar de que sabe de sobra lo que estoy haciendo, insiste en patalear como una araña panza arriba y armar barullo sin motivo.

—¡Estate quieto, tontaina!

—¡Suelo, suelo, suelo! —aúlla, revolviéndose en el aire.

—Perro estúpido.

Lo dejo sobre el tronco y me ocupo de encaramarme. Luego, ambos saltamos al otro lado, y Manchee, al aterrizar, ladra:

—¡Salto! —Echa a correr, pero no se calla—. ¡Salto! —insiste.

El tronco caído es el lugar en el que empieza la verdadera ciénaga, y lo primero que ves es el conjunto de los viejos edificios zulaques cerniéndose sobre ti desde las sombras, como las gotas fundidas de un helado de color pardo. Nadie sabe o puede recordar qué son estas construcciones, pero la

teoría de Ben, tan dado él a las teorías, apunta a que guardan relación con algún propósito funerario. Tal vez fueran una especie de iglesia, pero hay que tener en cuenta que los zulas, que se sepa en Prentisstown, no profesaban ninguna religión.

Me mantengo a distancia y me introduzco en el pequeño bosquecillo de manzanos silvestres. Las manzanas están maduras, casi negras, casi comestibles, como diría Cillian. Arranco una y le doy un mordisco; un chorretón de jugo me resbala por la barbilla.

—¿Todd?

—¿Qué, Manchee? —Me saco del bolsillo trasero la bolsa de plástico que he traído y empiezo a llenarla de manzanas.

—¿Todd? —insiste, y esta vez advierto cierto tono en su ladrido que me obliga a darme la vuelta y ver que está mirando los edificios zulaques con el pelo del lomo erizado y las orejas erguidas.

Me enderezo.

—¿Qué pasa, chico?

Se ha puesto a gruñir, a enseñar los dientes. Noto que el pulso se me acelera.

—¿Es un cocodrilo? —pregunto.

—Silencio, Todd —gruñe Manchee.

—Vale, pero ¿qué es?

—Es silencio, Todd. —Da un ladrido corto, un ladrido auténtico, un ladrido que solo significa eso, un ladrido, y el cuerpo se me tensa y la sangre se me agolpa en las venas—. Escucha —gruñe.

Y escucho.

Y sigo escuchando.

Y ladeo un poco la cabeza y escucho un poco más. Hay un agujero en el ruido.

Y eso no puede ser.

Qué raro; ahí, a poca distancia, escondido en algún lado, ya tras los árboles o en un lugar que no veo, hay un punto en el que los oídos y la mente me dicen que no hay ruido. Es como una forma geométrica invisible, que solo es posible captar viendo cómo la ciñe todo lo demás. Es un agujero, y todo lo que cae en él deja de ser ruido, deja de tener sustancia, simplemente deja de ser. No se parece a la quietud de la ciénaga, pues esta, aunque bastante silenciosa, contiene ruido. Lo que ahora percibo, en cambio, es una forma, una forma vacía, un agujero en el que todo el ruido cesa.

Y eso es imposible.

En este mundo no hay otra cosa que ruido, nada distinto a los constantes pensamientos de los hombres y las criaturas que te asaltan los oídos una y otra vez, una y otra vez desde que, durante la guerra, los zulas liberaron el germen del ruido, ese germen que acabó con la vida de la mitad de los hombres y de todas y cada una de las mujeres, incluso con la de mi madre, el germen que volvió locos al resto de los hombres, el germen que condujo a los zulaques a su fin, y que animó a los hombres a alzarse en armas contra ellos.

—¿Todd? —Me doy cuenta de que Manchee está asustado—. ¿Qué, Todd? ¿Qué es, Todd?

—¿Hueles algo?

—Solo silencio, Todd —responde, y luego comienza a ladrar con fuerza—. ¡Silencio! ¡Silencio!

Y entonces, en algún lugar cercano a los edificios zulaques, el silencio se mueve.

El corazón se me acelera tanto que estoy a punto de derrumbarme. Manchee gira a mi alrededor ladrando sin cesar, asustándome todavía más, y tengo que darle un nuevo azote en el lomo («¡Ay, Todd!») para calmarme un poco.

—Los agujeros no existen —digo—. La nada no existe. Tiene que haber algo, ¿no crees?

—Algo, Todd —ladra Manchee.

—¿Oyes adónde ha ido?

—Está en silencio, Todd.

—Ya, pero ¿adónde ha ido ese silencio?

Manchee olisquea el aire y da un paso, dos pasos, tres, en la dirección de los edificios zulaques. Vamos a buscar. Echo a andar muy despacio hacia la bola de helado derretido más grande. Trato de contrarrestar todo aquello que me aconseja apartarme de la pequeña entrada triangular. Manchee olfatea el vano y, como no gruñe, tomo aire y echo un vistazo al interior.

No hay nada de nada. El techo se encuentra a una altura que dobla mi estatura. El suelo está sucio y ocupado por enredaderas y otras plantas de la ciénaga, pero nada más. Vamos, que no hay una nada real, no hay agujero, ni tampoco rastro de lo que pudo haber estado aquí hace unos momentos.

Es una estupidez por mi parte, pero tengo que reconocerlo. Me pregunto si habrán vuelto los zulaques.

Sé que es imposible.

Sin embargo, un agujero en el ruido también es imposible. Con lo cual, algo imposible se ha vuelto real.

Oigo un gimateo de Manchee, que se ha quedado fuera, así que regreso al exterior y me encamino a la siguiente bola de helado. Hay palabras escritas en la fachada, las únicas que se conozcan pertenecientes al idioma de los zulas. Es de suponer que fueron las únicas que los zulas consideraron susceptibles de ser escritas. Las letras que las componen pertenecen al alfabeto zulaque, pero, pese a ello, Ben aventura una lectura aproximada: «zul Áquili» o algo así. Es decir, zulaque o, si prefieres el diminutivo, que todo el mundo pronuncia con repugnancia desde que pasó lo que pasó, zula.

Significa «la gente».

Tampoco hay nada que ver en este edificio. Vuelvo a la ciénaga y me quedo escuchando. Cierro los ojos y escucho, me olvido de todo y me centro en el acto de escuchar; y escucho. Y sigo escuchando.

—¡Silencio! ¡Silencio! —exclama Manchee con dos ladridos rápidos, y sale corriendo hacia la bola más alejada. Voy tras él con el corazón en un puño, pues ahí está, ahí está el agujero en el ruido.

Lo oigo.

O, más bien, no lo oigo, que es precisamente lo extraordinario del fenómeno, y mientras me voy acercando, el vacío que percibo me toca el pecho, la quietud a la que me dirijo tira de mí, y es tal la profundidad del silencio que empiezo a sentir que estoy a punto de romperme en pedazos, de perder lo más valioso que tengo, como si la misma muerte estuviese tomando posesión de mi ser; pero sigo corriendo y los ojos se me nublan y el pecho se me constriñe y, pese a que no hay nada que ver, rompo a llorar, estoy llorando, diablos, y entonces por mí todo puede irse al cuerno porque me he detenido, me quedo parado como un auténtico imbécil durante un largo rato, que es tiempo suficiente para que el agujero se mueva, para que se aleje, para que se haya ido...

Manchee se debate entre continuar la persecución o regresar a mi lado, y al final se decide a quedarse junto a mí.

—¿Llorar, Todd?

—Calla —digo, y amago una patada que se pierde en el aire.

PRENTISSTOWN

Abandonamos la ciénaga y deshacemos el camino hacia el pueblo; el mundo se ha vuelto de color negro, y el sol no puede hacer nada para remediarlo. Mientras atravesamos los campos, ni siquiera Manchee tiene ánimos para ladrar. El ruido que sale de mi interior se agita y burbujea como agua hirviendo, tanto que me veo en la obligación de parar a relajarme un minuto.

El silencio es algo que no existe. Ni aquí ni en ninguna parte. El ruido no cesa mientras duermes o cuando estás solo, jamás.

«Me llamo Todd Hewitt», pienso cerrando los ojos. «Tengo doce años y doce meses de edad. Vivo en Prentisstown, en el Nuevo Mundo. Dentro de un mes justo, seré un hombre».

Es un método que Ben me enseñó para reconducir y aplacar el ruido propio. Cierras los ojos y, con toda la calma y la claridad posibles, te dices a ti mismo quién eres, porque eso es lo que se te pierde en medio del ruido.

«Soy Todd Hewitt.»

—Todd Hewitt —murmura Manchee, a mi lado. Tomo aire y abro los ojos. Ese soy yo. Todd Hewitt.

A través de campos incultos, remontamos la pendiente que nos aleja del río y la ciénaga hasta llegar al alto en donde, durante una etapa tan breve como

inútil, funcionó la escuela del pueblo. Antes de que yo naciera, los niños recibían la educación que sus madres les daban en el hogar y, cuando solo quedaron hombres y niños, nos contentamos con ver vídeos y seguir cursillos hasta que el alcalde Prentiss ilegalizó tales prácticas por considerarlas «nocivas para la disciplina mental».

Porque, claro, el alcalde Prentiss considera que sus puntos de vista son más importantes que los de los demás.

Así que, durante medio año, todos los niños se reunieron bajo la cariacontecida mirada del señor Royal para asistir a clase aquí, en un cobertizo apartado del ruido del pueblo. Todo fue en vano. Es imposible enseñar algo en un aula repleta de niños que hacen ruido y mucho menos llevar a cabo exámenes, sean del tipo que sean. Copias aunque no te lo propongas, y es improbable que alguien no quiera copiar.

Y entonces, un día, el alcalde Prentiss decidió quemar todos los libros; pero todos y cada uno, incluso los que los hombres guardaban en sus casas, pues, por lo visto, también los libros eran nocivos, y, dadas las circunstancias, el señor Royal, un hombre blando que se había endurecido a base de beber whisky en clase, se rindió, se hizo con una pistola y puso fin a su vida y, de paso, a nuestras clases.

En casa, Ben me enseñó lo que me quedaba por aprender: mecánica, cocina, a remendar ropa, los fundamentos de la agricultura y cosas así. También me dio muchos consejos sobre supervivencia, como, por ejemplo, cómo cazar, qué frutos comer, cómo guiarse siguiendo las lunas, de qué modo usar una pistola o un cuchillo, cuál es el mejor remedio contra las mordeduras de serpiente o cómo acallar el ruido propio de la manera más efectiva.

Quiso, además, enseñarme a leer y escribir, pero el ruido me delató y, a modo de represalia, el alcalde Prentiss tuvo encerrado a Ben durante una

semana, conque ahí se acabó mi acercamiento a los libros, y, como tengo otras muchas cosas que estudiar y labores de la granja de las que ocuparme a diario, no he podido aprender a leer tan bien como quisiera.

Importa poco. Nadie va a escribir un libro en Prentisstown.

Manchee y yo dejamos atrás la escuela, superamos el pequeño alto y, tras virar al norte, nos encontramos con el pueblo en sí. No queda mucho de lo que fue. Una tienda, en lugar de las dos que había. Un bar, en vez de dos. Una clínica, una cárcel, una gasolinera fuera de servicio, una casa grande para el alcalde y una comisaría de policía. Y la iglesia. También, atravesando el centro, un corto tramo de calle cuyo asfalto, que data de hace tiempo y que jamás se reparó, se degrada rápidamente. Las casas y demás se diseminan por doquier, y también las granjas, o las que debieron de ser granjas alguna vez; algunas se conservan, otras están abandonadas, y las hay que están peor que abandonadas.

Y eso es, en suma, Prentisstown. La población consta de ciento cuarenta y siete individuos y no deja de descender. Se compone de ciento cuarenta y seis hombres y uno que es casi un hombre.

Ben dice que había otros asentamientos en el Nuevo Mundo, que todas las naves aterrizaron más o menos al mismo tiempo, diez años antes de que yo naciera, pero que, cuando empezó la guerra contra los zulas, estos liberaron los gérmenes y los asentamientos desaparecieron del mapa; todos excepto Prentisstown, que logró sobrevivir a duras penas gracias a las dotes militares del alcalde Prentiss, una pesadilla andante a quien, pese a todo, hay que agradecerle que sigamos existiendo en un gran mundo carente de mujeres que no tiene nada que aportar por sí mismo, que sigamos viviendo en un pueblo de ciento cuarenta y seis hombres que se va muriendo un poco más cada día.

Porque hay hombres que no pueden soportarlo, como es lógico. Algunos se quitan de en medio, como el señor Royal, o sencillamente se evaporan, como

el señor Gault, nuestro antiguo vecino, que se encargaba de la otra granja de ovejas, o el señor Michael, nuestro segundo mejor carpintero, o el señor Van Wijk, a quien dejamos de ver el día en que su hijo se hizo hombre. No es tan infrecuente. Si la existencia se circunscribe a un pueblo ruidoso y sin futuro, es normal que sientas la necesidad de marcharte, a pesar de que no tengas otro sitio al que ir.

Cuando un casi hombre como yo contempla el pueblo, puede oír el ruido de los ciento cuarenta y seis hombres que aún lo habitan. Los oigo a todos, hasta al último de ellos. Su ruido se abalanza sobre la colina como una tormenta, como un incendio, como un monstruo tan grande como el cielo que se te echa encima sencillamente porque no tiene otra cosa que hacer.

Así son las cosas. Así es cada minuto, cada día de esta estúpida y apestosa vida en este pueblo estúpido y apestoso. De nada sirve taparse los oídos:

final! Ben cuello pequeño, bonito Todd?
ME DUELE AL RESPIRAR
Cillian TRAJOS ¡Cuándo saldremos de aquí!
GERMENES, UN GERMEN, EL GERMEN
CUELLO PEQUEÑO, BONITO UNO, DOS, TRES
Manzanas Mi hermosa Julie manzanas
no es justo, es que no es justo
UN PUNTO EN UN
Cillian El generador está fallando
UN PUNTO EN UN
germen
UN PUNTO EN UN
DOS POR DOS, CUATRO, CUATRO POR DOS, OCHO,
ASÍ QUE ENTONCES LE DIGO, LE DIGO
tendrías que haberlos visto falta
Por favor, dios, ayuda a tomás Un germen de los zulas
manzanas
OYE, TÚ, EH, OYE
FALTA UN ASES
manzanas Final UNA SOLA RESPIRACIÓN CIRCULAR
Ratas Conocía a un hombre

A sí que entonces le digo, le digo ¿Silencio, Todd?

Julie, Julie mía Te sujeta por la nuca Ah, mi pequeña
Una enfermedad AY Mi perla, mi amor ¿TODD?

SIGUES ANI ARRIBA? Final
Malditos zulas y malditos sus gérmenes

Karen Mía CORTES Y CARDENALES Y CORTES Y CARDENALES
pequeño, pequeño, precioso, sabroso **ÉCHALE ACEITE AL CANÓN**
Pero no toques la culata manzanas

¿LO QUE DARIA POR UNA HAMBURGUESA DE VERDAD?
Un y todas las cosas pertenecemos al orden de dios
¿QUÉ PAPA SI PREGUNTA POR LAS OVEJAS?

Todos los niños se creen que te las manca con una cuerda
Por favor, no permitas que la fiebre se lleve a mi Justin
MANZANAS Ay, mi Esther, mi Esther, mi pequeña Un mes

¿Cómo lograremos salir de aquí? **MANZANA**
Prentiss tendrá su portababas

Señor, ¿qué hemos hecho? **VOY A MATARLO**
Una enfermedad un germen de los zulas
TODD vamos a quedarnos sin hijo antes de que

UNO MAS Y ME VOY
Soy como el punto y el punto es como yo Cillian
Ciento diecinueve días sin llover **DIEZ FILAS** Mira las manitas

CLARO QUE NO manzanas 3 2 1
Miente usted y tiene que admitirlo

LA SANTIDAD DEL SILENCIO Ya no recuerdo su rostro
Mantén tus pensamientos fijos en una línea, en una línea
UN GERMEEN, ACUERDATE Destias y nada más
La madera en mis manos

TRAPOS Mi amor **Carla mía**
CÍRCULO, UN PUNTO EN UN CÍRCULO

OCHO POR DOS, DIECISEIS Ay, Kelly
Dios, haz que dejen en paz al muchacho

DISCIPLINA, HOMBRRES? cardenales y cortes y cardena
Norma, ¿donde está? Manzanas
Perdido y hallado y perdido y hallado una vez más

CYE, YA NO QUEDAN ANALGESICOS
Ni tampoco fresas para el invierno
SUCIO

Agáchate, agáchate, agáchate
Dos por dieciséis, treinta y dos, dos por treinta y dos, sesenta y cuatro
EL CUELLO, SI, EL CUELLO

2 3 1 2 3
Voltea el cartucho y activa el percutor
hay otro por aquí, charlie EL DIA SE ACERCA
FALTA UN MES, FALTA UN MES Un mes más
Maldición, maldición, maldición
final
SILENCIO, HAZLO CALLAR
DE UNA VEZ

Y estas son tan solo las palabras, pues luego están las voces, que hablan, gimen, cantan o lloran. Y también hay imágenes, que, por mucho que te propongas evitarlo, te inundan la mente con recuerdos, fantasías, secretos, planes y mentiras, mentiras y más mentiras. Porque el ruido también recoge las mentiras, puedes mentir a pesar de que todo el mundo sepa lo que estás pensando, puedes ocultar algunos pensamientos en otros, guardártelos para que nadie los perciba eludiendo reflexionar sobre ellos o convenciéndote de la idea que se les opone, ya que ¿cómo distinguir entre gota de agua y gota de agua en las turbulencias de la corriente?

Los hombres mienten, y lo peor de todo es que se mienten a sí mismos.

Pongamos un ejemplo. Nunca he visto una mujer o un zulaque con mis propios ojos. Los he podido observar en vídeos cuando estos estaban permitidos, y también, sin cesar, en el ruido de los hombres, pues ¿en qué van a pensar, sino en el sexo y los enemigos? Sin embargo, los zulaques que capto en el ruido son más corpulentos y viles que los de los vídeos, y las mujeres tienen los cabellos más rubios, llevan menos ropa, tienen los pechos más grandes y expresan sus afectos con mayor efusividad. Por tanto, lo que conviene recordar, lo más importante de todo lo que yo pueda decir es que el ruido no es la verdad como tal, sino lo que los hombres desean que sea

verdad, y la diferencia entre ambas cosas es tan grande que, si no tomas precauciones, comprobarás que puede acabar contigo.

—¿Casa, Todd? —Manchee se me acerca para hacerse oír sobre el ruido.

—Sí, es adonde vamos —contesto. Vivimos del otro lado, hacia el noreste, de modo que, como vamos a cruzar el pueblo, podré enseñarte unas cosas y otras mientras caminamos.

Para empezar, la tienda del señor Phelps. Está en decadencia, la tienda, como el resto del pueblo, y el señor Phelps dedica su tiempo a desesperarse. Incluso cuando estás comprando y él trata de mostrarse tan cortés como puede, su desesperanza chorrea sobre ti como el pus de una herida. *Final*, dice su ruido, *es el final de todo*, y *Trapos, trapos y más trapos*, y *Julie, cariño, Julie, querida*; su esposa, que él siempre se imagina desnuda.

—Hola, Todd —dice al vernos pasar a Manchee y a mí.

—Hola, señor Phelps.

—Un día magnífico, ¿verdad?

—Estupendo, señor Phelps.

—¡Día bueno! —ladra Manchee, y el señor Phelps se ríe, pero su ruido insiste en lo de *Final, Julie y trapos*, y también en imágenes que ilustran lo que él añora de su esposa, lo que ella solía hacer, como si ello tuviese alguna relevancia.

Mi ruido no contiene pensamientos concretos sobre el señor Phelps, a no ser los típicos que no pueden evitarse. Aun así, debo admitir que tengo que concentrarme en él con mayor ahínco del acostumbrado para tapar el recuerdo del agujero que he encontrado en la ciénaga, para bloquearlo con un ruido más intenso.

No sé por qué lo hago, no sé por qué tengo que esconderlo. Pero sigo haciéndolo.

Manchee y yo apuramos el paso, pues nos aproximamos a la gasolinera y al señor Hammar. La gasolinera no funciona desde que el generador de fisión que produce el combustible se estropeó el año pasado y quedó reducido a un armatoste grande y feo junto al que nadie quiere vivir, excepto el señor Hammar, quien, por tener la costumbre de embestirte con su ruido, es peor que el señor Phelps.

Y es un ruido malo, un ruido iracundo: imágenes de uno mismo en circunstancias en las que nadie querría verse, imágenes violentas y sangrientas contra las que lo único que se puede hacer consiste en elevar el volumen del ruido propio, tratar de sumarle el ruido del señor Phelps y enviarlo todo hacia el señor Hammar. *Manzanas* y luego *Final* y también *Venga y Dale* para después seguir con *Ben y Julie* y ***¿Día bueno, Todd?***, y más tarde *El generador está fallando, trapos, calla de una vez* y, en fin, *Mírame, chico*.

Y miro, a pesar de no pretenderlo, porque ya se sabe que a veces uno se despista y baja sus defensas, miro, decía, y ahí, en la ventana, encuentro al señor Hammar, que me está observando y *Un mes*, piensa, y hay una imagen en su ruido en la que me veo de pie, más solo que la propia soledad, pero no sé qué significa ni tampoco si es real o tan solo una mentira deliberada, de modo que pienso en un martillo que choca contra la cabeza del señor Hammar una y otra vez hasta que él, aún en la ventana, me dedica una sonrisa.

Más allá de la gasolinera, la calle tuerce para arrimarse a la clínica, en la que el doctor Baldwin se enfrenta a los sollozos y lamentos de los hombres, que se quejan ante los médicos, a pesar de que no les pasa nada. Hoy, el señor Fox deplora lo mal que respira, lo que, de no ser por su afición al tabaco, inspiraría compasión. Y luego, una vez que la clínica queda atrás, rayos y

truenos, se llega al odiosísimo bar, que, incluso a esta hora del día, es una verdadera barahúnda de ruido, pues ponen la música a todo volumen con la intención de aplacar el ruido, pero solo consiguen redoblarlo, empeorar todavía más ese ruido de borrachos que te golpea como si fuera un mazo. Gritos, aullidos y llanto de hombres de rostro estático embebidos en horripilantes recuerdos del pasado y de las mujeres que conocieron. Un auténtico aluvión de alusiones a esas mujeres perdidas, y todo sin sentido, ya que el ruido de los borrachos es como quien lo produce: confuso, letárgico y violento.

Es tanto el ruido que te carga los hombros que se hace difícil caminar por el centro del pueblo o pensar hacia dónde te diriges. Para ser sincero, no sé cómo hacen eso los hombres, no sé cómo voy a hacerlo yo cuando sea un hombre, a no ser que, algún día, pase algo que lo cambie todo.

La calle asciende y gira a la derecha para correr a lo largo de la comisaría de policía y la cárcel, que ocupan un mismo edificio, más abarrotado de lo que cabría esperar en un pueblo tan pequeño como este. El policía es el señor Prentiss Junior, apenas dos años mayor que yo y, pese a ello, ya todo un hombre consagrado a su labor, cada vez más eficiente, y en la celda que guarda estará quienquiera que el alcalde Prentiss haya elegido para que el señor Prentiss Junior le administre el castigo ejemplar de la semana. Se trata, esta vez, del señor Turner, que no cedió la parte estipulada de su cosecha de trigo «para uso y disfrute de todo el pueblo» o, dicho con otras palabras, quien se negó a dar trigo gratis al señor Prentiss y sus hombres.

Así que has atravesado el pueblo con tu perro, y tienes todo ese ruido detrás de ti: el del señor Phelps, el del señor Hammar, el del doctor Baldwin, el del señor Fox, el del bar, que los supera a todos, el del señor Prentiss Junior y el de las lamentaciones del señor Turner. Sin embargo, no creas que el ruido del pueblo se acaba ahí: todavía queda el de la iglesia.

La iglesia es el motivo por el que nos encontramos aquí, en el Nuevo Mundo, y, todos los domingos, se oye a Aaron predicando sobre por qué abandonamos la corruptela y el pecado del Viejo Mundo para procurarnos una vida de pureza y hermandad en un Edén nuevecito.

Pues sí que nos salió bien la jugada.

En todo caso, la gente sigue yendo a la iglesia, en gran medida porque es obligatorio, si bien el alcalde no suele molestarse en acudir y nos deja a los demás escuchando el sermón de Aaron, que nos repite que en la vida solo nos tenemos los unos a los otros y que debemos fundirnos en una única comunidad.

Si uno de nosotros cae, todos caemos con él. Esa es su frase preferida.

Mientras caminamos junto a la puerta de la iglesia, Manchee y yo intentamos ser sigilosos. Desde el interior nos llega el ruido de las plegarias, que tiene algo de especial, un algo purpúreo y enfermo como si manase de las venas de los hombres, y que, pese a mantenerse invariable, no cesa nunca. *Ayúdanos, salvanos, perdónanos, ayúdanos, salvanos, perdónanos, sácanos de aquí, oh Dios, por favor, por favor, Dios, pero, que se sepa, nadie ha oído el ruido de ese dichoso dios.*

Aaron, que ha regresado a la iglesia tras su paseo, está predicando mientras los demás rezan. Oigo su voz además de su ruido, y, en resumen, todo consiste en *sacrificio* por allí y *escrituras* por allá, *bendiciones* por un lado y *santidad* por el otro, y es tal el fervor de su salmodia que no logro discernir nada en su ruido. ¿Será que Aaron trama algo? El sermón quizá tenga el propósito de ocultar sus intenciones, y yo me pregunto cuáles serán esas intenciones.

Y entonces, en el ruido, distingo un *¿Joven Todd?*

—Apura, Manchee —digo, y nos largamos a la carrera.

El último lugar de la visita, en lo alto de la colina del pueblo, es la casa del alcalde, responsable del ruido más extraño y rotundo de todos, y es que el alcalde Prentiss...

En fin, el alcalde Prentiss es diferente.

Su ruido es espantosamente nítido en el más espantoso de los sentidos. Porque, verás, él cree que es posible poner orden en el ruido. Cree que podemos dominar el ruido; que, si logramos domesticarlo de algún modo, podemos usarlo a voluntad. Y, así, cuando te encuentras en las cercanías de su casa, lo oyes a él y a quienes lo acompañan, sus concejales y demás, practicando ciertos ejercicios mentales, contando, imaginando formas perfectas y profiriendo cánticos metódicos al estilo de YO SOY COMO EL CÍRCULO Y EL CÍRCULO ES COMO YO, sea lo que sea lo que eso signifique, y tienes la impresión de que está dándole forma a un pequeño ejército, de que se está preparando para algo, de que está forjando algún tipo de arma de ruido.

Parece una amenaza. Parece como si el mundo cambiase y tú te quedaras atrás.

1 2 3 4 4 3 2 1 YO SOY COMO EL CÍRCULO Y EL CÍRCULO ES COMO YO 1 2 3 4 4
3 2 1 SI UNO DE NOSOTROS CAE, TODOS CAEMOS CON ÉL.

Pronto seré un hombre y los hombres no se dejan vencer por el miedo, pero, aun así, le doy un empujoncito a Manchee y echamos a andar aún más rápido que antes. Damos un amplio rodeo que nos mantiene separados de la casa del alcalde y tomamos el sendero de gravilla que conduce a nuestro hogar.

Después de un rato, el pueblo desaparece a nuestras espaldas, el ruido empieza a moderarse (aunque siempre persiste) y podemos respirar con un poco de tranquilidad.

—Ruido, Todd —ladra Manchee.

—Sí, Manchee, sí —digo.

—Silencio en la ciénaga, Todd —repone Manchee—. Silencio, silencio, silencio.

—Sí —insisto, pero pienso un momento y me entran las prisas—. Cállate, Manchee. —Y le doy una palmada en el lomo.

—¡Ay, Todd! —exclama él, pero, en lugar de contestarle, me vuelvo y observo el pueblo. No hay modo alguno de remediar el ruido, y, si estuvieses aquí, me pregunto si serías capaz de ver el agujero en el ruido que flota en el aire que me rodea, que se zafa de los pensamientos con que trato de resguardarlo; apenas una minucia que no es sencillo discernir en medio del fragor del pueblo, pero, en cualquier caso, allá va, allá va, de vuelta hacia el mundo de los hombres.

BEN Y CILLIAN

—¿Puedes explicarme dónde has estado? —pregunta Cillian al vernos a Manchee y a mí en el sendero de gravilla. Está acostado en el suelo, junto a nuestro pequeño generador de fisión, frente a la casa, arreglando la avería de turno. Tiene grasa en los brazos e irritación en el rostro, y su ruido zumba como una abeja enloquecida, lo cual, pese a que todavía no pueda decirse que he llegado a casa, basta para que empiece a enfadarme.

—Fui a la ciénaga por las manzanas que me pidió Ben —le explico.

—Con todo el trabajo que tenemos, el muchacho va y sale a jugar. — Vuelve a mirar el generador y, tras oír un sonido metálico, añade—: ¡Maldito trasto!

—¡No he ido a jugar, por si no lo sabes! —protesto, casi a gritos—. ¡Ben quería manzanas, así que fui a buscarle las condenadas manzanas!

—Ya —contesta Cillian, cuyos ojos se centran en mí de nuevo—. Y entonces, ¿dónde están esas manzanas?

Advierto que, en efecto, no traigo manzanas. No me acuerdo de haberme deshecho de la bolsa, pero supongo que debí de tirarla al suelo cuando...

—Cuando ¿qué? —inquire Cillian.

—Deja de escuchar lo que pienso —rezongo.

Profiere el suspiro característico en él y allá va la retahíla:

—No es que te exijamos mucho, Todd...

Mentira.

—... pero no podemos llevar la granja nosotros solos.

Verdad.

—Y aun en el caso de que alguna vez lograras acabar tus tareas, cosa que nunca sucede...

Otra mentira; me tienen esclavizado.

—... seguiríamos teniendo problemas para abarcar todo lo que ha de hacerse, ¿no te parece?

Otra verdad. El pueblo ya no puede crecer más. Irá menguando sin remedio, y nadie vendrá a ayudarnos.

—Presta atención cuando te hablo —dice Cillian.

—¡Atención! —ladra Manchee.

—Calla —le ordeno.

—No le hables así al perro —me reconviene Cillian.

«No le hablaba al perro», pienso, alto y claro para que lo oiga.

Cillian me clava la mirada y yo se la clavo a él; como siempre, nuestro ruido enrojece, se carga de disgusto y exasperación. Nunca me he llevado bien con Cillian. Ben desempeña el papel amable mientras que Cillian se encarga de las regañinas, que se vuelven insoportables a medida que se acerca el día en que por fin me haré un hombre. Entonces no tendré que aguantarlas.

Cillian cierra los ojos y aspira aire por la nariz.

—Todd —dice, aumentando el volumen de la voz.

—¿Dónde está Ben? —pregunto. Su expresión se endurece.

—Las ovejas paren la semana que viene, Todd.

—¿Dónde está Ben? —insisto, impertérrito.

—Ve a dar de comer a las ovejas y a meterlas en el aprisco, y luego quiero que repares la entrada del campo del este de una vez por todas, ¿estamos, Todd Hewitt? Ya te lo he pedido al menos en dos ocasiones.

Planto los talones en el suelo.

—Y bien, Todd, ¿cómo te ha ido en la ciénaga? —digo con todo el sarcasmo del que soy capaz—. Pues de maravilla, Cillian. Gracias por preguntármelo. ¿Viste algo interesante por allá, Todd? Pues qué curioso que me lo preguntes, Cillian, porque estoy seguro de que vi algo que explica este corte en el labio sobre el que, por cierto, no has dicho nada, ¡pero supongo que la respuesta tendrá que esperar hasta que las ovejas hayan comido y yo haya arreglado la puñetera valla!

—Cuida tu lenguaje —dice Cillian—. No tengo tiempo para tonterías. Ve a ocuparte de las ovejas.

Aprieto los puños y me saco de la garganta un sonido gutural con el que espero que Cillian comprenda que no soporto su tozudez ni un segundo más.

—¡Vamos, Manchee! —digo.

—¡Las ovejas, Todd! —grita Cillian mientras me alejo—. Primero, las ovejas.

—Sí, ahora va con las malditas ovejas —murmuro. Enervado, acelero el paso, y Manchee, que percibe el estruendo que me recorre el cuerpo, empieza a excitarse.

—¡Ovejas! —ladra—. ¡Ovejas, ovejas, Todd! ¡Ovejas, ovejas, silencio, Todd! ¡Silencio, silencio en la ciénaga, Todd!

—Cierra el pico, Manchee —contesto.

—¿Cómo? —inquire Cillian, y hay algo en su voz que nos hace darnos la vuelta. Está sentado al lado del generador, observándonos con expresión atenta, y el ruido que sale de él apunta hacia nosotros como un láser.

—¡Silencio, Cillian! —ladra Manchee.

—¿Qué significa eso de «silencio»? —Los ojos y el ruido de Cillian me examinan de arriba abajo.

—¿Qué importa? —Le doy la espalda—. Primero debo ir a alimentar a las ovejas de marras.

—¡Espera, Todd! —exclama, pero entonces el generador emite un pitido y él se lamenta—: ¡Diablos! —Tiene que centrar su atención en el aparato, y yo percibo todo tipo de interrogantes en el ruido que me persigue, cada vez más débiles mientras me adentro en los campos.

«¡Que se vaya al cuerno!», pienso, más o menos con esas palabras y con otras peores al tiempo que camino a grandes trancos. Vivimos al noreste del pueblo, a un kilómetro aproximadamente, y dedicamos la mitad de la granja a las ovejas y la otra mitad al trigo. El trabajo que exige el trigo es más duro, de modo que Ben y Cillian se ocupan de él en su mayor parte. En cuanto a mí, atiendo a las ovejas desde que crecí lo bastante para superarlas en estatura. Pero, claro, me refiero a mí y no a Manchee, porque uno de los pretextos que me dieron al regalármelo fue que podía educarlo como perro pastor, lo que, por motivos obvios —hablo de la estupidez supina que lo caracteriza—, no ha resultado como se esperaba.

Las alimento, les doy agua, las esquilo, asisto los partos, e incluso, cuando es necesario, las castro y las sacrifico, nada menos. Somos una de las tres explotaciones que producen carne y lana en el pueblo; antes éramos una de las cinco y pronto seremos una de las dos, ya que, aquejado de cierto problema relacionado con el consumo de alcohol, el señor Marjoribanks va a morir un día de estos. Cuando eso ocurra, incorporaremos su rebaño al nuestro. Mejor dicho, incorporaré su rebaño al nuestro, tal como hice cuando desapareció el señor Gault hace dos inviernos, y entonces habrá más ovejas que sacrificar, castrar, esquilar y encerrar en el redil en el momento oportuno. ¿Y me darán las gracias por todo? Qué va.

«Me llamo Todd Hewitt —pienso sin ninguna gana de acallar mi ruido—, y soy casi un hombre.»

—¡Ovejas! —dicen las ovejas cuando me ven pasar por el campo en el que se encuentran, pero no me detengo—. ¡Ovejas! —insisten, viéndome alejarme—. ¡Ovejas! ¡Ovejas!

—¡Ovejas! —ladra Manchee.

—¡Ovejas! —responden ellas, balando.

Las ovejas tienen aún menos que decir que los perros.

He estado rastreando la granja en busca del ruido de Ben y lo he localizado en la esquina de uno de los campos de trigo. La siembra ya ha terminado y aún faltan meses para la siega, de manera que, de momento, no hay mucho que hacer con el trigo, solo comprobar que todos los generadores, el tractor de fisión y las trilladoras eléctricas estén en buen estado. Quizá creas que, siendo así, alguien me podría echar una mano con las ovejas, pero te equivocas.

El ruido de Ben es un murmullo suave que nace al lado de uno de los aspersores del sistema de irrigación, así que giro hacia allí y cruzo el campo. Ese ruido no se parece nada al de Cillian. Es más tranquilo y claro y, a pesar de que el ruido sea invisible, si pudieras verlo, comprobarías que el de Cillian tiende al color rojo y que el de Ben alterna entre el azul y el verde. Son muy diferentes entre sí, Ben y Cillian, como el fuego y el agua.

Antes de la partida hacia el Nuevo Mundo, mi madre era muy amiga de Ben, y ambos pertenecían a la Iglesia en el momento en que se planteó la posibilidad de partir y fundar un nuevo asentamiento. Mamá convenció a papá, y Ben convenció a Cillian, y una vez que las naves tomaron tierra y el asentamiento comenzó a funcionar, mis padres se dedicaron a criar ovejas en una granja cercana a la de Ben y Cillian, quienes optaron por el trigo, y todo iba bien, lucía el sol y los hombres y las mujeres cantaban canciones, vivían,

amaban, nunca se enfermaban y nunca, nunca se morían.

Esa es la historia que cuenta el ruido, conque ¿cómo saber hasta qué punto confiar en su veracidad? Porque después, cuando nací, todo cambió. Los zulas propagaron el germen que mató a las mujeres, mis padres murieron, se desencadenó la guerra, los hombres la ganaron y, más allá de eso, poco queda por decir del curso de los acontecimientos en el Nuevo Mundo. En aquellos tiempos, yo era un bebé y, por supuesto, no me enteraba de nada, pero había otros muchos bebés, y los hombres, de pronto, tuvieron que hacerse cargo de todos nosotros, de los bebés y de los niños. Murieron muchos, pero yo me cuento entre los afortunados que sobrevivieron gracias a que Ben y Cillian no dudaron en darme de comer, cuidarme, educarme y, en general, hacer posible que siguiese con vida.

Es decir, que podría decirse que soy como su hijo. Bueno, más que «como su hijo», pero no «su hijo» en sentido estricto. Ben dice que Cillian discute conmigo porque le importo mucho, pero, si eso es así, opino que tiene una manera de demostrarlo bastante curiosa y, sobre todo, desde mi punto de vista, bastante alejada del afecto o el cuidado.

En todo caso, Ben pertenece a una clase de hombres que en nada se parecen a Cillian y que, por cierto, no abundan en Prentisstown. De los ciento cuarenta y cinco hombres de este pueblo, entre los que incluyo a los que acaban de alcanzar la madurez, e incluso, aunque en menor grado, a Cillian, no hay uno solo que me merezca más que indiferencia en el mejor de los casos y odio en el peor, y, como prefiero evitar el odio, me paso la mayor parte del tiempo ingeniándomelas para pasar inadvertido.

Excepto en lo que hace a Ben, de quien no puedo decir mucho sin caer en la sensiblería, la tontada y la puerilidad, y, por tanto, guardo silencio, a no ser para indicar que, si te levantas un día y tuvieras que elegir, si alguien te dijese «Hale, chico, escoge a quien te parezca», entonces Ben no sería, desde

luego, la peor opción.

Está silbando y, a pesar de que todavía no puedo verlo ni él tampoco a mí, advierte que nos acercamos y se pone a silbar otra melodía, *Temprano, una mañana, al salir el sol*, canción que, según él, era la preferida de mi madre, pero que yo creo que es la preferida de Ben, dado que lo recuerdo silbándomela y cantándomela desde que tengo uso de razón. Sigo enfurecido por lo sucedido con Cillian, pero, de repente, empiezo a sentirme un poco más relajado.

Claro que la canción esa es una nana, sí, ya sé, pero cállate.

—¡Ben! —ladra Manchee, correteando alrededor del aspersor.

—Hola, Manchee —oigo a Ben decir cuando rodeo el aspersor y me lo encuentro rascándole el cogote al perro. Con los ojos cerrados, Manchee siente un placer tal que golpea el suelo con una pata, y, a pesar de que Ben capta en mi ruido que Cillian y yo nos hemos peleado, se limita a decir—: Hola, Todd.

—Hola, Ben. —Bajo la vista y le doy una patada a una piedra.

Y el ruido de Ben está diciendo que *Manzanas*, que *Cillian*, que *Estas hecho un hombretón*, que *Cillian de nuevo*, que *Me pica el brazo*, que *manzanas otra vez*, que *cena*, que *Vaya, qué calorón*, y es tan balsámico, tan poco exigente, que me recuerda al frescor de un arroyo en un día veraniego.

—Intentas sosegarte, ¿eh, Todd? —dice, al fin—. ¿Te estás recordando quién eres, verdad?

—Sí —respondo—, pero ¿por qué tiene que tratarme de ese modo? ¿Por qué no puede decirme hola y ya está? Es que ni siquiera es capaz de saludarme, solo de decirme cosas como: «Sé que has hecho algo mal y te voy a vigilar hasta que lo descubra».

—Así es su forma de ser, Todd. Ya lo sabes.

—Si tú lo dices... —Procurando evitar su mirada, arranco un brote de trigo y me lo meto en la boca.

—Has dejado las manzanas en casa, ¿me equivoco?

Lo miro. Muerdo el brote. Sabe que no es así. Lo adivina.

—Y hay una razón —dictamina, todavía acariciando a Manchee—. Hay una razón que no acaba de salir a la luz. —Escudriña el ruido, rebusca en él la verdad, lo cual es intolerable en circunstancias normales, pero no si se trata de él, con él no me importa. Levanta la cabeza y deja de acariciar a Manchee—. ¿Aaron?

—Sí, he visto a Aaron.

—¿Te hizo eso en el labio?

—Sí.

—¡El muy canalla! —Frunce el ceño y se incorpora—. Voy a tener que aclararle unas cuantas cosas a ese hombre.

—No lo hagas —imploro—. Por favor. Solo contribuirás a empeorar la situación y, además, tampoco duele tanto.

Me sostiene la barbilla con los dedos y me examina el corte.

—El muy canalla —insiste. Palpa la herida, pero yo me estremezco y me aparto.

—No es nada —le explico.

—Mantente alejado de ese hombre, Todd Hewitt.

—Vamos, ¿crees que fui a la ciénaga con idea de encontrármelo de frente?

—Es un mal tipo.

—¡Vaya, Ben, gracias por abrirme los ojos! —me mofo, pero entonces capto una porción en su ruido que dice *Un mes*, y a eso sigue algo que no puedo entrever porque enseguida lo cubre una nueva capa de ruido.

—¿Qué ocurre, Ben? —pregunto, mirándolo a los ojos—. ¿Qué va a pasar

en mi cumpleaños?

Sonríe y, por un segundo, veo una sonrisa no del todo sincera, una sonrisa preocupada que, no obstante, se transforma en una sonrisa franca.

—Es una sorpresa —responde—, así que no preguntes.

A pesar de que soy casi un hombre y de que he crecido mucho, él todavía tiene que inclinarse para mirarme; se me acerca un poco, no tanto como para incomodarme, pero sí lo suficiente como para hacerme entender que todo va bien, y yo desví los ojos. Y a pesar de que se trate de Ben, a pesar de que confíe en él más que en cualquier otro habitante de este poblacho desgraciado, a pesar de que me haya salvado la vida y yo sepa que volvería a salvármela, todavía encuentro dificultades para soltar mi ruido y permitirle averiguar lo sucedido en la ciénaga, sobre todo, porque la idea de que lo sepa me oprime el pecho cada vez que se me pasa por la cabeza.

—¿Todd? —inquire, dando un paso hacia mí.

—Silencio —ladra Manchee con voz apagada—. Silencio en la ciénaga.

Ben mira a Manchee, y luego sus ojos regresan a mí llenos de interrogantes y de preocupación.

—¿Qué está diciendo, Todd?

Suspiro.

—Hemos visto algo —afirmo—. Allá, en la ciénaga. Bueno, no es que lo hayamos visto, porque estaba escondido, pero sí percibimos una especie de rasgón en el ruido, como una raja...

Me detengo al ver que Ben ha dejado de escuchar mis palabras. Le he abierto mi ruido y estoy tratando de recordar hasta el más mínimo detalle de lo sucedido, pero él tiene una expresión feroz en el rostro y, en ese instante, oigo la voz de Cillian llamándonos en la distancia, una voz tensa acompañada por un ruido agitado al que pronto se suma el de Ben, rumoroso, y pese a todo sigo empeñado en revivir el agujero en el ruido, aunque con sigilo, con

mucho sigilo para que nadie en el pueblo pueda captarlo, pero entonces aparece Cillian y Ben me mira fijamente, tan fijamente que, al cabo de unos instantes, tengo que preguntárselo.

—¿Los zulas? —digo—. ¿Los zulaques? ¿Han vuelto?

—¡Ben! —grita Cillian, que corre hacia nosotros atravesando los campos.

—¿Estamos en peligro? —le pregunto a Ben—. ¿Habrá una nueva guerra?

Sin embargo, Ben se limita a decir:

—¡Oh, Dios mío! —Y luego repite a media voz—: Oh, Dios mío. —Y después, sin siquiera moverse o mirar hacia otro lado, añade—: Tenemos que salir de aquí. Tenemos que salir de aquí... ya.



NO LO PIENSES

Cillian llega a todo correr, pero Ben se le adelanta y le grita:

—¡No lo pienses!

Luego se vuelve hacia mí.

—No lo pienses tú tampoco. Tápalo con el ruido. Escóndelo. Escóndelo lo mejor que puedas. —Me ciñe los hombros con las manos y me aprieta tanto que logra ponerme aún más nervioso.

—¿Qué está pasando? —digo.

—¿Viniste atravesando el pueblo? —me pregunta Cillian.

—Claro que vine atravesando el pueblo —le espeto—. ¿Qué otro maldito camino pude haber seguido?

El gesto de Cillian se endurece, pero ello no se debe a que le haya sentado mal mi contestación, sino al miedo, un miedo que oigo gritar en el ruido. Nadie me reprocha mis malos modos, lo que me hace temer algo terrible. Manchee se ha puesto a ladrar como un loco:

—¡Cillian! ¡Silencio! ¡Maldito! ¡Todd!

Sin embargo, ninguno de nosotros se molesta en hacerlo callar. Cillian mira a Ben.

—Ha llegado el momento.

—Lo sé —contesta Ben.

—¿Qué pasa? —pregunto, exaltado—. El momento ¿de qué? —Me doy la vuelta y los miro a los dos.

Ben y Cillian intercambian una mirada y luego me observan.

—Tienes que marcharte de Prentisstown —afirma Ben.

Escudriño las expresiones de ambos, pero su ruido no revela más que una desazón cuya naturaleza desconozco.

—¿Como que tengo que marcharme de Prentisstown? —inquiero—. En el Nuevo Mundo no hay otro lugar que no sea Prentisstown.

Vuelven a mirarse entre ellos.

—¡Dejad de miraros de una vez! —protesto.

—Vamos —dice Cillian—. Ya te hemos preparado la mochila.

—¿Y cómo es posible que me hayáis preparado la mochila?

Cillian le dice a Ben:

—Es probable que no tengamos mucho tiempo.

Y Ben le dice a Cillian:

—Puede bajar por el río.

Y Cillian le dice a Ben:

—Ya sabes lo que eso implica.

Y Ben le dice a Cillian:

—Sí, pero el plan sigue siendo el mismo.

—¡Qué puñetas está ocurriendo! —rujo, pero claro que no he dicho «puñetas», sino algo peor; entiendo que, dadas las circunstancias, las palabras malsonantes son las más apropiadas—. ¡Y qué puñetas es ese plan!

Pese a ello, no se alteran.

Ben baja la voz, y comprendo que trata de poner un poco de orden en su ruido.

—Es muy, muy importante que borres de tu ruido lo que sea que haya

ocurrido en la ciénaga, ¿comprendes? —dice.

—¿Por qué? ¿Es que los zulas vienen a matarnos a todos?

—¡No lo pienses! —tercia Cillian—. Ocúltalo, tenlo guardado en lo más hondo hasta que te encuentres lo bastante lejos del pueblo como para que nadie pueda oírlo. Y ahora, ¡vámonos de una vez!

Y echa a correr hacia la casa, a correr como si se lo llevaran los diablos.

—¡Venga, Todd! —dice Ben.

—Primero quiero una explicación.

—Ya tendrás tu explicación —contesta Ben, tirando de mí—; sabrás más de lo que nunca quisiste saber.

Y es tanta la pesadumbre de su voz que opto por callarme y seguirlo. Manchee nos pisa los talones sin dejar de ladrar.

Cuando llegamos a la parte trasera de la casa, me asalta la idea de que...

No sé de qué. De un ejército zulaque saliendo del bosque. De los hombres del alcalde Prentiss formando y sacándoles brillo a sus armas. De nuestra casa incendiada, derrumbándose. ¡Yo qué sé! Ben y Cillian no sueltan prenda, mis propios pensamientos bullen como la lava de un volcán y los ladridos de Manchee se suceden sin dar un respiro, de manera que ¿cómo entender algo en medio del jaleo?

Con todo, no vemos a nadie. La casa, nuestra casa, está en calma, como siempre. Cillian traspone la puerta trasera, corre a la pequeña sala de rezos, que nunca utilizamos, y empieza a retirar los tablones del suelo. Ben se encamina a la despensa, en donde llena un saco de tela con alimentos deshidratados y frutas, y después va al baño y coge un botiquín, que también va a parar al saco.

Yo me quedo quieto como un bobo, preguntándome qué demonios ocurre.

Sé lo que estás pensando: ¿cómo es posible que no lo sepa si durante todo el día, cada día, oigo los pensamientos de esos dos hombres que se encargan

de llevar la casa en la que vivo? Sin embargo, así es. El ruido es solo eso, ruido. Es estruendo y runrún, es una prodigiosa mezcla de sonidos que, en muchas ocasiones, no permite sacar nada en limpio. La mente de los hombres suele embrollarse, y el ruido actúa como la cara visible, el testigo patente de ese desorden. Contiene certezas, creencias, imaginaciones, fantasías y, al tiempo, todo lo contrario, y a pesar de que la verdad también esté en él, ¿cómo distinguirla de la falacia si la una y la otra se entretajan en el ruido?

El ruido es un hombre sin filtrar, y un hombre sin filtrar es un caos andante.

—No pienso marcharme —anuncio, mientras ellos se afanan. No me hacen caso—. ¡Que no me marchó! —insisto cuando Ben pasa junto a mí para ir a la sala de rezos a ayudar a Cillian a levantar los tablones.

Después de un rato, Cillian saca de debajo del suelo una vieja mochila que yo creía perdida. Ben la abre y, mientras examina el interior, distingo que allí hay ropa mía y algo que parece un...

—¿Es eso un libro? —pregunto—. Se suponía que quemasteis los libros hace mucho.

Pero ellos hacen oídos sordos, como si yo no hubiese hablado. Ben toma el objeto entre las manos y advierto que no es un libro, sino, más bien, una especie de diario forrado de cuero cuyas páginas, que Ben hojea, son de color crema y están llenas de líneas de texto escritas a mano.

Ben cierra el diario con gesto solemne, lo envuelve en una bolsa de plástico para protegerlo y lo introduce en la mochila.

Ambos se dan la vuelta y me miran.

—No voy a ninguna parte —afirmo.

Alguien da un golpe en la puerta principal.

Durante un instante, nos quedamos callados, paralizados. Manchee, que adolece de una incontrolable necesidad de expresarse, acaba ladrando:

—¡Puerta!

Cillian lo sujeta por el collar con una mano y por el pelo con la otra, y lo hace callar. Sin saber de qué manera obrar, nos miramos los unos a los otros.

La puerta sufre una nueva sacudida y una voz atraviesa las paredes.

—Sé que estáis ahí.

—Maldita sea —dice Ben.

—El puñetero Davy Prentiss —deplora Cillian.

El señor Prentiss Junior. El defensor de la ley.

—¿No os dais cuenta de que oigo vuestro ruido? —pregunta el señor Prentiss Junior desde el otro lado de la puerta—. Benison Moore. Cillian Boyd. —La voz hace una pausa—. Todd Hewitt.

—Bueno, pues se acabó el esconderse —afirmo, cruzándome de brazos, todavía molesto por la confusión.

Cillian y Ben se miran de nuevo, y luego Cillian suelta a Manchee, nos ordena al perro y a mí que nos quedemos donde estamos y va hacia la puerta. Ben agarra el saco de tela, lo mete en la mochila y la cierra. Me la acerca.

—Ponte esto —susurra.

Hago ademán de desobedecer, pero él me lanza una mirada muy seria y decido hacer como dice. La mochila pesa una tonelada.

Oímos que Cillian abre la puerta principal.

—¿Qué quieres, Davy?

—¡Para ti soy el sheriff Prentiss, Cillian! —responde el señor Prentiss Junior.

—Estamos comiendo, Davy —arguye Cillian—. Vuelve más tarde.

—Me parece que no. He venido a conversar con el joven Todd.

Ben me mira, consternado.

—Todd tiene mucho que hacer en la granja —explica Cillian—. A juzgar por lo que oigo, diría que en este momento está saliendo por la otra puerta.

Esa es una señal para que Ben y yo nos pongamos en marcha, claro. No obstante, me empeño en oír lo que ocurre y desatiendo los gestos de Ben, que me ordenan dirigirme hacia la puerta trasera.

—¿Me tomas por tonto? —inquire el señor Prentiss Junior.

—¿De verdad quieres que te conteste, Davy?

—Detecto ruido a pocos metros de ti. Ben también está en casa. —Su voz cambia de tono—. Solo quiero hablar con el muchacho. No es por nada importante.

—En ese caso, ¿por qué has traído un rifle, Davy? —pregunta Cillian, y Ben, tal vez en un acto reflejo, me agarra el hombro.

Tanto la voz como el ruido del señor Prentiss Junior experimentan un nuevo cambio.

—Tráelo aquí, Cillian. Ya sabes por qué he venido. Al parecer, el muchacho, a buen seguro que sin proponérselo, ha estado paseándose por el pueblo y dejando rumores tras de sí. Tan solo queremos saber de qué se trata; eso es todo.

—¿Queréis? —inquire Cillian.

—El excelentísimo alcalde desea mantener una charla con el joven Todd. —El señor Prentiss Junior alza la voz—. Vais a salir de ahí de una vez, ¿me oís? No hay ningún problema. Será solo una conversación amistosa.

Ben hace un gesto con la cabeza y comprendo que no debo oponerme. Empezamos a caminar hacia la puerta trasera con suma cautela, pero Manchee ha estado callado más tiempo del que puede soportar.

—¿Todd? —ladra.

—¿No estaréis pensando en escurriros por la puerta de atrás, verdad? —pregunta el señor Prentiss Junior—. ¡Aparta de en medio, Cillian!

—Sal de mi propiedad, Davy —le espeta Cillian.

—¡No voy a repetírtelo!

—Diría que ya me lo has repetido al menos en tres ocasiones, Davy, así que, si se trata de una amenaza, creo que queda claro que no conseguirás nada con ella.

Se produce una pausa, pero el ruido de ambos sube de volumen, y Ben y yo sabemos que algo está a punto de suceder. Acto seguido, se desencadenan los acontecimientos: oímos un fuerte golpe y luego, casi al instante, otros dos, con lo que Ben, Manchee y yo echamos a correr hacia la cocina. Cuando llegamos, todo ha terminado. El señor Prentiss Junior yace en el suelo sujetándose la boca, que sangra en abundancia. Cillian, que le ha arrebatado el rifle, lo encañona.

—¡He dicho que abandones mi propiedad, Davy! —dice.

Tapándose la ensangrentada boca, el señor Prentiss Junior le dedica una mirada fugaz y luego repara en nosotros. Como ya he dicho, es apenas dos años mayor que yo y le cuesta decir una frase sin tartamudear, pero, con todo, ya ha alcanzado la mayoría de edad y, nos guste o no, es nuestro sheriff.

La sangre le embadurna esa mínima franja de vello que él denomina bigote y que el resto preferimos no nombrar.

—Eres consciente de que esto confirma nuestras sospechas, ¿verdad? —Escupe sangre y también un diente, que cae en el suelo—. No vamos a detenernos. —Me mira a los ojos—. Has encontrado algo, ¿no es cierto, muchacho?

Cillian sitúa el cañón del rifle frente a la cabeza del señor Prentiss Junior.

—¡Fuera! —le ordena.

—Tenemos planes para ti, chico. —El señor Prentiss Junior me sonrío y se pone en pie—. El último niño del pueblo. Solo te falta un mes, ¿no?

Miro a Cillian, pero este se limita a amartillar el arma para manifestar sus intenciones de manera inequívoca.

El señor Prentiss Junior nos echa un vistazo a todos, escupe y dice:

—Volveremos a vernos. —Finge firmeza, pero la voz se le quiebra; sale corriendo hacia el pueblo tan rápido como puede.

Cillian cierra la puerta con fuerza.

—Todd tiene que irse ahora. Por la ciénaga.

—Sí —dice Ben—. Tenía la esperanza de que...

—Yo también —interrumpe Cillian.

—¡Eh, eh! —me quejo—. No voy a volver a la ciénaga. ¡Allí están los zulaques!

—Procura dominar tus pensamientos y mantenerlos a raya —me aconseja Cillian—. Es muy importante que hagas lo que te digo.

—¡Claro! Dado que no sé nada, no me va a costar mucho esfuerzo —ironizo—. ¡No voy a moverme de aquí mientras no me digáis qué está pasando!

—Todd... —dice Ben.

—Van a volver, Todd —interviene Cillian—. Davy Prentiss va a regresar y no vendrá solo. Nos va a ser difícil protegerte.

—Pero...

—¡Basta de discusión! —grita Cillian.

—Vamos, Todd —me anima Ben—. Manchee irá contigo.

—Ah, qué bien. Así ya no tendré de qué preocuparme —digo.

—Todd —dice Cillian; lo miro y veo que su actitud ha cambiado un poco. Hay algo distinto en su ruido, una tristeza que se asemeja al dolor—. Todd —repite, y entonces, de pronto, me abraza con brusquedad. Me lastimo el labio con su ropa, suelto un quejido y me aparto.

—Es probable que nos odies por esto, Todd —me explica—, pero ten en cuenta que lo hacemos porque te queremos, ¿lo entiendes?

—No —respondo—, no lo entiendo. No entiendo nada.

Cillian, como siempre, no presta atención a lo que estoy diciendo. Se

levanta y le dice a Ben:

—Vamos, idos. Los retendré tanto como pueda.

—Regresaré por un camino diferente —responde Ben—. A ver si logro que sigan el rastro equivocado.

Se dan la mano, y luego Ben me mira y dice:

—En marcha —y, mientras tira de mí hacia la puerta trasera, veo que Cillian sostiene el rifle y capto en su expresión y en su ruido, en toda su pose, un gesto que interpreto como un adiós, un adiós sentido y emocionado, como si esta fuese la última vez que espera verme, y entonces abro la boca para decirle algo, pero la puerta se cierra y dejo de verlo.

LO QUE SABES

—Te llevaré al río —me explica Ben mientras atravesamos los campos a toda velocidad por segunda vez esta mañana—. Síguelo hasta llegar a la ciénaga.

—Por ahí no hay sendero, Ben —respondo—; solo cocodrilos. ¿Quieres que me mate?

Me lanza una mirada cargada de intención, pero sigue corriendo.

—Es el único camino, Todd.

—¡Cocodrilos! ¡Ciénaga! ¡Silencio! ¡Caca! —ladra Manchee.

Doy por concluido mi intento de saber qué ocurre, puesto que nadie parece dispuesto a responderme, y, mientras avanzo, observo las ovejas, que todavía no están en el aprisco y que tal vez jamás vuelvan a él.

—¡Ovejas! —gritan al vernos pasar.

Continuamos hasta el granero principal, recorremos uno de los canales de irrigación y doblamos a la derecha por uno de los cauces secundarios, que nos conduce al lindero del bosque, el cual, podríamos decir, se extiende por el resto del planeta.

Ben calla hasta que llegamos a la línea de árboles.

—En la mochila tienes bastante comida, pero debes racionarla y

aprovecharla al máximo. Aliméntate con los frutos y la caza que encuentres.

—¿Cuánto tiempo tengo que andar por ahí? —pregunto—. ¿Cuánto debo aguardar antes de emprender el regreso?

Ben se detiene entre los árboles. El río se encuentra a unos treinta metros, y se distingue perfectamente el fragor de las aguas, que, en ese tramo, se despeñan por la ladera hasta desembocar en la ciénaga.

De súbito, se me antoja que este es el lugar más solitario del mundo.

—No vas a volver, Todd —murmura Ben—. No puedes volver.

—¿Por qué no? —inquiero con un hilo de voz, semejante a un maullido de gato asustado—. ¿Qué he hecho, Ben?

Él se me acerca.

—No has hecho nada, Todd. De verdad, nada de nada. —Me da un gran abrazo, y noto, una vez más, una sensación opresiva en el pecho, mezcla de confusión, miedo y furia.

Esta mañana me levanté en el lugar de siempre, sin que nada hubiera cambiado, y ahora, heme aquí, obedeciendo a Ben y a Cillian, que me piden que me vaya y actúan como si yo no fuese yo; no es justo, no sé por qué no es justo, pero no es justo.

—Sé que no es justo —dice Ben, apartándose y mirándome a los ojos—. Pero tiene una explicación. —Me hace darme la vuelta y abre la mochila. Noto que extrae algo de ella.

El diario. Lo miro y, luego, bajo la vista.

—Ya sabes que no sé leer muy bien —afirmo avergonzado y sintiéndome ridículo.

Se encorva un poco para ponérseme a la altura de los ojos. El ruido que mana de él me resulta inquietante.

—Sí, lo sé —contesta con voz dulce—. Tenía intención de dedicar más tiempo a... —calla. Me muestra el diario—. Es de tu madre —explica—; su

diario. Empieza el día en que naciste, Todd. —Observa las tapas de cuero—. Y termina el día en que murió.

Mi ruido estalla.

¡Mi madre! ¡El diario de mamá!

Ben acaricia las tapas.

—Le prometimos que te mantendríamos a salvo —dice—. Se lo prometimos y borramos esa promesa de nuestras mentes para evitar que alguien pudiese distinguir en nuestro ruido lo que nos proponíamos hacer.

—Incluyéndome a mí —digo.

—Sobre todo a ti. Si tu ruido recogiera tan solo un indicio que se expandiese por el pueblo...

No termina la frase.

—Como el silencio que encontré antes en la ciénaga —digo—. Se ha propagado por el pueblo y ha causado este desastre.

—No. Esto ha sido una sorpresa. —Levanta la vista hacia el cielo para darme a entender la magnitud de la sorpresa—. Nadie habría dicho que algo así podría pasar.

—Es peligroso, Ben. Lo presiento.

Pero él se limita a darme el diario.

Lo rechazo. Sacudo la cabeza.

—Ben...

—Ya sé, Todd —responde—, pero tienes que intentarlo.

—No, Ben...

Vuelve a mirarme con fijeza.

—¿Confías en mí, Todd Hewitt?

Me rasco un costado. No sé qué contestar.

—Claro que sí —digo—, o al menos confiaba antes de que decidieras meter mi ropa en una mochila sin que yo lo supiera.

La intensidad de su mirada aumenta, y su ruido se enfoca en mí como un rayo de sol.

—¿Confías en mí? —vuelve a preguntar.

Lo observo y, sí, incluso ahora, confío en él.

—Sí, Ben.

—Pues entonces fíate si te digo que muchas de las cosas que piensas en estos momentos no son ciertas, Todd.

—¿Qué cosas? —inquiero alzando un poco la voz—. ¿Por qué no puedes contármelo todo con claridad?

—Porque es arriesgado que lo sepas —repone con una seriedad que no le conocía, y cuando me propongo registrar su ruido en busca de pistas, él se zafa y me rechaza—. A ver si lo entiendes: se te notaría más que el zumbido de las abejas de un panal, y el alcalde Prentiss daría contigo en un santiamén. Tienes que marcharte. Tienes que irte muy lejos, tan lejos como puedas.

—Pero ¿adónde? —pregunto—. ¿No hay ningún lugar al que pueda ir!

Ben toma aire.

—Te equivocas —dice—. Ese lugar sí existe.

No sé qué decir.

—Hay un mapa plegado en la primera página del diario —me explica—. Lo he hecho yo mismo, pero no lo mires, ¿estamos? Espera a que te hayas alejado del pueblo. Tú ve a la ciénaga. Una vez allí, sabrás qué hacer.

Sin embargo, a juzgar por el ruido que me llega de él, apuesto a que no está muy seguro de que vaya a saber qué hacer.

—O qué es lo que voy a encontrar, ¿no?

Evita responderme.

Reflexiono.

—¿Y cómo es que teníais la mochila preparada? —le pregunto, retrocediendo un paso—. Si lo ocurrido en la ciénaga es tan inesperado, ¿por

qué os habéis puesto de acuerdo sin más en mandarme hacia lo desconocido, eh?

—Porque así lo planeamos cuando tú eras aún muy pequeño. —Traga saliva; la pesadumbre que lo invade se torna evidente—. En cuanto tuvieses edad suficiente para valerte por ti mismo...

—No. Queréis abandonarme para que me coman los cocodrilos —reculo un poco más.

—No, Todd... —Se me acerca con el diario en la mano. Yo sigo dando pasos hacia atrás. Hace un gesto de rendición.

Cierra los ojos y permite que su ruido llegue hasta mí.

Falta un mes es lo primero que oigo...

Llega el día de mi cumpleaños...

El día en que me convertiré en un hombre... Y entonces...

Y...

De pronto...

Lo que ocurre es que...

Lo que hicieron los otros niños cuando pasaron a ser hombres...

Solos...

Sin que nadie los acompañase...

Cómo se destruye hasta el último ápice de su infancia...

Y luego...

Y...

Y lo que sucedió en realidad a la gente que...

Horror...

Y no quiero decir nada más.

Y tampoco puedo explicar cómo me siento.

Miro a Ben y descubro en él a un hombre distinto, que no se parece en nada al que he conocido.

Saber es peligroso.

—Por eso nadie te lo ha dicho —afirma Ben—. Para evitar que huyeras.

—¿Y no me habríais protegido? —Vuelvo a maullar como un gatito (cállate).

—Así es como te protegemos, Todd —responde—. Sacándote de aquí. Debíamos asegurarnos de que podrías sobrevivir por tu cuenta, y por eso te hemos enseñado lo que ahora sabes. En fin, Todd, debes partir...

—Si eso es lo que me espera dentro de un mes, ¿por qué habéis aguardado tanto? ¿Por qué no me dijisteis antes que me fuera?

—No podemos ir contigo. Ese es el verdadero problema. Y no soportábamos la idea de que te marcharas solo, siendo aún tan joven... —Frota la cubierta del diario con los dedos—. Esperábamos un milagro, algo que nos evitara tener que...

Perderte, dice su ruido.

—Pero ese milagro no se ha producido —digo, un instante después.

Él menea la cabeza. Me alarga el diario.

—Lo siento —dice—. Siento que tenga que ser de este modo.

Y hay tanto pesar en su ruido, tanta preocupación e inquietud, que sé que habla con sinceridad, sé que no puede evitar lo que ocurre, y entonces, lamentándolo, tomo el diario, lo devuelvo a la bolsa de plástico y lo meto en la mochila. Nos quedamos callados. ¿Qué se puede decir en una situación como esta? Todo y nada. Como no puedes decirlo todo, no dices nada.

Me abraza, y vuelvo a hacerme daño en el labio, como con Cillian, pero esta vez me aguanto.

—Recuerda —me dice— que, al morir tu madre, tú te convertiste en nuestro hijo. Te quiero, y Cillian también te quiere. Desde siempre y para siempre.

Me dispongo a decirle que no quiero marcharme, pero no tengo tiempo de

hacerlo.

Oigo una explosión que supera a todo lo que he oído hasta ahora en Prentisstown, como si algo saltara por los aires y subiese muy arriba.

Proviene de nuestra granja.

Ben me conmina a ponerme en marcha. No dice nada, pero su ruido aúlla *Cillian* sin cesar.

—¡Regresaré a vuestro lado! —afirmo—. ¡Os ayudaré a luchar!

—¡No! —grita Ben—. ¡Tienes que alejarte! ¡Prométemelo! ¡Atraviesa la ciénaga y márchate!

Me quedo callado durante unos instantes.

—¡Prométemelo! —me exige Ben.

—¡Promete! —ladra Manchee, también él amedrentado.

—Te lo prometo —convengo.

Ben se lleva la mano a la espalda y desabrocha algo. Lo sacude para desprenderlo. Luego me lo da. Es un cuchillo de caza, el grande y dentado con mango de hueso, capaz de cortar cualquier cosa; es el cuchillo que esperaba recibir por mi cumpleaños. Está en su cinto, de modo que puedo ceñírmelo al cuerpo.

—Toma —dice—. Llévatelo a la ciénaga. Es probable que lo necesites.

—Nunca me he enfrentado a un zulaque, Ben.

Agarro el cuchillo.

Un nuevo estallido sacude la granja. Él se da la vuelta un momento y después me mira.

—Vete. Sigue el río hasta la ciénaga, y luego hacia delante. Corre todo lo que puedas y, por favor, Todd Hewitt, ¡que no se te ocurra dar la vuelta! —Me agarra el brazo con fuerza—. Si puedo encontrarte, te encontraré; lo juro —dice—. Pero tú no te pares, Todd. Recuerda lo que me has prometido.

Eso es todo. Es el adiós. Un adiós que yo no pretendía.

—Ben...

—¡Ve! —grita y, tras dirigirme una mirada fugaz, echa a correr hacia la granja para encontrarse con lo que sea que esté sucediendo en el fin del mundo.

EL CUCHILLO POR DELANTE

—Venga, Manchee —digo, iniciando la carrera, a pesar de que todo mi ser me implore seguir a Ben, que corre entre los campos por un camino distinto, tal como dijo que haría, para confundir a cualquiera que esté rastreando el ruido.

Me detengo al oír una serie de detonaciones sucesivas que proceden de la granja y, convencido de que son disparos, me acuerdo del rifle que Cillian le arrebató al señor Prentiss Junior y de todos los rifles que el alcalde Prentiss y sus hombres almacenan en el pueblo. Comprendo que el rifle robado por Cillian no va a servir de mucho contra todas esas armas e imagino que las explosiones más fuertes que he oído han debido de ser el resultado de que Cillian volase los generadores, para confundir a los hombres y alterar el ruido lo suficiente para que el mío, tan solo un murmullo, pase inadvertido.

Y todo para que yo escape.

—Vamos, Manchee —digo, y salvamos los últimos metros que nos separan del río. Luego giramos a la derecha y descendemos pegados a la orilla por entre los juncos que crecen en las someras aguas.

Los juncos, el hogar de los cocodrilos.

Desenfundo el cuchillo y, mientras proseguimos la huida, lo sostengo en la

mano por delante de mí.

—¿Qué, Todd? —ladra Manchee una y otra vez; es su manera de decir: «¿Qué está pasando?».

—No sé, Manchee. Cállate un poco para que pueda pensar.

La mochila me golpea la espalda, pero, con todo, corremos tanto como nos lo permiten las piernas, sorteando arbustos y saltando sobre troncos caídos.

Volveré. Eso es lo que haré. Voy a volver. Me han dicho que sabría qué hacer y ahora lo sé. Iré a la ciénaga, mataré a los zulaques, si puedo, y luego regresaré para ayudar a Ben y a Cillian y marcharnos todos juntos a ese lugar del que me habló Ben.

Sí, eso es lo que voy a hacer.

—Promesa, Todd —me recuerda Manchee, preocupado, mientras la cresta sobre la que viajamos se aproxima cada vez más a los juncos.

—Calla —respondo—. He prometido que seguiría adelante, pero seguir adelante no excluye que tenga que volver primero.

—¿Todd? —exclama él. Sí, yo tampoco me lo creo.

Nos hallamos a bastante distancia de la granja como para no oír nada de lo que allí sucede. El río gira hacia el este en su camino hacia la ciénaga, de manera que nos estamos alejando del pueblo. Nada ni nadie viene detrás de nosotros, excepto mi ruido y el de Manchee, y también el fragor del agua, cuyo estruendo bien puede ocultar el ruido de un cocodrilo que se disponga a cazar. Ben dice que así es la «evolución», pero también dice que no piense demasiado sobre ello si Aaron está cerca.

Me falta el aire, y Manchee jadea como si estuviese a punto de desplomarse, pero no nos detenemos. Pese a que el sol se esté poniendo, la claridad todavía es intensa y frustra cualquier intento de ocultarse en las sombras. El terreno va allanándose y, cuando llegamos a los primeros remansos pantanosos, nos encontramos al nivel de las aguas. El suelo,

embarrado, nos entorpece el paso, y también los juncos.

—Atento a los cocodrilos —le digo a Manchee—. Aguza el oído.

Porque el agua baja ya lenta y, si eres capaz de moderar el volumen de tu ruido, los oyes desplazarse por los alrededores. La tierra está empapada. En el cieno, cada paso es más costoso que el anterior. Aprieto el cuchillo, que va frente a mí, abriendo camino.

—¿Todd? —dice Manchee.

—¿Los oyes? —susurro, intentando atender a un tiempo a dónde pongo los pies, a los juncos y a Manchee.

—Cocodrilos, Todd —anuncia con el ladrido más suave de que es capaz.

Me paro y me centro en escuchar.

Y ahí, entre los juncos, a escasa distancia, por todas partes, los oigo.

Carne, están diciendo.

Carne, dicen, **festín** y también **diente**.

—Demonios —me lamento.

—Cocodrilos —repite Manchee.

—Vamos —digo, y comenzamos a chapotear en el lodo al tratar de aumentar el ritmo de nuestro avance. Los zapatos se me hunden en el agua, y no hay modo de seguir si no es a través de los juncos. Empleo el cuchillo para cortar cualquier junco que se me pone por delante.

Al levantar la vista, observo que nos estamos escorando hacia la derecha. Ya hemos pasado el pueblo y nos hallamos en el punto en que los campos sin cultivar bajan desde la escuela y se encuentran con la ciénaga; si cruzamos la zona pantanosa que tenemos por delante, llegaremos a terreno seguro y podremos elegir uno de los senderos que conducen al corazón de la ciénaga.

¿De verdad estuve aquí esta mañana?

—Apura, Manchee —digo—. Nos falta muy poco.

Carne... festín... dientes. Estoy seguro de que cada vez están más cerca.

—¡Vamos!

Carne.

—¿Todd?

Me abro camino a través de los juncos lidiando con el barro, pero, al tiempo, **Carne... festín... idiente!**

Y luego oigo **Perro revoltoso.**

Sé que estamos en un aprieto.

—¡Corre! —chillo.

Y corremos, y Manchee pega un ladrido de espanto y me adelanta, momento en el cual veo que un cocodrilo se levanta de entre los juncos y salta hacia él, pero Manchee está tan asustado que brinca todavía más, tan alto que ni siquiera él se lo cree, y el cocodrilo cierra las fauces, que chasquean sin alcanzar su presa, y aterriza en el cieno, a mi lado, con aspecto de estar pero que muy exasperado. Oigo que su ruido sisea **Chico revoltoso.** Sigo corriendo y el cocodrilo salta hacia mí, pero yo, sin pensarlo, giro y me cubro la cabeza con las manos porque se me va a echar encima con la boca abierta y las garras erizadas, y, mientras peleo con el barro, que me succiona los zapatos, e intento llegar a una zona en que la tierra está más seca, pienso que es el fin, que voy a morir, pero no, todavía estoy aquí y el cocodrilo también, así que continúo, lo golpeo, y me hace falta un minuto, durante el cual Manchee y yo no dejamos de aullar de miedo, para darme cuenta de que el cocodrilo ya no viene detrás, que está muerto, que mi cuchillo le ha traspasado el cráneo, que si sigue moviéndose es porque yo lo sigo golpeando, así que tiro del cuchillo y es tanta la alegría por no estar muerto que acabo cayéndome al agua con el cuchillo en la mano.

Y entonces, mientras mi pulso cardíaco empieza a relajarse y recupero el aliento, mientras Manchee ladra y ladra y ambos nos abandonamos al alivio y nos reímos, advierto que nuestro estallido de júbilo no nos permite oír algo

importante.

—¿Vas a alguna parte, joven Todd?

Aaron. Aquí, frente a mí.

Antes de que me dé tiempo a reaccionar, me da un puñetazo en la cara.

Me caigo de espaldas; la mochila se me hinca en la espalda y me hace parecer una tortuga panza arriba. La mejilla y el ojo me arden de dolor, y Aaron, sin darme tiempo a moverme, me agarra por la parte delantera de la camisa y la piel que está debajo y me pone de pie. Me hace tanto daño que suelto un chillido.

—¡Aaron! —ladra Manchee, airado, y se lanza a por sus piernas, pero él, sin siquiera mirarlo, le da una patada y lo deja despatarrado en el suelo.

Aaron me sostiene y me mira a los ojos. Yo solo puedo corresponderle con el otro ojo, el que no me duele.

—¿Se puede saber, en el nombre del munífico y glorificado Edén de Dios, qué estás haciendo en la ciénaga, Todd Hewitt? —dice, y huele a carne y su ruido suena del modo más espantoso y salvaje que te puedas imaginar—. Se supone que estabas en la granja, muchacho.

Me da un porrazo en el estómago con la mano que tiene libre. Sufro un espasmo y el cuerpo quiere doblármeme por la cintura, pero Aaron, que sigue agarrándome por la camisa y la piel, lo impide.

—Tienes que volver —afirma—. Hay algo que debes ver.

Pugno por llenar los pulmones de aire, pero el modo en que ha hablado se me queda resonando en el oído y logro percibir algunos retazos comprensibles en su ruido, con lo que empiezo a comprender los primeros retazos de lo que ha ocurrido.

—Tú los has enviado —le digo—. No me oyeron a mí. Te oyeron a ti.

—Los chicos listos no nos sirven cuando llegan a hombres —contesta, retorciéndome la camisa y, con ella, la piel del pecho.

Grito desafortadamente, pero me obligo a seguir hablando.

—No oyeron el silencio en mi ruido. Lo oyeron en el tuyo, y tú los mandaste tras mis pasos para evitar que fueran a por ti.

—Oh, no, Todd —responde—. Te oyeron a ti. Yo solo me cercioré de que así fuese. Quise que supieran quién era el responsable de haber puesto el pueblo en peligro. —Aprieta los dientes, y, bajo su barba, distingo una sonrisa feroz—. A quién debían recompensar por sus méritos.

—Estás loco —le espeto, y, oye, es la pura verdad; oye, no te imaginas cuánto lamento que así sea.

Su sonrisa desaparece de repente.

—Me pertenece, Todd —dice—. A mí.

No sé a qué se refiere, pero no me paro a pensarlo porque me doy cuenta de que tanto Aaron como yo hemos olvidado algo fundamental.

No he soltado el cuchillo.

Sucedan un montón de cosas a la vez.

Aaron oye **cuchillo** en mi ruido y, advirtiendo su error, levanta la mano que tiene libre con intención de darme un puñetazo.

Por mi parte, repliego el brazo de la mano con que sostengo el cuchillo, aunque no sé si me veo capaz de apuñalarlo.

Se oye un sonido en los juncos, y Manchee ladra:

—¡Cocodrilo!

Al mismo tiempo, oímos **Hombre revoltoso**.

Antes de que Aaron pueda darse la vuelta, el cocodrilo se abalanza sobre él, le hunde los dientes en el hombro, sella las mandíbulas y lo arrastra hacia los juncos. Aaron me suelta, y yo, al fin capaz de frotarme los cardenales que me ha hecho en el pecho, vuelvo a caerme al suelo. Alzo la vista y veo a Aaron chapoteando en medio del lodo, luchando por su vida, pero también distingo las hileras de púas de otros cocodrilos que van hacia él.

—¡Escapar! —ladra Manchee, enloquecido.

—¡Tienes toda la razón! —digo, y me pongo en pie venciendo el peso de la mochila, que me desequilibra un poco, mientras trato de abrir el ojo herido, que no se abre, pero da igual, ya que echamos a correr de inmediato y sin mirar atrás.

Salimos del terreno pantanoso y llegamos a la boca del sendero de la ciénaga, que recorreremos a toda velocidad hasta llegar al tronco en el que Manchee siempre se atasca. Sin embargo, esta vez lo salta sin siquiera detenerse, y yo tras él, con lo que nuestra frenética galopada nos deja frente a los edificios zulaques, en la misma situación que por la mañana.

Conservo el cuchillo en la mano y mi ruido restalla, desenfrenado, y en medio del susto, el dolor y el frenesí del momento, no tengo ni el más mínimo asomo de duda de que voy a encontrar al zulaque que se esté escondiendo en el agujero del ruido y lo voy a matar, lo voy a dejar seco por todo lo que ha pasado hoy.

—¿Dónde está? —le pregunto a Manchee—. ¿Dónde está el silencio?

Llevado por el furor, el perro olisquea por aquí y por allá, de edificio en edificio y, entre tanto, aunque sé que no va a ser fácil, intento aplacar mi ruido.

—¡Rápido! —exclamo—. Antes de que...

Dejo la frase colgando. Lo estoy oyendo. El rasgón en el ruido, tan grande y terrible como la vida misma, está ahí, tras los edificios zulaques, entre unos matorrales.

Esta vez no va a escabullírseme.

—¡Silencio! —ladra Manchee, entusiasmado, y sale disparado hacia los edificios y los matorrales.

Pero el silencio también se mueve, y, a pesar de que noto la presión en el pecho y de que me acuden a los ojos imágenes siniestras, esta vez no titubeo,

esta vez corro detrás del perro, corro sin detenerme, contengo la respiración y expulso un chorro de la tensión que me atenaza, me froto los ojos para limpiármelos de lágrimas, de sudor, de barro, aprieto el mango del cuchillo, oigo a Manchee ladrar y también el silencio, que está detrás de este árbol, justo detrás de este árbol, de este árbol de aquí, y pego un aullido y rodeo el árbol y corro hacia el silencio enseñando los dientes, sumando mis gritos a los ladridos de Manchee y...

Me paro.

Freno en seco.

El cuchillo sigue ahí, frente a mí, en la mano.

Ahí está, mirándonos, jadeante, de cuclillas junto a la base del tronco, encogiéndose ante la embestida de Manchee, con los ojos casi explotándole de terror, pero, pese a todo, haciendo amenazadores y desesperados aspavientos con los brazos.

Continúo quieto.

Sostengo el cuchillo.

—¡Zulaque! —ladra Manchee, que, sin embargo, viendo que yo me he quedado paralizado, no encuentra el valor suficiente para culminar su ataque —. ¡Zulaque! ¡Zulaque! ¡Zulaque!

—¡Cállate, Manchee! —le ordeno.

—¡Zulaque!

—¡He dicho que te calles! —insisto, y con eso es suficiente para que empiece a comprender.

—¿Zulaque? —pregunta ahora, dubitativo.

Trago saliva en un intento por aliviar la presión que me obtura la garganta, esa tristeza inconmensurable que fluye y fluye mientras miro lo que veo, y lo que veo, a su vez, me mira a mí. Saber es peligroso, los hombres mienten y el mundo cambia, y es así y no hay nada que hacer.

Porque no es un zulaque.

—Es una niña —digo.

Es una niña.



SEGUNDA
PARTE

SI EXISTIESE UNA NIÑA

—Es una niña —vuelvo a decir. Sigo intentando recuperar el aliento, notando la presión en el pecho y, desde luego, asiendo el cuchillo, cuyo filo se extiende por delante de mí.

Una niña.

Nos mira como si fuéramos a matarla. Está sentada con las piernas flexionadas, como una pelota, tan encogida como puede, y, sin perder de vista a Manchee, me lanza, de vez en cuando, una mirada fugaz.

A mí y al cuchillo.

Manchee resopla y bufra, da saltos como si el suelo le quemase las almohadillas de los pies, y tiene el pelo del lomo de punta; parece tan excitado y confuso como yo; si bien, por mi parte, añado a esas sensaciones la frustración de saber que no voy a ser capaz de mantener la calma.

—¿Qué, niña? ¿Qué, niña? —ladra Manchee.

O, dicho con otras palabras: «¿Qué es una niña?».

—¿Qué, niña? —insiste, y cuando da la impresión de que la niña está a punto de saltar a la larga rama bajo la que se acurruca, su ladrido se torna un gruñido atroz—. Queda, queda, queda, queda...

—Buen perro —le digo, a pesar de que ignoro por qué me parece bueno lo

que hace, pero ¿qué otra cosa decirle? Esto no tiene sentido, es absurdo, y se me antoja que todo va a empezar a resbalar, que el mundo es una mesa inclinada y que lo que está sobre ella va a caerse al vacío.

«Soy Todd Hewitt», pienso, pero ¿seguirá siendo cierto que lo soy?

—¿Quién eres? —le pregunto al fin, si es que puede oírme pese al bramido de mi ruido y a la crisis nerviosa de Manchee—. ¿Quién eres? —le repito con voz más clara y nítida—. ¿Qué haces aquí? ¿De dónde vienes?

Entonces se me queda mirando, durante todo un segundo por lo menos, y se olvida de Manchee. Observa el cuchillo, examina el rostro que está detrás del cuchillo.

Me está mirando. Me mira.

Ella.

Sé lo que es una niña. Pues claro. Las he visto en el ruido de sus padres, en el pueblo, tan llorada su desaparición como la de sus madres, aunque con menos frecuencia. Y también las he visto en los vídeos. Las niñas son pequeñas, amables y risueñas. Llevan vestidos, tienen los cabellos largos y se los peinan sobre la coronilla o a un lado de la cabeza. Se ocupan de las tareas que han de hacerse en el interior de las casas, y los niños de las del exterior. Se hacen mujeres a los trece años, como los niños cuando se hacen hombres, y después se convierten en esposas.

Así son las cosas en el Nuevo Mundo, o así son en Prentisstown. Así eran. O, en fin, así se suponía que debían de ser, puesto que no hay niñas. Todas murieron. Murieron con sus madres y sus abuelas y sus hermanas y sus tías. Murieron meses después de que yo naciera. Todas ellas, todas sin excepción.

Sin embargo, he aquí una.

No tiene los cabellos largos. En lugar de vestido, lleva unas ropas que parecen una versión moderna de las mías; tan modernas son, en realidad, que, pese a que estén rasgadas y embarradas, parecen un uniforme. Y ella no es

tan pequeña. Es, más o menos, de mi tamaño, según puedo comprobar; y de risueña, nada.

No, risueña no es.

—¿Zulaque? —susurra Manchee.

—¿Me harías el puñetero favor de callarte? —protesto.

¿Cómo saberlo? ¿Cómo saber que es una niña?

Ah, pero, eso sí, un zulaque no es. Los zulaques no difieren mucho de los hombres: tienen las extremidades un poco hinchadas, las bocas situadas un poco más arriba y ojos y orejas bien singulares. Además, llevan una vestimenta que se adapta al crecimiento de sus cuerpos, como si se cubriesen con una capa de líquenes capaces de plegarse a una forma cambiante. Según la hipótesis de Ben, ello es la consecuencia lógica de la vida en la ciénaga, pero ella no es así, viste ropas normales y no tiene nada que ver con un zulaque.

Pero, aparte de eso, es que lo sé. Lo sé y punto. No puedo explicarlo. La miro, la veo y lo sé. Es distinta de las niñas de los vídeos o del ruido, y yo nunca he visto una niña de carne y hueso; pero aquí está, frente a mí, y estoy convencido de que es una niña. Y ya está. No me preguntes por qué. Hay algo en su forma, en su olor, algo que desconozco, pero que noto: es una niña. Si existiese una niña, sería así.

Porque no es un niño. Qué va. No es como yo. No tiene nada que ver conmigo. Es algo diferente, sin duda, y no sé por qué lo sé, pero sí sé lo que soy, soy Todd Hewitt, y sí sé que no soy lo que ella es.

Ella me está mirando. Me mira la cara, los ojos. Mira y mira.

Y no oigo nada. Nada.

Caray, y también esta sensación en el pecho. Me aprieta mucho.

—¿Quién eres? —le pregunto una vez más, pero fíjate que la voz se me quiebra, se me rompe en pedazos, porque es que estoy tristísimo (cállate).

Aprieto las mandíbulas, hago acopio de un mínimo valor y vuelvo a la carga —. ¿Quién eres? —La señalo con el cuchillo y, con la otra mano, rápidamente, me enjugo las lágrimas de los ojos.

Aquí tiene que pasar algo. Alguien tiene que moverse. Alguien tiene que hacer algo.

Pero el único «alguien» a la vista soy yo, y mi mundo se ha reducido a lo que tengo delante.

—¿Hablas? —inquiero. Ella se limita a mirarme.

—Silencio —ladra Manchee.

—Calla, Manchee —le digo—. Necesito pensar.

Y ella sigue mirándome. Sin ruido.

¿Qué hago? No es justo. Ben me ha dicho que en la ciénaga sabría qué hacer, pero lo cierto es que no sé qué hacer. No mencionó nada que tuviera que ver con una niña, no indicó razón alguna que pueda explicar por qué el silencio me duele tanto que apenas puedo dejar de llorar, maldita sea, como si me invadiera una melancolía abrumadora que no me deja pensar, como si el vacío no estuviese en ella, sino en mí, y no existiese el modo de remediarlo.

¿Qué hago?

Pero ¿qué hago?

Parece que ella está empezando a calmarse. Ya no tiembla tanto como antes, los brazos se le están relajando poco a poco, y ya no me mira como si fuese a aprovechar cualquier oportunidad para huir; no obstante, ¿cómo estar seguro, si no hace ruido?

Además, ¿podrá oírme? ¿Podrá? ¿Puede una persona sin ruido oír algo?

Mientras la miro, pienso con toda la claridad e intensidad de que soy capaz: «¿Me oyes? ¿Oyes lo que pienso?».

No advierto cambios en su expresión ni en su actitud.

—Vale —digo, retrocediendo un paso—. Muy bien. Tú quédate ahí, ¿te

parece? Quédate ahí mismo.

Reculo unos cuantos pasos más sin dejar de mirarla, sin dejar de ver que ella me mira. Relajo el brazo con que sostengo el cuchillo, lo deslizo entre la correa de la mochila y mi cuerpo, me inclino y dejo que la mochila resbale hasta el suelo. Con el cuchillo en una mano, utilizo la otra para abrir la mochila y extraer de ella el diario.

Para estar hecho de palabras, pesa más de lo que cabría esperar. Y huele a cuero. Y hay páginas y páginas de lo que mamá...

Eso tendrá que esperar.

—Vigílala, Manchee —digo.

—¡Vigilar! —ladra él.

Abro la tapa frontal del diario y descubro un pliego, tal y como Ben explicó. Lo desdoblo. Contiene, en una de sus caras, un mapa dibujado a mano, y en la otra, un largo texto escrito en mayúsculas que, por el momento, prefiero evitar para conservar la calma en el ruido. Estudio el mapa.

Nuestra casa se encuentra en la parte superior, y el pueblo, más abajo, junto al río que Manchee y yo hemos recorrido hasta llegar adonde nos encontramos ahora. Pero hay más. La ciénaga se extiende hasta volver a dar lugar al río, y en ese punto hay dibujada una serie de flechas que indican el camino que Ben quiere que Manchee y yo tomemos, y entonces sigo con el dedo la dirección de las flechas, que conducen hacia...

¡Plaf ! El mundo de alrededor se vuelve blanco en el instante en el que algo me golpea la cabeza justo en el lugar en el que Aaron me dio un puñetazo, y pierdo el equilibrio, pero, mientras me caigo, contraataco con el cuchillo y oigo un grito de dolor, tras lo cual giro en el aire antes de chocar contra el suelo y aterrizo sentado. Me llevo la mano que blande el cuchillo a la zona herida y, observando el lugar del que procedía el golpe, aprendo mi primera lección.

Lo que no hace ruido puede sorprenderte. No lo ves, no lo oyes venir.

La niña también está sentada en el suelo, a escasa distancia, y se agarra el brazo, del que mana sangre. Ha tirado el palo con el que me ha golpeado, y en su expresión se percibe el agudo dolor que le provoca el corte.

—¡Por qué demonios has hecho eso! —le grito, palpándome el rostro con sumo cuidado. Es que ya basta de trompazos por hoy.

Agarrándose la herida, la niña alza la vista hacia mí con la frente arrugada. Está perdiendo bastante sangre.

—¡Palo, Todd! —ladra Manchee.

—Y tú, ¿para qué me sirves? —le reprocho.

—Caca, Todd.

Suelto un bufido y le arrojo un puñado de tierra. Él se aparta y luego, como si en el mundo no estuviera pasando nada extraordinario, se entretiene olisqueando unos matorrales. La capacidad de atención de los perros dura tanto como el chispazo de una cerilla. Qué bichos tan obtusos.

El sol está cerca de ponerse y la oscuridad va ganando terreno en la ciénaga, que se sume en la tiniebla, pero yo sigo sin respuestas. Ajeno a todo, el tiempo corre. En teoría, no puedo regresar, pero es que, en teoría, no debería encontrarme al lado de una niña.

El corte que tiene en el brazo sangra en abundancia.

—Oye —le digo con voz un tanto agitada.

«Me llamo Todd Hewitt y soy casi un hombre», pienso.

—Oye —le insisto, con un tono que espero que sea más relajado.

Ella me mira.

—No voy a hacerte daño —le aseguro, jadeando tanto como ella—. ¿Me oyes? No voy a lastimarte. Siempre que no vuelvas a golpearme, ¿entiendes?

Me mira a los ojos. Después el cuchillo capta su atención.

¿Comprenderá lo que le digo?

Me aparto el cuchillo de la cara y lo pongo cerca del suelo, pero no lo suelto. Con la mano desocupada, rebusco en la mochila hasta encontrar el botiquín que Ben metió en ella. Se lo muestro.

—Botiquín —le explico. Ella no da signos de saber de qué le hablo—. Bo... ti... quín —pronuncio. Le señalo el brazo herido—. Estás sangrando. Nada.

Suspiro y hago ademán de levantarme. Ella se estremece y se arrastra hacia atrás sirviéndose de los pies y de las manos. Impaciente, vuelvo a suspirar.

—No voy a hacerte nada. —Levanto el botiquín—. Medicina. Así podrás detener la hemorragia.

Nada de nada. Quizá esta niña esté vacía.

—Mira —le digo, abriendo el botiquín. Manoseo un poco el contenido y me hago con una gasa hemostática, cuyo envoltorio rasgo con los dientes. Como también yo debo de estar sangrando, me froto el ojo y la ceja con la gasa. La examino y, bingo, está manchada de sangre—. ¿Ves? —le pregunto señalándome el ojo—. ¿Ves? La gasa evita que sigas perdiendo sangre.

Doy un paso hacia ella; solo uno. Ella, a su vez, retrocede, pero con menos decisión que antes. Doy otro paso, y otro más, y continúo así hasta colocarme a su lado. Ella no pierde de vista el cuchillo.

—No voy a utilizarlo, así que olvídate de él —le digo. Le coloco una gasa en el brazo—. Aunque el corte sea profundo, esto lo cierra, ¿vale? Intento ayudarte.

—¿Todd? —ladra Manchee, inquisitivo.

—Espera un momento —respondo—. ¿Ves? Estás sangrando mucho. Pero yo lo soluciono, ¿vale? Tú procura no pensar en darme un cachiporrazo con un palo.

La niña observa mis maniobras. Observa y observa. Entre tanto, finjo un aplomo que, la verdad, me falta. Desconozco qué razones me llevan a

ayudarla después de que me haya atacado, pero, en fin, supongo que no tengo otra cosa que hacer. Ben hablaba de que encontraría respuestas en la ciénaga, pero yo no veo respuestas por ninguna parte, tan solo a una niña que sangra porque le he hecho un tajo que yo creo que se ha buscado, y ahora la estoy intentando curar porque sí.

O porque no. Estoy perdido, así que me concentro en esto.

Todavía jadeando, la niña no me quita ojo de encima. Sin embargo, no huye, no se estremece, sino que, contra todo pronóstico, extiende el brazo para facilitarme la labor.

—¿Todd? —ladra Manchee una vez más.

—Chitón —le ordeno, temiendo que sus ladridos asusten a la niña. Encontrarme tan cerca del silencio que la rodea hace que el corazón se me desencaje. Lo noto, siento que me arrastra a un pozo sin fondo, que me invita a dejarme llevar por una caída interminable.

Ah, pero conservo el juicio, sí. Lo conservo y ejerzo presión sobre la gasa, le limpio la herida, que es bastante profunda, y sigo así hasta que deja de sangrar.

—Debes ser cuidadosa —le aconsejo—. Ha de cicatrizar. Tienes que esperar a que el cuerpo haga el resto y la herida se cure, ¿entiendes?

Pero ella, como hasta ahora, se contenta con mirarme.

—Muy bien —afirmo, tanto para mí como para el mundo en general, sin saber qué hacer a continuación.

—¿Todd? —ladra Manchee—. ¿Todd?

—Y nada de golpearme, ¿te parece? —le digo a la niña—. No más palos.

—¿Todd? —persevera Manchee.

—Sí, ya sé que me llamo Todd.

Y entonces, justo ahí, bajo la luz en declive, encuentro el tímido comienzo del proyecto de una sonrisa. No puedo creerlo.

—Tú... —titubeo, mirándola a los ojos en la medida en que me lo permite el agarrotamiento del pecho—. ¿Entiendes lo que te digo?

—Todd —el ladrido de Manchee se vuelve agudo.

Me doy la vuelta.

—¿Qué? —exclamo.

—¡Todd! ¡Todd!

Entonces los tres lo oímos. A través de los matorrales y las ramas, nos llega el sonido de pisadas y de ruido y más ruido; ruido, diablos.

—Levanta —le digo a la niña—. ¡Arriba! ¡Ya!

Agarro la mochila, me la echo a la espalda y veo que la niña me mira con terror, que se ha quedado petrificada y no parece reaccionar, así que le grito para espabilarla, la agarro del brazo, porque en este momento su corte ya no importa, y tiro de ella intentando que se levante, pero de pronto comprendo que es demasiado tarde, y oigo un aullido y un rugido, a lo que sigue un estruendo como de árboles que se derrumban, y entonces la niña y yo nos volvemos, pero es solo para toparnos con Aaron, enloquecido y desfigurado, corriendo hacia nosotros.

LAS ALTERNATIVAS DE UN CUCHILLO

Está a tres pasos de nosotros. Antes de que me dé tiempo a escapar, extiende las manos, me agarra por el cuello y me empuja contra el tronco de un árbol.

—¡Maldito pedazo de basura! —brama, y me presiona la garganta con los pulgares. Me revuelvo, trato de herirlo con el cuchillo, pero una de las correas de la mochila, que se me ha caído, se me engancha en el brazo y me lo retiene contra la áspera superficie del tronco, con lo que Aaron bien puede tomarse su tiempo para estrangularme cuanto quiera.

Tiene la cara destrozada de un modo tan abominable que sé que, si salgo de esta, jamás la olvidaré. Los cocodrilos le han arrancado la oreja izquierda y gran parte de la mejilla. A través de la hendidura le veo las encías y los dientes, por no hablar del ojo izquierdo, que amenaza con salirse de la órbita. Tiene más rajaduras en la barbilla y en el cuello, las ropas hechas jirones y sangre por todas partes, e incluso un diente de cocodrilo hincado en el hombro, medio descarnado.

Estoy boqueando en busca del aire que me exigen los pulmones, y no te imaginas lo mucho que duele la asfixia, cómo el mundo empieza a dar vueltas alrededor, la cabeza se nubla, se enloquece, y entonces concibo la estúpida idea de que Aaron, en realidad, no ha sobrevivido a los cocodrilos,

sino que está tan furioso conmigo por haberse muerto que, desafiando las leyes de la naturaleza, ha venido a matarme.

—¿De qué demonios te estás riendo? —aúlla, y noto que me salpican la cara pequeñas partículas de sangre, saliva y carne. Me aprieta el cuello con más fuerza, y ya es demasiado. Me acometen arcadas y espasmos, me fallan las fuerzas, la luz y el color de lo que me rodea se va fundiendo en un torbellino y siento que me estoy muriendo, que voy a morir.

—¡¡¡Aaaah!!! —De pronto, Aaron da un salto y me suelta. Caigo al suelo, devuelvo todo lo que tengo en el estómago y, al fin, tomo una poderosa bocanada de aire que me hace toser durante un rato que se me hace infinito. Levanto la vista y veo a Manchee, cuyas mandíbulas se han cerrado sobre el cráneo de Aaron como una tenaza de acero.

Buen perro.

Aaron aprisiona a Manchee con un brazo y lo lanza hacia los matorrales. Oigo el golpetazo, un aullido y después:

—¿Todd?

Aaron gira sobre sí mismo y viene hacia mí, pero yo no puedo dejar de mirarle el rostro, las espantosas heridas a las que nadie, pero nadie, podría haber sobrevivido.

A lo mejor sí que está muerto después de todo.

—¿Dónde está la señal? —inquire con un tono de voz tomado por el pánico, mirando alrededor.

¿La señal? La...

La niña.

Yo también miro. No está.

Aaron escudriña en una dirección y en la otra, y luego veo que oye lo mismo que yo: los crujidos y chasquidos de un par de pies que corren, y, sobre todo, el silencio, que fluye hacia nosotros. Sin pensarlo dos veces, echa

a correr y desaparece entre la maleza.

Y, así, me encuentro solo.

Así, sin más, como si yo no tuviera nada que ver con lo que sucede. Está siendo un día verdaderamente absurdo.

—¿Todd? —Manchee se me acerca cojeando entre los matorrales.

—Estoy bien, compañero —respondo entre toses—. Estoy bien.

Con la frente apoyada en el suelo, me concentro en respirar mientras toso y escupo una mezcla de saliva y vómito.

Sigo respirando trabajosamente, y entonces me asaltan ciertos pensamientos, que me ocupan la mente sin que yo se lo pida.

Porque, a lo mejor, todo ha terminado, ¿no? Quizá hemos tocado el fondo de la cuestión, así de fácil. Vamos a ver. Evidentemente es la niña lo que Aaron persigue, sea lo que sea lo que quiera decir eso de «la señal». Evidentemente, la niña es lo que todo el pueblo persigue, y por eso el jaleo con el silencio en mi ruido. De modo que, si Aaron se la queda o, lo que es lo mismo, si el pueblo se la queda, entonces ya está, ¿verdad? Asunto zanjado. Que hagan lo que les plazca y que me dejen en paz, y así podré regresar a mi casa y todo volverá a ser como antes. Vale, a la niña no creo que le convenga mucho, pero quizá contribuya a ahorrarles a Ben y a Cillian un destino incierto.

Y también a mí.

Solo estoy pensando, ¿vale? Dándole al coco y nada más. Tal vez esto se acabe tan rápido como empezó.

—Fin —murmura Manchee.

Pero en ese momento oigo un grito terrible, desgarrador, que, desde luego, me permite entender que la huida de la niña ha terminado mal, y esa es mi elección, ¿o no?

El siguiente grito me llega un instante después, claro que yo ya estoy

corriendo sin siquiera pensar en lo que hago, desembarazándome de la mochila, inclinándome un poco hacia delante, tosiendo y abriéndome paso con el cuchillo.

Es sencillo seguirles la pista. Aaron ha arrollado los matorrales como lo haría un buey, y su ruido barbulla y ruge, y, además, también está el silencio de la niña, que percibo con nitidez, pese a los gritos que lo menoscaban. Unos momentos más tarde, durante los que Manchee y yo corremos al límite de nuestras fuerzas, llegamos, y las anteriores dudas se han desvanecido de mi fuero interno. Aaron ha acorralado a la niña en una charca no muy profunda, y la empuja hacia el tronco de un árbol. A pesar de que la agarra por las muñecas, ella presenta resistencia, patalea y lucha con él, si bien el terror que le barre el rostro es tal que a duras penas logro decir algo.

—Suéltala —la voz me chirría, pero nadie me oye. El ruido de Aaron chirría con tanta intensidad que no estoy seguro de que un aullido obtuviese mejores resultados. **EL SANTO SACRAMENTO... LA SEÑAL DE DIOS... EL CAMINO DE LA SANTIDAD...** e imágenes de la niña en la iglesia, de la niña bebiendo el vino y comiendo la oblea, de la niña transformada en ángel.

De la niña siendo sacrificada.

Aaron le sujeta las muñecas con una sola mano y, con la otra, se quita el cinturón y lo emplea para atárselas. La niña responde con patadas, pero él le abofetea la cara con el dorso de la mano.

—¡Déjala en paz! —insisto, elevando el tono de voz.

—¡Paz! —ladra Manchee, cojo aunque feroz. Este sí que es un buen perro.

Doy un paso hacia delante. Aaron sigue dándome la espalda como si no le importase mi presencia, como si ni siquiera me considerara una amenaza.

—¡Que la dejes marchar! —grito, y acto seguido tengo que toser. Aun así, no hay respuesta. Aaron no se inmuta.

Voy a tener que hacerlo, voy a tener que hacerlo, ay, ay, ay, que voy a tener que hacerlo.

Voy a matarlo.

Levanto el cuchillo.

Tengo el cuchillo levantado.

Aaron se da la vuelta, se da la vuelta como si alguien hubiese gritado su nombre. Me ve frente a él, con el cuchillo en la mano, quieto como el idiota desdichado que soy, y sonrío, y, oye, hay que ver, no sabes lo espantosa que puede ser una sonrisa en una cara tronzada.

—El ruido te delata, joven Todd —me dice, soltando a la niña, que está atada y dolorida y no hace intentos de escapar. Aaron avanza un paso.

Reacciono retrocediendo otro paso (cállate, por favor, cállate).

—El alcalde se disgustará cuando sepa de tu prematuro abandono del mundo terrenal, chico —afirma Aaron, dando un paso más. Lo imito, y el cuchillo sigue en el aire, inútil—. Sin embargo, Dios prescinde de los cobardes —agrega—, ¿no crees, muchacho?

Rápido como el rayo, me da un golpe en el brazo y me arranca el cuchillo, que sale despedido, y después me propina un puñetazo en la cara. Como consecuencia, me caigo de espaldas y me hundo en el agua. Una vez allí, noto que se pone de rodillas sobre mi pecho y que, para rematar la faena, me aprieta el cuello con ambas manos, pero, teniendo en cuenta que tengo la cabeza sumergida, esta vez no será necesario que se esfuerce demasiado.

Forcejeo, pero sé que he fracasado. He fracasado. Tenía una oportunidad y la he desperdiciado, así que me lo merezco, y, aunque siga forcejeando, las fuerzas no me asisten y noto que se acerca el final, noto que me estoy rindiendo.

Me rindo.

Me he rendido.

En ese instante, mis manos tantean una roca en el agua.

¡Crac! La levanto y, en un abrir y cerrar de ojos, la estrello contra el costado de la cabeza de Aaron.

¡Crac! Un golpe más.

¡Crac! Y otro.

Noto que se le afloja el cuerpo, que se derrumba; medio ahogado, levanto la cabeza y logro sentarme, pero todavía vuelvo a darle con la roca en la cabeza. Él se queda estirado en el agua, muy quieto, con los dientes asomando por la raja que le cruza la cara. Tosiendo y escupiendo, encuentro fuerzas para embestirlo, pero él se queda ahí y se va hundiendo poco a poco.

A pesar de que la garganta me escuece como si se me hubiese partido por la mitad, expulso el agua y aspiro aire sin demasiada dificultad.

—¿Todd? ¿Todd? ¿Todd? —dice Manchee, a mi lado, lamiéndome y ladrando como un cachorrito. Como todavía no puedo hablar, le rasco entre las orejas.

Entonces, ambos percibimos el silencio y, al levantar los ojos, vemos a la niña, quien, con las manos atadas, está a unos metros de nosotros.

Tiene el cuchillo entre los dedos.

Me quedo inmóvil durante un segundo, y Manchee gruñe, pero enseguida comprendo. Tras recuperar el aliento, alargo un brazo, agarro el cuchillo y le corto el cinturón que le muerde las muñecas. Callada, sin dejar de mirarme, lo tira y se frota las rozaduras.

Se ha dado cuenta. Sabe que me he salvado por pura casualidad.

«Maldita sea», pienso, «maldita sea».

Ella mira el cuchillo. Luego observa a Aaron, que yace en el agua.

Todavía respira. Regurgita agua, pero respira.

Aprieto el mango del cuchillo. La mirada de la niña se debate entre el cuchillo, Aaron y yo mismo.

¿Me lo está pidiendo? ¿Me está pidiendo que lo haga? Aaron está indefenso y tal vez acabe por ahogarse.

Y yo tengo un cuchillo.

Me pongo de pie, un súbito mareo me hace caer y me vuelvo a levantar. Camino hacia Aaron. Alzo el cuchillo. Una vez más.

Advierto que la niña contiene el aliento.

—¿Todd? —ladra Manchee.

Y el cuchillo ya se encuentra sobre Aaron. Vuelvo a tener una oportunidad. De nuevo, el cuchillo está suspendido en el aire.

Podría hacerlo. Nadie en todo el Nuevo Mundo tendría motivos para culparme. Estaría en mi derecho.

Podría hacerlo, sí.

Pero un cuchillo no es solamente un objeto, ¿verdad? Es una elección entre alternativas. Sí o no, cortar o no cortar, matar o no matar. Un cuchillo recoge la decisión que tomes y la convierte en un hecho real, tangible, que ya no puede remediarse.

Aaron va a morir. Tiene la cara desgarrada, y la cabeza, que ha recibido fuertes golpes, se le va hundiendo en el agua sin que él intente levantarse. Ha intentado matarme, ha querido matar a la niña, ha montado un lío espantoso en el pueblo, ha sido él, sin duda, el que ha enviado a Prentiss a la granja y, por tanto, es a él a quien hay que responsabilizar de la suerte que hayan corrido Ben y Cillian. Merece morir. Lo merece.

Pero no consigo hacer que el cuchillo ponga punto y final.

¿Quién soy yo?

Todd Hewitt.

Soy la criatura más insignificante, minúscula y superflua del género humano.

No puedo hacer esto.

«Maldita sea», pienso.

—Vamos —le digo a la niña—. Tenemos que salir de aquí.

CUANDO LA SUERTE NO ACOMPAÑA

En un principio, no me parece que la niña esté dispuesta a venir. No tiene motivos para hacerlo, no hay razón para que yo se lo pida, pero, pese a ello, cuando vuelvo a decírselo y la voz me tiembla, y acompaño mis palabras con un gesto apremiante, ella obedece, y vete tú a saber si es lo correcto, pero lo cierto es que así son las cosas.

La noche se ha cerrado sobre nosotros. La ciénaga se desvanece en una oscuridad impenetrable. Recogemos mi mochila, damos un rodeo para apartarnos del cuerpo de Aaron (que no se levante, por favor) y nos internamos en la oscuridad. Sorteando árboles y gateando sobre las raíces, vamos hundiéndonos en lo más profundo de la ciénaga. Nos detenemos al llegar a un claro en el que el suelo llanea.

Todavía tengo el cuchillo en la mano. Está ahí, relampagueando como el mismo espíritu de la culpa, tachándome de cobarde una y otra vez. Refleja la luz de la luna, y advierto que es una herramienta poderosa. Poderosa, sí, tanto que tengo que confesarme parte de él, en lugar de considerarlo una parte de mí.

Lo guardo en su funda, entre la mochila y la espalda, donde al menos no tendré que verlo.

Me quito la mochila, la abro y saco una linterna.

—¿Sabes cómo funciona? —le pregunto a la niña mientras enciendo y apago la linterna un par de veces.

Ella, como siempre, se limita a mirarme.

—Da igual —concluyo.

La garganta todavía me duele, la cara todavía me duele, el pecho todavía me duele. Mi ruido sigue azotándome con malos presagios sobre la lucha que Ben y Cillian habrán tenido que librar en la granja, sobre el tiempo que el señor Prentiss Junior tardará en descubrir adónde me he ido, sobre cuánto le llevará decidirse a seguirme, o a seguirnos (no creo que mucho, si es que no nos sigue ya a estas alturas), así que ¿a quién le importa si sabe o no sabe utilizar una linterna? No a ella, desde luego.

Extraigo el diario de la mochila y lo ilumino con la linterna. Despliego el mapa y sigo las flechas que Ben ha marcado, desde nuestra granja hasta el río, y de ahí, atravesando la ciénaga, hasta el río que se forma más adelante.

No es difícil orientarse en la ciénaga. En el horizonte que la rodea siempre están a la vista tres montañas, una de ellas más próxima. Según el mapa de Ben, el río pasa entre la más cercana y las otras dos, de modo que lo único que tenemos que hacer consiste en dirigirnos hacia el territorio que se extiende entre ellas, en donde encontraremos el río y proseguiremos la caminata, tal como indican las flechas.

Las flechas terminan en otro asentamiento.

Ahí esta, en el extremo inferior del mapa.

Un lugar ajeno, distinto; otro lugar.

Como si yo no tuviera bastantes novedades que digerir.

Alzo la mirada para observar a la niña, cuyos ojos siguen fijos en mí, tal vez siquiera sin parpadear. Le enfoco la cara con el haz de luz de la linterna. Molesta, ella tuerce la cabeza.

—¿De dónde eres? —le pregunto—. ¿De aquí?

Ilumino el mapa y le indico el lugar con el dedo. Como no se mueve, le hago un gesto para invitarla a acercarse. Pero sigue quieta, así que tomo el diario, voy hasta ella y alumbro el mapa.

—Yo —afirmo, señalándome con un índice— soy de aquí. —Le enseño, sobre el mapa, nuestra granja, al norte de Prentisstown—. Esto —continúo diciendo mientras hago un vago gesto para señalar la ciénaga— está aquí. —Le muestro la ciénaga en el mapa—. Debemos viajar hasta aquí. —Le indico el otro pueblo. Ben ha escrito el nombre al lado, pero... ah, no logro descifrarlo—. ¿Eres de aquí, tú? —Doy golpecitos en el mapa con el dedo—. ¿Es este el lugar del que procedes?

La niña estudia el mapa, pero no responde.

Suspiro y doy un paso para separarme de ella. Me resulta incómodo estar tan cerca.

—Bueno, pues, sea como sea —resuelvo, devolviendo la vista al mapa—, es allí adonde vamos.

—Todd —ladra Manchee. Levanto la mirada. La niña ha empezado a caminar en círculos, a examinar lo que la rodea como si encontrara en ello un significado especial.

—¿Qué haces? —pregunto.

Ella me mira, luego repara en la linterna que tengo en la mano y después señala unos árboles.

—¿Cómo? —digo—. No tenemos tiempo para...

Impertérrita, sigue señalando los árboles y echa a andar hacia ellos.

—¡Eh! —exclamo—. ¡Oye!

Supongo que tengo que ir tras ella.

—¡Tenemos que guiarnos por el mapa! —Pasamos por debajo de unas ramas y la mochila se me queda enganchada—. ¡Eh, espera!

Me abro camino como puedo con Manchee pisándome los talones, y descubro que la linterna de poco sirve cuando se trata de esquivar ramas, raíces y charcos que jalonan la ciénaga. Como tengo que agacharme a cada paso para liberar la mochila de todos los obstáculos en los que se queda prendida, apenas puedo mirar hacia delante. Sin embargo, de súbito la veo frente a mí, junto a un árbol caído y como quemado, esperando, mirándome.

—¿Qué pasa? —le pregunto—. ¿Qué estás...? Y entonces lo advierto.

El árbol está recién quemado, y también, a juzgar por las astillas limpias y blancas como madera joven, recién talado. Hay un montón de árboles en las mismas circunstancias, todos alineados a ambos lados de una gran zanja excavada en la ciénaga. Está cubierta de agua y, a tenor de la tierra y las plantas que se acumulan alrededor, da la impresión de que se deba a una única y portentosa palada.

—¿Qué es esto? —Proyecto la luz de la linterna hacia la zanja—. ¿Qué ha pasado aquí?

La niña mira a la izquierda, hacia donde la zanja se pierde en la sombra. El haz de la linterna no es lo bastante potente para iluminar tan lejos. Sin embargo, parece que hay algo.

Echa a caminar hacia allí.

—¿Qué haces? —le pregunto; pero no espero respuesta, ni la obtengo. Manchee va tras ella, y ambos desaparecen en la oscuridad. Los sigo, pero mantengo una distancia prudencial. El silencio sigue acompañando a la niña, envolviéndome, inquietándome, como si estuviera por tragarse el mundo entero y a mí con él.

El chorro de luz de la linterna me precede, alumbrando el agua junto a la que camino. Los cocodrilos no suelen adentrarse tanto en la ciénaga, pero no quiero confiarme y, además, las serpientes rojas son venenosas y las comadreas de agua muerden. Teniendo en cuenta que la suerte no nos está

siendo demasiado favorable, apuesto a que si puede pasarnos algo, nos pasará.

Ilumino a la niña y a Manchee con la linterna y, frente a ellos, distingo unos destellos pertenecientes a algo que no es árbol, matorral, animal ni agua.

Es metálico. Metálico y grande.

—¿Qué es eso? —pregunto.

Al aproximarme, creo que es solo una moto de fisi3n sobredimensionada y me pregunto qui3n ser3 el imb3cil que ha intentado conducir una moto de fisi3n por la ci3naga, pues, si ya cuesta hacerlas rodar en las pistas de tierra apisonada, no imagino lo dif3cil que debe ser conducir las entre ra3ces y agua.

No obstante, advierto que no es una moto de fisi3n.

—Espera un momento.

La niña se detiene.

¿Qué te parece? Me ha hecho caso.

—Entonces, sí que me entiendes, ¿no?

Pero sigue callada, callada como siempre.

—Da igual. Pero espera, por favor —digo mientras se me ocurre una idea. Todavía estamos un poco alejados del extraño objeto, pero, aun así, lo recorro con el haz de luz de la linterna. Luego ilumino el recto borde de la zanja. Y, después, otra vez el metal. Acto seguido, examino las acumulaciones de tierra y vegetación que están a ambos lados de la zanja. Y la idea va tomando cuerpo.

La niña decide volver a ponerse en marcha, y yo la imito. Debemos rodear un enorme tronco quemado, del que todavía se elevan unos perezosos hilillos de humo, y, entre tanto, el objeto va creciendo; es mucho más grande que la moto de fisi3n más grande que se haya visto, y aún más, pues advierto que es solo la parte de algo mucho mayor. Está abollado y abrasado por aquí y por allá, y, pese a que no sé qué aspecto habrá tenido antes de abollarse y

abrasarse, concluyo que es lo que queda de una nave.

Una nave accidentada.

Una aeronave. Tal vez incluso una nave espacial.

—¿Es tuya? —le pregunto a la niña, alumbrándola con la linterna. Ella no me responde, pero no me responde de un modo que podría interpretarse como que está conforme—. ¿Te has estrellado aquí?

La inspecciono de arriba abajo, a la niña. Su ropa me resulta un tanto estrafalaria, pero no tanto como para que yo mismo no hubiese podido llevarla en un momento dado.

—¿De dónde vienes? —le digo.

Como es su costumbre, ella evita dirigirme la palabra y opta por mirar a lo lejos, cruzarse de brazos y empezar a caminar hacia la oscuridad. Decido quedarme donde estoy para examinar la nave. Porque eso es lo que tiene que ser. Tú mírala. Está muy dañada, lo bastante para que cueste reconocer su forma original, pero, con todo, aún es posible distinguir lo que podría ser el casco, lo que podría ser un motor, lo que podría ser lo que queda de una ventanilla.

Debes saber que las primeras casas de Prentisstown estaban hechas de materiales procedentes de las naves en las que habían llegado los primeros colonos. Es cierto que los tablones y los troncos enseguida tomaron el relevo, pero Ben dice que lo primero que hay que hacer tras tomar tierra es construir un refugio de inmediato y, para ello, uno emplea lo primero que tiene a mano. La iglesia y la gasolinera del pueblo aún conservan en sus respectivas estructuras piezas metálicas salidas de cascos, bodegas, camarotes y demás. Y, si bien esta nave está bastante machacada, fijándote lo suficiente comprobarías que podría ser una antigua casa de Prentisstown caída del cielo. Caída del cielo y calcinada.

—¡Todd! —ladra Manchee desde algún lugar invisible.

Echo a correr en la dirección de sus ladridos y bordeo los restos de la nave hasta topar con una zona que parece encontrarse en mejor estado. Hay una escotilla abierta en un punto un tanto elevado de una plancha de metal y, en su interior, resplandece una luz.

—¡Todd! —insiste Manchee y, al volverme, lo veo junto a la niña, que está observando algo tendido en el suelo. Al apuntar la linterna hacia allí, veo que son dos pilas de ropa.

Dos cuerpos, en realidad.

Me acerco sin dejar de iluminarlos. Uno de ellos pertenece a un hombre que está quemado de la cintura para arriba. A pesar de las quemaduras que le estropean el rostro, todavía es posible reconocer en él a un hombre. En la frente tiene una herida lo bastante fea como para haberle causado la muerte por sí sola, pero no importa demasiado porque, al fin y al cabo, está muerto. Muerto y tendido en la ciénaga.

Lo que está a su lado es una mujer, sí.

Contengo la respiración.

Es la primera que tengo ante los ojos. Se parece mucho a la niña. Pese a que no he visto antes una mujer, sé que esto que tengo delante tiene que serlo.

O tiene que haberlo sido, porque también está muerta. Si embargo, no hay heridas o quemaduras que permitan deducir la causa de su muerte, ni siquiera rastros de sangre o desgarrones en la ropa, de modo que es probable que, sencillamente, se le reventaran las entrañas.

En todo caso, es una mujer. Una mujer real.

Enfoco la luz de la linterna en la niña. Está quieta.

—¿Estos son tus padres? —le pregunto a media voz.

No dice nada, claro, pero imagino que debe de ser así.

Alumbro la nave y pienso en la zanja que la precede. Solo cabe una explicación. La niña se estrelló aquí con sus padres. Ellos murieron. Ella

sobrevivió. No sé si procedían de otro punto del Nuevo Mundo o de un lugar muy distinto, pero no importa. Ellos murieron y la niña sobrevivió y se quedó sola.

Y luego Aaron la encontró.

Cuando la suerte no está contigo, está contra ti.

Reparo en unas marcas en el suelo que me permiten suponer que la niña sacó los cuerpos de la nave y los arrastró hasta aquí. Sin embargo, la ciénaga no sirve para enterrar nada que no sea un zulaque, puesto que la tierra está empapada de agua. Lamento mucho tener que decirlo, pero lo cierto es que, pese al olor característico de la ciénaga, que lo disimula, estos cadáveres apestan, así que no sé cuánto tiempo habrá pasado la niña en soledad.

Me mira con una expresión en la que no hay rastro de una sonrisa o de un sollozo, tan imperturbable como siempre. Luego me rodea, sigue las marcas que hay en el suelo, camina hacia la escotilla, se encarama a ella y se introduce en la nave.

FUEGO Y COMIDA

—¡Oye! —exclamo, siguiéndola—. No debemos quedarnos por...

Al tratar de escalar hasta la escotilla, ella aparece en el vano y me obliga a saltar al suelo. Quiere que me quite de en medio. Desciende de la escotilla, pasa a mi lado con una bolsa en una mano y un par de pequeños paquetes en la otra. Dirijo la vista hacia la puerta y, de puntillas, intento distinguir algo de lo que hay en el interior. Todo parece en bastante mal estado, como era de esperar; cosas tiradas por todas partes y cacharros de todo tipo hechos trizas.

—¿Cómo lograste salir con vida? —le pregunto, volviéndome para mirarla.

Pero ella está ocupada. Tras apoyar en el suelo la bolsa y los paquetes, ha obtenido en alguna parte una caja pequeña, plana y de color verde. La sitúa sobre la porción de tierra más seca que encuentra y apila sobre ella unos cuantos palitos.

Le lanzo una mirada de incredulidad.

—No hay tiempo para...

Ella presiona un botón situado en uno de los costados de la cajita y ¡pfff! He ahí una hermosa y alegre hoguera instantánea.

Me quedo embobado, boquiabierto.

¡Quiero una de esas cajitas!

Ella me mira frotándose un poco los brazos, y entonces me doy cuenta de que estoy calado hasta los huesos, que tengo frío y me duele todo, y que, en consecuencia, una hoguera es precisamente lo que me hace falta en estos momentos.

Echo un vistazo a las tinieblas que envuelven la ciénaga como si esperara ver a alguien viniendo hacia nosotros. Pero, claro, no hay nadie, ni tampoco un sonido. Nadie se acerca. Todavía.

Poso los ojos en el fuego.

—Solo un momentito —digo.

Me aproximo a la fogata y, sin quitarme la mochila, me caliento las manos. Ella deshace uno de los paquetes y me lo lanza, y yo me lo quedo mirando hasta que la veo introducir los dedos en el otro paquete y extraer un pedazo de lo que debe de ser fruta deshidratada.

Me ha dado algo de comer. Y también con qué entrar en calor. Mientras disfruta de las llamas y mastica, su gesto sigue tan inexpresivo como antes, tan pétreo, podría decirse. Decido probar un bocado yo también. La fruta, o lo que sea, tiene una especie de pepitas resacas y resulta dulce y difícil de masticar, pero, aun así, me termino la mitad del paquete antes de advertir que Manchee también tiene hambre.

—¿Todd? —me llama, lamiéndose los labios.

—¡Ah! —respondo—. Perdona.

La niña nos observa a los dos, tras lo cual mete la mano en su paquete y le ofrece a Manchee un pedazo de su porción. Al acercársele el perro, da un respingo y deja el trozo en el suelo. Pero a él no le importa. Lo engulle de golpe.

Le hago un gesto a la niña para agradecérselo. Ella asiente con la cabeza.

Más allá del pequeño círculo que ocupamos, iluminado por la hoguera,

solo hay negrura, densa como una pared. Si en el cielo se ve el brillo de algunas estrellas, es porque la nave, en su aterrizaje, derribó algunos árboles. Trato de recordar si esta semana he oído algún estruendo lejano que proviniese de la ciénaga, pero a esta distancia el ruido de Prentisstown habría apagado cualquier sonido y evitado que cualquiera pudiera discernirlo.

Me vienen a la cabeza algunos sermones.

Bueno, casi todos.

—No podemos quedarnos aquí —anuncio—. Siento lo que te ha pasado, de verdad, pero hay hombres que nos seguirán el rastro hasta este lugar. Incluso en el caso de que Aaron haya muerto.

Ante la mera mención de ese nombre, la niña se estremece, aunque solo un poco. Él ha debido de decirle cómo se llamaba. O vete a saber. Algo.

—Lo siento —le digo sin saber muy bien por qué. Cambio de postura. El peso de la mochila me está matando—. Gracias por el tentempié, pero debemos marcharnos. —La miro a los ojos—. ¿Vienes?

La niña se me queda mirando un instante y, después, emplea la punta de una de sus botas para volcar los palitos que arden sobre la pequeña caja verde. Se agacha, vuelve a pulsar el botón y toma la caja entre las manos. Sin quemarse.

¡Oye, pues sí que está bien el aparatito en cuestión!

Lo guarda en la bolsa que ha traído de la nave y luego se cuelga el asa del cuello, como si fuese una bandolera. Parece que nunca haya dudado de que vendría con nosotros.

—En fin —concluyo al ver que ella parece estar dispuesta para partir—, supongo que estamos listos.

Nadie da un paso.

Echo una nueva ojeada a su madre y a su padre. Ella también, pero de modo fugaz. Quiero decirle algo, algo más, pero ¿qué? Cuando abro la boca,

ella mete la mano en su bolsa. ¿Querrá, no sé, buscar algún objeto con el que recordar a su familia, hacer algún tipo de gesto...? Es solo una linterna. La enciende —lo cual demuestra que sí sabía utilizar la mía— y empieza a andar, primero hacia mí, después rodeándome y, al fin, hacia delante, como si ya estuviésemos en camino.

Por lo visto, es como si sus padres ya no estuviesen ahí tumbados, muertos.

La miro y exclamo:

—¡Eh!

Ella da media vuelta.

—Por ahí, no —le explico, señalando hacia la izquierda—. Por aquí. Echo a caminar con Manchee y, al mirar por encima del hombro, veo que la niña viene con nosotros. Tengo unas ganas terribles de meterme en la nave y registrar hasta el último rincón en busca de cualquier cosa que pueda sernos de utilidad, pero tenemos que apurarnos, a pesar de que haya caído la noche, a pesar de que ninguno haya descansado, debemos partir.

Y eso hacemos, hacia el horizonte que se nos insinúa a través de los árboles, entre la montaña más próxima y las otras dos más alejadas. Las dos lunas están en cuarto creciente y el cielo se encuentra despejado, con lo que, pese al frondoso techo de la ciénaga, la claridad es suficiente para saber dónde ponemos los pies.

—Aguzar el oído —le ordeno a Manchee.

—¿Por? —ladra él.

—Por si algo o alguien tiene ganas de atraparnos, bobo.

Como no podemos correr, pues a buen seguro tropezaríamos, caminamos tan rápido como podemos mientras las linternas nos muestran lo que tenemos delante, ya sean raíces o pozas embarradas. Manchee viene y va, olisqueándolo todo y ladrando de vez en cuando, pero nunca por nada serio. La niña viene detrás, sin rezagarse, pero sin decidirse a ponerse a mi altura.

Lo cierto es que lo prefiero así, ya que, aunque mi ruido se esté manteniendo en los niveles más bajos del día, el silencio que nace de ella sigue afectándome cada vez que se me acerca.

Me extraña que no haya hecho nada con sus padres; que no haya llorado, que no se haya despedido de ellos o algo así. ¿No te parece? Yo daría cualquier cosa por volver a ver a Ben y a Cillian si estuviesen... Bueno, o si ya lo están.

—Ben —dice Manchee, a mi lado.

—Ya sé —le respondo, y le rasco entre las orejas.

Proseguimos.

No los enterraría, llegado el caso. Querría, en cambio, hacer algo distinto, pero no acabo de saber qué exactamente. Me detengo y me vuelvo para mirar a la niña, que sigue tan impasible como siempre; ¿será por el accidente, por haber perdido a sus padres? ¿Por Aaron? ¿O porque viene de otro mundo? ¿Sentirá algo? ¿Se le habrán congelado las emociones? Me mira, esperando a que me ponga en marcha.

Cosa que hago al cabo de unos momentos.

Horas. Son horas de caminata nocturna. Horas y más horas. Quién sabe cuán lejos estamos yendo o si vamos en la dirección correcta, pero, sea como sea, horas y horas. De vez en cuando, percibo el ruido de alguna criatura noctámbula, de algún búho de la ciénaga que, entre arrullos y gorgoritos, planea en busca de su cena, tal vez un ratón de cola corta desprevenido cuyo ruido es tan débil que casi no se entiende, pero, en general, lo que oigo es el ruido de seres que huyen del escándalo que debemos de estar produciendo al ir dando tumbos por la ciénaga en medio de la noche.

Sin embargo, lo curioso es que no me llega ningún sonido desde detrás, que no hay ruido de nuestros perseguidores, sonidos de ramas que se rompan, nada. Tal vez Ben y Cillian han conseguido desviarlos por una pista

equivocada. Tal vez el motivo que me lleva a apurarme carezca ya de importancia. Tal vez...

La niña se para. Una bota se le ha atascado en el barro.

La niña.

No. Sí que nos siguen. El único «tal vez» plausible es que tal vez estén esperando a que despunte el día, pues con luz tardarán menos en darnos caza.

Ah, pero nosotros continuamos andando, cada vez más cansados, y solo hacemos una breve parada para que cada quien se retire al matorral que le parezca a hacer un pis en la intimidad. Llega el momento para que abra la mochila y reparta porciones de la comida que Ben preparó.

Y luego caminar, más caminar.

Y, más tarde, cuando queda poco para que amanezca, se hace patente que no podemos más.

—Hay que parar —digo, dejando caer la mochila junto a un árbol—. Tenemos que descansar un poco.

Sin que hagan falta más argumentos, la niña apoya su bolsa contra otro árbol, y ambos nos derrumbamos y usamos, la bolsa, ella, y la mochila, yo, como almohada.

—Cinco minutos. —Manchee se ovilla junto a mí, y los párpados se le cierran al instante—. Solo cinco minutos —le digo a la niña, que ha sacado de su bolsa una pequeña manta con la que taparse—. No te pongas demasiado cómoda.

Debemos continuar nuestro viaje, sin duda. Voy a cerrar los ojos solamente durante un par de minutos, ya sabes, para echar un sueñecito de nada, y luego reemprenderemos la marcha e iremos más rápido que antes.

Una siesta mínima y nada más.

Abro los ojos. El sol ya ha salido. Y ha subido un poco. ¡Diablos! Hemos perdido al menos una hora; tal vez, dos.

Y entonces advierto que me ha despertado un sonido.

Ruido.

Aterrado, me pongo en pie de un salto, convencido de que los hombres están a punto de echársenos encima...

Pero no veo ningún hombre.

Es un casorí, que se cierne sobre todos nosotros.

¿Comida?, dice su ruido.

Ya sabía yo que no se habían ido de la ciénaga.

Oigo un grito ahogado que procede del lugar en el que se halla la niña. Ella también se ha despertado. El casorí se vuelve y la mira, pero Manchee se ha levantado.

—¡Toma! ¡Toma! ¡Toma! —le ladra, y el cuello del casorí se tuerce hacia nosotros.

Imagina un ave muy grande, de unos dos o tres metros de estatura, tan enorme que no puede volar, y luego ponle un cuello larguísimo y muy flexible, que se balancea sobre ti. Todavía conserva las plumas, pero son tan pequeñas que parecen pelo, y las alas le sirven simplemente para aturdir a sus presas. Las patas son largas, casi tanto como mi propio cuerpo, y terminan en unas garras que, de una patada, podrían matarte.

—No te preocupes —le digo a la niña—. No hace nada.

Porque así es. En teoría. Se supone que se alimentan de roedores y que solo se muestran agresivos si los atacas primero. Sin embargo, si no los atacas, Ben dice que se vuelven amistosos y torpones, y que te permiten darles de comer. Por otra parte, su carne está muy rica, y eso es lo que provocó que los primeros pobladores de Prentisstown los cazaran en tal número que, cuando yo nací, no quedaba ni un solo casorí en varios kilómetros a la redonda. Otra vez me encuentro con algo que conozco tan solo por los vídeos o por el ruido.

Mi mundo no deja de ampliarse.

—¡Toma! ¡Toma! —ladra Manchee, corriendo en círculos alrededor del casorí.

—¡No lo muerdas! —le grito.

El cuello del casorí se bambolea a un lado y a otro como una liana, siguiendo la trayectoria de Manchee, que, en comparación, parece minúsculo. **¿Comida?**, repite el ruido del casorí.

—No es comida —le aclaro, y el prodigioso cuello vira hacia mí.

¿Comida?

—No es comida —insisto—. Es un perro.

¿Perro?, piensa, y vuelve a concentrarse en Manchee, a quien pretende pellizcar con el pico. El pico no da ningún miedo; es como el de una oca, pero Manchee se ha asustado bastante y, ladrando sin cesar, da saltos para esquivarlo.

Rompo a reír. Es graciosa la situación.

Y luego me llega el sonido de una risa que no es la mía.

Me vuelvo. La niña está de pie, junto al árbol, observando cómo la gigantesca ave persigue al tonto de mi perro, y se lo está pasando pero que muy bien.

Sonríe.

Advierte que la estoy observando y deja de hacerlo.

¿Comida?, oigo, y descubro que el casorí está picoteando mi mochila.

—¡Eh! —le grito, y hago aspavientos para espantarlo.

¿Comida?

—Mira. —Desempaqueto un trozo de queso que Ben envolvió en una pieza de tela y se lo tiendo.

El casorí lo huele, lo mordisquea, se lo zampa y, mientras se lo traga, el cuello se le ondula. Chasquea el pico como haría un hombre con la boca

después de haber comido algo. Sin embargo, el cuello empieza a ondularse en el sentido inverso, y, con un grito estridente, escupe el pedazo de queso entero, que vuelve volando hasta mí cubierto de baba. Me da en la cara y me la deja llena de inmundicia.

¿Comida?, dice el casorí, y empieza a caminar lentamente hacia la ciénaga, como si nosotros hubiésemos dejado de interesarle.

—¡Toma! ¡Toma! —le ladra Manchee, que, pese a ello, se queda donde está.

Me limpio la baba de la cara con la manga y, entre tanto, reparo en la niña, que me mira sonriendo.

—Menuda gracia, ¿no? —le digo, y ella finge que no sonrío, pero yo sé que está sonriendo. Se da la vuelta y recoge su bolsa del suelo.

—Sí —acepto—. Tenemos que ponernos en marcha.

Una vez en camino, no hay más conversaciones ni sonrisas. El terreno no tarda en volverse un poco más accidentado y árido. Los árboles, que ya no son tan frondosos como antes, permiten que los rayos de sol lleguen hasta nosotros de vez en cuando. Después de un rato, llegamos a un pequeño claro, casi un pastizal, que asciende hasta un risco, por encima de las copas de los árboles. Nos detenemos al llegar arriba. La niña extrae de la bolsa una nueva ración del curioso alimento de frutas. Es el desayuno. Comemos de pie.

Al hallarnos a mayor altura que los árboles, tenemos una perspectiva despejada del paisaje que nos rodea. La montaña más grande se yergue en el horizonte, y la neblina empaña la visión de las otras dos, más pequeñas.

—Allí es a donde vamos —le informo, acompañando mis palabras con un dedo extendido—. Bueno, o a donde se supone que tenemos que ir.

Deja de comer y rebusca en su bolsa. Extrae de ella los prismáticos más coquetos que te puedas imaginar. A su lado, los míos, que se rompieron hace años, parecerían una patata. Se los sitúa a la altura de los ojos, echa un

vistazo y me los da.

Examino con ellos el lugar hacia el que nos encaminamos. Se ve de maravilla. A nuestros pies, se extiende una floresta que cubre colinas, valles y cañadas, y en la que el terreno pantanoso vuelve a ser un río que, a medida en que se acerca a las montañas, se hunde en cañones cada vez más profundos. Casi se puede oír el fragor de la corriente. No avisto ningún asentamiento, pero ¿quién sabe que habrá detrás de las elevaciones y los riscos? ¿Cómo adivinar lo que nos aguarda por delante?

Me doy la vuelta y escudriño el camino que hemos seguido para llegar hasta aquí, pero aún es temprano, y una niebla densa oculta la mayor parte de la ciénaga.

—Son estupendos —le digo a la niña, devolviéndole los prismáticos. Los guarda en la bolsa y nos quedamos un rato parados, comiendo.

Me mantengo a una cierta distancia, ya que el silencio que emana de ella me sigue turbando. Mastico un trozo de fruta deshidratada y me pregunto cómo será eso de no hacer ruido, de vivir en un lugar sin ruido. ¿Qué podrá implicar? ¿Qué clase de lugar será? ¿Será fantástico? ¿Será horrible?

Figúrate que te hallas en la cima de una colina al lado de alguien que no tiene ruido. ¿No tendrías la impresión de estar en soledad? ¿Cómo compartirías lo que te pasa por la cabeza? ¿Querrías hacerlo? Porque, henos aquí, la niña y yo, huyendo del peligro en dirección al misterio, y no hay ruido que nos una, no hay nada que nos permita saber qué está pensando el otro. Extraño, ¿no?

Acabo de comer y arrugo el envoltorio del paquete. Ella me lo quita de la mano y lo mete en su bolsa. No intercambiamos palabra ni gesto, tan solo mi ruido y su gran vacío.

¿Mi madre y mi padre vivían así cuando aterrizaron? ¿Era el Nuevo Mundo un lugar sumido en el silencio antes de que...?

De repente, miro a la niña. Antes.

¡Oh, no!

Soy un imbécil.

¡Soy un maldito imbécil!

Ella carece de ruido. Ha venido en una nave. Eso significa que procede de un lugar en el que no hay ruido. Tonto de mí.

Y eso, a su vez, significa que el germen del ruido todavía no la ha infectado.

Cuando eso suceda, el germen provocará lo que provocó en el resto de las mujeres.

La matará.

¡La matará!

Y la estoy mirando bajo este sol brillante y los ojos se le van abriendo poco a poco mientras lo pienso, y entonces advierto que soy todavía más estúpido porque he pasado por alto algo obvio.

El hecho de que yo no oiga ningún ruido procedente de ella no implica que ella no oiga el mío.

EL LIBRO SIN RESPUESTAS

—¡No! —exclamo, al instante—. ¡No me escuches! ¡Me equivoco! ¡Es un error! ¡Estoy equivocado!

Pero ella se está apartando de mí y, con los ojos cada vez más abiertos, deja caer el envoltorio del paquete.

—No te...

Doy un paso hacia ella, pero ella arroja la bolsa al suelo y retrocede aún más.

—Es un... —digo, pero ¿qué voy a decir?—. Un error, eso es lo que es. Pensaba en otra persona.

Lo que viene a ser una estupidez absoluta, porque ella sí puede oír mi ruido. Puede percibir mis intentos de pensar en algo que decir y, aunque mis ideas se hayan convertido en un revoltijo, puede verse reflejada en todas ellas. Para colmo, sé muy bien que lo que uno mismo vierte al mundo, en el mundo se queda; no tiene remedio.

¡Maldición, desastre, horror, puñeta!

—¡Puñeta! —ladra Manchee.

—¿Por qué no me has dicho que puedes oírme pensar, eh? —le grito a la niña, pasando por alto que, por el momento, no ha hablado, ni para

contestarme ni para nada.

Ella recula un paso más, se lleva una mano a la boca y me observa con expresión inquisitiva.

Trato de pensar en algo, en cualquier cosa que valga para arreglar este desaguizado, pero no se me ocurre nada. Tan solo ruido que porta muerte y desesperanza.

La niña da media vuelta y sale disparada colina abajo.

¡No!

—¡Espera! —grito, echando a correr tras ella.

Está deshaciendo el camino que hemos recorrido, a través del pequeño claro, hacia los árboles, pero yo no la pierdo de vista ni Manchee tampoco a mí.

—¡Para! —le grito—. ¡Detente!

Pero ¿por qué iba a hacerlo? ¿Qué motivo puede convencerla de que esperarme es mejor que escapar?

Por cierto, corre mucho más de lo que se podría pensar.

—¡Manchee! —grito, y él, entendiendo al vuelo lo que quiero decir, galopa hacia la niña.

No puedo permitirme perderla, igual que ella tampoco puede permitirse perderme a mí. Mi ruido la persigue rugiendo tanto como su silencio, que persevera a pesar de que ella sepa que va a morir.

—¡Quieta! —grito, tropezando con una raíz que me hace caer con los codos por delante. Todos los dolores de mi cuerpo se reactivan, pero tengo que levantarme, tengo que ponerme en pie e ir tras ella—. ¡Diablos!

—¡Todd! —oigo a Manchee ladrar desde un lugar que escapa a mi vista.

Después de unos cuantos traspiés, sorteo un macizo de arbustos y me la encuentro sentada sobre una gran roca plana, con las piernas encogidas, balanceándose hacia delante y hacia atrás y con la misma mirada estática de

siempre.

—¡Todd! —grita el perro al verme, y entonces sube a la roca y comienza a olisquear a la niña.

—¡Déjala en paz, Manchee! —le digo, pero él no hace caso. Le olfatea el rostro, le lame las mejillas una o dos veces, se sienta a su lado y se le apoya en el costado.

—Oye —le digo a la niña, conteniendo el aliento y sin saber qué más decir—. Oye —insisto, pero no obtengo respuesta alguna.

Me quedo donde estoy, callado y jadeante, y ella sigue meciéndose hasta que resuelvo que lo mejor que puedo hacer es ir a sentarme también yo a la roca, manteniendo, eso sí, las distancias, tanto por respeto como por seguridad, imagino. Una vez en la roca, me pregunto qué hacer.

Transcurren unos cuantos minutos sin que nada cambie, unos minutos largos que deberíamos aprovechar para proseguir la caminata y que el día aprovecha por nosotros para hacerse un hueco cada vez mayor en la ciénaga.

Al final, se me ocurre una idea.

—Puede que me equivoque —digo, sin perder un instante—, créeme. —La miro y comienzo a hablar a toda prisa—. Me han mentido sobre casi todo. Puedes comprobar que es así registrando el ruido. —Me levanto; se me atragantan las palabras—. Nadie me dijo que existiese otro asentamiento. Se suponía que Prentisstown era el único en todo este estúpido planeta. Sin embargo, ¡resulta que el mapa señala otro lugar! Así que, tal vez...

Pienso sin cesar, pienso y pienso.

—Tal vez el germen solo se haya hecho notar en Prentisstown. Si tú no has ido allí, es probable que estés a salvo. A lo mejor estás perfectamente. Desde luego, sigue sin haber ruido en ti, y no me parece que estés enferma. Así que seguro que no te pasa nada.

Se mece y me mira, y no sé qué estará pensando. Que alguien te asegure

que no te estás muriendo no debe de ser muy reconfortante, supongo.

Examino mis pensamientos para permitirle atestiguar lo que mi ruido contiene del modo más claro posible.

—A lo mejor, el germen nos afectó a todos, y, y, y... ¡Sí! —Se me ha ocurrido otra idea más, una particularmente positiva—. ¡A lo mejor optamos por quedarnos en Prentisstown para evitar contagiar a los habitantes del otro asentamiento! ¡Así debió de ocurrir! ¡Seguro! Así que, como no has salido de la ciénaga, ¡estás perfecta!

La cadencia de sus oscilaciones disminuye un tanto, y su mirada repara en mí. ¿Será que cree en lo que le digo?

Sin embargo, con toda la torpeza de quien no sabe poner un punto y aparte, se me ocurre seguir con el tema. Porque, si es cierto que Prentisstown está aislada, podría ser que a los del otro asentamiento no les guste mucho verme paseando por allí, ¿verdad? Y aún más, podrían ser ellos quienes acordonaron Prentisstown para evitar que el germen se expandiera.

Como cualquiera que pueda oír el ruido de los demás, la niña está oyendo el mío.

—Oh, no —musito, apoyando las manos en las rodillas—. Oh, no. La niña se abraza las piernas y vuelve a balancearse. Estamos peor que al principio.

No es justo. Te digo que esto no es justo. «Sabrás qué hacer cuando llegues a la ciénaga, Todd. Sabrás qué hacer.» Ya veo, Ben, has dado en el clavo, porque, mírame, aquí estoy y no tengo la más mínima idea. No es justo. Me echan de mi casa, me golpean, la gente que afirma que les importa lo que me suceda me ha estado mintiendo durante años, tengo que fiarme de un mapa para ir a un asentamiento del que jamás he oído hablar, llevo conmigo un diario absurdo que...

El diario.

Me quito la mochila de la espalda y saco de ella el diario. Ben dijo que sus

páginas contenían todas las respuestas, así que ¿por qué no va a ser así? Sin embargo...

Suspiro y lo abro. Está lleno de líneas, de palabras, plagado de la caligrafía de mi madre, a lo largo de todas y cada una de sus páginas, y...

Ahora no. Centrémonos en el mapa, en lo que Ben escribió en el envés. La primera vez que tuve ocasión de verlo, bajo la luz de la linterna, no pude leerlo. Las palabras de Ben se alinean en la porción superior del pliego. «Ve a» son las primeras, las primeras de todas, y a esas las siguen otras dos, más largas, cuyo sonido todavía no pronuncio, porque no me da tiempo, y mucho menos de leer los dos párrafos grandes que vienen a continuación, pero sí de comprobar que en la parte inferior hay un grupo de palabras subrayadas.

Miro a la niña, que continúa meciéndose, y le doy la espalda. Coloco el dedo bajo la primera palabra subrayada.

Veamos. ¿«Dehes»? Eso tiene que ser «debes». Vale, ¿qué es lo que debo? Pe. ¿«Po»? ¿«Pom»? ¿«Pomelos»? «Debes pomelos.» ¿Debes pomelos? ¿Cómo que debo pomelos? «So.» «Soob.» «Sor.» ¿Debes pomelos... «sorre»? No, idiota. Debes pomelos sobre. Debo pomelos sobre ¿qué? «A.» «Aaa.» «Abi.» «Abiso.» ¿Abismo?

¿Qué es eso de que debo pomelos sobre abismo? ¿Eh?

¿Te acuerdas de que te conté que Ben intentó enseñarme a leer? ¿Te acuerdas de cuando te confesé que no se me daba muy bien? Bueno, pues...

Pues... eso.

Debes pomelos sobre abismo. Genial.

Devuelvo la vista al diario y lo hojeo. Hay decenas y decenas de páginas, decenas y decenas, todas ellas llenas de palabras hasta los topes, todas gritándome cosas que no comprendo, y es que no veo respuestas de ninguna clase.

Maldito diario estúpido.

Doblo el mapa, cierro el diario y lo arrojo al suelo.

¡Estúpido!

—¡Diario estúpido e inútil! —exclamo, dándole una patada que lo envía contra unos helechos. Me doy la vuelta para mirar a la niña. Ella se balancea hacia delante y hacia atrás, hacia delante y hacia atrás, sí, y ya sé que, bueno, que lo sé, pero empieza a sacarme de mis casillas. Porque estamos en un callejón sin salida: no tengo una solución que exponer, y ella tampoco.

Mi ruido empieza a chisporrotear.

—Oye, yo no quería que pasara todo esto —afirmo. Ella ni siquiera me mira—. ¡Eh! Te estoy hablando.

Pero nada. Nada de nada, nada de nada.

—¡No sé qué hacer! —aúllo, y empiezo a pisotear el suelo, gritando hasta que la voz se me pone ronca—. ¡No sé qué hacer! ¡No sé qué hacer! —Me vuelvo en la dirección de la niña—. ¡Lo siento! Siento que te haya pasado lo que te ha pasado, pero no sé qué hacer, ¡y deja de balancearte de una vez!

—Chillar, Todd —ladra Manchee.

—¡Bah! —grito, cubriéndome la cara con las manos. Cuando me la destapo, todo sigue igual. Eso es lo que pasa cuando estás tú solo. Nadie hace nada por ti. Si no eres tú quien cambia las cosas, pues continúan tal cual.

—Tenemos que ponernos en marcha —anuncio, enfadado, yendo por mi mochila—. Todavía no te has contagiado, así que mantente a cierta distancia de mí y todo irá bien. No estoy muy seguro, la verdad, pero no se me ocurre una alternativa.

Ella se mece, se mece y se mece.

—No podemos volver atrás, de modo que solo nos queda ir hacia delante, y ya está.

Continúa balanceándose.

—¡Sé que puedes oírme!

Ella no se inmuta.

Y, de pronto, advierto que ya estoy harto.

—Genial —suspiro—. Genial, como quieras; tú quédate ahí, como una mecedora. ¿Qué importa? ¿A quién demonios le puede importar?

Reparo en el diario, que está en el suelo. Es un pedazo de basura inservible. Sin embargo, es todo lo que tengo, así que lo recojo, lo meto en la bolsa de plástico y lo devuelvo a la mochila.

—Venga, Manchee.

—¿Todd? —ladra él, cuya mirada alterna entre la niña y yo—. ¡Marchar no, Todd!

—Ella puede venir, si quiere —respondo—, pero...

No sé qué pero poner. ¿Pero si ella quiere quedarse aquí y morir sola? ¿Pero si quiere regresar y dejar que el señor Prentiss Junior la atrape? ¿Pero si quiere arriesgarse a que yo la contagie del germen del ruido y morir de ese modo?

Qué palabra tan asquerosa la tal «pero».

—Oye —digo, tratando de mostrarme un poco más tranquilo, a pesar de mi ruido, cuya evidente cólera me lo impide—. Tú ya sabes adónde vamos, ¿verdad? Vamos al río que pasa entre esas montañas. Si sigues su cauce, llegarás al asentamiento, ¿vale?

A lo mejor me está oyendo y a lo mejor no.

—No te perderé de vista —le prometo—. Entiendo que evites acercarte demasiado, pero no te perderé de vista.

Espero un rato, a ver si percibo algún síntoma de que lo ha entendido.

—Muy bien —concluyo más tarde—. Me alegro de conocerte.

Echo a andar. Al llegar al macizo de matorrales, me vuelvo para darle una última oportunidad. Pero ella está igual que antes, balanceándose.

Vale, pues esto es todo. Me alejo, y Manchee viene detrás de mí de mala

gana, sin dejar de gritar mi nombre.

—¡Todd! ¡Todd! ¿Marchar Todd? ¡Todd! ¡Marchar no Todd! —Acabo por darle una palmada en el lomo—. ¡Ay, Todd!

—No sé nada, Manchee —afirmo—, así que no hagas preguntas.

Atravesamos la zona arbolada en la que el terreno deja de ser pantanoso, remontamos la pequeña colina en donde hemos desayunado hace un rato, la misma en que, mientras veíamos lo hermoso que estaba el día, yo tuve la genial ocurrencia de que ella iba a morir.

La pequeña colina en la que la bolsa de la niña sigue estando donde ella la ha dejado.

—¡Ah, maldición!

La miro. Es que esto es un disgusto tras otro, ¿o no? Es decir, ¿tendré que ir a devolvérsela? ¿O me limito a suponer que podrá encontrarla sola? ¿La estaré poniendo en peligro si no se la doy? ¿La pondré en peligro si voy a dársela?

El sol está alto, y el azul del cielo es fresco y brillante. Miro alrededor con los brazos en jarras, igual que los hombres que están pensando. Observo el horizonte, inspecciono la zona por la que hemos venido, advierto que la niebla se ha levantado y que el sol cae a plomo sobre la ciénaga. Desde esta colina se ve todo; si el día estuviese lo bastante claro y tuviera unos prismáticos potentes, apuesto a que podría divisar el pueblo.

Unos prismáticos potentes.

Miro la bolsa de la niña.

Al acercarme a ella, oigo un sonido. Parece un susurro. Mi ruido sufre una sacudida mientras alzo la vista para saber si, al fin, la niña ha decidido seguirme. Ello supondría un alivio tan grande que me faltan las palabras para describirlo.

Pero no veo a la niña. Vuelvo a oírlo. Un susurro. Y más que un susurro.

Es como si el viento llegase cargado de murmullos.

—¿Todd? —dice Manchee, olisqueando el aire.

A pesar de que la luz del sol me da en los ojos, trato de examinar la ciénaga.

¿Qué es lo que estoy viendo?

Agarro la bolsa de la niña y busco los prismáticos, que encuentro entre un montón de objetos y bultos diversos. Los saco y los empleo para mirar.

Veó ciénaga, las copas de los árboles de la ciénaga, pequeños claros en los que luce el agua de la ciénaga, y también el río. Se me ocurre inspeccionar los prismáticos. Tienen botoncitos por todas partes y, tras pulsar unos cuantos, advierto que veo las cosas mucho más cerca. Repito la operación unas cuantas veces, ensayando, pero enseguida oigo los susurros una vez más. Y, sí, son susurros.

Encuentro la zanja, los restos de la nave accidentada, pero por allí no queda nada, excepto nuestro rastro. Aparto los prismáticos y miro a simple vista, pues me ha parecido distinguir algún movimiento. Vuelvo a ponérmelos delante de los ojos y los dirijo hacia un punto más cercano, allí donde los árboles se están moviendo.

Sin embargo, no es más que el viento.

Registro la ciénaga mientras pulso los botones, que me acercan o me alejan lo que veo, pero, de vez en cuando, regreso a esos árboles. Llega un momento en que me fijo en una especie de hondonada que se abre entre los árboles y el punto en donde me encuentro.

Sí, me fijo en esa zona.

Sigo fijándome y las tripas se me retuercen, porque me parece que he oído un susurro. O a lo mejor no me lo parece.

Continúo mirando.

Hasta que veo al alcalde en persona, montado a caballo, saliendo de entre

los árboles a la cabeza de un grupo de jinetes.

Vienen hacia aquí.

EL PUENTE

El alcalde. No solo su hijo, sino el mismísimo alcalde. Con su sombrero limpio, su cara limpia, sus botas brillantes y su pose envarada. Es rara la ocasión en que se deja ver en Prentisstown, pues prefiere quedarse entre quienes forman su círculo íntimo, pero, en esas raras ocasiones, aun si lo ves a través de unos prismáticos, su aspecto es justamente este, el que le veo ahora. Como si él supiese cómo cuidarse y yo no.

Pulso unos cuantos botones, que aumentan la imagen hasta el máximo. Son cinco. No, seis, los mismos cuyo ruido resuena desde la casa del alcalde Prentiss. YO SOY COMO EL CÍRCULO Y EL CÍRCULO ES COMO YO, y cosas así. Veo al señor Collins, al señor MacInerny, al señor O'Hare y al señor Morgan, todos a caballo, lo cual es bastante raro, pues es difícil criar caballos en el Nuevo Mundo, tanto que el alcalde protege los suyos con una cuadrilla de hombres armados.

Y también tengo la desgracia de ver al señor Prentiss Junior, cuyo caballo camina al lado del de su padre. Tiene un ojo a la funerals, fruto del golpe que le propinó Cillian. Me alegro.

Pero entonces me doy cuenta de que lo que haya ocurrido en la granja ya ha terminado. La suerte de Ben y Cillian está echada. Me quito los

prismáticos de los ojos y trago saliva.

Enseguida vuelvo a mirar por los prismáticos. El grupo de jinetes se ha detenido a intercambiar impresiones y examinar una hoja de papel bastante grande, que tiene que ser un mapa, y mucho mejor que el mío, por cierto...

Oh, no.

No, por favor. ¡No! Aaron.

Aaron emerge de entre los árboles, caminando.

El maldito, el apestoso, el condenado, el puñetero Aaron.

Tiene la mayor parte de la cabeza envuelta en una venda. Se detiene cerca del alcalde y agita los brazos como si estuviera elevando una plegaria, pero nadie le hace caso.

¿Cómo es posible? ¿Cómo es posible que haya sobrevivido? Demonio, ¿por qué no se muere?

Es culpa mía. Mía y solo mía, ¡corcho! He sido un cobarde. He sido débil, estúpido y cobarde, porque Aaron está ahí, vivito y coleando, y además se dedica a guiar al alcalde a través de la ciénaga, tras nuestros pasos. No lo he matado, y ahora viene a matarme.

Siento malestar. Me encojo y me agarro el estómago. Gimo un poco. El corazón se me sale de las costillas, y oigo que Manchee se me acerca con sigilo.

—Es culpa mía, Manchee —confieso—. Eso de ahí. Culpa mía.

—Culpa tuya —responde él, confuso y, a la vez, acertado.

Al ponerme los prismáticos frente a los ojos, veo que el alcalde llama a Aaron. Dado que los hombres oyen lo que piensan los seres vivos, Aaron cree que los animales son impuros y, por tanto, procura no acercarse a ellos, de modo que el alcalde tiene que insistir para conseguir que vaya hasta él y mire el mapa. El alcalde le hace una pregunta y él se queda meditando.

Luego levanta la vista.

Mira por encima de los árboles de la ciénaga, hacia el cielo.

Mira la colina.

Me mira a mí.

Pero no me ve. No puede verme, ¿verdad? No sin unos buenos prismáticos como los de la niña, y no veo que ninguno de los hombres tenga unos parecidos; de hecho, nunca he visto ningunos como estos en Prentissstown. Seguro que no me ve. No puede.

Sin embargo, alza un brazo implacable y me señala, me está señalando a mí directamente, como si estuviésemos en la misma mesa, sentados el uno frente al otro.

Corro antes de que me dé tiempo a pensar, corro colina abajo, tan rápido como puedo, hacia la niña, y desenfundo el cuchillo. Manchee me pisa los talones, ladrando como un descosido. Atravieso los árboles, rodeo el macizo de matorrales y veo que la niña sigue sentada sobre la roca, pero que, al menos, me mira.

—¡Arriba! —le digo, asiéndole el brazo—. ¡Tenemos que irnos! ¡Arriba!

Intenta soltarse, pero yo insisto.

—¡No! —grito—. ¡Tenemos que marcharnos! ¡Ya!

Me golpea con los puños, me aporrea la cara.

Pero yo no la suelto.

—¡Escúchame! —le ordeno, y le permito oír mi ruido. Me da un nuevo puñetazo, pero luego atiende al ruido que sale de mi interior, capta la imagen de aquello que avanza por la ciénaga hacia nosotros, de aquello que nos persigue, mejor dicho. Ve a Aaron, que no ha muerto, concentrado en encontrarnos, guiando a un grupo de hombres a caballo. Comprende que son mucho más veloces que nosotros.

La cara se le arruga, como si notara un dolor repentino, y la boca se le abre de par en par, pero no grita. La niña calla. No hay ruido ni sonido que salga

de ella; nada.

No me lo explico.

—No sé qué tenemos por delante —le digo—. De verdad que no lo sé, pero, sea lo que sea, estoy seguro de que será mejor que lo que tenemos por detrás. Seguro.

Y, mientras oye mis palabras, su expresión varía, se despeja hasta adoptar la impasibilidad característica en ella, y la línea de la boca se le estira.

—¡Vamos! ¡Vamos! ¡Vamos! —ladra Manchee.

La niña alarga una mano en busca de su bolsa. Se la doy. Se levanta, guarda los prismáticos en la bolsa, se pasa el asa por el cuello y me mira a los ojos.

—Bien —afirmo.

Y, por segunda vez en dos días, salgo corriendo hacia el río a la mayor velocidad que me permiten las piernas, y Manchee y la niña vienen detrás.

Bueno, en el caso de la niña, más bien delante, porque corre muchísimo, la niña de marras.

Coronamos la colina y bajamos por el otro lado, donde la ciénaga se desvanece para dejar paso a un bosque ordinario. El suelo se vuelve duro y es fácil correr sobre él, y además tenemos la suerte de que desciende en una pendiente suave que nos favorece. Entrevemos el río a nuestra izquierda, que se insinúa, de vez en cuando, tras la vegetación. La mochila me está machacando la espalda, y tengo dificultades para llenar de aire los pulmones.

Sin embargo, tengo el cuchillo bien sujeto en la mano.

Lo juro. Lo juro ante Dios o ante quien sea. Si Aaron vuelve a ponerse a mi alcance, lo mataré. No pienso dudar como la otra vez. De ninguna manera. No. Te lo juro.

Lo mataré.

Le arrebataré el último hálito de vida.

Ya lo verás.

El territorio por el que corremos está tornándose cada vez más accidentado y pendiente, los árboles son ahora más espigados y frondosos, y los meandros del río se nos aproximan para después alejarse de nuevo. La lengua de Manchee cuelga cuan larga es y se bambolea a un lado y a otro. El corazón me late desenfrenadamente, y las piernas amenazan con descoyuntárase, pero, con todo, seguimos adelante.

Giramos hacia las aguas, y grito:

—¡Atención!

La niña, que me lleva bastante ventaja, se detiene. Me asomo a la orilla, echo un vistazo en busca de cocodrilos, me agacho y bebo un poco. El agua tiene un dulzor extraño. A saber qué contiene, después de haber atravesado la ciénaga, pero tengo mucha sed. Advierto que la niña se agacha para beber cerca de donde me encuentro, y me aparto un trecho. Manchee también está sediento, y pronto lo único que se oye es el sonido de los sorbos y las respiraciones intercaladas de los tres.

Me seco la boca con la manga y observo lo que tenemos delante. La ribera se vuelve demasiado empinada y rocosa para permitirnos correr, y distingo un sendero que nace en la orilla y asciende hasta la cima del cañón.

Parpadeo, incrédulo.

Estoy viendo un sendero. Alguien ha abierto un sendero.

La niña se vuelve y mira. El sendero sube y, al tiempo, el río gana profundidad y velocidad al internarse en una zona de rápidos. Alguien ha hecho ese sendero.

—Debe de ser el camino que conduce al otro asentamiento —concluyo—. ¡Tiene que serlo!

Y luego, en la distancia, oímos un repiqueteo de cascos. Es débil, sí, pero cada vez lo es menos.

No hace falta que diga nada. Nos levantamos y salimos corriendo hacia el sendero. El río está cada vez más abajo y, del otro lado, la montaña gana altura. A este lado, un bosque tupido comienza a insinuárenos desde lo alto de la pared del cañón. No hay duda de que el sendero está para que los viajeros puedan seguir el cauce del río.

Tiene anchura suficiente para permitir el paso de varios caballos a la vez, incluso de cinco o seis, para ser más exactos.

Me doy cuenta de que no es un sendero. Es una pista, una carretera.

La niña va abriendo camino a lo largo de las sucesivas curvas y badenes, yo voy tras ella y Manchee cierra el grupo.

De pronto, me la encuentro de bruces y estoy a punto de hacer que se caiga por el precipicio.

—¿Qué haces? —le grito, agarrándola por los brazos para evitar que nos despeñemos al tiempo que procuro no herirla con el cuchillo.

Y, en ese momento, veo lo que ella está mirando.

Más allá, hay un puente. Sobrevuela el cañón a una altura de unos treinta o cuarenta metros. La pista muere en la entrada del puente, y más allá hay poco menos que rocas y floresta. El puente es el único camino.

En mi mente, empiezan a tomar forma los primeros trazos de una idea.

El tableteo de los cascos está más cerca. Miro hacia atrás y veo la polvareda que levantan los caballos del alcalde y sus hombres.

—¡Vamos! —digo, echando a correr hacia el puente sin perder un instante. Manchee lleva las orejas pegadas a la cabeza por la velocidad, y enseguida, avanzando por el borde del acantilado, salvamos la distancia que nos separa del puente. Al llegar, comprobamos que se trata de un puente bastante ancho, de unos dos metros más o menos. Parece estar colgado de dos cuerdas atadas a ambos costados del cañón, y la plataforma está hecha a base de tablones de madera.

Pongo un pie sobre el primero de ellos para probar su resistencia y descubro que no se mueve. El puente es lo bastante robusto para soportar el peso de los tres.

Y también, a buen seguro, el de los hombres y los caballos.

Quienquiera que lo haya construido, está claro que lo hizo con la intención de que perdurara.

Miro hacia atrás y observo la pista que nos ha traído hasta aquí. Río arriba, veo más polvo, oigo los golpetazos de los cascos de los caballos y percibo el murmullo del ruido de los hombres que nos persiguen. *Joven Todd*, oigo, pero deben de ser imaginaciones mías, pues Aaron va a pie y, en consecuencia, se habrá quedado rezagado.

Sin embargo, sí veo lo que esperaba ver: el puente es el único modo de cruzar el río, al menos, en esta zona.

Tal vez la suerte vuelva a sonreírnos un poco.

—Adelante —digo. El puente está hecho a conciencia, y no hay rendijas entre los tablones. Además, parece que hemos dado con el camino correcto. Una vez que nos hallamos del otro lado, la niña frena en seco y me dirige la mirada. Sin duda, ha adivinado mis propósitos tras verlos reflejados en el ruido, y espera a que los lleve a cabo.

Todavía tengo el cuchillo en la mano y, con él, su poder.

A lo mejor, ha llegado el momento de que me aproveche de él. Advierto que, en este lado, las cuerdas que sujetan el puente están atadas a unas estacas fijadas en una roca. Sirviéndome de la parte dentada del filo del cuchillo y, una vez que he elegido el punto de la cuerda más apropiado, me pongo manos a la obra y sierro.

Sierro y sierro.

El ruido de los cascos resuena ya por todo el cañón.

Sin embargo, si el puente desapareciese de repente...

Sigo serrando.

Y un poco más.

Y otro poco.

Pero no obtengo ningún resultado.

—¿Qué demonios ocurre aquí? —pregunto, examinando la cuerda. No tiene ni un rasguño. Pese a ello, el cuchillo está tan afilado que, cuando poso el dedo sobre la parte dentada, me lastimo y empiezo a sangrar. Tengo que acercar la vista a la cuerda para darme cuenta de que está protegida por una fina película de algún tipo de resina.

Una resina que resiste el cuchillo, una resina que me amarga la vida al instante.

—¡No puedo creerlo! —protesto, levantando la vista hacia la niña. Ella está mirando por los prismáticos, escudriñando la parte del río por la que hemos venido.

—¿Los ves?

Enseguida me doy cuenta de que los prismáticos están de más. Yo mismo los distingo a simple vista. Una serie de puntos que van ganando tamaño, que no reducen el ritmo de su avance. El sonido de los cascos es casi un estruendo.

Tenemos tres minutos. Cuatro, tal vez.

¡Maldición!

Intento serrar la cuerda, y esta vez pongo en ello todas mis fuerzas, todo el ímpetu. Las chorretones de sudor me resbalan por las mejillas, y los músculos, doloridos, se quejan por el esfuerzo. Sierro, sierro y sierro, hasta que el sudor se me acumula en la punta de la nariz y cae en forma de gotas.

—¡Vamos, vamos! —mascullo.

Levanto el cuchillo. He conseguido atravesar una porción mínima de la resina, la que protege uno de los innumerables filamentos que forman una de

las cuerdas del magno puente.

—¡Maldita cuerda! —grito, arrojando el cuchillo al suelo. Rebota y se detiene junto a los pies de la niña—. ¡Malditos todos!

Porque ya está, ¿no?

Este es el fin.

Nuestra oportunidad ha resultado un fracaso.

No podemos escaparnos de los caballos y no podemos derribar este asqueroso y anchísimo puente, así que nos atraparán, y además Ben y Cillian están muertos, que es como vamos a estar nosotros dentro de poco. Es el fin del mundo, ¡todo a la porra!

Un vapor rojizo, repentino y descarnado, distinto a todo lo que he sentido hasta ahora, se hace sitio en mi ruido como si fuese una tea ardiente, y me abrasa, me deslumbra, me ensordece musitando todas las injusticias, todos los insultos, todas las mentiras.

Todo lo que he padecido, que se vuelve un solo empuje.

Le clavo la mirada a la niña, y ella da un paso hacia atrás, consciente de mi estado.

—Tú —le digo, y sé que nada va a detenerme—. ¡Tú tienes la culpa! Si no hubieses aparecido en la maldita ciénaga, ¡todo esto no estaría sucediendo! ¡Ahora estaría en mi casa! ¡Cuidando de las puñeteras ovejas o tendido en la puñetera cama, pero en mi maldita casa!

Claro que no estoy diciendo «maldita» ni «puñetera»; qué va.

—Pero no —bramo—. ¡Aquí estás tú! ¡Tú y tu silencio! ¡Y el mundo se nos está yendo al infierno!

Me doy cuenta de que me estoy acercando a ella al verla retroceder. En todo caso, se limita a mirarme.

No se digna responderme, para variar.

—¡Tú no eres nada! —grito, aproximándome más—. ¡Nada! ¡Eres solo

vacío! ¡No tienes nada en tu interior! ¡Estás vacía, y vamos a morir por eso, por nada!

Tengo las manos tan apretadas que las uñas se me clavan en las palmas. Siento una furia inusitada que hace que mi ruido se tiña de un rojo sanguinolento, y entonces alzo los puños, porque tengo que golpearla, tengo que aporrearla, tengo que acabar con su condenado silencio ¡antes de que me devore y devore el mundo!

El primer puñetazo me lo doy en la cara.

El segundo aterriza en el ojo, en el mismo lugar en que Aaron me castigó.

El tercero me abre el corte del labio que Aaron me provocó ayer por la mañana.

Estúpido, inútil, imbécil odioso.

El cuarto me hace perder el equilibrio. Tengo que apoyar las manos en el suelo. Escupo sangre.

Jadeando, miro a la niña.

Nada. Tan solo me mira. Nada.

Ambos nos volvemos para observar el otro lado del río. Se encuentran en un punto desde el que se divisa el puente. Ya pueden vernos. Alcanzamos a distinguir las caras de los hombres que van a caballo. Oímos el charloteo de su ruido, que flota sobre el río y se desplaza hacia nosotros. El señor MacInerny, el mejor jinete del alcalde, va a la vanguardia, y la tranquilidad de su pose es tal que se diría que, para él, este es un domingo de tantos, un paseo a caballo de tantos.

Nos queda un minuto. Tal vez menos.

Devuelvo la mirada a la niña y trato de levantarme, pero estoy muy cansado. Muy, muy cansado.

—Deberíamos correr —le digo, y vuelvo a escupir sangre—. Quizá debamos intentarlo.

Advierto que su expresión muda.

Abre mucho la boca y los ojos, y, de pronto, introduce una mano en la bolsa que lleva colgada.

—¿Qué haces? —le pregunto.

Saca la caja verde de la bolsa y mira alrededor hasta fijarse en una piedra bastante voluminosa. Deja la caja en el suelo y levanta la piedra.

—No, espera. Podríamos usarla para...

La piedra choca contra la caja y la rompe. Ella recoge la caja y, no contenta con la destrucción ocasionada, la retuerce hasta que empieza a perder fluido de algún tipo, el cual vierte sobre la cuerda amarrada a la estaca más próxima y también sobre la propia estaca.

Los jinetes están llegando al otro lado del puente, y cada vez les queda menos, cada vez menos...

—¡Date prisa! —exclamo.

La niña se vuelve hacia mí y me da a entender por gestos que debo retirarme. Agarro a Manchee por el pelo del cuello, y me arrastro hacia atrás. Con lo que queda de la caja en las manos, la niña se retira, estira los brazos y pulsa el botón. Oigo el chasquido que produce. Arroja la caja al aire y salta hacia mí.

Los caballos han llegado al puente.

La niña me cae encima, y ambos observamos el vuelo de la caja...

Que desciende...

Desciende...

Desciende hacia el charquito que el fluido ha formado en el suelo...

El caballo del señor MacInerny pone un casco sobre el primer tablón del puente...

La caja aterriza en el charquito...

Se oye un «clic»...

Y luego...

¡Pfff!

Noto que los pulmones se me vacían de aire mientras una bola de fuego de un tamaño prodigioso genera alrededor un silencio fugaz y después...

¡Buuum!

La cuerda, la estaca, todo explota por los aires, y nos cae encima una lluvia de astillas. El estruendo acalla todo pensamiento, todo ruido, todo sonido.

Cuando levantamos la vista, el puente, en llamas, se está escorando, y advertimos que el caballo del señor MacInerny se encabrita y, al retroceder, tropieza con los cuatro o cinco caballos que lo siguen.

El fuego ruge y cobra un brillo verdoso, y la bofetada de calor resultante es increíblemente intensa, tanto que pienso que todos vamos a arder, pero entonces el puente se desploma y se lleva consigo al señor MacInerny y a su caballo, y podemos incorporarnos para observarlos caer y caer hacia el río. El puente, que sigue sujeto por el lado opuesto al nuestro, se estrella contra la pared del acantilado, y no me cabe duda de que el fuego lo consumirá en cuestión de unos momentos. El alcalde, el señor Prentiss Junior y los demás retienen a sus caballos para evitar precipitarse al vacío.

La niña se tumba de espaldas, y ambos nos quedamos así, tosiendo y jadeando, atontados.

Qué barbaridad.

—¿Estás bien? —le pregunto a Manchee, al que aún tengo agarrado.

—¡Fuego, Todd! —ladra.

—Sí —toso—. Mucho fuego. ¿Te encuentras bien? —le pregunto a la niña —. Oye, pero ¿qué ha sido eso?

Como no podía ser de otro modo, ella no me responde.

—¡Todd Hewitt! —oigo gritar desde el otro lado del cañón.

Alzo la vista. Se trata del alcalde, que, por vez primera, me dirige la

palabra, o me la grita, más bien. El humo y los espejismos del calor apenas me permiten discernir su figura.

—¡Esto no se acaba aquí, joven Todd! —amenaza, y su voz llega hasta mí, a pesar del fragor de las llamas y del rugido de las aguas del río—. ¡En modo alguno!

Está tranquilo, inmóvil e impoluto, y tiene aspecto de creer que, más tarde o más temprano, va a lograr lo que pretende.

Me levanto, extendiendo un brazo y le dejo ver el dedo corazón, pero él se desvanece tras las enormes nubes de humo.

Toso, vuelvo a escupir sangre.

—Tenemos que ponernos en marcha —digo entre toses—. Tal vez den media vuelta o tal vez hallen otro modo de cruzar, pero no me apetece quedarme aquí hasta saberlo.

Diviso el cuchillo en el suelo. La vergüenza me azota al instante, como un dolor repentino. Las cosas que he dicho... Me agacho, lo recojo y lo meto en su funda.

Tosiendo, la niña no acaba de recuperarse. Tomo su bolsa y me acerco para dársela.

—Vamos —afirmo—. Por lo menos, podríamos movernos hasta un lugar en el que no haya humo.

Me mira.

Yo la miro a ella.

La cara me arde, y no se debe al calor de las llamas.

—Perdóname. —Aparto la vista tras comprobar que su expresión sigue sin manifestar emoción alguna.

Me doy la vuelta y me encamino hacia el sendero.

—Viola —oigo a mis espaldas.

La miro.

—¿Qué? —pregunto.

Ella me mira.

Está abriendo la boca.

Está hablando.

—Es mi nombre —dice—. Me llamo Viola.



TERCERA
PARTE

VIOLA

Me quedo callado durante unos instantes. Ella también. El fuego arde, el humo asciende, la lengua de Manchee cuelga detenida en un jadeo anonadado, y todo sigue así hasta que me decido a hablar.

—Viola —pronuncio.

Ella asiente.

—Viola —repito.

Esta vez no hace ningún gesto.

—Yo me llamo Todd —digo.

—Ya lo sé —responde.

Evita mirarme.

—Entonces, ¿hablas? —le pregunto, pero ella, tras dedicarme una mirada fugaz, aparta la vista. Me vuelvo y contemplo el puente, aún en llamas, y el humo, que oculta el otro lado del cañón, y no me decido a creer que haber dejado de divisar al alcalde y sus hombres sea más seguro que tenerlos a la vista—. Esto es... —digo, pero ella se levanta y alarga un brazo a la espera de que le dé la bolsa.

Advierto que aún la tengo yo. Se la acerco y ella la coge.

—Venga —dice—. Vayámonos de aquí.

Tiene un acento curioso, diferente al mío y al de cualquier habitante de Prentisstown. Mientras habla, sus labios adoptan posturas que no reconozco, como si se abalanzaran sobre las palabras, como si las moldearan y les ordenasen cómo obrar. En Prentisstown, en cambio, la gente habla como si las estuviese cazando, como si las golpeara por detrás.

Manchee está asombrado.

—Venga —musita, mirándola como si fuese un milagro.

En este preciso instante, podría hacerle un montón de preguntas, ahora que sé que puede hablar. Podría lanzarle todos esos interrogantes que me atosigan desde que la vi por primera vez, como quién es, de dónde viene o qué le pasó, los mismos que ahora se inmiscuyen en el ruido y se abaten sobre ella como perdigones, pero es tanto lo que se me agolpa en la boca que, a mi pesar, me quedo callado, y la niña, mirando hacia abajo, se cuelga la bolsa del hombro y echa a andar por el sendero, dejándonos atrás a Manchee y a mí.

—¡Eh! —exclamo.

Para y se da la vuelta.

—Espérame —le pido.

Me acomodo la mochila en la espalda y tanteo el cuchillo, que está en su funda. Me sacudo un poco para que la mochila se me coloque en los hombros, mascullo un «Adelante, Manchee» y allá vamos los dos tras la niña.

El sendero traza una amplia curva para separarse del borde del cañón e introducirse en un paisaje de monte bajo que rodea la montaña, abrupta y amenazadora.

Después de unos instantes, nos detenemos y miramos atrás en silencio. Colgado en la pared opuesta del cañón como una cascada de fuego, el puente continúa ardiendo, y las llamas, que ya lo han conquistado por entero, chisporrotean, furiosas, y emiten un resplandor a medio camino entre el amarillo y el verde. El humo es tan denso que resulta imposible adivinar qué

están haciendo el alcalde y sus hombres, o qué han hecho, si se han ido o si esperan algo. Quizá esté oyendo un rumor de ruido y quizá no; tal vez se trate tan solo del crujido de la madera, del silbido de la combustión o del rugido de las aguas del río. Mientras observamos, el fuego termina por deshacer las estacas del costado opuesto del cañón y, con un golpe seco, el puente se derrumba, roza la pared del precipicio y se hunde en el río entre vaharadas de vapor y humo.

—¿Qué había en esa caja? —le pregunto a la niña.

Me mira y hace ademán de hablar, pero cambia de opinión y se da la vuelta.

—Ya vale —afirmo—. No voy a hacerte nada.

Vuelve a mirarme, y mi ruido se llena de aquello que, hace unos momentos, me ha llevado a desear golpearla, a estar a punto de...

En fin.

No decimos nada. Ella reanuda la marcha, y Manchee y yo hacemos lo propio.

El hecho de saber que habla no me sirve de mucho para enfrentarme a su silencio. Sé que tiene palabras en la cabeza, pero eso no significa nada si solo las oigo cuando habla. Mirándole la nuca mientras camina, todavía noto que su silencio me tira del corazón, siento que me roba algo terrible, algo tan triste que me entran ganas de llorar.

—Llorar —ladra Manchee.

La cabeza de la niña sigue mirando al frente.

El sendero es bastante ancho, lo suficiente para dar cabida a los caballos, pero se vuelve tortuoso a medida que el terreno se hace cada vez más escabroso. Todavía oímos el río, que, hundido en el cañón, ruge desde nuestra derecha, y, no obstante, mientras nos adentramos en esta especie de garganta de piedra, a veces tan angosta como para resultar asfixiante, da la

impresión de que nos estamos alejando de él. Achaparrados y cubiertos de agujas, los abetos aprovechan cualquier grieta para echar raíces, y las enredaderas espinosas les envuelven el tronco con sus hojas amarillentas; los lagartos cuchilla, por su parte, sisean al vernos u oírnos pasar. *¡Muerde!*, nos amenazan, *¡Muerde! ¡Muerde!*

Cualquier cosa que tocaras por aquí te pincharía o te cortarían. Después de una media hora de marcha, el sendero llega a una especie de explanada en la que algunos árboles hacen una tímida aparición, en la que parece que el bosque intenta recomponerse, en la que hay hierba y piedras lo bastante grandes como para sentarse sobre ellas. Eso es lo que hacemos, precisamente: sentarnos.

Saco de la mochila un trozo de carne de cordero seco y lo corto en tiras con el cuchillo. Le doy unas cuantas a Manchee y a la niña, y me reservo una porción para mí. Ella las acepta sin decir nada y, durante unos minutos, nos dedicamos a reponer fuerzas y a comer.

«Soy Todd Hewitt», pienso, masticando y cerrando los ojos, avergonzado ahora que sé que ella puede oír mi ruido, que puede reflexionar sobre él.

Reflexionar sobre él en secreto.

«Soy Todd Hewitt.»

«Seré un hombre dentro de veintinueve días.»

Lo cual, me doy cuenta, es muy cierto. Abro los ojos. El tiempo pasa, incluso cuando no estás mirando.

Le doy un mordisco a la tira de carne.

—Es la primera vez que oigo ese nombre. Viola —digo después de un rato, con la mirada fija en el suelo. Como ella no responde, me veo en la obligación de alzar la vista.

Me está mirando con fijeza.

—¿Qué? —le pregunto.

—La cara —responde.

Frunzo el entrecejo.

—¿Qué le pasa?

Cierra las manos y finge golpearse el rostro.

Me siento enrojecer.

—Ya, entiendo.

—Y también por lo que te hizo... —dice—, por lo que te hizo... —se interrumpe.

—Aaron —deduzco.

—Aaron —repite ladrando Manchee, y la niña se estremece un poco.

—Ese es su nombre —dice—, ¿no?

Asiento.

—Sí. Así es cómo se llama.

—No llegó a decírmelo con palabras. Pero lo he adivinado.

—Bienvenida al Nuevo Mundo. —Muerdo la tira de carne por una zona especialmente correosa y me hago daño en el paladar—. ¡Ay! —Escupo el bocado, que sale acompañado por un hilo de sangre.

Observándome, la niña opta por dejar en el suelo el trozo de cordero que le he dado. Se acerca su bolsa, la abre y, entre los objetos que contiene, escoge una caja de color azul un tanto mayor que la verde. Presiona un botón situado en la parte frontal, que hace que la tapa se levante, y saca del interior lo que parece un paño de plástico blanco y un pequeño escalpelo metálico. Se pone en pie y viene hacia mí.

Al ver que sus manos se me aproximan a la cara, me inclino hacia atrás.

—Vendas —me explica.

—Tengo las mías.

—Estas son mejores.

Me aparto un poco más.

—Tu... —digo, expulsando aire por la nariz—. Tu silencio me... —
Sacudo la cabeza.

—Te molesta.

—Sí.

—Lo sé —contesta—. Quédate quieto.

Me inspecciona el ojo hinchado y después emplea el escalpelo para cortar un retazo de venda. Está a punto de colocármela sobre el ojo, pero, sin poder hacer nada para evitarlo, doy un respingo. Callada, deja las manos extendidas a la espera de que le dé una nueva oportunidad. Tomo aire, cierro los ojos y le aproximo la cara.

Noto que la venda se me posa sobre la zona inflamada y, de inmediato, me la refresca, me aplaca el dolor con la suavidad de la caricia de una pluma. Me pone una nueva venda en el corte que tengo en la frente y otra más bajo el labio inferior, y mientras tanto siento en la piel el leve contacto de sus dedos. Me hace sentir tan bien que aún no he abierto los ojos.

—No tengo nada para la dentadura —dice.

—Da igual —susurro—. Pues sí que son mejores que las mías, estas vendas.

—Están medio vivas —responde—. Son tejido humano sintético. Cuando estés curado, morirán.

—Ya —contesto, como si supiera de qué me está hablando.

Se produce un silencio, lo bastante largo como para que me anime a abrir los ojos. Ella ha vuelto a sentarse en la misma roca que antes, y me está mirando el rostro.

Esperamos. De algún modo, parece que eso es lo mejor que podemos hacer.

Al poco, la espera surte efecto y ella empieza a hablar.

—Nos estrellamos —dice a media voz, mirando hacia el horizonte.

Carraspea y continúa—. Nos estrellamos. Teníamos un incendio e íbamos volando bajo. Creímos que todo iría bien, pero pasó algo con el sistema antiincendios y... —Abre las manos—. Nos estrellamos.

Calla.

—¿Aquellos eran tu madre y tu padre? —le pregunto, después de unos instantes.

Ella se limita a escudriñar el cielo, azul y sobrio, cercado por nubes que parecen huesos.

—Al amanecer —dice—, apareció ese hombre.

—Aaron.

—Fue muy extraño. Gritaba y chillaba, y luego se marchaba. Yo intentaba escaparme. —Se cruza de brazos—. Lo intenté varias veces, pero no lograba orientarme y, por muy bien que me escondiese, él siempre acababa por encontrarme. No sé cómo lo lograba. Luego, sin embargo, topé con esas cabañas raras.

—Los edificios zulaques —intervengo, pero ella no me está escuchando.

Me mira.

—Y llegaste tú. —Mira a Manchee—. Tú y ese perro tuyo que habla.

—¡Manchee! —ladra Manchee.

La niña ha empalidecido y tiene los ojos llenos de lágrimas.

—¿Qué clase de sitio es este? —pregunta con voz un tanto agitada—. ¿Por qué los animales de aquí pueden hablar? ¿Por qué oigo tu voz cuando no estás hablando? ¿Por qué oigo millones de voces como la tuya, todas superpuestas y amontonadas, todas a la vez? ¿Por qué veo imágenes que nada tienen que ver con lo que me rodea siempre que te miro? ¿Por qué vi lo que ese hombre...?

Su voz se apaga. Repliega las piernas y se abraza a ellas. Se me ocurre que debo hablar enseguida si quiero evitar que se ponga a balancearse.

—Somos colonos —digo. Levanta la vista y, a pesar de que no cambia de postura, al menos, no se mece—. Bueno, éramos colonos —aclaró—. Aterrizamos en el Nuevo Mundo hará unos veinte años. El planeta era el hogar de una raza de alienígenas, los zulaques. No estaban por la labor de... tenernos por aquí. —Le estoy contando lo que cualquier habitante de Prentisstown sabe, la historia que conoce a pies juntillas el ser menos espabilado de la granja más inculta—. Los hombres intentaron convivir en paz durante años, pero los zulaques no estaban dispuestos a tolerar su presencia. Y así empezó la guerra.

Al oír la palabra «guerra», la niña deja caer los ojos. Prosigo con el relato.

—Verás, en la lucha, los zulaques emplearon gérmenes que portaban enfermedades diversas. Esa fue su arma. Permitían que esos gérmenes fuesen proliferando. Creemos que uno de ellos tenía la misión de matar a nuestros animales, pero, en lugar de ello, les dio la capacidad de hablar. —Le echo un vistazo a Manchee—. Lo cual no es tan gracioso como parece. —Vuelvo a mirar a la niña—. Otro creó el ruido.

Aguardo. Ella no dice nada. Sin embargo, ambos sabemos qué implicaciones tiene lo que acabo de decir, claro.

Aspiro una bocanada de aire.

—Ese mató a la mitad de los hombres y a todas las mujeres, incluyendo a mi madre, e hizo que los pensamientos de los supervivientes se propagaran por sí mismos, sin el consentimiento de sus dueños.

La niña oculta la barbilla tras las rodillas.

—A veces, lo oigo con mucha claridad —comenta—. A veces sé exactamente lo que estás pensando. Sin embargo, la mayor parte de tiempo, lo único que puedo oír es...

—... ruido —concluyo, y ella asiente.

—¿Y los alienígenas?

—Ya no quedan más alienígenas.

Asiente una vez más. Guardamos silencio durante un rato, sustrayéndonos a lo evidente hasta que ya no podemos continuar ignorándolo.

—¿Voy a morir? —pregunta con un hilo de voz—. ¿Ese germen va a matarme?

A pesar de su acento, que provoca que las palabras tengan una sonoridad diferente, el significado de lo que ha dicho es el que es. Mi ruido se me adelanta con un «probablemente», pero, aun así, contesto con la voz.

—No lo sé.

Se me queda mirando.

—No lo sé, de verdad —insisto con la mayor franqueza que puedo—. Si me lo hubieses preguntado la semana pasada, te habría respondido que sí sin dudar, pero ahora... —Observo la mochila, pienso en el diario que está en el interior—. No lo sé. —Miro a la niña—. Espero que no.

Pero mi ruido dice «probablemente». «Probablemente mueras» y, pese a que intento taparlo con más ruido, logra escabullírseme y salir a la superficie.

—Lo siento —digo.

Ella sigue callada.

—Sin embargo, si consiguiéramos llegar hasta el otro asentamiento... — Me interrumpo. No sé qué añadir—. Todavía no estás enferma. Eso es bastante.

—Tienes que ponerlos sobre aviso —dice ella, parapetada tras las rodillas. Levanto la vista al instante.

—¿Cómo?

—Antes, cuando estabas intentando leer ese diario...

—No lo estaba intentando —me defiendo, un tanto enfadado.

—Vi las palabras en tu... en tu lo que sea —contesta—. Decían: «Debes ponerlos sobre aviso».

—¡Ya lo sé! Ya sé lo que decían.

Pues claro que era eso. «Debes ponerlos sobre aviso». Soy un estúpido.

—Me pareció que tenías... —dice.

—Sé leer —la interrumpo.

—Vale —responde, levantando las manos.

—¡Sé leer!

—Solo estoy diciendo que...

—¡Bueno, pues deja de decirlo! —Frunzo el entrecejo, y mi ruido es lo suficientemente fuerte como para que Manchee se ponga en pie. Me incorporo. Cojo la mochila y me la echo a la espalda—. Debemos continuar.

—¿A quiénes hay que poner sobre aviso? —pregunta la niña, que no parece dispuesta a levantarse—. ¿Con respecto a qué?

No llego a responderle (aunque conozco la respuesta) porque oigo un chasquido fuerte, un clic metálico que en Prentisstown solo puede significar una cosa.

Un rifle que acaba de ser amartillado.

Sobre una roca que se cierne sobre nosotros, hay alguien que empuña un rifle listo para disparar, alguien que nos tiene en el punto de mira.

—Lo que, vistas las circunstancias, me llama la atención sobre todo lo demás —dice una voz que surge detrás del arma— es: ¿quiénes se han creído que son estos dos cachorrillos para hacer que mi puente salte por los aires?

EL EXTREMO OPUESTO DE UN RIFLE

—¡Rifle! ¡Rifle! ¡Rifle! —ladra Manchee dando saltos.

—Yo que vosotros le bajaría los humos a esa bestezuela —dice la voz misteriosa—. Porque no querréis que le ocurra nada, ¿verdad?

—¡Estate quieto, Manchee! —grito.

El aludido me mira.

—¿Rifle, Todd? —ladra—. ¡Pum, pum!

—Ya lo sé. Cállate.

Se calla, se queda en silencio.

A excepción de mi ruido, todo se queda en silencio.

—Estoy convencido de que acabo de hacerles una pregunta a este par de cachorrillos que tengo delante —afirma la voz—, y estoy esperando una respuesta.

Miro a la niña. Ella se encoge de hombros, pero ambos optamos por levantar las manos.

—¿Qué querías saber? —le pregunto a la voz.

El rifle se sacude.

—He preguntado qué es lo que os da derecho a volar un puente que no es vuestro.

No respondo. La niña tampoco.

—¿Os parece que os estoy apuntando con una ramita o qué? —El cañón del rifle se alza.

—Nos estaban persiguiendo —explico, sin tener otra cosa que decir.

—¿Conque os estaban persiguiendo? —se mofa el rifle—. ¿Y quién os estaba persiguiendo, si puede saberse?

No sé qué respuesta dar. ¿Será la verdad más arriesgada que la mentira? ¿Estará el rifle de parte del alcalde? ¿Nos convertiremos en la presa de un cazarrecompensas? ¿Sabrá algo de Prentisstown quienquiera que levanta ese rifle?

El mundo se torna muy peligroso cuando uno no sabe lo suficiente.

Por ejemplo, ¿por qué hay tanto silencio?

—Pues por supuesto que sé algo de Prentisstown, faltaría más —dice la voz, que me ha leído el pensamiento con una precisión desconcertante. El rifle me apunta—. Si procedes de ese lugar...

En ese momento, la niña dice algo que me hace pensar en ella como «Viola» y no como «la niña».

—Me ha salvado la vida.

Le he salvado la vida.

Eso dice Viola.

Será «Viola» para siempre.

—¿Ah, sí? —inquire el rifle—. Eso es lo que a ti te parece. ¿Cómo sabes que no lo ha hecho meramente para salvar la suya propia?

Viola me mira con la frente arrugada. Me toca a mí encogerme de hombros.

—Ah, pero no —reflexiona la voz con un tono cantarín—. No, no. No es eso lo que veo en ti, jovencito. Todavía eres un cachorro, ¿verdad?

Trago saliva.

—Seré un hombre dentro de veintinueve días.

—No me parece algo de lo que debas enorgullecerte, cachorro. Sobre todo teniendo en cuenta de dónde vienes.

El rifle se hace a un lado y, en su lugar, aparece una cara.

Por eso hay tanto silencio.

Es una mujer. Una mujer mayor.

Una anciana.

—Te agradezco que tengas la gentileza de considerarme mujer —dice, sosteniendo el rifle a la altura del pecho. Todavía nos está apuntando—. Sin embargo, me queda juventud de sobra para dispararte.

Me recorre con la mirada, me estudia, me registra el ruido con una pericia que ni siquiera Ben posee. Su rostro va cambiando de expresión, como si estuviese sopesándome, de un modo que me recuerda a Cillian cuando se para a valorar si le estoy mintiendo o no. Sin embargo, esta mujer no tiene ruido, con lo cual no tengo ni la más mínima idea acerca de lo que puede estar pasándole por la cabeza.

Repara en Viola y le dedica una larga mirada.

—Para ser unos cachorritos —dice al fin, mirándome—, es muy fácil leer en vosotros —y añade, dirigiéndose a Viola—: En cuanto a ti, mi niña, estoy sorprendida. Tu historia es bastante extraordinaria.

—Se la contaría encantada si dejase de apuntarnos con un arma —le espeta Viola.

La sorpresa es tal que incluso Manchee se la queda mirando. Me dispongo a decirle algo.

Sin embargo, nos llega una risita desde la roca. A la anciana le ha hecho gracia. Su vestimenta es de cuero raído y sucio, y parece haber pasado por mil y una desventuras, y lleva un sombrero y unas botas embarradas. Tiene aspecto de ser nada más y nada menos que una granjera.

Con todo, su rifle nos sigue mirando.

—Estáis escapándoos de Prentisstown, ¿verdad? —pregunta, fijándose, de nuevo, en mi ruido.

No hay por qué ocultárselo, de modo que le dejo que sepa de qué nos estamos escapando, qué sucedió en el puente y quiénes nos siguen los pasos. Ella lo capta todo, lo sé, pero se limita a curvar las comisuras de los labios y a bizquear un poco.

—Está bien —resuelve mientras emprende el descenso hacia nosotros utilizando el rifle a modo de bastón—. La verdad es que me irrita bastante lo que le habéis hecho a mi puente. La explosión se oyó hasta en mi granja. — Cuando da el último paso, que la deja a escasa distancia de donde nos encontramos, la gravedad de su silencio es tal que me obliga a recular—. Por otra parte, también es cierto que ese puente conducía a un lugar al que hace más de una década que no vale la pena ir. Estaba ahí porque todavía me quedaba alguna esperanza. —Vuelve a mirarnos de arriba abajo—. ¿Quién iba a negármela?

Todavía tenemos las manos levantadas, pues no sabemos qué se propone.

—Os lo preguntaré solo una vez —dice la mujer, mostrándonos, de nuevo, el cañón del rifle—. ¿Voy a necesitar esto o no?

Intercambio una mirada con Viola.

—No —respondo.

—No, señora —dice Viola.

«¿Señora?», pienso.

—¿De qué te extrañas, muchachito? —La anciana se cuelga el rifle del hombro—. Así se le habla a una dama. —Se agacha para observar a Manchee—. ¿Y tú cómo te llamas, criatura?

—¡Manchee! —ladra él.

—Oh, sí, ese es tu nombre, no lo dudo —dice la mujer, obsequiándole con

una caricia vigorosa—. ¿Y vosotros dos, pequeños? —inquieta sin mirarnos—. ¿Qué nombre os habrán puesto vuestras madres, eh?

Viola y yo nos miramos. Cuesta un poco eso de decirle cómo nos llamamos, pero, al tiempo, es lo que procede después de que ella haya bajado el rifle.

—Me llamo Todd. Y ella, Viola.

—Tan cierto como que sale el sol por las mañanas —repite la mujer tras conseguir que Manchee le permita rascarle la barriga.

—¿Hay alguna otra vía para cruzar el río? —pregunto—. ¿Otro puente, tal vez? Porque esos hombres...

—Yo me llamo Mathilde —me interrumpe—, pero solo me llaman de esa manera quienes no me conocen, así que prefiero que me llaméis Hildy, y, algún día, incluso, llegaréis a ganáros el derecho de estrecharme la mano.

Miro a Viola. ¿Cómo saber si está cuerdo alguien que no tiene ruido?

La anciana se ríe.

—Me haces gracia, jovencito. —Se levanta, y Manchee, incorporándose, la mira como a una diosa—. Pero, para responder a tu pregunta, te diré que hay un par de vados a unas dos jornadas de viaje río arriba, y que, así subas o bajes el río, no encontrarás ni un solo puente a no ser que vayas muy lejos.

Sus ojos, claros y penetrantes, se posan sobre mí, y una sonrisa se le dibuja en los labios. Apuesto a que está inspeccionando mi ruido y, pese a ello, a diferencia de lo que ocurre cuando los hombres tratan de leerme el pensamiento, no me siento acosado.

A juzgar por su modo de mirarme, me doy cuenta de unas cuantas cosas y comprendo otras tantas más. Es evidente que Prentisstown está en cuarentena por causa del germen del ruido; eso es lo primero. Pues esta anciana no ha muerto y, si bien nos trata con gentileza, guarda las distancias y es perfectamente capaz de saludar con su rifle a cualquiera que proceda de

donde yo provengo.

Por otro lado, si el germen del ruido está en mí y es contagioso, parece probable que Viola ya haya enfermado, que se esté muriendo en este mismo momento, mientras hablamos, y también, casi seguro, que no me van a dejar entrar en el asentamiento, que me van a decir que me dé la vuelta y me largue, lo cual me va a dejar en mala situación, ¿no? Mi viaje terminaría antes de que yo encontrase un lugar en el que quedarme.

—Puedes estar seguro de que no te van a dejar entrar en el asentamiento —dice la anciana—. No me cabe ninguna duda. Sin embargo —añade, guiñándome un ojo—, lo que no se sabe, no hace daño.

—Yo no estaría tan seguro —matizo.

Ella se vuelve y asciende por las rocas por las que ha bajado. La observamos llegar a la parte alta y darse la vuelta.

—¿No venís? —pregunta, como si nos hubiese invitado y estuviéramos haciéndola esperar.

Miro a Viola.

—Debemos continuar hacia el asentamiento —le dice a la anciana y, luego, dirigiéndose a mí, añade—: Tanto si nos dejan entrar como si no.

—Ya iréis —dice la anciana—, pero lo primero que os hace falta, cachorrillos, es dormir bien y comer a gusto. Salta a la vista.

La idea de descansar y de comer algo me resulta tentadora, tanto que, durante un instante, olvido que tiene un rifle en las manos. Claro, pero solo durante un instante. Porque tenemos otras prioridades. Decido por los tres.

—Tenemos que reanudar la marcha —le participo a Viola a media voz.

—Ya, pero no sé adónde vamos, la verdad —responde—. Y no me parece que tú lo sepas muy bien, ¿no crees?

—Ben dijo que...

—Vendréis a mi granja, criaturas, os alimentaréis cuanto os plazca,

dormiréis en una cama que, debo reconocerlo, no es blanda, y, por la mañana, partiremos hacia ese asentamiento —abre mucho los ojos al decir la última palabra, como si le hiciese gracia.

Nos quedamos quietos.

—A ver si lo entendéis —afirma—. Tengo un arma, sí —nos muestra el rifle—. Pero os lo estoy pidiendo.

—¿Por qué no vamos con ella? —me susurra Viola—. Así podríamos...

—Podríamos, ¿qué? —pregunto, un tanto sorprendido.

—Bañarnos —responde—. Dormir.

—Ya —contesto—, pero resulta que ciertos hombres que nos siguen los pasos no se van a detener por el mero hecho de que no haya puente y, además, no sabemos nada de ella. ¿Quién te dice que no planea matarnos?

—Yo creo que no tenemos nada que temer —valora Viola, mirando a la anciana—. Está un poco chiflada, pero la suya no es una chifladura peligrosa.

—Yo qué sé lo que es o deja de ser —rezongo, lo cierto es que un poco enfadado—. La gente sin ruido, como ella, puede ser cualquier cosa.

Viola me clava la mirada. Ha alzado las cejas, y detecto cierta tensión en sus mandíbulas.

—No me refería a ti, por supuesto —matizo.

—Cada vez que... —dice, pero se interrumpe y sacude la cabeza.

—Cada vez que ¿qué? —murmuro, pero Viola parpadea y se vuelve hacia la mujer.

—Aguarde —dice, con cierto fastidio en la voz—. Iré por mis cosas.

—¡Oye! —protesto. ¿Es que ya no se acuerda de que le he salvado la vida?—. Espera un momento. No podemos abandonar el sendero. Tenemos que llegar hasta el asentamiento.

—Los senderos no siempre son el camino más rápido —interviene la mujer—. ¿Acaso no lo sabes?

Callada y ceñuda, Viola coge su bolsa. Y está lista, preparada para marcharse con la primera persona silenciosa que encuentra, preparada para dejarme atrás a la primera de cambio.

Y se olvida de algo que no voy a repetir.

—No puedo ir, Viola —afirmo entre dientes, pudoroso y azorado, al tiempo que se me desprende una de las vendas de la cara—. Soy portador del germen. Constituyo un peligro.

—Entonces, no vengas —me responde, hiriente.

Me quedo boquiabierto.

—¿Cómo? ¿Y tú te vas?

Viola elude mirarme, y es la anciana y no ella quien me contesta.

—Veamos, mocito —dice—, si tanto te preocupan las infecciones, tu compañera puede venir con Hildy mientras tú nos sigues a cierta distancia con el perrito ese.

—¡Manchee! —ladra Manchee.

—Me da igual —dice Viola, que se da la vuelta y comienza a escalar por las rocas.

—Y ya te he dicho —me avisa la mujer— que me llamo Hildy, así que olvida eso de «la anciana», ¿entendido?

Viola llega a lo alto, y las dos echan a andar sin más explicaciones. ¿Qué te parece?

—Hildy —me dice Manchee.

—Calla —respondo.

Pero no me queda otra alternativa, ¿verdad? Debo encaramarme a esas rocas e ir tras ellas.

Y allá vamos Manchee y yo por un sendero muy estrecho que serpentea entre peñas y matas, detrás de Viola y Hildy, que nos llevan una ventaja de kilómetros, hacia no se sabe dónde, y, mientras tanto, no dejo de mirar atrás

esperando encontrarme con que el alcalde, el señor Prentiss Junior y Aaron nos están persiguiendo.

No sé. ¿Cómo pudieron pensar Ben y Cillian que estaría preparado para esto? Admito que la perspectiva de una cama y de un plato de comida merece el riesgo, pero, en fin, podría ser una trampa, y nosotros, como estúpidos, vamos directos hacia ella.

Además, nos persiguen, así que deberíamos ir más rápido.

Claro que, a lo mejor, es verdad que, desaparecido el puente, no hay otro modo de cruzar el río.

Y Hildy ha podido obligarnos y, sin embargo, no lo ha hecho. Y Viola ha dicho que no teníamos nada que temer de ella, y tal vez sea posible que una persona no ruidosa pueda leerle el pensamiento a otra de su misma naturaleza.

Vale, pero ¿qué hay de verdad en todo esto?

¿Y a quién le importa lo que diga Viola?

—Mira a esas dos —le digo a Manchee—. Se llevan de maravilla, y eso que acaban de conocerse. Fíjate, si parecen amigas de toda la vida o algo así.

—Hildy —responde Manchee. Extiende un brazo para darle una palmada en el lomo, pero él se adelanta para evitarlo.

Viola y Hildy van conversando, pero solo me llegan algunos retazos de lo que se dicen. Lo cierto es que no sé de qué están hablando. Si fueran gente normal, es decir, ruidosa, podríamos hablar entre nosotros independientemente de la distancia que nos separara y nadie tendría secretos que ocultar. Todos estaríamos parloteando, tanto si lo quisiéramos como si no.

Y nadie se quedaría excluido. Nadie se quedaría abandonado a su suerte, así como así.

Continuamos caminando.

Y yo, dale, no paro de pensar.

Y deajo que se distancien un poco más.

Y pienso y pienso.

Todo está empezando a perfilarse en mi mente.

Porque, vamos, ahora que hemos topado con Hildy, Viola ya tiene a alguien que puede hacerse cargo de ella. Es que, además, son como uña y carne. A mí, desde luego, no se me parecen. El caso es que Hildy podría ayudar a Viola a regresar a su lugar de origen, cosa en la que yo, evidentemente, no puedo hacer nada. Yo solo conozco Prentisstown, y nada más. Por no hablar de que podría contagiarle el germen del ruido y matarla, matar su silencio, matar a cualquiera que se cruce conmigo, todo por culpa de ese germen gracias al cual no voy a poder entrar en el asentamiento; gracias al cual Hildy, seguro, me enviará a dormir a su granero, con las ovejas y los rojetos.

—¿Verdad, Manchee? —Me detengo sintiendo un pesar en el pecho—. Excepto el que yo produzco, por aquí no hay ruido. —Me seco el sudor de la frente—. No tenemos adónde ir. No podemos seguir adelante. No podemos volvernos atrás.

Consciente de nuestras circunstancias, me siento sobre una roca.

—No hay ningún lugar al que podamos ir —lamento—. No hay nada.

—Hay Todd —celebra Manchee moviendo el rabo.

No es justo.

Es que no es justo.

El único lugar al que perteneces es justamente el mismo al que no puedes volver.

Así que te quedas solo, para siempre jamás.

¿Por qué lo hiciste, Ben? ¿Tanto me lo merecía?

Me seco las lágrimas con la manga.

Ojalá Aaron y el alcalde me apresen.

Ojalá todo esto termine de una vez por todas.

—¿Todd? —ladra Manchee, que pretende olisquearme la cara.

—Déjame en paz —le digo, empujándolo.

Hildy y Viola están cada vez más lejos, y, si no me pongo en marcha, pronto las perderé de vista.

Me quedo aquí sentado.

Aún las oigo hablar, pero sus voces van debilitándose en la distancia. Ni la una ni la otra se dan la vuelta para saber de mí.

Hildy, oigo, niñita... maldita cañería agujereada... Hildy... puente en llamas.

Y levanto la cabeza.

Es una voz desconocida.

Y no la estoy oyendo por los oídos.

Hildy y Viola están a punto de perderse en la lejanía, pero hay alguien que va hacia ellas, que las saluda con la mano.

Su ruido dice *Hola*.

COMPAÑEROS DE SUFRIMIENTO

Es un hombre mayor que también tiene un rifle, si bien lo lleva colgado del hombro, con el cañón hacia el suelo. Su ruido sube de volumen cuando ve a Hildy, se mantiene a ese nivel mientras le rodea la cintura con un brazo, y zumba en el momento en que ella le presenta a Viola, quien parece tener dificultades para recibir una bienvenida tan efusiva.

Hildy está casada con un hombre ruidoso.

Un hombre hecho y derecho, que hace ruido para dar y tomar. Pero ¿cómo es...?

—¡Oye, cachorro! —me grita Hildy—. ¿Te vas a pasar todo el día rascándote la nariz o vas a venir con nosotros a cenar, eh?

—¡Cena, Todd! —ladra Manchee, y sale disparado hacia ellos.

No pienso en nada. No sé qué pensar.

—Vaya, un ruidoso como yo —grita el anciano, caminando hacia mí entre Viola y Hildy. El ruido sale de él profusamente y, a mi pesar, me trae un cargamento de alegría y buenas intenciones. Mozalbetes... puente derribado... cañería agujereada... compañeros de sufrimiento... Hildy, querida Hildy. Lo veo llegar con el rifle al hombro, lo veo extenderme una mano.

Estoy tan pasmado que se la estrecho.

—¡Tam, ese soy yo! —me saluda, podría decirse que a gritos—. ¿Qué me dices de ti, cachorro?

—Me llamo Todd.

—¡Encantado de conocerte, Todd! —me estrecha los hombros con un brazo y tira de mí para llevarme por el sendero. Apenas mantengo el equilibrio, y, así, él hablando y yo trastabillando, llegamos al lugar en que Hildy y Viola nos esperan—. Hace por lo menos una luna que no tenemos invitados a cenar, así que me temo que tendrás que disculparnos por el estado de nuestra modesta choza. No pasan viajeros por aquí desde hace lo menos diez años, ¡pero es una suerte teneros con nosotros! ¡Sed bienvenidos!

Sin saber qué decir, miro a Hildy y a Viola y, después, a Tam.

—No pasa nada, Todd —me dice Hildy con tono afable.

—¿Cómo es posible que no te hayas contagiado del ruido? —pregunto una vez que, por fin, las palabras logran encontrarse a sí mismas en medio del rebumbio que me ocupa la cabeza. El corazón me da un salto súbito, tan violento que tengo la impresión de que los ojos se me salen de las órbitas, y se me forma un nudo en la garganta mientras mi ruido, blanco y brillante, vuela por todas partes en alas de la esperanza.

—¿Conocéis una cura? —pregunto, casi sin voz—. ¿Hay cura?

—Si la hubiese —responde Tam, más bien a gritos—, ¿crees que te estaría exponiendo este montón de desperdicios que me guardo en el cogote?

—Que el cielo nos asista si es así —se burla Hildy, sonriente.

—Sí, y que el cielo nos asista si tú no eres capaz de adivinarme el pensamiento —repite Tam, sonriente también, y rebosante de amor—. No, cachorro —me dice—. No hay cura para eso.

—En fin —reflexiona Hildy—, al parecer, hay mucho trabajo que hacer. Eso dice la gente.

—¿Qué gente? —inquire Tam, escéptico.

—Talia, Susan F., mi hermana —enumera Hildy.

Tam resopla.

—Más a mi favor. Rumores de rumores de rumores. No me fío de tu hermana ni para que me diga cómo se llama.

—Pero entonces... —digo, mirándolos al uno y a la otra, tratando de atraer su atención—. ¿Cómo es posible que estés viva? —le pregunto a Hildy—. El ruido mata a las mujeres. A todas las mujeres.

Hildy y Tam intercambian una mirada, y estoy seguro de que oigo o, mejor dicho, de que percibo que él oculta algo en su ruido.

—No, Todd —contesta la anciana con una dulzura un tanto exagerada—. Eso mismo le estaba diciendo yo a tu compañera, Viola. Está a salvo del germen.

—¿A salvo? ¿Cómo va a estar a salvo?

—Las mujeres son inmunes —tercia Tam—. Bribonzuelas con suerte.

—¡No es cierto! —protesto—. ¡No es cierto! ¡Las mujeres de Prentisstown enfermaron por culpa del ruido, y todas, todas sin excepción, murieron! ¡El ruido mató a mi madre! A lo mejor, la especie de germen que los zulaques propagaron por allí es más fuerte que la que os ha tocado a vosotros, pero...

—Todd, muchacho —dice Tam, poniéndome una mano en el hombro para tranquilizarme.

Me suelto de él, pero no sé qué más decir. Miro a Viola, pues, al fin y al cabo, ella está callada. Descubro que no quiere mirarme.

—Sé de lo que hablo —insisto, olvidándome de que estoy comprobando que me costaría demostrarlo.

¿Cómo va a ser posible?

¿Cómo, a ver?

Tam y Hildy vuelven a mirarse. Escudriño el ruido de Tam, pero enseguida compruebo que es habilísimo a la hora de esconder aquello que no le apetece

mostrar. No obstante, veo muchas cosas.

—La historia de Prentisstown es bastante triste, cachorro —dice—. Por allá fueron mal varias cosas.

—Te equivocas —asevero, pero noto que mi tono de voz delata que, en realidad, opino igual que él.

—No es momento ni lugar para hablar de eso —dice Hildy mientras acaricia el hombro de Viola, que no pone resistencia—. Te hace falta un poco de comida y un poco de descanso, chico. Vi dice que apenas has dormido en no sé cuántos kilómetros de caminata. Todo pintará mejor cuando tengas el estómago lleno y hayas reposado.

—Vale, pero ¿estará ella a salvo de contagiarse? —pregunto, procurando no mirar a «Vi».

—Desde luego. No hay modo de que la contagies —afirma Hildy con una sonrisa—. Si quieres hacer algo por su bienestar, permite que te conozca mejor.

Deseo darle la razón y, al tiempo, quitársela, de modo que prefiero guardar silencio.

—Vamos —dice Tam—. Nos espera un banquete.

—¡No! —exclamo, recordándolo todo de nuevo—. No tenemos tiempo para banquetes —le lanzo una mirada a Viola—. Hay hombres que nos vienen siguiendo el rastro, por si acaso lo habías olvidado. Y no tienen ningún interés en nuestro bienestar. —Miro a Hildy—. Seguro que la comida de vuestra granja es excelente y...

—Todd, cachorro... —dice la anciana.

—¡No soy un cachorro! —grito.

Ella sonrío y alza las cejas.

—Todd, cachorro —insiste a media voz—. Ningún hombre que esté del otro lado del río podrá poner un pie de este lado, ¿entiendes lo que te digo?

—Sí —proclama Tam—, así es.

Los miro a ambos.

—Pero...

—He sido la protectora de ese puente de ahí durante más de diez años — afirma Hildy—, y, antes de eso, fui su guardiana durante otros tantos más. Saber si viene alguien forma parte de mi labor. —Mira a Viola—. Y no viene nadie. Estáis a salvo.

—Sí —coincide Tam, una vez más, cimbreado.

—Pero... —repito. Hildy no me deja terminar la frase.

—¡Hora de darse un banquete!

Y punto final, por lo visto. Viola sigue sin mirarme, sigue con los brazos cruzados y, cuando empezamos a andar, permite que Hildy la rodee con un brazo. Me toca acompañar a Tam, que está esperándome. No es que me apetezca mucho caminar, pero como todos caminan, imagino que no tengo otra alternativa. Recorremos el estrecho sendero privado de Tam y Hildy, y él y su ruido parlotean sin cesar.

—Hildy dice que habéis volado nuestro puente —comenta.

—Mi puente —corrige la mujer sin volverse.

—Ella lo construyó —me informa Tam—. Pero nadie lo utilizaba.

—¿De verdad? —Pienso en todos los hombres que desaparecieron de Prentisstown, aquellos que, siendo yo aún pequeño, se evaporaron sin dejar rastro. Ninguno de ellos logró llegar hasta aquí.

—Era una verdadera obra de ingeniería, el puente —sigue diciendo Tam, como si no me hubiese oído, y, a lo mejor, así es, teniendo en cuenta lo mucho que grita este hombre—. Lástima que ya no esté en pie.

—No nos quedó otro remedio —explico.

—Siempre hay otros remedios, cachorro. Pero, por lo que tengo entendido, elegisteis el correcto.

Caminamos en silencio durante un rato.

—¿Estás seguro de que no nos pasará nada? —le pregunto.

—Nunca puede uno estar seguro —confiesa—. Pero Hildy tiene razón. — Sonríe, y detecto algo de tristeza en su expresión—. Hace falta más que un puente derribado para mantener a esos hombres del otro lado del río.

Cuando trato de buscar en su ruido si está siendo sincero, me topo con un lugar claro y límpido, brillante, cálido, en donde todo lo que se te ocurra podría ser verdad.

Qué poco se parece a un hombre de Prentisstown.

—No lo entiendo —afirmo, reflexionando—. Tiene que tratarse de un germen del ruido diferente al que se extendió por Prentisstown.

—¿Te parece que mi ruido es distinto al tuyo? —pregunta Tam con curiosidad.

Lo miro y me quedo escuchando unos instantes. *Hildy... Prentisstown... rojetos y ovejas... colonos... cañería agujereada... Hildy.*

—Piensas mucho en tu esposa.

—Es mi astro celeste, cachorro. Me habría perdido en el ruido de no ser por el empeño que puso en rescatarme.

—¿Ah, sí? —pregunto, sin saber a qué se refiere—. ¿Participaste en la guerra?

Se para. Su ruido se torna tan gris e indistinto como un día nublado, y no soy capaz de discernir nada en él.

—Luché, sí —replica—. Pero la guerra no es algo de lo que se hable a la ligera, a plena luz del día.

—¿Por qué no?

—Ojalá no tengas que saberlo. —Me pone una mano en el hombro. Esta vez se lo permito.

—¿Cómo lo haces? —pregunto.

—¿Cómo hago qué?

—Cerrar el ruido, impedirme penetrar en él.

Sonríe.

—Son años de práctica ocultándole mis pequeñas cosas a la dama.

—Por eso te adivino el pensamiento tan bien —exclama Hildy—. Cuanta más pericia tiene él encubriendo, más pericia tengo yo destapando.

Ambos se ríen. Intento hallar en Viola un gesto de complicidad que nos permita mofarnos de este par de viejos melosos, pero desisto al advertir que evita encontrarse con mi mirada.

Dejamos atrás la parte rocosa del sendero, rodeamos un pequeño alto y, de pronto, nos hallamos frente a una granja asentada sobre unas colinas ondulantes en las que pueden observarse campos de trigo y de col, y un pastizal en el que ramonean unas cuantas ovejas.

—¡Hola, ovejas! —grita Tam.

—¡Ovejas! —responden ellas.

Junto al sendero, en primer plano, se levanta un enorme granero de madera de aspecto sólido y resistente, a todas luces construido para durar toda una eternidad.

—A no ser que venga alguien y nos lo haga saltar por los aires —comenta Hildy con una risita.

—Me gustaría verte intentándolo —se mofa Tam, jocoso.

Empieza a cansarme la manía que tienen de reírse por cualquier cosa.

Enseguida llegamos a la casa, que poco o nada se parece al granero. Por lo que se ve, es de metal, como la gasolinera o la iglesia del pueblo, aunque más robusta. Una de sus mitades brilla y se despliega hacia el cielo como una vela, y hay una chimenea esbelta y curva cuya cúspide remata en una especie de codo por el que sale el humo. En la otra parte de la casa, la madera se suma al metal para dar lugar a una estructura tan recia como la del granero,

en forma de...

—Un par de alas —digo.

—En efecto —responde Tam—. Pero ¿qué clase de alas?

Miro otra vez. La casa, cuya chimenea imita la forma de un cuello y una cabeza que se anteponen a la reluciente fachada y a las alas de madera, recuerda la figura de un ave posada en el agua, de un pájaro de algún tipo.

—Es un cisne, Todd —señala Tam.

—Un ¿qué?

—Un cisne.

—¿Qué es un cisne? —pregunto, intrigado, contemplando el edificio.

Hay un fugaz desconcierto en su ruido, y luego capto una nota de tristeza que me hace mirarlo.

—¿Qué sucede?

—Nada, cachorro —responde—. Tan solo recuerdos de hace mucho.

Viola, que se encuentra junto a Hildy un poco más allá, tiene los ojos abiertos como platos y la boca desencajada.

—¿Qué te había dicho? —le pregunta Hildy.

Viola corre hacia la cerca que cierra la granja. Escruta la casa de arriba abajo, desde la parte de metal hasta la base y los costados. Me acerco a ella y la imito. Me cuesta pensar en algo que decir (cállate).

—Se supone que es un cisne —digo, después de unos instantes—. Sea lo que sea eso.

Me ignora y se vuelve hacia Hildy.

—¿Es una Expansión Tres Quinientos?

—¿Cómo?

—Es más antigua, Vi, querida —dice Hildy—. Una Ex Tres Doscientos.

—Entre nosotros, son comunes las Ex Siete —afirma Viola.

—No me sorprende —responde Hildy.

—¿De qué demonios estáis hablando? —pregunto—. ¿Qué es eso de Expansión no sé qué?

—¡Ovejas! —exclama Manchee, a lo lejos.

—Nuestra nave de colonización —me explica Hildy, sorprendida, por lo visto, de que no lo sepa—. Una Expansión, clase Tres, serie Doscientos.

Inspecciono las expresiones de las caras que me rodean. El ruido de Tam me da un indicio de cómo suena una nave espacial en pleno vuelo, de una nave espacial concreta cuyo casco coincide con la forma de la casa puesta al revés.

—Ya, claro —digo, recapacitando mientras intento simular que estoy al tanto de todo—. Construís vuestras casas con lo primero que tenéis a mano.

—Más o menos, cachorro —responde Tam—. A veces, tenemos la tendencia a convertirlas en obras de arte.

—En especial, si tu esposa domina la ingeniería lo bastante como para lograr que tus condenadas esculturas se mantengan en pie —tercia Hildy.

—¿Cómo es que entiendes de estas cosas? —le pregunto a Viola.

Baja la vista para rehuirme.

—Es decir, que... —musito, pero me detengo.

Empiezo a comprenderlo. Claro que lo comprendo.

Demasiado tarde, como todo lo demás, pero lo he comprendido.

—Eres una colona —le digo—. Eres una colona recién llegada.

Se encoge de hombros sin dirigirme la mirada.

—Pero la nave en la que te estrellaste —afirmo— es demasiado pequeña para servir de nave de colonización.

—Porque no era más que un transbordador. Mi nave nodriza es una Expansión clase Siete.

Mira a Hildy y a Tam, que permanecen en silencio. El ruido de Tam es claro y está lleno de curiosidad. No soy capaz de entrever nada en Hildy. Sin

embargo, de algún modo, percibo que ella lo sabía, que Viola se lo ha dicho, y me duele porque ello pone de manifiesto lo que yo ignoraba, lo que Viola ha dejado de decirme. Es cierto que no se lo he preguntado, pero, aun así, me avinagra.

Levanto la vista hacia el cielo.

—Está ahí arriba, ¿verdad? —digo—. Tu Expansión clase Siete.

Viola asiente.

—Y lleva a más colonos. Más colonos van a venir al Nuevo Mundo.

—La nave quedó destrozada cuando chocamos —recuerda Viola con voz entrecortada—. No tengo medio de comunicarme con ellos. No puedo decirles que no vengan. —Mira hacia arriba—. «Debes ponerlos sobre aviso.»

—No se refería a eso —protesto—. Imposible.

Viola frunce el ceño.

—¿Por qué no?

—¿Quién no se refería a qué? —pregunta Tam.

—¿Cuántos colonos van a venir? —digo, atestiguando una vez más que el mundo no deja de cambiar.

Viola toma aire antes de responder, y tengo la impresión de que no ha puesto al corriente a Hildy sobre este punto.

—Miles —contesta—. Vendrán miles.

UNA NOCHE SIN PERDONES

—Tardarán meses en llegar —dice Hildy, alcanzándome otro plato de puré de rojeto. Viola y yo nos atiborramos mientras Hildy y Tam se encargan de la charla.

—Los viajes espaciales no son como se cuenta en los vídeos —explica Tam, con un chorretón de salsa de carne resbalándole por la barba—. Hacen falta muchísimos, muchísimos años para llegar a cualquier parte. Sesenta y cuatro, por ejemplo, para ir desde el Viejo Mundo al Nuevo Mundo.

—¡¿Sesenta y cuatro años?! —exclamo, y es tanta la sorpresa que escupo unas gotas de salsa.

Tam asiente.

—Estás congelado durante casi todo el trayecto y el tiempo va transcurriendo, a no ser que te mueras por el camino.

Miro a Viola.

—¿Tienes sesenta y cuatro años?

—Sesenta y cuatro años por las cuentas del Viejo Mundo —matiza Tam, contando con los dedos—. Que serían unos... ¿Cuántos? Sobre cincuenta y ocho o cincuenta y nueve del Nuevo Mundo.

Viola sacude la cabeza.

—Nací a bordo. Nunca me durmieron.

—Deduzco, entonces, que tu madre o tu padre eran serviolas —dice Hildy, partiendo un trozo de una hortaliza semejante a un nabo—. El serviola —me explica— es el que se queda despierto para cuidar del gobierno de la nave.

—Mi padre —repone Viola—, y antes que él, mi madre, y antes, mi abuelo.

—Espera un momento —le digo, tan rezagado como es habitual—. Si nosotros estamos en el Nuevo Mundo desde hace veintitantos años...

—Veintitrés —puntualiza Tam—. Parecen más.

—Entonces, tú, o tu padre, tu abuelo o quien fuera, partisteis antes de que nosotros hubiésemos llegado aquí —deduzco.

Miro alrededor para ver si alguno de los comensales se pregunta lo que me estoy preguntando.

—¿¿Por qué?! —exclamo—. ¿Por qué lanzarse al espacio sin saber si el destino merece el viaje?

—¿Por qué te parece que vinieron los primeros colonos, eh? —me pregunta Hildy—. ¿Por qué la gente busca un lugar distinto en el que vivir?

—Porque el sitio en el que vives te decepciona —contesta Tam—. Porque apesta tanto que tienes que marcharte.

—El Viejo Mundo es sucio y violento, y está apestado —explica Hildy, limpiándose la boca con una servilleta—. Se desmembra poco a poco, las gentes se odian entre sí y se matan, y la felicidad sucumbe a la desdicha. Al menos, así era hace unos años.

—No sabría decir —afirma Viola—. Nunca he estado. Mis padres... —Se interrumpe.

Sigo pensando en eso de haber nacido en una nave espacial, y es que no salgo de mi asombro. Crecer mientras navegas entre las estrellas, poder ir adonde te viene en gana, no encontrarte empantanado en un planeta odioso

que te rechaza de plano. El cosmos entero está a tu alcance. Si un lugar no te gusta, buscas otro. Libertad total en todas las direcciones. ¿Se te ocurre una suerte mejor?

No percibo que se ha hecho el silencio en la mesa. Hildy le acaricia la espalda a Viola, que se mece hacia delante y hacia atrás con ojos llorosos.

—¿Qué? —pregunto—. ¿Qué pasa ahora?

La frente de Viola se arruga.

—¿Qué? —insisto.

—Me parece que ya hemos hablado suficiente sobre los padres de Viola —anuncia Hildy a media voz—. Creo que nuestros cachorrillos deberían probar a meterse en la cama.

—Pero si aún es temprano —protesto, mirando por la ventana—. Debemos partir hacia el asentamiento...

—El asentamiento se llama Farbranch —responde Hildy—, e iremos hacia allí mañana por la mañana.

Prefiero no replicar, y ella ignora lo que mi ruido tiene que decir al respecto.

—¿Puedo preguntaros qué pensáis hacer en Farbranch? —interviene Tam, entretenido con una mazorca de maíz e intentando ocultar la curiosidad que siente por la respuesta.

—Solamente tenemos que llegar hasta allí —contesto.

—¿Los dos?

Miro a Viola. Ha dejado de llorar, pero todavía tiene la cara congestionada. Dejo que la pregunta de Tam se pierda en el silencio.

—Allá hay mucho trabajo que hacer —comenta Hildy, levantándose y recogiendo su plato—. Si eso es lo que buscáis. Siempre se le hace un sitio en las huertas a un par de manos nuevas.

Tam la ayuda a llevar los platos a la cocina, y Viola y yo nos quedamos

solos, sentados. Los oímos charlar, pero es tan solo un murmullo incomprensible, y el ruido de Tam rechaza toda injerencia.

—¿De verdad crees que nos conviene pasar la noche aquí? —susurro.

Ella me responde con brusquedad, como si ni siquiera prestase atención a lo que acabo de preguntarle.

—El hecho de que mis pensamientos y sentimientos no anden por ahí manifestando su existencia a gritos no significa que no los tenga.

La miro con sorpresa.

—¿Eh?

Hay vehemencia en su tono de voz.

—Cada vez que piensas «Ah, está vacía» o «No tiene nada en las entrañas» o «A lo mejor puedo dejarla tirada con este par de vejestorios», yo lo oigo, ¿te enteras? Oigo todas y cada una de las estupideces que se te ocurren, ¿vale? Y entiendo más cosas de las que me gustaría entender.

—¿Ah, sí? —replico, advirtiendo que mi ruido está ganando intensidad rápidamente—. Cada vez que tú piensas en algo o sientes algo o se te ocurre alguna estupidez, yo no lo oigo, de modo que ¿cómo voy a saber algo de ti, eh? ¿Cómo voy a saber qué te está pasando si lo mantienes en secreto?

—No tengo secretos. —Aprieta los dientes—. Me comporto con normalidad.

—Aquí no se le llamaría normalidad, Vi.

—¿Tan seguro estás? Te oigo extrañarte de todo lo que dicen. ¿No había escuela en tu pueblo? ¿No te han enseñado nada?

—La historia no es muy importante cuando de lo que se trata es de sobrevivir —argumento, siseando entre dientes.

—Por el contrario, es en ese momento cuando hay que darle la máxima importancia a la historia —replica Hildy desde el extremo de la mesa—. Y si esta estúpida riña no os demuestra que estáis cansados, entonces es que estáis

más cansados de lo que pensaba. Vamos.

Viola y yo nos miramos con fijeza, pero nos levantamos y seguimos a Hildy a una gran sala común.

—¡Todd! —ladra Manchee desde una esquina, consagrado al hueso de cordero que Tam le dio hace un rato.

—Hace tiempo que decidimos dedicar las habitaciones de invitados a otros menesteres —explica Hildy—. Tendréis que apañáoslas con los divanes.

La ayudamos a colocar las sábanas, pero ni Viola deja de fruncir el ceño ni mi ruido de inflamarse y enrojecer.

—Muy bien. Ahora haced las paces —ordena Hildy al terminar.

—¿Cómo? —pregunta Viola—. ¿Por qué?

—No me parece que esto sea de tu incumbencia —protesto.

—Nunca os vayáis a dormir de mal humor —afirma Hildy con los brazos en jarras, desafiante y decidida—. A menos que no os apetezca seguir siendo amigos.

Viola y yo nos quedamos callados.

—¿Te salvó la vida? —le pregunta Hildy a Viola.

Ella baja la vista.

—Sí —concede.

—Así es —repongo.

—Y ella te salvó la tuya en el puente, ¿verdad? —me dice a mí.

Ay.

—Sí —afirma Hildy—. «Ay.» ¿No pensáis que deberíais tenerlo en cuenta los dos?

Guardamos silencio.

La anciana suspira.

—En fin. Reconozco que dos cachorros a punto de alcanzar la madurez tienen derecho a solventar sus diferencias en la intimidad —dicho esto,

abandona la estancia sin pararse a despedirse.

Le doy la espalda a Viola y ella me la da a mí. Me descalzo y me deslizo entre las sábanas de uno de los «divanes» de Hildy, los cuales, pese al ostentoso título, no son más que sofás corrientes. Viola hace lo propio. Manchee sube a mi diván y se acurruca a mis pies.

Aparte de mi ruido y los crujidos de la lumbre, no se oye nada. Imagino que ha debido de anochecer hace muy poco, pero los cojines son mullidos y las sábanas suaves, y el fuego de la chimenea da mucho calor, de modo que el sueño empieza a vencerme.

—¿Todd? —oigo a Viola decir. Me desperezo.

—¿Qué?

Como guarda silencio, sospecho que está pensando en una disculpa.

Me equivoco.

—¿Qué dice el diario que ha de hacerse una vez que estemos en Farbranch?

Mi ruido enrojece un poco más.

—No te preocupes por el diario —le respondo—. Es mío y está escrito para mí.

—¿Te acuerdas de que me enseñaste el mapa cuando estábamos en el bosque? —pregunta—. Dijiste que teníamos que ir a ese asentamiento, pero ¿recuerdas lo que estaba escrito por detrás?

—Claro que sí.

—¿El qué?

Su tono no parece de burla, pero, pese a ello, eso es lo que hace, ¿no? ¿Se está burlando?

—Duérmete, ¿vale? —le digo.

—Farbranch —insiste ella—. Eso era lo que estaba escrito.

—Calla. —Mi ruido está volviéndose a inflamar.

—No hay por qué avergonzarse de...

—¡Cierra el pico!

—Podría ayudarte a...

Me levanto de pronto y echo a Manchee del diván. Agarro las sábanas y la manta, y me encamino hacia el comedor a grandes zancadas. Las arrojo al suelo, me tumbo sobre ellas y cierro los ojos, allí, con un muro que me separe de los sinsentidos de Viola. No se oye nada.

Manchee ha preferido quedarse con ella. Típico.

No logro conciliar el sueño, y pasan las horas.

Supongo que al final me quedo dormido.

Porque estoy en un sendero, en la ciénaga, pero también veo el pueblo y la granja, y Ben y Cillian están ahí, junto a Viola, y los tres me están preguntando: «¿Qué haces aquí, Todd?». Y Manchee ladra: «¡Todd! ¡Todd!». Ben me agarra por el brazo y tira de mí hacia la puerta, y Cillian me empuja por la espalda, me conduce hacia el sendero, y, entre tanto, Viola, frente a la puerta de la casa, está haciendo un fuego con una de esas cajitas, pero entonces aparecen los jinetes del alcalde, que la arrollan y atraviesan la puerta de la casa, y, detrás, hay un cocodrilo encabritado que tiene la cara de Aaron, y el cocodrilo se echa sobre Ben y yo grito; «¡No! ¡No!». Y...

Y me incorporo bañado en sudor, con el corazón en un puño, y tengo la impresión de que lo que voy a ver al abrir los ojos es el gesto del alcalde y de Aaron, mirándome.

Sin embargo, me encuentro a Hildy, que me dice:

—¿Se puede saber qué haces ahí tirado? —Está en el vano de la puerta, y el sol de la mañana, que entra por el pasillo, me obliga a entornar los ojos.

—Estoy más cómodo —murmuro mientras siento los golpetazos que el corazón me da en el pecho.

—Apuesto a que sí —contesta, atenta a lo que le dice mi ruido—. El

desayuno está listo.

El olor del beicon de cordero despierta a Viola y a Manchee. Le abro la puerta al perro para que vaya a hacer su caca de todas las mañanas, pero procuro evitar a Viola, quien, a su vez, me evita a mí. Mientras desayunamos, Tam entra en el comedor, imagino que después de haber ido a darles de comer a las ovejas. Eso sería lo que estaría haciendo yo si estuviese en casa.

Mi casa.

Mejor no pensar en ello.

—Aparta, cachorro —dice Tam, poniendo una taza de café frente a mí. Bebo sin levantar la vista.

—¿Has visto a alguien? —pregunto.

—No hay ni un alma —responde—. Y el día es hermoso.

Miro a Viola, pero ella está concentrada en otra cosa. De hecho, mientras acabamos el desayuno, nos lavamos la cara, nos cambiamos de ropa y ordenamos nuestras cosas, no intercambiamos ni una sola palabra.

—Buena suerte a los dos —nos desea Tam, cuando, en compañía de Hildy, nos disponemos a partir hacia Farbranch—. Me alegra ver que aquellos que no tienen a nadie más que a sí mismos sean tan amigos.

No tenemos mucho que decir a eso.

—Venga, cachorros —dice Hildy—. El tiempo vuela.

Regresamos al sendero, que en poco tiempo desemboca en la pista que viene del puente.

—Esta era la carretera que conectaba Farbranch con Prentisstown —explica Hildy, cargada con un pequeño hatillo—. O con Nueva Elizabeth, como así se llamaba entonces.

—¿Cómo? No entiendo —digo.

—Prentisstown —repite ella—. Antes se llamaba Nueva Elizabeth.

—No me lo creo —replico, alzando las cejas.

—¿Ah, no? Pues entonces será que estoy equivocada —se mofa Hildy, mirándome.

—Será eso —rezongo.

Viola chasquea los labios. Le endoso una mirada furibunda.

—¿Nos acogerá alguien? —le pregunta a Hildy, ignorándome.

—Pienso dejaros con mi hermana —responde ella—. Es la teniente de alcalde este año, para que os conste.

—¿Y qué haremos entonces? —inquiero, pisoteando el suelo mientras caminamos.

—Eso, imagino, es cosa vuestra —dice Hildy—. Debéis responsabilizaros de vuestro propio destino, ¿no es así?

—No tengo ganas —oigo a Viola murmurar, y, como son exactamente las mismas palabras que en este momento está pronunciando mi ruido, ambos nos miramos a los ojos.

Nos falta poco para sonreír, pero, no, no hay sonrisa.

Entonces nos llega la primera oleada de ruido.

—¡Ah! —exclama Hildy, que también lo ha oído—. Farbranch.

La pista emprende el descenso hacia un pequeño valle.

Y ahí lo tenemos.

El otro asentamiento. El asentamiento cuya existencia yo desconocía.

El que Ben indicó. El que nos dará protección.

Lo primero que veo es la curva que la pista traza para atravesar unos huertos en los que, entre canales de irrigación, se alinean los árboles, bien ordenados y cuidados, y, más abajo, distingo las construcciones, y, al fondo, los perezosos meandros de un arroyo de aguas tranquilas que, sin duda, sigue su curso hacia un río más grande.

Por todas partes hay hombres y mujeres.

La mayoría se encuentran en los huertos y visten mandiles de trabajo. Los

hombres llevan blusones de manga larga y las mujeres faldas hasta los tobillos, y las unas y los otros, sirviéndose de machetes, recogen frutos de aspecto semejante al de la piña, o bien transportan capazos, o bien cuidan de los sistemas de irrigación o cualquier otra tarea agraria.

Hombres y mujeres, mujeres y hombres.

Tengo la impresión de que hay unas dos docenas de hombres menos que en Prentisstown.

Y mujeres, incontables.

Viviendo en un lugar distinto.

Su ruido (y su silencio) sobrevuela el paisaje como una neblina. Dos, por favor, oigo, y Tal Como Yo Lo Entiendo, y también Las malas hierbas esas o Dirá que sí o que no, pero la decisión es de ella mientras Si la labor depende de mí, siempre puedo... y demás, multiplicándose interminablemente, amén.

Freno en seco y contengo una exclamación, incapaz de seguir adelante.

Porque es muy raro.

Más que raro, la verdad.

Es todo tan... no sé, tan calmado. Como una conversación entre amigos. No hay intervenciones fuera de tono, no hay abusos.

Y nadie echa de menos nada.

No percibo ni oigo nada que se parezca a la desesperanza, al anhelo.

—Está muy claro que esto no es Prentisstown —le digo a Manchee con un murmullo.

Al instante, oigo un ¿Prentisstown? que viene hacia nosotros procedente de un huerto próximo.

Y luego lo siento surgir en dos puntos más. ¿Prentisstown? y otra vez

¿Prentisstown?, y acto seguido advierto que los hombres del huerto que está a mi lado han dejado de trabajar. Se han incorporado. Nos observan.

—Vamos —dice Hildy—. Camina. Es solo curiosidad.

La palabra *Prentisstown* se propaga por los huertos como las llamas de un incendio. Manchee se me pega a las piernas. Mientras andamos, nos llueven las miradas desde todas partes. Viola se nos arrima un poco más para que formemos un grupo cerrado.

—No os preocupéis —nos aconseja Hildy—. Lo único que va a pasar es que mucha gente querrá conoceros...

Calla en mitad de la frase.

Un hombre nos aguarda en la pista, frente a nosotros.

Su expresión se parece poco a la de alguien que desee conocernos.

—¿Prentisstown? —pregunta, y su ruido se agita al instante, inquietantemente.

—Buenos días, Matthew —dice Hildy—. Vengo con...

—Prentisstown —la interrumpe él, y su tono ha dejado de ser dubitativo.

No mira a Hildy. Me mira a mí.

—No te queremos aquí —me dice—. Ya puedes volverte por donde has venido.

Empuña el machete más grande que hayas visto en tu vida.

ENCUENTRO EN UN HUERTO

La mano se me escapa hacia la espalda, dispuesta a agarrar el cuchillo.

—Quieto, cachorro —me ordena Hildy, escrutando con la mirada al hombre—. Así no se hacen las cosas.

—¿Qué se te ha ocurrido traernos al pueblo, Hildy? —pregunta él con el machete en la mano, mirándome con asombro y algo que parece... ¿pena?

—Traigo a este niño y a esta niña que se han perdido —explica ella—. Hazte a un lado, Matthew.

—Yo no veo a ningún niño —asevera Matthew, traspasándome con la mirada. Es muy alto y ancho de espaldas, y en sus facciones, más bien francas y rudas, se lee un desconcierto evidente. Parece una tormenta andante—. Yo veo aquí a un hombre de Prentisstown. Veo aquí los despojos de Prentisstown en el ruido de Prentisstown que sale de un hombre de Prentisstown.

—No es eso lo que ves —replica la anciana—. Mira. Fíjate bien.

El ruido de Matthew me embiste como un par de manos proyectadas hacia delante y trata de hacerse un hueco entre mis pensamientos, pretende saquearme la mente. Viene con ira, inquisitivamente, y es tan peligroso como el fuego, tan persistente que no logro que retroceda ni un ápice.

—Ya conoces la ley, Hildy —afirma.

¿La ley?

—La ley atañe tan solo a los hombres —argumenta ella, tan sosegada como si estuviera charlando sobre el tiempo. ¿Es que no ve la furia que ha prendido en el ruido de este hombre? ¿Cómo es capaz de mantener la calma?—. Y este cachorro de aquí todavía no es un hombre.

—Todavía me faltan veintiocho días —digo sin pensar.

—Esas cuentas aquí no interesan —me espeta Matthew—. No me importa cuántos días te falten.

—Relájate, Matthew —advierete Hildy con una severidad que se me antoja atrevida. Sin embargo, para mi sorpresa, él la mira compungido y retrocede un paso—. Es un cachorro que huye de Prentisstown —agrega moderando algo el tono—. Es un fugitivo.

Matthew le lanza una mirada cargada de pesimismo y luego me observa a mí. Su machete desciende. Un poco.

—Está en la misma situación en la que tú te encontraste una vez —le indica Hildy.

¿Cómo?

—¿Eres de Prentisstown? —le pregunto, incapaz de contenerme. El machete vuelve a ponerse en guardia, y Matthew se me acerca. Manchee se pone a ladrar:

—¡Atrás! ¡Atrás! ¡Atrás!

—De Nueva Elizabeth —gruñe él—. Yo no tengo nada que ver con Prentisstown, niño. No lo olvides.

Capto ahora rincones de claridad en su ruido. De cosas imposibles, de delirios que me asaltan sin que él pueda evitarlo, peores aún que los peores vídeos que el señor Hammar les pasaba clandestinamente a los niños más mayores y pendencieros del pueblo, para que viesen a la gente morir de

verdad aun sin saber si aquello había sucedido o era tan solo una ficción. Imágenes, palabras, sangre, gritos...

—¡Detén eso de inmediato! —grita Hildy—. Contrólate, Matthew Lyle. ¡Contrólate ahora mismo!

El ruido de Matthew declina repentinamente, se enturbia de un modo no tan controlado como el de Tam, pero mucho más ágil que el de cualquier hombre de Prentisstown.

En el momento en el que lo pienso, el machete vuelve a erguirse.

—No menciones más esa palabra en nuestro pueblo, niño —dice—. A no ser que quieras buscarte problemas.

—Mientras esté viva, no toleraré que nadie amenace a mis invitados —le dice entonces Hildy, con voz nítida y fuerte—. ¿Queda claro?

Matthew la mira, no asiente, no acepta, pero todos nos damos cuenta de que, en efecto, le ha quedado claro, aunque no le hace demasiada gracia. Su ruido continúa aguijoneándome y empujándome, y me abofetearía si pudiera.

Al cabo de unos momentos, los ojos de Matthew reparan en Viola.

—¿Y esta de aquí quién es, si puede saberse? —pregunta, apuntándola con el machete.

De repente, sin saber muy bien de qué manera, me encuentro entre Viola y Matthew, con el cuchillo desenfundado, mi ruido rugiendo como una avalancha y yo diciendo:

—Más te vale apartarte de ella y más te vale hacerlo a toda leche.

—¡Todd! —grita Hildy.

Y...

—¡Todd! —ladra Manchee.

Y...

—¡Todd! —grita Viola.

Pero heme aquí, amenazando al grandullón con el cuchillo, con el corazón

saliéndoseme por la boca.

Y no hay vuelta atrás.

¿Cómo demonios he hecho para ponerme en esta situación?

—Tú sigue jugando, niño de Prentisstown —masculla Matthew levantando el machete—, sigue jugando y me encontrarás.

—¡Basta! —grita Hildy.

Y hay algo en su tono de voz, una autoridad irresistible, que hace que Matthew se estremezca. Me sostiene la mirada y blande el machete, y su ruido palpita como una herida.

Y luego la cara se le contrae.

Y después, increíblemente, rompe a llorar.

Con ira, con rabia, tratando de contenerse, pero ahí está, corpulento como un buey, llorando machete en mano.

Esto no se parece a lo que yo esperaba.

La voz de Hildy se ablanda un poco.

—Guarda ese cuchillo, Todd, cachorro.

Matthew deja caer el machete y se cubre el rostro con un brazo mientras solloza, gime y pena. Miro a Viola de reojo. Tan pasmada como yo, atiende a la imagen que nos ofrece Matthew.

Aparto el cuchillo, pero no lo suelto. Todavía no.

Perdida la rienda de sus emociones, Matthew jadea, y su ruido nos salpica de pesar y de dolor, y también de furia.

—Se supone que esto ya había acabado —lamenta—. Hace tiempo.

—Lo sé —concede Hildy, acercándosele y poniéndole una mano en el hombro.

—¿Qué ocurre? —pregunto.

—Nada importante, cachorro —responde ella—. Prentisstown tiene una historia triste.

—Eso es lo que dijo Tam —repongo—. Como si yo no lo supiera.

Matthew alza la mirada.

—Tú no tienes ni la más mínima idea —me espeta entre dientes.

—Vamos, vamos, ya es suficiente —tercia Hildy—. Este muchachito no es tu enemigo. —Me mira deliberadamente—. Y va a guardar ese cuchillo para demostrártelo.

Jugueteo con el cuchillo en la mano, pero acabo por envainarlo. Matthew tiene los ojos puestos en mí y, no obstante, se da por vencido. Me pregunto quién será Hildy para hacerse obedecer de esta manera.

—Son tan inocentes como dos corderitos, Matthew, cachorro —musita la anciana.

—No hay nadie que sea inocente —se queja él con amargura, enjugándose la cara y alzando, una vez más, el machete—. Nadie.

Da media vuelta y parte hacia los huertos sin mirar atrás.

Los demás nos observan.

—A su debido tiempo —les dice Hildy a todos—. Más tarde tendréis ocasión de saludarlos y conocerlos.

Viola y yo vemos cómo regresan a sus tareas, ya con los árboles o con los canales de irrigación o con los capazos, y son pocos los que se atreven a lanzarnos una mirada fugaz.

—¿Eres la jefa o algo así? —pregunto.

—Algo así, cachorro. Vamos, todavía no habéis visto el pueblo.

—¿A qué ley se refería?

—Es una larga historia, cachorro —dice—. Te la contaré más tarde.

La pista, que tiene anchura suficiente para que circulen por ella caballos, vehículos y hombres, se apoya en las faldas de las montañas que rodean el valle y atraviesa los huertos.

—¿Qué frutos son esos? —pregunta Viola, viendo que dos mujeres, frente

a nosotros, transportan unos capazos.

—Piñas crestadas —informa Hildy—. Dulces como el azúcar y repletas de vitaminas.

—No las conocía —afirmo.

—Ya —responde Hildy—. Es de suponer.

Me parecen demasiados árboles para un asentamiento que no debe de albergar a más de una cincuentena de personas.

—¿Y no hay otra cosa de comer por aquí?

—Claro que sí —contesta Hildy—. Comerciamos con los asentamientos a los que conduce la carretera.

La sorpresa que sacude mi ruido es tal que incluso Viola profiere una risita.

—No me digas que pensabas que en todo el Nuevo Mundo solo había dos asentamientos —me reconviene Hildy.

—No —musito, azorado—, pero creía que la guerra los había arrasado.

—Mmm... —Hildy se muerde el labio inferior y asiente, pero no dice nada más.

—Uno de ellos es Puerto, ¿verdad? —susurra Viola.

—¿Qué es eso de Puerto? —pregunto.

—Uno de esos asentamientos —contesta Viola, sin dirigirme la mirada—. Dijiste que en Puerto había una cura para el ruido.

—¿Eh? —Hildy se lleva un dedo a los labios—. Rumores, especulaciones y nada más.

—¿Puerto es un lugar real? —inquiero.

—Es el asentamiento mayor y más importante —me explica Hildy—. Lo más parecido a una gran ciudad que hay en el Nuevo Mundo. Está lejos. No es para campesinos como nosotros.

—No sabía nada de eso —confieso.

Nos quedamos callados, y tengo la impresión de que guardan silencio por cortesía. Viola no me ha mirado desde el extraño encontronazo con Matthew. Lo cierto es que no sé cómo tomármelo.

De modo que nos limitamos a caminar.

Farbranch se compone de unas siete construcciones y es más pequeño que Prentisstown. Son solo eso, construcciones, pero, por algún motivo, las encuentro raras, como si me hallase en un lugar ajeno al Nuevo Mundo.

El primer edificio junto al que pasamos es una pequeña iglesia de piedra, limpia, desahogada y clara, muy distinta a la oscuridad en la que a Aaron le gusta largar sus sermones. Más allá, topamos con un comercio y un taller mecánico cuya finalidad no alcanzo a comprender, habida cuenta de que no he visto maquinaria. Ni siquiera he visto una moto de fisión. Hay un edificio que parece una sala de reuniones, otro cuya fachada se distingue por el caduceo de los médicos, y otros dos que tienen aspecto de servir de almacén.

—No es mucho —valora Hildy—, pero es nuestro hogar.

—No el tuyo —replico—. Tú vives lejos de aquí.

—Como la mayor parte de la gente —contesta ella—. A pesar de que te acostumbres al ruido, es preferible convivir tan solo con el de tus seres queridos. En el pueblo hay demasiado jaleo.

Aguzo el oído en busca de jaleo, pero no percibo nada que pueda compararse con el estruendo de Prentisstown. En Farbranch hay ruido, desde luego, de hombres que se ocupan de sus tareas cotidianas y que repasan pensamientos sin importancia. *Tac, tac, tac... te doy siete por la docena... fíjate cómo canta, fíjate... tendré que ir a arreglar ese gallinero por la noche... Se va a caer... y venga y dale, todo tan despreocupado y apacible que, si lo comparo con el ruido al que estoy acostumbrado, este parece un bálsamo.*

—Bueno, Todd, ¡a veces es bastante peor! —exclama Hildy—. Los hombres tienen su carácter. Y también las mujeres.

—Hay quienes considerarían descortés estar siempre escuchando el ruido de los hombres —digo, mirando alrededor.

—Cierto, cachorro —me sonrío—. Pero tú mismo dices que todavía no eres un hombre.

Llegamos al centro del pueblo. Nos cruzamos con unos pocos hombres y mujeres, que se llevan la mano al sombrero para saludar a Hildy o se contentan con mirarnos.

Les devuelvo la mirada.

Si escuchas con atención, percibes a las mujeres con tanta precisión como a los hombres. Son como piedras que la corriente del ruido rodea y, una vez que te acostumbras, localizas ese silencio suyo, que se desperdiga por doquier. Claro que el de Viola y Hildy es el más notorio, pero apuesto a que si me detuviese aquí y me quedara solo, podría decirte con exactitud cuántas mujeres hay en cada una de las construcciones.

Mezclado con el sonido de tantos hombres, ¿sabes qué? Que el silencio no parece tan solitario.

De pronto, veo a unas personitas muy pequeñas que nos espían desde detrás de un matorral.

Niños.

Niños más pequeños que yo, más jóvenes que yo.

Los primeros que veo.

Una mujer que porta un canasto los sorprende en sus juegos y les hace un gesto con la mano. Frunce el ceño y sonrío al mismo tiempo, y los niños, riéndose, corren hacia la parte trasera de la iglesia.

Los observo marcharse. Siento una punzada en el pecho.

—¿Vienes? —me pregunta Hildy.

—Sí —respondo, absorto. Me doy la vuelta y las sigo, pero no dejo de mirar hacia atrás.

Niños. De carne y hueso. Aquí los niños campan a sus anchas, y eso me lleva a preguntarme si Viola lograría sentirse cómoda al lado de esos hombres, mujeres y niños, tan agradables y sosegados, si estaría segura viviendo aquí. Yo no, claro.

Pero ella, ella sí.

La miro y compruebo que desvía los ojos.

Hildy nos conduce hasta una casa que se encuentra en las afueras de Farbranch. En la fachada, hay una puerta presidida por una escalera y una bandera en lo alto de un mástil.

Me paro.

—¿Es esta la casa del alcalde? —pregunto—. Sí, ¿no?

—De la teniente de alcalde —me corrige Hildy, subiendo por las escaleras con paso decidido—. Mi hermana.

—Y mi hermana —dice la mujer que abre la puerta en ese instante, que es una versión rolliza, joven y adusta de Hildy.

—Francia... —dice Hildy.

—Hildy... —dice Francia.

Ambas inclinan la cabeza. No se abrazan ni se estrechan la mano. Con eso les basta.

—¿Por qué traes problemas a mi pueblo? —pregunta Francia, examinándonos con la mirada.

—Conque tu pueblo, ¿eh? —se burla Hildy, sonriente y con las cejas enarcadas. Se vuelve hacia nosotros—. Como ya le he dicho a Matthew Lyle, son dos cachorrillos que buscan refugio. —Vuelve a mirar a su hermana—. Si Farbranch no es un refugio, dime, hermana, ¿qué es entonces?

—No me refería a ellos —responde Francia con los brazos cruzados—,

sino al ejército que los persigue.

FARBRANCH

—¿Ejército? —digo mientras el estómago me da un vuelco. Viola ha dicho lo mismo al mismo tiempo que yo, pero no es momento de andarse con frivolidades.

—¿Qué ejército? —pregunta Hildy, extrañada.

—Nos ha llegado un rumor procedente de campos lejanos. Un ejército se está reuniendo al otro lado del río —anuncia Francia—. Hombres a caballo. Hombres de Prentisstown.

Hildy tensa los labios.

—Cinco hombres a caballo —dice—. No un ejército. Formaban parte del pelotón que enviaron tras estos cachorros.

Francia no parece muy convencida. Nunca he visto unos brazos que se crucen con tanta tenacidad.

—Además, el vado está lejos —sigue diciendo Hildy—, así que tardarán mucho en cruzar el río y aún más en llegar hasta aquí. —Nos mira—. Un ejército, nada menos —repite, sacudiendo la cabeza—. ¿Qué te parece?

—Si algo nos amenaza, hermana —dice Francia—, es mi deber...

Hildy pone los ojos en blanco.

—No me hables de tus deberes, hermana —replica, y, tras pasar junto a

Francia, abre la puerta de la casa—. Yo los inventé. Vamos, cachorros, pasad.

Viola y yo nos quedamos donde estamos. Al fin y al cabo, Francia no nos está invitando a entrar.

—¿Todd? —ladra Manchee, situado a mis pies. Tomo aire y pongo un pie en el primer escalón.

—¿Qué hay? —saludo.

—Se dice «Con su permiso, señora» —susurra Viola.

—Con su permiso, señora —digo, tratando de estar a la altura de las circunstancias—. Me llamo Todd. Ella es Viola. —Los brazos de Francia continúan cruzados en un alarde de perseverancia—. Es cierto que solo eran cinco hombres —agrego a pesar de que la palabra «ejército» revolotea en el aire.

—¿Y se supone que tengo que fiarme de ti? —inquieta Francia—. ¿De un niño fugitivo? —Repara en Viola, que aguarda al pie de la escalera—. No me cuesta imaginar por qué habéis tenido que huir.

—Ahórratelo, Francia, por favor —protesta Hildy, todavía junto a la puerta.

Francia se vuelve, aparta a Hildy y se planta en el vano de la puerta.

—Muchas gracias, pero prefiero ser yo quien haga pasar a la gente en mi casa —le dice y, mirándonos a nosotros, añade—: Pasad, ya que habéis venido.

Y así tenemos un primer ejemplo práctico de la hospitalidad de Farbranch. Entramos. Francia y Hildy discuten entre ellas por manifestar opiniones encontradas respecto a dónde instalarnos mientras dure nuestra estancia. Hildy se sale con la suya, y Francia nos muestra a Viola y a mí dos pequeñas habitaciones adyacentes en la primera planta.

—El perro duerme fuera —dice.

—Pero...

—Es una orden —aclara Francia, abandonando la habitación.

La sigo hasta las escaleras, que desciende sin mirar atrás. En menos de un minuto, la oigo discutir con Hildy, si bien ambas tratan de hablar en voz baja. Viola sale de su habitación para ver qué sucede. Nos quedamos quietos unos instantes.

—¿Qué opinas? —le pregunto.

No me mira. Luego decide que va a mirarme y lo hace.

—No sé —responde—. ¿Qué opinas tú?

Me encojo de hombros.

—No parece que la señora de la casa esté muy contenta de tenernos como huéspedes —opino—, pero aquí, tras estas paredes, estamos a salvo, como nunca hasta ahora. —Vuelvo a encogerme de hombros—. Además, este es el sitio que Ben recomendó.

He dicho lo que pienso, pero hay algo que no me suena bien.

Viola tiene los brazos cruzados. Es un gesto semejante al de Francia y, a la vez, muy distinto.

—Ya.

—En fin, supongo que no podemos pedir más por el momento.

—No —agrega ella—, por el momento.

Prosigue la batalla en el piso de abajo.

—En cuanto a lo que hiciste antes... —dice.

—Cometí una estupidez —la interrumpo—. Prefiero olvidarlo.

Están empezando a arderme las mejillas, de manera que opto por regresar a mi pequeña habitación. Una vez en ella, me muerdo el labio. La habitación tiene pinta de haber pertenecido a una persona mayor. La verdad es que también huele a vejez, pero, al menos, tiene una cama en condiciones. Busco mi mochila y la abro.

Tras asegurarme de que estoy solo, extraigo el diario. Despliego el mapa y

vuelvo a encontrarme con las flechas que cruzan la ciénaga y apuntan hacia el otro lado del río. El puente no aparece, pero el asentamiento, sí. Intento leer la palabra que lo titula.

—Far —musito—. Far... braw... nk.

Lo que, supongo, viene a traducirse por Farbranch.

Expulso aire por la nariz y observo lo que está escrito detrás del mapa. «Debes ponerlos sobre aviso» (claro, claro, cállate). Con letra nítida y subrayado. Tal como dijo Viola, pero, poner sobre aviso ¿a quién? ¿A la gente de Farbranch? ¿A Hildy?

—¿Y de qué? —pregunto. El diario tiene muchísimas páginas, y todas están llenas de palabras, palabras y más palabras, como si el mismo ruido se hubiese plasmado en el papel. No entiendo nada. ¿Cómo voy a avisar a alguien sobre este embrollo?

—Ay, Ben —lamento—. ¿En qué estarías pensando?

—¿Todd? —grita Hildy desde el piso de abajo—. ¿Vi?

Cierro el diario y me quedo mirando la tapa.

Luego. Pensaré sobre él luego.

De verdad.

Luego.

Lo meto en la mochila y bajo por las escaleras. Viola ha llegado antes que yo. Hildy y Francia, que ha vuelto a cruzarse de brazos, también aguardan.

—Debo regresar a mi granja, cachorros —anuncia Hildy—. Tengo mucho que hacer, pero Francia accede a cuidar de vosotros durante el día. Vendré por la noche para ver qué tal os va.

Viola y yo nos miramos, pues, de pronto, nos hemos dado cuenta de que no queremos que se marche.

—Ya veo, ya —dice Francia, ceñuda—. A pesar de lo que mi hermana os haya podido decir, no soy un ogro.

—No nos ha dicho... —respondo, pero me interrumpo y es mi ruido el que concluye lo que pensaba decir. *Nada sobre ti.*

—Claro, me imagino —afirma ella, mirando a Hildy con una expresión que no parece de enfado—. Podéis quedaros aquí. Nuestro padre y nuestra tía fallecieron hace tiempo, y sus habitaciones han quedado vacías.

No me equivocaba. Una persona mayor ocupó mi habitación.

—Sin embargo, Farbranch es un pueblo en el que apreciamos el trabajo. —Francia nos observa a Viola y a mí—. Tendréis que ganaros el derecho a permanecer aquí, aunque solo estéis con nosotros uno o dos días mientras decidís qué vais a hacer a continuación.

—No estamos muy seguros —confiesa Viola.

Francia profiere un murmullo incomprensible.

—Y si continuáis aquí una vez que se hayan cosechado los huertos, tendréis que recibir instrucción.

—¿Ir al colegio? —pregunto.

—Y también a la iglesia —responde Hildy—. Pero eso solo ocurrirá si os quedáis mucho tiempo. —Diría que está leyéndome el ruido, una vez más—. ¿Pensáis estar aquí tanto tiempo?

No digo nada, Viola tampoco, y nuestra anfitriona vuelve a murmurar.

—Disculpe, señora Francia —dice Viola cuando la mujer hace ademán de volverse hacia Hildy.

—Con Francia es suficiente, niña —contesta ella, un tanto sorprendida—. ¿Qué sucede?

—¿Hay aquí algún lugar desde el que pueda enviar un mensaje a mi nave?

—Tu nave —medita Francia—. ¿Te refieres a esa nave de colonización que anda por allá, en la negrura? —Aprieta los labios—. ¿La que transporta en su panza una muchedumbre?

Viola asiente.

—Teníamos que haberles mandado un informe. Describirles lo que hemos encontrado.

La voz de Viola es tan tranquila, y su expresión tan esperanzada, tan sincera, abierta y vulnerable a la decepción, que siento de nuevo una punzada de tristeza, y, mientras mi ruido farfulla lamentos y ausencias, tengo que apoyarme en el respaldo de un diván para no perder el equilibrio.

—Ah, muchachita —dice Hildy con dulzura sospechosa—. Creo que intentasteis entrar en contacto con nosotros, aquí, en el Nuevo Mundo, cuando sobrevolabais el planeta, ¿verdad?

—Sí —responde Viola—. No obtuvimos respuesta.

Hildy y Francia intercambian una mirada cómplice.

—Pero el hecho es que nosotros somos colonizadores misioneros —explica Francia—; nos retiramos de las cosas mundanas para vivir nuestra pequeña utopía, así que, mientras nos afanamos en nuestra supervivencia, dejamos que máquinas y aparatos se cubran de polvo y se pudran.

Los ojos de Viola se abren de par en par.

—¿No poseéis medio alguno de comunicaros con nadie?

—No podemos comunicarnos con los demás asentamientos —contesta Francia— y mucho menos con lugares más lejanos.

—Somos granjeras, muchacha —dice Hildy—. Gente sencilla que vive con sencillez. Ese es el motivo que nos llevó a emprender un viaje tan largo. Desembarazarnos de aquello que hace que los habitantes del Viejo Mundo padezcan tantos conflictos. —Da unos golpecitos con el dedo sobre la mesa—. Y aun así, no hemos tenido mucho éxito.

—En realidad, no esperábamos que nadie nos siguiera —afirma Francia—. El Viejo Mundo no estaba como para eso cuando partimos.

—Entonces, ¿no puedo salir de aquí? —pregunta Viola con voz un tanto agitada.

—No hasta que llegue tu nave —confirma Hildy—. Lo lamento.

—¿Está muy lejos esa nave? —quiere saber Francia.

—Entrará en órbita dentro de veinticuatro semanas —informa Viola con voz queda—. Llegará al perihelio cuatro semanas más tarde. Y dos semanas después alcanzará la órbita de transferencia.

—Lo siento, muchacha —dice Francia—. Parece que tendrás que esperar unos siete meses.

Viola nos da la espalda mientras encaja la mala noticia.

Siete meses es mucho tiempo.

—Bueno —dice Hildy con voz animada—, he oído que tienen muchas cosas interesantes en Puerto. Coches de fisión, calles y tiendas como para no dar abasto... Podríais probar allí y ver si hay algo que os interese, ¿eh?

Hildy le lanza una mirada a Francia, y esta dice:

—Todd, hijo, ¿por qué no te damos algo que hacer en el granero? Eres granjero, ¿no?

—Sí, pero... —contesto, pero no tengo oportunidad de continuar.

—Hay muchas tareas distintas de las que encargarse en una granja —me indica Francia—, y estoy segura de que las conoces muy bien...

Conversando, me lleva al exterior por la puerta trasera. Al mirar por encima del hombro, veo que Hildy se dedica a consolar a Viola con palabras tiernas, inaudibles que, irremediabilmente, una vez más, me voy a perder.

Francia cierra la puerta y nos conduce a Manchee y a mí hacia uno de los edificios de almacenaje. Por la puerta principal, veo salir a hombres tirando de carretones, y distingo a uno que se ocupa de descargar los capazos procedentes de los huertos.

—Este es el depósito del este —anuncia Francia—, en el que almacenamos lo que está listo para comerciar. Espera aquí.

Espero, y ella se aproxima al hombre que vacía los capazos de los

carretones. Mientras hablan, el ruido del hombre me trae *¿Prentisstown?* tan claro como un cielo despejado, y también la oleada de emociones que se desata tras él. Me provocan una reacción que no acabo de identificar, pero se retraen antes de que pueda desentrañarlos, y Francia ha vuelto a mi lado.

—Ivan dice que puedes trabajar con la escoba en la parte de atrás.

—¿Con la escoba? —exclamo, más bien horrorizado—. Sé muy bien lo que es una granja y...

—No lo dudo, pero, como ya habrás tenido ocasión de comprobar, Prentisstown no levanta simpatías por aquí. Lo mejor es que te mantengas apartado de todo el mundo hasta que nos hayamos acostumbrado a tu presencia. ¿Te parece bien?

Es severa y tiene los brazos cruzados, pero, me lo pienso mejor y, sí, acepto el trato, y además, detecto algo en su rostro que podría ser un rastro de amabilidad.

—Vale —digo.

Francia asiente y se dispone a presentarme a Ivan, que parece de la edad de Ben, pero, a diferencia de este, es de corta estatura y de cabello oscuro, y, caramba, tiene unos brazos tan gruesos como el tronco de un árbol.

—Ivan, este es Todd —dice Francia.

Alargo una mano, pero, en lugar de estrechármela, Ivan me lanza una mirada reprobatoria.

—Trabajarás en la parte de atrás —me anuncia—. Y tu perro y tú no os cruzaréis en mi camino.

Francia se marcha, e Ivan me lleva al interior y me señala una escoba, tras lo cual me pongo a trabajar. Y así transcurre mi primer día en Farbranch: bajo el techo de un oscuro almacén, ante el escaso cielo que me permite ver una rendija situada en la puerta del fondo, barriendo el polvo de una esquina a otra.

Una gozada.

—Caca, Todd —ladra Manchee.

—¡Aquí no, de ninguna manera!

Es un edificio bastante grande, de unos setenta y cinco u ochenta metros de lado a lado, y está ocupado hasta la mitad de su capacidad con capazos que contienen piñas crestadas. Hay una sección dedicada a forraje, que cuelga de una red, empacado en grandes balas cilíndricas, y otra en la que exuberantes gavillas de trigo esperan a ser molidas y convertidas en harina.

—¿Le vendéis todo esto a los demás asentamientos? —le grito a Ivan.

—No es momento de charlas —me responde él, desde el otro extremo.

Prefiero no contestarle, pero mi ruido suelta una grosería antes de que pueda impedirlo. Apurado, vuelvo a mi labor.

La mañana va envejeciendo. Pienso en Ben y en Cillian. Pienso en Viola. Pienso en Aaron y en el alcalde. Pienso sobre la palabra «ejército» y en cómo esa palabra me tensa el estómago.

Y no sé.

No acaba de gustarme esto de estar parado. No después de lo que hemos corrido.

Por aquí todo el mundo actúa como si no fuese a pasar nada, pero yo no sé qué pensar.

Mientras barro, Manchee deambula, entra y sale, y, de vez en cuando, corre detrás de las polillas que ahuyento al acercarme a los rincones apartados. Ivan guarda las distancias y yo también, pero veo que la gente que viene a su puerta a descargar lo recolectado se detiene ratos largos a mirar hacia el lóbrego fondo del depósito con la esperanza de entreverme a mí, el muchacho de Prentisstown.

Ya me he enterado de que odian Prentisstown. Yo también odio Prentisstown, pero tengo más motivos para lamentarme que cualquiera de

ellos.

A medida que pasa el tiempo, me voy dando cuenta de algunas cosas. Por ejemplo, de que, pese a que hombres y mujeres desempeñan por igual trabajos arduos, las mujeres dan más órdenes y son más los hombres que obedecen. Y, puesto que Francia es la teniente de alcalde y que Hildy, ocupe el puesto que ocupe, es una figura relevante en Farbranch, empiezo a pensar que este es un pueblo gobernado por las mujeres. A menudo oigo sus silencios cuando pasan caminando cerca del depósito, y también la respuesta del ruido de los hombres, a veces impaciente, pero, en general, sumisa.

Por otra parte, el ruido de los hombres de aquí está sometido a un control que yo desconocía. Con tantas mujeres alrededor y habida cuenta de lo que sé del ruido de Prentisstown, uno esperaría encontrarse el ruido de Farbranch abarrotado de mujeres desnudas haciendo las cosas más sorprendentes. Y, sí, es cierto que aquí, de vez en cuando, se oyen pensamientos semejantes, pues, al fin y al cabo, los hombres no dejan de ser lo que son; pero lo normal es que todo se limite a canciones y rezos, o esté dedicado a la labor más inmediata.

Hay mucha tranquilidad en Farbranch, pero se trata de una tranquilidad inquietante.

Cada cierto tiempo, pruebo a oír algo (o a dejar de oírlo) que me indique qué está haciendo Viola.

Pero sin éxito.

A mediodía, Francia se presenta en el depósito con un bocadillo y una jarra de agua.

—¿Dónde está Viola? —le pregunto.

—De nada —responde Francia.

—¿Cómo?

Suspira.

—Viola está en los huertos, recogiendo fruta —explica.

Quiero preguntar cómo se encuentra, pero Francia, que lo adivina, elude responderme.

—¿Cómo lo llevas? —me pregunta, en cambio.

—Sé hacer otras cosas además de manejar una maldita escoba.

—Cuida tu lenguaje, cachorro. Ya llegará el momento de que te toque el trabajo duro.

En vez de quedarse conmigo, va a la entrada del depósito, habla durante unos momentos con Ivan y luego se marcha a ocupar su día con lo que sea que hagan las tenientes de alcalde.

¿Cómo decirlo? No tiene mucho sentido, pero la verdad es que me cae bien. Probablemente porque me recuerda a Cillian y a todo aquello de él que conseguía sacarme de quicio. La memoria es absurda, ¿no crees?

Ha llegado la hora de comerme el bocadillo. Mientras mastico el primer bocado, oigo el ruido de Ivan, que se me acerca.

—Enseguida barro las migas —digo.

Para mi sorpresa, suelta una carcajada, una risotada un poco tosca.

—Seguro que sí. —Le da un mordisco a su bocadillo—. Francia dice que esta noche se reunirá todo el pueblo —me informa tras unos instantes.

—¿Para hablar sobre mí? —pregunto.

—Sobre los dos. Sobre ti y sobre la niña, los fugitivos de Prentisstown.

Su ruido es raro; precavido, pero potente, como si estuviera tanteándome. No capto hostilidad o, al menos, ninguna que me tenga a mí por objeto, pero sí un algo que no acabo de identificar.

—¿Vamos a conocer a todos?

—Tal vez. Pero, primero, trataremos vuestro asunto.

—Si hay una votación —reflexiono, atacando el bocadillo—, me parece que la voy a perder.

—Tienes a Hildy de tu parte —replica—. Eso es más de lo que se puede

pedir en Farbranch. —Mastica y traga—. Además, somos gente amable y bondadosa. Ya hemos acogido a gentes de Prentisstown en otras ocasiones. Hace tiempo, ya, en las malas épocas.

—¿La guerra? —sugiero.

Me mira y su ruido me evalúa, o eso me parece.

—Sí —dice—. La guerra. —Recorre el depósito con una mirada espontánea, fortuita, pero me da la impresión de que quiere cerciorarse de que estamos solos. Se vuelve y detiene los ojos en mí. Unos ojos que están buscando algo—. Incluso entonces no todos compartían la misma opinión —me explica.

—¿Sobre qué? —pregunto, sin que me gusten mucho ni su tono ni el de su ruido.

—Sobre los hechos —responde a media voz, escrutándome, inclinándose sobre mí.

Me aparto un poco.

—No sé a qué te refieres.

—Todavía hay entre nosotros aliados de Prentisstown ocultos en los lugares más insospechados —susurra.

Su ruido me muestra imágenes breves, pequeñas, que persiguen encontrarme, cada vez más claras y nítidas, imágenes rápidas del sol brillando sobre el rojo de...

—¡Cachorros! ¡Cachorros! —ladra Manchee desde una esquina. Doy un respingo e incluso Ivan se sobresalta, y las imágenes de su ruido se desvanecen al instante. Entre los ladridos de Manchee, distingo un cúmulo de risas y grititos que me hacen levantar la vista.

Arrodillados, unos niños nos espían desde el hueco que deja un tablón arrancado. Bromean y se ríen, algunos se atreven a acercarse al hueco y otros los empujan.

Me señalan a mí.

Y son todos muy pequeños. Pero que muy pequeños.

Es decir, míralos.

—¡Fuera de aquí, mosquitas muertas! —grita Ivan, y hay hilaridad en su voz y en su ruido, el cual se ha deshecho ya del más mínimo rastro de las imágenes. Oímos chillidos atolondrados y carcajadas del otro lado de los tablones, y los niños se dispersan.

Ya está. Se han marchado.

Como si fueran una ilusión momentánea.

—¡Cachorros, Todd! —ladra Manchee—. ¡Cachorros!

—Sí —confirmo, rascándole entre las orejas—. Ya lo sé.

Ivan da una palmada.

—Hora de volver al trabajo. —Antes de alejarse, me dirige una última mirada cargada de intención.

—¿A qué ha venido todo eso? —le pregunto a Manchee.

—Cachorros —murmura, permitiendo que le tome la cabeza entre las manos.

La tarde no trae cambios respecto a la mañana. Barro, viene gente, un descanso breve para beber durante el que Ivan no dice nada, y vuelta a barrer.

Dedico un rato a reflexionar sobre qué nos conviene hacer a partir de ahora. Sobre si tendremos oportunidad de hacer algo siquiera. El pueblo de Farbranch se reunirá para tomar una decisión sobre nosotros, y no dudo de que optarán por aceptar a Viola hasta que llegue su nave, está claro. Pero ¿y a mí?, ¿me querrán?

Y si me quieren, ¿qué hago?

¿Los pongo sobre aviso?

El estómago me arde cada vez que pienso en el diario, de modo que siempre procuro cambiar de tema.

Después de lo que se me antoja una eternidad, el sol empieza a declinar. Ya no me queda nada por barrer. He pasado por todo el depósito más de una vez, he repasado los capazos, los he vuelto a repasar e incluso he intentado arreglar el tablón arrancado, a pesar de que nadie me lo ha pedido. No hay mucho que hacer en el depósito si no te dejan salir.

—Conque sí, ¿eh? —exclama Hildy, que ha aparecido a mi lado de repente.

—No deberías espiar a la gente de ese modo —protesto—. No hacéis ni un ruido, vosotras.

—En casa de Francia os está esperando a Viola y a ti una buena comida. ¿Qué te parece si vas y comes un poco?

—¿Mientras el resto asistís a la reunión?

—Mientras el resto asistimos a la reunión, sí, cachorro —responde—. Viola ya está allí, a buen seguro que comiéndose tu parte de la cena.

—¡Hambre, Todd! —ladra Manchee.

—También hay algo para ti, bestezuela —le dice Hildy, agachándose para acariciarlo. Él se tumba y la deja hacer. Qué indigno.

—¿Cuál es el verdadero propósito de esa reunión? —pregunto.

—Pues hablar sobre los nuevos colonos, los que habrán de venir. Es toda una novedad. —Deja de acariciar a Manchee para mirarme—. Y, desde luego, también presentaros a vosotros. Que la gente se acostumbre a la idea de recibiros en el pueblo.

—¿Y nos recibirán?

—Las personas tenemos miedo de lo que no conocemos, cachorro —afirma, incorporándose—. Una vez que lo conocemos, el problema se soluciona.

—¿Podremos quedarnos?

—Imagino que sí —contesta—. Si eso es lo que queréis.

Me quedo callado.

—Vamos, ve a casa de Francia —me anima—. Iré a buscaros cuando llegue el momento.

Viéndome inclinar la cabeza en señal de asentimiento, se despide con la mano y se aleja a través del depósito, en el que las sombras van ganando terreno. Cuelgo la escoba en su lugar. Mis pasos resuenan, y oigo el ruido de los hombres y el silencio de las mujeres mientras todo el pueblo va congregándose en la sala de reuniones. La palabra *Prentisstown* se repite sin cesar, así como también mi nombre, el de Viola y el de Hildy.

Y tengo que admitir que, pese a que haya temores y sospechas, no se nota un rechazo frontal. Son más las preguntas que la ira que pude atestiguar en Matthew Lyle.

Es decir, que, a lo mejor, las cosas no van tan mal.

—Venga, Manchee —digo—, vayamos a comer algo.

—¡Comer, Todd! —ladra, encantado.

—¿Cómo le habrá ido el día a Viola? —pregunto.

Y mientras camino hacia la puerta del depósito, advierto un jirón de ruido que descuella sobre el murmullo general.

Una ola de ruido que abandona la corriente.

Que se acerca al depósito.

Que viene directa hacia aquí.

Me detengo en medio de la oscuridad del depósito.

Una sombra se perfila en la entrada, al fondo.

Matthew Lyle.

Y su ruido está diciendo *Tú no vas a ninguna parte, muchacho.*

LAS OTRAS ALTERNATIVAS DE UN CUCHILLO

—¡Atrás! ¡Atrás! ¡Atrás! —ladra Manchee.

La luz de las lunas arranca destellos en el machete de Matthew.

Me llevo una mano a la espalda. Me he ocultado la funda del cuchillo bajo la camisa mientras trabajaba, y compruebo que sigue en su lugar. Desenvaino.

—Esta vez no habrá una vieja dama que pueda protegerte —dice Matthew, blandiendo el machete como si quisiera partir el aire en rodajas—. No habrá faldas hacia las que puedas correr para ocultar lo que has hecho.

—No he hecho nada —respondo, retrocediendo un paso al tiempo que intento que mi ruido no delate mi intención de huir por la puerta trasera.

—No te preocupes —contesta, aproximándose a mí—. En este pueblo impera la ley.

—Creo que no tengo ningún problema contigo —afirmo.

—Pero yo sí lo tengo contigo, muchacho —dice, y su ruido se eleva mostrando su ira, pero también ese extraño pesar, ese lamento lacerante que casi se puede degustar con la lengua. Y también hay inquietud, aunque él pretenda ocultarla.

Doy un paso atrás para recular hacia las sombras.

—No soy un hombre malvado —anuncia mientras, paradójicamente, continúa haciendo molinillos con el machete—. Tengo una esposa. Y una hija.

—Imagino que no les gustaría que le hicieras daño a un niño inocente...

—¡Calla! —grita, y luego traga saliva.

Me parece que no está muy seguro de lo que está haciendo. Que no está muy seguro de lo que se propone hacer.

—No sé por qué estás enfadado, pero, sea por el motivo que sea, lo siento, y...

—Lo que quiero que sepas antes de hacerte pagar —me interrumpe, obligándose a obviar mis palabras—, lo que debes saber, digo, es que mi madre se llamaba Jessica.

Me detengo.

—¿Disculpa?

—Mi madre —gruñe— se llamaba Jessica.

No entiendo nada.

—¿Cómo? No veo qué...

—¡Escúchame, muchacho! —grita—. Tú escúchame.

Y entonces me enseña su ruido.

Y veo...

Y veo...

Y también veo...

Y veo...

Veo lo que me muestra.

—Eso es mentira —susurro—. ¡Mentira!

Matthew no esperaba oír algo así.

Da un alarido y echa a correr hacia mí.

—¡Largo! —le grito a Manchee mientras me doy la vuelta y salgo disparado hacia la puerta trasera. (Cállate. ¿Te crees que un cuchillo puede hacer algo contra un machete?) Oigo los gritos de Matthew, el estruendo alborotado de su ruido, pero logro llegar a la puerta y abrirla antes de darme cuenta.

De darme cuenta de que mi perro no está conmigo.

Me doy la vuelta. Manchee se ha largado, sí, pero en sentido contrario, y con toda su fiereza, que no es muy convincente, carga contra Matthew.

—¡Manchee! —aúllo.

El depósito está envuelto en tinieblas, y oigo gruñidos, ladridos y golpetazos, y después un chillido de dolor, que debe de responder a que Matthew ha recibido un mordisco bien dirigido.

«Buen perro —pienso—, buen perro.»

Y no puedo dejarlo así, ¿a que no?

Me lanzo hacia la oscuridad y pronto distingo a Matthew dando saltos y a Manchee batallando a su alrededor, dándole dentelladas en las piernas y esquivando el filo del machete sin dejar de ladrar.

—¡Todd! ¡Todd! ¡Todd!

Cuando me falta poco por llegar, veo que Matthew descarga un mandoble descendente y que el machete se queda clavado en el suelo. Manchee suelta un berrido de puro sufrimiento y desaparece en la penumbra de un rincón.

Dando un alarido, embisto a Matthew. Ambos caemos al suelo convertidos en un rebumbio de codos y rodillas. Me ha dolido bastante, pero más me habría dolido si no hubiese aterrizado sobre él.

Nos apartamos el uno del otro rodando por el suelo, y él deja escapar un quejido. Me levanto de un salto y, cuchillo en mano, miro alrededor y advierto que estoy a unos pocos metros de él y que la puerta trasera está lejos. Manchee gimotea en la sombra.

Capto un ruido que va ganando intensidad del otro lado del pueblo y que apunta hacia la sala de reuniones, pero ahora no tengo tiempo de pensar en eso.

—No me da miedo matarte —miento con la esperanza de que mi ruido y el suyo, revueltos e inflamados como están, no le permitan advertirlo.

—Lo mismo digo —responde él, yendo hacia el machete. Tira de él, pero no consigue arrancarlo del suelo, y yo aprovecho para ir a buscar a Manchee.

—¿Manchee? —lo llamo, frenético, mirando tras las gavillas y los capazos llenos de fruta. Percibo perfectamente los jadeos de Matthew, que continúa forcejeando con el machete, y también el alboroto del pueblo, cada vez más fuerte.

—¿Todd? —oigo a Manchee ladrar desde las profundidades de la oscuridad.

Rodeo las balas de paja y reparo en una pequeña oquedad que se abre en la pared del fondo. El ladrido procede de allí.

—¿Manchee? —grito, asomando la cabeza.

Me doy la vuelta a toda prisa.

Tras dar un poderoso tirón, Matthew ha conseguido liberar el machete.

—¿Todd? —inquire Manchee, confuso y asustado—. ¿Todd?

Y aquí viene Matthew, parsimoniosamente, como si ya no tuviera prisa, y su ruido lo precede como una avalancha que no admite oposición.

No tengo escapatoria.

Me pego a la pared, junto al hueco, y levanto el cuchillo.

—Me marcharé —exclamo—. Permite que mi perro y yo nos vayamos de aquí, y no volverás a vernos.

—Ya es tarde para eso —masculla Matthew, acercándoseme.

—No quieres hacerlo. Lo intuyo.

—Cállate.

—Por favor —digo, agitando el cuchillo—. No quiero hacerte daño.

—¿Te parece que estoy preocupado por eso, niño?

Paso a paso, cada vez más cerca, paso a paso, cada vez más cerca.

Se produce un estallido en algún lugar distante. La gente chilla y se desbanda, pero nosotros no hacemos caso.

Me aprieto contra la pared. No quepo en el escondrijo de Manchee, y busco con la mirada una vía de escape.

No encuentro nada.

El cuchillo va a tener que hacerlo. Va a tener que actuar, pese a que deba vérselas con un machete.

—¿Todd? —oigo a Manchee ladrar detrás de mí.

—Tranquilo —le digo—. Todo va a ir bien.

¿Quién puede saber lo que un perro cree?

Matthew está casi sobre nosotros.

Tenso los dedos con que sujeto el mango del cuchillo.

Matthew se detiene a un metro de distancia, tan cerca que distingo el brillo de sus ojos en la penumbra.

—Jessica —dice.

Levanta el machete por encima de la cabeza.

Me preparo para atacar, subo la mano del cuchillo...

Pero él para...

Se queda quieto...

De un modo que reconozco...

Y con eso basta...

Tras decir para mis adentros una brevísima oración, lanzo el cuchillo en una trayectoria envolvente y corto (¡menos mal, menos mal!) una de las cuerdas de la red que contiene las balas de paja. El repentino desequilibrio hace que las demás cuerdas se rompan y, mientras las balas se precipitan, me

cubro la cabeza con las manos y salto hacia delante.

Las balas chocan contra el suelo y rebotan, y oigo un quejido de Matthew. Al darme la vuelta, veo que ha quedado sepultado y que solo asoma de él un brazo extendido. El machete está en el suelo. Le doy una patada para apartarlo y me vuelvo hacia Manchee.

Sigue en el pequeño rincón, ahora medio tapado por las balas. Corro hacia él.

—¿Todd? —dice al verme—. ¿Cola, Todd?

—¿Manchee? —Hay tan poca luz que tengo que agacharme para poder examinarlo. Ha perdido dos tercios de la cola, y hay sangre por todas partes, pero, por fortuna, todavía conserva el ánimo.

—¿Ay, Todd?

—Ya ha pasado todo, Manchee —le digo, casi llorando de alivio por ver que solo ha sido la cola—. Te curaremos y quedarás como nuevo.

—¿Tú, Todd?

—Estoy bien —le aseguro, acariciándole la cabeza.

Me mordisquea la mano, pero sé que lo hace por causa del dolor y que no puede evitarlo. Me da un lametón por disculpa, pero enseguida vuelve a mordisquearme.

—Ay, Todd —musita.

—¡Todd Hewitt! —grita una voz desde la entrada del depósito.

Es Francia.

—¡Estoy aquí! —respondo, levantándome—. Ha pasado algo, pero me encuentro bien. Matthew ha venido como loco...

Advierto que no me está escuchando.

—¡Tienes que refugiarte, Todd, cachorro! —anuncia, apresurada—. ¡Tienes que...!

Frena en seco al ver a Manchee y las balas desperdigadas por el suelo.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunta, y, tras alzar una bala, se topa con el rostro de Matthew. Se inclina sobre él para comprobar si respira.

Le señalo el machete.

—Eso es lo que ha ocurrido.

Francia observa el arma y, luego, con una expresión indescifrable, se me queda mirando. Ignoro si Matthew está vivo o muerto, y me parece que ya no lo voy a saber.

—Nos atacan, cachorro —me informa, irguiéndose.

—¿Qué?

—Hombres —dice, llevándose las manos a la cintura—. Hombres de Prentisstown. El pelotón que os perseguía. Están atacando el pueblo.

El alma se me cae a los pies.

—Oh, no —mascullo y, después, vuelvo a mascullar—: ¡Oh, no!

Francia sigue con los ojos fijos en mí, pensando váyase a saber qué.

—No nos entregues —imploro, retrocediendo—. Nos matarán.

Ella frunce el ceño.

—¿Qué clase de mujer te crees que soy?

—No lo sé —confieso—, ese es el problema.

—Por supuesto que no te voy a entregar. Faltaría más. Ni tampoco a Viola. De hecho, en la reunión, estábamos por acordar que os protegeríamos de vuestros perseguidores. —Mira a Matthew—. Aunque a lo mejor esa es una promesa que no podríamos cumplir.

—¿Dónde está Viola?

—En mi casa —responde Francia, con prisa—. Vamos. Tengo que llevarte hasta allí.

—Espera —paso por entre las balas y me acerco a Manchee, que me espera en su pequeño escondrijo. Al verme, da un ladrido corto, tan solo un ladrido que no significa nada—. Voy a cogerte en brazos —le digo—.

Procura no morderme mucho, ¿vale?

—Vale, Todd —gimotea, moviendo lo que le queda de cola.

Me agacho, le meto los brazos por debajo del vientre y lo levanto hasta apoyármelo en el pecho. Gime y me da un mordisco en la muñeca, y después me la lame.

—Tranquilo, compañero —murmuro, sujetándolo tan bien como puedo.

Francia, que me espera junto a las puertas del depósito, echa a andar hacia la carretera, y voy tras ella.

Hay gente por todas partes, corriendo. Veo a hombres y mujeres, rifle en mano, avanzando hacia los huertos o metiendo a los niños (ahí están, otra vez) en las casas. En la distancia, se oyen disparos y gritos, y también alaridos.

—¿Dónde está Hildy? —exclamo, alarmado.

Francia no me contesta. Hemos llegado a las escaleras de su casa.

—¿Qué pasa con Hildy? —insisto.

—Ha ido a luchar —dice, abriendo la puerta sin mirarme—. Su granja habrá sido la primera en sufrir el asalto. Tam estaba allí.

—Oh, no —vuelvo a decir, como si mis «oh, no» sirviesen de algo. Al entrar, Viola se precipita escaleras abajo.

—¿Por qué habéis tardado tanto? —pregunta, casi a gritos, y no sé a quién va dirigida su pregunta. Contiene una exclamación al ver a Manchee.

—Vendas —digo—. Unas de esas vendas de las tuyas.

Asiente y desaparece en el piso de arriba.

—Vosotros dos os quedaréis aquí —me ordena Francia—. Pase lo que pase, no se os ocurra salir.

—¡Pero tenemos que huir! —protesto, sin comprender—. ¡Tenemos que salir de aquí!

—No, cachorro —responde ella—. Si los hombres de Prentisstown vienen

a por vosotros, razón de más para que os protejamos.

—Pero ellos tienen armas...

—Y nosotros también —replica Francia—. Ningún pelotón de Prentisstown tomará este pueblo.

Viola baja por las escaleras hurgando en el interior de su bolsa.

—Francia... —protesto.

—No os moveréis de aquí —insiste—. Os defenderemos. A los dos.

Nos lanza una mirada cargada de intensidad, como si quisiera asegurarse de que vamos a obedecerla, da media vuelta y echa a correr, dispuesta, imagino, a repeler a quienes amenazan la integridad de su pueblo.

Durante unos instantes, nos quedamos mirando la puerta cerrada, y luego Manchee se queja y debo dejarlo en el suelo. Viola tiene en las manos un pedazo de venda y su pequeño escalpelo.

—No sé si servirá también para los perros —afirma.

—Mejor eso que nada —resuelvo.

Corta una tira de venda que, mientras me ocupo de inmovilizar a Manchee sujetándolo por la cabeza, emplea para taponar la herida. Él gruñe y se disculpa, gruñe y se disculpa, y sigue así hasta que Viola termina de hacerle la cura. Se la lame en cuanto puede.

—Estate quieto —le digo.

—Pica —ladra él.

—Perro tonto. —Le rasco entre las orejas—. Perro tonto del bote.

Viola también lo acaricia, pues, como yo, quiere evitar que se arranque el vendaje.

—¿Crees que aquí estamos a salvo? —me pregunta con un hilo de voz, después de un largo minuto de silencio.

—No lo sé.

Se producen más estallidos en la lejanía. Ambos damos un respingo. Y

más gritos. Y más ruido.

—No hay señales de Hildy desde que empezó todo esto —me explica Viola.

—Ya.

Hay un momento de calma, que empleamos para seguir dándole mimos a Manchee. Y luego oímos una algazara en los huertos, por encima del pueblo.

Todo parece tan lejano que querría creer que no está sucediendo.

—Francia me ha dicho que, si nos guiamos por el cauce del río, llegaremos a Puerto —me indica Viola.

La miro. No sé si alcanzo a comprender las implicaciones de lo que está diciendo.

Creo que sí.

—Quieres irte —aventuro.

—Han venido a atraparnos —contesta—. Nuestra presencia supone un riesgo para la gente del pueblo. ¿No te parece que, ya que han llegado tan lejos, esos hombres no van a estar dispuestos a rendirse?

Me lo parece. Sí que me lo parece. No lo expreso en voz alta, pero así es.

—Pero Francia ha dicho que la gente de Farbranch velará por nosotros.

—¿Y tú lo crees posible?

No respondo. Pienso en Matthew Lyle.

—Opino que aquí ya no estamos seguros —dice.

—Pues yo que no estamos seguros en ninguna parte —repongo—, en ningún rincón del planeta.

—Tengo que ponerme en contacto con mi nave, Todd —anuncia, casi como si fuera un ruego—. Estarán preocupados por mí.

—¿Y quieres que salgamos ahí fuera para intentarlo?

—Y tú también —responde—. Estoy segura. —Desvía la mirada—. Si fuésemos juntos...

La miro, la escudriño, trato de ver en ella la verdad.

Y ella me mira.

Con eso me basta.

—¡Vamos! —decido.

Preparamos nuestros enseres sin intercambiar palabra, sin perder un instante. Me pongo la mochila, ella se cuelga la bolsa del hombro, Manchee se yergue sobre las cuatro patas, y los tres salimos por la puerta trasera. Así de fácil: nos vamos. Seguro que es mejor para la gente de Farbranch, y para nosotros... ¿Quién sabe? ¿Quién sabe si es lo correcto? Después de lo que Hildy y Francia han hecho por nosotros, resulta duro marcharse.

Pero nos marchamos. Eso estamos haciendo.

Porque, al menos, lo hemos decidido nosotros. Prefiero que nadie tenga que decirme de qué manera obrar, aun si sus intenciones son buenas.

La noche ha caído del todo, y las dos lunas resplandecen en el cielo. Los habitantes del pueblo tienen la atención puesta en otros menesteres, de manera que nadie repara en nosotros ni nos impide escapar. Llegamos al puentecito sobre el arroyo que atraviesa el pueblo.

—¿A qué distancia está Puerto? —susurro, mientras lo cruzamos.

—Creo que lejos —responde Viola.

—¿Y cuánto es eso?

No contesta.

—¿Cuánto? —insisto.

—A unas dos semanas de camino —dice, al fin, sin mirarme.

—¡Dos semanas!

—¿A qué otro lugar vamos a ir?

Como no tengo una respuesta para eso, continuamos caminando en silencio.

Más allá del arroyo, la pista asciende por la colina que cierra el extremo

del valle. Decidimos ir por ahí por considerarlo el camino más rápido para salir del pueblo, y más tarde ya llegará el momento de que viremos hacia el sur y recorramos el cauce del río. El mapa de Ben se acaba en Farbranch, así que, de ahora en adelante, el río será lo único que tengamos para orientarnos.

Son muchas las dudas que nos asaltan mientras huimos de Farbranch; dudas, todas ellas, cuyas respuestas jamás conoceremos. ¿Por qué el alcalde y sus hombres dan un rodeo de muchos kilómetros para caer sobre el pueblo sin otros refuerzos? ¿Por qué nos persiguen con tanto ahínco? ¿Por qué somos tan importantes? ¿Y qué le ha pasado a Hildy?

Por cierto, ¿habré matado a Matthew Lyle?

¿Y qué era lo que había en su ruido?

¿Es esa la verdadera historia de Prentisstown?

—¿Qué es lo que puede ser la verdadera historia de Prentisstown? —me pregunta Viola mientras corremos por la pista.

—Nada —contesto—. Y no me leas el pensamiento.

Llegamos a lo alto de la colina y, en ese momento, oímos una serie de disparos que se multiplican en el eco. Nos detenemos y miramos atrás. Y entonces lo vemos.

Y tanto que lo vemos.

—Dios mío —musita Viola.

Bajo la tenue luz de las dos lunas, todo el valle relumbra, desde las construcciones de Farbranch hasta las colinas ocupadas por los huertos.

Vemos a las mujeres y los hombres de Farbranch correr por esas colinas.

Se baten en retirada.

Y en la cima, asoman cinco, diez, quince hombres a caballo.

Seguidos por cinco filas de hombres armados que avanzan tras ellos a paso de marcha.

El alcalde, tiene que ser él.

Y lo que ha traído no se parece en nada a un simple batallón.

—¡Prentisstown! —digo, deseando que me trague la tierra—. ¡Han venido todos y cada uno de los hombres de Prentisstown!

Triplican en número a los habitantes de Farbranch.

El triple de armas.

Oímos disparos y vemos que los hombres y mujeres de Farbranch huyen hacia sus casas.

El pueblo sucumbirá. Sucumbirá en cuestión de minutos.

Parece que, después de todo, los rumores eran ciertos.

Era justa la palabra.

Ejército.

Todo un ejército.

Un ejército entero ha venido por Viola y por mí.



CUARTA
PARTE

UN EJÉRCITO DE HOMBRES

Nos ponemos en cuclillas detrás de unos matorrales, a pesar de que esté oscuro, a pesar de que el ejército se encuentre al otro lado del valle, a pesar de que no sepan que estamos aquí arriba y que, en medio de la confusión que sacude el pueblo, no puedan identificar mi ruido; a pesar de todo eso, nos ponemos en cuclillas. Y tú harías lo mismo.

—¿Sirven de algo tus prismáticos en esta oscuridad? —susurro. Por toda respuesta, Viola los saca de la bolsa y se los lleva a los ojos.

—¿Qué está pasando? —pregunta, mientras observa y pulsa algunos botones—. ¿Quiénes son todos esos hombres?

—Es Prentisstown entero —respondo, alargando una mano—. Parece que están aquí todos los hombres del maldito pueblo.

—¿Cómo es posible? —Mira un rato más y me da los prismáticos—. ¿Qué sentido tiene que hayan venido todos?

—Eso me pregunto yo. —Vistos a través de los prismáticos, la noche y el valle se vuelven de un color verde claro. Veo jinetes galopando colina abajo, hacia el centro del pueblo, disparando sus rifles, veo a la gente de Farbranch responder con sus armas, pero, sobre todo, correr, caer, morir. El ejército de Prentisstown no parece estar interesado en hacer prisioneros.

—¡Tenemos que salir de aquí, Todd! —dice Viola.

—Sí —contesto, pero sigo mirando por los prismáticos.

Me cuesta distinguir las caras entre tanto verde. Presiono unos cuantos botones hasta dar con los que activan el zum.

El primero al que identifico es al señor Prentiss Junior, que, a la vanguardia de los demás, dispara al aire cuando no tiene un objetivo mejor al que apuntar su rifle. Tras él, el señor Morgan y el señor Collins persiguen a unos hombres hasta los depósitos y abren fuego sobre ellos. También están el señor O'Hare y otros habituales del entorno del alcalde, como el señor Edwin, el señor Henratty y el señor Sullivan. Y ahí veo al señor Hammar, quien, con una sonrisa verde y siniestra que me repugna incluso a esta distancia, dispara por la espalda a unas mujeres que corren con sus niños, y tengo que desviar los prismáticos para no vomitar lo poco que tengo en el estómago.

Los hombres que van a pie marchan hacia el pueblo. A la vanguardia veo al que, sin duda, es el señor Phelps, el tendero. Y me extraña, pues ese hombre tiene poco de soldado. Luego reconozco al doctor Baldwin. Y ese de allá es el señor Fox. Y el señor Cardiff, productor de la mejor leche. Y el señor Tate, que tuvo que quemar cantidades ingentes de libros cuando el alcalde los ilegalizó. Y el señor Kearney, encargado de moler el trigo del pueblo, un hombre de modales gentiles que fabricó juguetes de madera para que todos los niños de Prentisstown tuviesen al menos un regalo en sus cumpleaños.

¿Qué está haciendo esa gente en un ejército?

—Todd —dice Viola, tirándome del brazo.

No parecen demasiado felices, la verdad. Sombríos, fríos, aterradores, aunque no del mismo modo que el señor Hammar; así los veo, como si hubieran perdido la capacidad de sentir.

Con todo, atacan. Disparan. Echan puertas abajo.

—Pero si es el señor Gillooly —digo con los ojos pegados a los prismáticos—. Ese no es capaz de matar ni una mosca.

—Todd —insiste Viola, y advierto que se está apartando de los matorrales—. Vámonos ya.

¿Qué está ocurriendo? Prentisstown, desde luego, es el lugar más horroroso que te puedas figurar, pero esto no me lo explico, pues, a pesar de que la vileza es allí moneda corriente, existen también otras actitudes. No todos los hombres de Prentisstown son tan malos. De no ser por la gravedad de la situación, la mera visión del señor Gillooly empuñando un rifle me movería a la risa.

Claro que enseguida veo algo que solventa mis dudas.

El alcalde Prentiss, desarmado, con una mano en las riendas y la otra apoyada en la cintura, hace su entrada en el pueblo como quien ha salido a dar un paseo vespertino a caballo. Contempla la desbandada de la gente de Farbranch con la misma indiferencia de quien asiste a una proyección de vídeo y, al tiempo, revestido de una autoridad aplastante, deja que sean los demás quienes se ensucien las manos.

¿Cómo logra que tantos hombres hagan lo que él quiere?

¿Y qué le pasa? ¿Es que las balas no le afectan y por eso anda por ahí con tanta despreocupación?

—Todd —dice una vez más Viola, a mis espaldas—. Te prometo que me marcharé sin ti si no vienes ahora mismo.

—No te creo —le espeto—. Espera un segundo.

Porque en este momento les estoy mirando las caras. Me voy deteniendo en cada uno de ellos, pues, a pesar de que están a punto de conquistar el pueblo y de descubrir que ni Viola ni yo estamos en él y que, en consecuencia, tendrán que continuar con la persecución, tengo que saberlo.

Tengo que saberlo.

Una cara y luego la siguiente, mientras ellos marchan, disparan y calcinan. El señor Wallace, el señor Asbjornsen, el señor Saint James, el señor Belgraves, el señor Smith el Viejo, el señor Smith el Joven, el señor Smith Nueve Dedos, e incluso el señor Marjoribanks, bamboleándose y dando traspies, pero marcando el paso, siempre hacia delante. Uno detrás del otro, hombres de Prentisstown, y se me encoge, se me quema el corazón cada vez que reconozco a uno más.

—No pueden ser ellos —musito, casi para mí mismo.

—¿Quiénes? —pregunta Viola.

—¡No pueden! —ladra Manchee, y luego vuelve a lamerse la cola.

Ellos no están ahí.

Ben y Cillian no están ahí.

Lo cual, supongo que es una buena noticia. Porque ellos no son unos asesinos. Por supuesto que no, y no importa que los demás hombres de Prentisstown sí lo sean. Ellos no. Nunca lo serán, jamás, de ningún modo.

Son buenos hombres, hombres de valía, ambos, Cillian incluido.

Pero si eso es cierto, entonces lo otro también lo es, ¿o no?

He ahí la lección.

A lo bueno, a lo mejor, siempre le sigue lo malo, lo peor.

Me quito los prismáticos de la cara y bajo la vista y me enjugo las lágrimas y me vuelvo y le devuelvo los prismáticos a Viola y digo:

—Vámonos.

Coge los prismáticos y titubea un poco, como si no quisiera marcharse, pero luego dice:

—Lo siento.

Imagino que ha debido adivinarlo por mi ruido.

—Aquí ya no hay nada que hacer —afirmo con la mirada puesta en el

suelo, recolocándome la mochila—. Marchémonos antes de que cometa una estupidez.

Con la cabeza baja, echo a andar por la pista que sube hacia la cima de la colina y enseguida noto que estoy corriendo. Viola viene detrás de mí, y también Manchee, que hace verdaderos esfuerzos para olvidar lo mucho que le escuece la cola.

Viola me alcanza al cabo de poco.

—Tú... ¿lo has visto? —me pregunta sin aliento.

—¿A Aaron?

Asiente.

—No —respondo—. Ahora que lo pienso, no. Y es raro, porque habría apostado a verlo en primera fila.

Guardamos silencio durante unos momentos, mientras corremos, y váyase a saber qué significa que no hablemos.

La pista se torna más ancha y, en tanto que serpea y remonta la pendiente, tenemos que hacer todo lo posible por mantenernos en el margen más oscuro. La única luz que tenemos es la de las lunas, que, en todo caso, iluminan lo bastante como para proyectar nuestras sombras en el camino y convertirnos en blanco fácil de un ojo atento. En Prentisstown nunca vi unos prismáticos parecidos a los de Viola, pero como tampoco vi nunca un ejército, corro agachando la cabeza todo lo que puedo, y lo mismo hace ella, a pesar de que no hayamos intercambiado palabra. Manchee va por delante, olisqueando el terreno y ladrando:

—¡Por aquí! ¡Por aquí! —Como si supiese mejor que nosotros adónde nos dirigimos.

Luego, en la cima, la pista se bifurca.

Imagínate.

—Esto es un mal chiste —me lamento.

Un camino va hacia la izquierda y el otro hacia la derecha.

(En eso consisten las bifurcaciones, ¿no?)

—El arroyo de Farbranch baja hacia la derecha —reflexiona Viola— y el río quedó a nuestra derecha una vez que cruzamos el puente de Hildy, así que yo creo que debemos ir por la derecha.

—Pero parece que se utiliza más la pista de la izquierda —le indico. Y es cierto. Es más llana y está más pisada, como si la emplearan las carretas. La desviación de la derecha es más estrecha y en las márgenes crecen los matorrales, y además, pese a que sea de noche, advierto que la barre el polvo—. ¿No dijo Francia nada sobre una bifurcación?

—No —contesta Viola—. Solo habló de que Puerto es el asentamiento más antiguo y de que hay nuevos asentamientos a lo largo de la carretera, pues la gente migra hacia el oeste. Prentisstown es el más alejado. Y, después de él, Farbranch.

—Por aquí se debe de ir al río —digo, señalando hacia la derecha—, y por aquí, directamente a Puerto —agrego, mirando hacia la izquierda.

—¿Cuál creerán que hemos tomado?

—Tenemos que decidirnos —resuelvo—. Y rápido.

—Por la derecha —concluye Viola y, luego, dubitativa, añade—: ¿Será por la derecha?

Nos sobresalta una explosión. Una nube en forma de hongo se eleva sobre Farbranch. El depósito en el que he trabajado toda la jornada está en llamas.

Tal vez nos espere un destino diferente si optamos por el desvío de la izquierda, tal vez nos libremos de los malos momentos, tal vez haya felicidad al final del camino de la izquierda, y lugares acogedores con gente que nos quiere, sin ruido pero también sin silencios, y también mucha comida y allí, al final, tal vez no se muera nadie, jamás se muere nadie allí, nunca.

Tal vez.

Pero lo dudo.

No confío demasiado en mi suerte.

—Vale —decido—. Pues vayamos por la derecha.

Y eso hacemos Viola y yo, a la carrera, con Manchee pisándonos los talones, mientras se nos extiende por delante el polvoriento camino y atrás queda el ejército y el desastre.

Corremos hasta extenuarnos y luego caminamos con paso rápido hasta que recuperamos las fuerzas para volver a correr. Los sonidos de Farbranch se apagan aprisa, y todo lo que oímos es el golpeteo de nuestros pasos, mi ruido y los ladridos de Manchee. Si por aquí hay criaturas nocturnas, imagino que debemos de estar espantándolas.

De lo cual me alegro.

—¿Cómo se llama el siguiente asentamiento? —pregunto, sin aire, después de media hora—. ¿Dijo algo Francia?

—Torreluz —contesta Viola, también sin aliento—. O Torreclara. —Frunce el ceño—. Torrefaro. ¿Torrelucero?

—Excelente.

—Espera. —Se detiene y se inclina, jadeante. Yo también me paro—. Tengo sed.

Levanto las manos con exasperación.

—Bueno, y yo —respondo—. ¿Tienes agua?

Me mira con las cejas enarcadas.

—Oh.

—Se supone que había un río.

—Más nos vale encontrarlo.

—Pues sí. —Tomo aire y echamos a correr.

—¿Todd? —dice ella mientras me hace parar—. He estado pensando...

—¿Y? —inquiero.

—Sobre Torreloquesea.

—¿Qué pasa?

—Si te das cuenta —murmura, triste y a la vez inquieta, titubeando—, si te das cuenta, hemos sido nosotros los que hemos llevado a ese ejército hasta Farbranch.

Me paso la lengua por los labios, resecos. Noto el sabor del polvo. Y adivino lo que va a decir.

—Debes ponerlos sobre aviso —musita—. Lo siento, pero...

—No podemos ir a ningún asentamiento —termino la frase por ella.

—Eso es.

—No hasta llegar a Puerto.

—No hasta Puerto, sí —contesta—. Esperemos que sea lo bastante grande para repeler a un ejército.

Y eso es todo. Por si acaso nos hacía falta recordarlo, constatamos una vez más que estamos solos. Solos de verdad. Manchee, Viola y yo, con la sola compañía de la noche. No encontraremos ayuda hasta el final del viaje, y de todas formas, una vez allí, tendremos que encomendarnos a la suerte...

Cierro los ojos.

«Soy Todd Hewitt —pienso—. A medianoche, solo me faltarán veintisiete días para ser un hombre. Soy hijo de mamá y papá, que en paz descansen. Soy hijo de Ben y Cillian, que en... Soy Todd Hewitt.»

—Y yo soy Viola Eade —dice Viola.

Abro los ojos. Tiene la mano extendida hacia mí con la palma hacia abajo.

—Así me apellido —me asegura—. Eade. E, a, de, e.

La miro durante un instante y luego me fijo en su mano, se la cojo, se la aprieto y, tras un momento, se la suelto.

Sacudo los hombros para acomodarme la mochila. Me llevo una mano a la espalda y me aseguro de que el cuchillo sigue en su funda. Le dedico una

mirada al pobre de Manchee, que respira trabajosamente y se duele de la cola, y luego miro a Viola a los ojos.

—Viola Eade —digo, y ella asiente.

Y salimos corriendo hacia el fin de la noche.

EL ANCHO MUNDO

—¿Cómo puede estar tan lejos? —pregunta Viola—. No tiene lógica.

—¿Y tú esperas encontrársela?

Arruga el ceño. Yo también. Estamos cansados y nos estamos cansando aún más, tratamos de olvidar lo que hemos visto en Farbranch, hemos pasado la mitad de la noche corriendo y caminando y el río no acaba de aparecer. Me estoy empezando a temer que nos hemos metido por el camino equivocado, pero ya no tiene remedio. No podemos volver sobre nuestros pasos, jo...

—Las palabras malsonantes están de más —oigo a Viola susurrar detrás de mí.

Me doy la vuelta y le clavo la mirada.

—Te equivocas por dos motivos —le espeto—. Primero, porque, si te dedicas a leer el ruido de la gente, no te vas a ganar muchas amistades en el Nuevo Mundo.

Se cruza de brazos y endereza los hombros.

—¿Y el segundo?

—El segundo es que digo lo que me da la gana.

—Ya —responde—. Eso ya lo sé.

Mi ruido se revuelve un poco, y aspiro una bocanada de aire.

—¡Chiss! —sisea, mirándome con ojos brillantes.

Se oye el murmullo del agua.

Echamos a correr y, después de una curva, una cuesta abajo y otra curva, encontramos el río, más ancho, calmo y lento que la última vez que lo vimos, pero igual de mojado. Sin mediar palabra, nos arrodillamos sobre las rocas de la orilla y bebemos. Manchee nos imita, pero para ello tiene que meter las patas en el agua.

Mientras sorbo tragos y más tragos, vuelvo a notar el silencio de Viola junto a mí. Tiene un doble sentido. Por una parte, permite que ella oiga mi ruido, en especial, como es el caso, cuando estamos solos y no hay nadie alrededor, y, por la otra, yo noto su silencio, abrumador, sordo, que tira de mí con el peso de una tristeza inconmensurable, que me incita a abrazarme a él, a fundirme con él y desaparecer en las profundidades del vacío.

Cuánto alivio sentiría si pudiera hacerlo. Qué tentación.

—No puedo evitar oírte —se defiende ella mientras se levanta y abre su bolsa—. Sobre todo en medio de esta calma.

—Y yo tampoco puedo evitar oírte a ti —contesto—, estemos donde estemos. —Y susurro, dirigiéndome a Manchee—: Ojo al río. A lo mejor hay serpientes.

Él sumerge los cuartos traseros en las aguas y se sacude hasta conseguir que la venda se le desprenda de la cola. Acto seguido, salta a la orilla y empieza a lamerse la herida.

—Déjame ver —le digo.

—¡Todd! —ladra para expresarme su consentimiento, pero cuando me acerco, mete lo que le queda de rabo entre las patas, y tengo que desplegarlo con todo cuidado para poder inspeccionar la lesión—. ¡Cola! ¡Cola! —ladra sin cesar.

—¿Qué te parece? —exclamo—. Pues sí que sirven para perros esas

vendas.

Viola ha sacado de su bolsa dos discos. Al presionarlos con el dedo en la parte central, se expanden hasta transformarse en botellas. Se inclina sobre el agua, las llena y me lanza una.

—Gracias —le digo, eludiendo mirarla.

Ella seca la superficie de la botella que se ha quedado y la guarda en la bolsa. Está callada de una manera que me hace pensar que intenta decirme algo difícil.

—No quiero ofenderte ni contrariarte —asevera, alzando la mirada—, pero opino que ha llegado la hora de que lea lo que está apuntado en el mapa.

Me siento enrojecer y, también, adoptar una actitud proclive a la confrontación.

Sin embargo, suspiro. Estoy cansado, es tarde, nos queda mucho camino por recorrer y tiene razón, ¿verdad? Solo el rencor me podría llevar a quitársela.

Dejo la mochila en el suelo y, tras sacar el diario, despliego el mapa. Se lo doy sin mirarla. Ella se hace con la linterna y alumbra las líneas escritas por Ben. Para mi sorpresa, comienza a leer en voz alta sin previo aviso y, a pesar de que es su voz la que oigo, me parece captar el timbre de Ben, que fluye por el río desde Prentisstown para clavármelo en el pecho.

—«Ve al asentamiento que está río abajo, cruzando el puente» —lee—. «Se llama Farbranch, y sus habitantes te acogerán.»

—Y eso han hecho —juzgo—. Algunos de ellos.

Viola continúa.

—«Hay capítulos de nuestra historia que desconoces, Todd, y lo siento, pero si supieras de ellos correrías un grave peligro. Es necesario conservar tu inocencia para conseguir que te acepten.»

Sé que tengo las mejillas coloradas, pero, por suerte, la oscuridad impide

que nadie lo advierta.

—«Descubrirás muchas cosas en el diario de tu madre, pero, mientras tanto, el aviso debe extenderse por todo el mundo, Todd. La maquinaria de Prentisstown se ha puesto en marcha. Los preparativos han durado años, y solo restaba que el último niño del pueblo se hiciese un hombre.» —Levanta la mirada—. ¿Ese eres tú? —pregunta.

—Ese soy yo —afirmo—. Soy el más joven. Cumpliré trece años dentro de veintisiete días y, entonces, podré considerarme un hombre según la ley de Prentisstown.

No logro evitar el recuerdo de lo que Ben me mostró...

De que los niños se convierten en...

Lo aparto de la mente y añado:

—Pero no sé qué significa eso de que estaban esperando por mí.

—«El alcalde planea conquistar Farbranch y a saber cuántos asentamientos más. Cillian y yo intentaremos entorpecerlo, pero no vamos a poder detenerlo. Los habitantes de Farbranch corren peligro, y debes advertirles. Jamás olvides que te queremos como a nuestro propio hijo y que separarte de nosotros es lo más duro que hemos hecho en nuestras vidas. Si se nos presenta la más mínima posibilidad, iremos a verte, pero, primero, tienes que ir a Farbranch tan rápido como puedas y hablar con sus habitantes. Debes ponerlos sobre aviso, Ben.» —Viola alza los ojos—. Esta última frase es la que está subrayada.

—Lo sé.

Y luego, callamos durante unos instantes. La culpa se palpa en el ambiente, pero supongo que es solo mía.

¿Cómo estar seguro, si no hay ruido que me permita saber cómo se siente Viola?

—Culpa mía —sentencio—. Todo esto es culpa mía.

Viola, entre tanto, ha vuelto a leer el texto para sí.

—Tendrían que habértelo contado —arguye—, en lugar de esperar a que lo leyeras, porque te cuesta...

—Si me lo hubiesen contado, todo Prentisstown lo habría oído en mi ruido y se habrían enterado de que lo sabía. Habríamos perdido la corta ventaja que tuvimos en un principio. —La miro a los ojos fugazmente—. Yo tendría que haberme preocupado de que alguien lo leyera por mí hace tiempo, cosa que no he hecho. Y eso es todo. Ben es una buena persona. —Bajo la voz—. O lo era.

Viola dobla el mapa y me lo devuelve. Ahora ya no nos sirve de nada, pero, aun así, lo introduzco con sumo cuidado entre la tapa y la primera hoja del diario.

—Puedo leer el diario de tu madre —me dice—. Si quieres.

Dándole la espalda, guardo el diario en la mochila.

—Tenemos que ponernos en marcha —afirmo—. Estamos perdiendo demasiado tiempo.

—Todd...

—Hay un ejército persiguiéndonos —la interrumpo—. No hay tiempo para más lecturas.

Así que volvemos al camino, a invertir nuestras fuerzas en cubrir la mayor distancia en el menor tiempo posible, pero, cuando el sol comienza a insinuarse en el horizonte, resulta que nuestros pasos son lentos y laboriosos, que tenemos frío, que no hemos dormido desde hace demasiadas horas y que, pese a ser conscientes de que el ejército nos pisa los talones, apenas si somos capaces más que de caminar.

Y así transcurre la mañana. Tal como esperábamos, la carretera no se separa del río, y observamos que el terreno se vuelve cada vez más llano, con grandes prados silvestres que se extienden hasta unas colinas tras las que, por

el norte, se elevan las montañas.

Es un paisaje agreste. No hay vallados ni campos de cultivo, ni tampoco, excepto la propia pista, ningún indicio que nos permita suponer la presencia de un asentamiento en los alrededores.

Si hemos de creer que el Nuevo Mundo no fue arrasado, ¿dónde está la gente?

—¿Crees que vamos bien? —le pregunto a Viola cuando llegamos a una curva polvorienta tras la que solo se observan más curvas polvorientas—. ¿Será este el camino?

Meditabunda, resopla.

—Mi padre solía decir: «Siempre hacia delante, Vi, siempre hacia más allá».

—Siempre hacia delante —repito.

—Y hacia más allá —puntualiza ella.

—¿Cómo era tu padre? —digo.

Viola baja la vista, y veo que sonrío de soslayo.

—Olía a pan fresco —afirma, pero luego se limita a caminar y no dice nada más.

La mañana llega a su fin sin que se produzca ningún cambio. Nos apuramos cuando nos asiste el ánimo, andamos más despacio cuando no podemos apurarnos más, y descansamos cuando nos fallan las fuerzas. A nuestro lado, el río fluye con pereza, casi detenido, igual que este panorama verde y pardo que nos rodea. De vez en cuando, veo algún halcón azul volando en las alturas, reconociendo el terreno en busca de presas, pero, por lo demás, no hay signos de vida.

—Este planeta está vacío —dice Viola cuando nos detenemos a comer junto a unas rocas que se asoman a un remanso del río.

—Pues a mí me parece que está bastante lleno —rezongo, masticando un

trozo de queso—. Créeme.

—No te lo discuto —repone—. Me refería a que salta a la vista por qué la gente querría establecerse aquí. La tierra es fértil, y además hay muchas posibilidades para comenzar una nueva vida.

Me trago el queso.

—La gente que quiere establecerse aquí no sabe de qué habla.

Viola se rasca la nuca y mira a Manchee, que olisquea el borde del agua, probablemente porque detecta el olor de un ictióxilo o de otro pez semejante.

—¿Por qué aquí la madurez se alcanza a los trece? —pregunta Viola.

—¿Cómo? —La miro, sorprendido.

—Lo que Ben escribió —me explica—, eso de que el pueblo espera a que el último niño se convierta en un hombre. —Se vuelve hacia mí—. ¿Por qué esperar?

—Siempre se ha hecho así en el Nuevo Mundo. Y así lo marcan las escrituras. Aaron siempre decía que simbolizaba el día en que comes del árbol de la sabiduría y pierdes la inocencia para caer en el pecado.

Le hace gracia.

—Lo encuentro un poco exagerado.

Me encojo de hombros.

—Ben dice que la verdadera razón es que, como somos poca gente y estamos aislados en este planeta, nos hace falta contar con el mayor número de adultos y, así, los trece es la edad a partir de la cual uno tiene que enfrentarse a las verdaderas responsabilidades. —Arrojo una piedra al río—. En el fondo, no sé por qué es así. Lo que sí sé es que te haces mayor cuando cumples trece años. Trece veces trece meses.

—¿Trece meses? —inquire con las cejas enarcadas.

Inclino la cabeza en señal de asentimiento.

—Los años solo tienen doce meses —aduce.

—No. Trece.

—Bueno, a lo mejor, aquí es así —contesta—, pero en el sitio del que provengo tienen doce.

Parpadeo.

—Pues los años del Nuevo Mundo tienen trece —insisto, sintiéndome un poco bobo.

Viola tiene aspecto de estar haciendo cálculos.

—Vamos a ver, dependiendo de lo largos que sean los días o los meses en el planeta en que te encuentres, podrías tener ya... catorce años.

—Pero aquí las cosas son distintas —insisto con cierta dureza; no me gusta el cariz que está tomando la conversación—. Cumpliré los trece en veintisiete días.

—En realidad, cumplirás catorce y un mes —me corrige ella, reflexiva—. Vas a tener dificultades para responder si alguien te pregunta cuántos...

—Faltan veintisiete días para mi cumpleaños —sostengo con firmeza. Me levanto y me coloco la mochila en los hombros—. Venga. Ya hemos perdido bastante tiempo hablando.

No es hasta que el sol empieza a hundirse bajo las copas de los árboles cuando nos encontramos los primeros signos de civilización: un molino hidráulico junto al río. Está abandonado, y la techumbre se quemó hace mucho. Estamos tan extenuados por la interminable caminata que las fuerzas no nos llegan para hablar, así que, sin tomar ninguna precaución, penetramos en el interior, apoyamos nuestras cosas contra los muros y nos tendemos en el suelo como quien se acuesta en el lecho más mullido. Por su parte, Manchee se dedica a levantar la pata sobre todas las plantas que crecen a través de los agrietados tablones del suelo.

—Mis pobres pies —lamento, tras quitarme los zapatos y observar las cinco, no, las seis ampollas que se me han formado.

Viola profiere un suspiro de agotamiento desde la pared opuesta.

—Debemos dormir —dice—. Pase lo que pase.

—Lo sé.

Me mira.

—Si estuviesen acercándose, ¿los oirías venir? —pregunta.

—Sí, desde luego —le aseguro—, claro que los oiría venir.

Acordamos hacer turnos para dormir. Me comprometo a encargarme de la primera guardia, y Viola cae en un sueño profundo casi al instante. La observo dormir mientras la luz del día declina. Han pasado muchas cosas desde que tuvimos oportunidad de lavarnos un poco en casa de Hildy. Supongo que mi aspecto debe de parecerse bastante al de ella, que tiene la cara manchada de polvo, ojeras y tierra bajo las uñas.

Y comienzo a pensar.

¿Te das cuenta de que la conozco desde hace solo tres días? Tres malditos días entre todos los de mi vida, pero, aun así, los anteriores me parecen irreales, como si fuesen una gran mentira que duró mientras no pude descubrirla. Bueno, no «como si fuesen»; fueron una gran mentira, y los de verdad son los de ahora, los que no ofrecen seguridades ni certezas, los que nos tienen sometidos a un trasiego permanente.

Bebo un sorbo de agua y, mientras escucho el **sexo sexo sexo** que cantan los grillos, me pregunto cómo habrá sido la vida de Viola antes de estos tres últimos días. Por ejemplo, ¿cómo será eso de haber nacido en una nave espacial? Un lugar en el que la gente es siempre la misma, un lugar cuyos límites son infranqueables.

Un lugar como Prentisstown, ahora que lo pienso, al que jamás puedes volver si lo abandonas.

Vuelvo a fijarme en Viola. Ella sí salió de ese lugar, ¿verdad? Estuvo siete meses con sus padres en esa pequeña nave que se estrelló.

¿Qué tal le iría?

—Es necesario enviar naves de reconocimiento para que efectúen observaciones de campo y encuentren zonas apropiadas para el aterrizaje — dice ella, sin siquiera incorporarse o mover la cabeza—. ¿Es posible dormir en un mundo con ruido?

—Terminas por acostumbrarte —respondo—. ¿Por qué siete meses?

—Eso es lo que se tarda en montar el primer campamento. —Se tapa los ojos con una mano, presa del agotamiento—. Mis padres y yo debíamos encontrar un sitio en el que las naves pudieran aterrizar y levantar allí el primer campamento, y luego nos encargaríamos de hacer todos los preparativos necesarios para satisfacer las necesidades de los colonos recién llegados. Hace falta una torre de control, una reserva de alimentos o una clínica, por ejemplo. —Separa los dedos lo suficiente para verme—. Son los procedimientos que marca el protocolo.

—Nunca he visto una torre de control en el Nuevo Mundo —repongo.

—No me extraña. —Se yergue—. Es increíble que ni siquiera tengáis medios para comunicaros entre unos asentamientos y otros.

—Así que entonces vosotros no erais colonizadores misioneros, ¿no? —pregunto, fingiendo que sé de qué hablo.

—Y eso, ¿qué tiene que ver? —inquire ella—. ¿Por qué una comunidad religiosa determinada iba a querer separarse de sí misma?

—Ben decía que habían venido a este mundo buscando una forma de vida sencilla; decía que, en los primeros tiempos, llegó a producirse una lucha, ya que los misioneros apostaban por destruir los generadores de fisión.

Viola está horrorizada.

—Pues habríais muerto todos, de ser así.

—Por eso se conservaron los generadores —le explico, encogiéndome de hombros—, y ni siquiera el alcalde Prentiss se atrevió a tocarlos cuando

ordenó la eliminación de casi todo lo demás.

Viola se frota las espinillas y observa las estrellas, que brillan a través del agujero de la techumbre.

—Mi madre y mi padre estaban muy ilusionados —recuerda—. Un mundo nuevo, una vida nueva, perspectivas de paz y de felicidad... —se interrumpe.

—Siento que esto sea tan distinto —digo.

Se mira los pies.

—¿Te importaría esperar fuera mientras me quedo dormida?

—Claro —contesto—. No hay problema.

Cojo la mochila y salgo al exterior por la abertura en la que debió de estar una vez la puerta. Manchee se levanta y viene detrás. Al sentarme, se ovilla a mi lado y, felizmente, tras expulsar una ventosidad y proferir un suspiro perruno, se queda dormido. Qué fácil es ser perro.

Observo el ascenso de las dos lunas, que arrastran tras de sí un manto de estrellas, y son las mismas lunas y las mismas estrellas que se ven desde Prentisstown. Continúan en su lugar incluso aquí, en el fin del mundo. Saco el diario de la mochila y hojeo las páginas.

Me pregunto si a mi madre le haría tanta ilusión asentarse aquí, si tenía la cabeza colmada de ideas de paz, alegría infinita y grandes esperanzas.

Me pregunto si encontró algo de eso antes de morir.

Esas dudas se me instalan en el pecho como un gran peso, así que devuelvo el diario a la mochila, apoyo la cabeza en los tablones del molino y escucho el bisbiseo del río y el rumor de los árboles, observo la mole oscura de las colinas lejanas y el perfil quebrado de los bosques que las coronan.

Después de unos minutos, regreso al interior y compruebo que Viola está durmiendo plácidamente.

Lo siguiente que sé es que ella está intentando despertarme, imagino que horas después. Tengo la mente nublada, pero entonces la oigo decir:

—Ruido, Todd. Estoy oyendo ruido.

Me pongo en pie de un salto y acallo las exclamaciones de Viola y los adormecidos y quejumbrosos ladridos de Manchee. Una vez guardan silencio, aguzo el oído.

Susurros susurros susurros por allí, como una brisa, *susurros susurros susurros*, sin palabras y a lo lejos, pero evidentes como una nube de tormenta agazapada tras una montaña, *susurros susurros susurros*.

—¡Tenemos que irnos! —digo, buscando ya mi mochila.

—¿Es el ejército? —pregunta Viola, corriendo hacia el exterior con su bolsa.

—¡Ejército! —ladra Manchee.

—No lo sé —respondo—. Quizá.

—¿Y si fuese el siguiente asentamiento? —sugiere Viola, dándose la vuelta—. No debemos de andar muy lejos.

—Y, entonces, ¿por qué no lo oímos al llegar?

Se muerde el labio.

—Diablos.

—Exacto —repongo—. Diablos.

Y así pasa la segunda noche tras nuestra corta estancia en Farbranch, corriendo en la oscuridad, encendiendo la linterna solo cuando es necesario, tratando de no pensar en nada. Justo antes del amanecer, el río deja los llanos para internarse en un pequeño valle semejante al de Farbranch y, allí, comprobamos que sí existe una Torreclara o como se llame, que sí hay gente viviendo en estas soledades.

Vemos huertos y campos de trigo, aunque nada parece tan cuidado como en Farbranch. Por suerte para nosotros, el pueblo se encuentra en lo alto de una colina y, a través de esta, pasa una carretera, tal vez el camino de la

izquierda que dejamos atrás en la bifurcación. Hay unas cinco o seis construcciones, y, por lo visto, a todas les haría falta una mano de pintura. Más allá, siguiendo la pista que nos ha traído hasta aquí, vemos en el río unos cuantos barcos, unos embarcaderos de aspecto decrepito y un puñado de pequeñas edificaciones que imagino que tendrán que ver con el tráfico fluvial.

No podemos pedir ayuda. ¿Qué ayuda podría servir para desviar a todo un ejército? Es cierto que debemos avisar a esta gente, pero ¿y si entre ellos abundan los Matthew Lyle y escasean las Hildy? ¿Y qué pasa si los avisamos y su ruido delata nuestro paso por aquí y entonces el ejército cae sobre ellos? ¿Y si ya saben que nosotros somos la razón por la que el ejército avanza hacia ellos y deciden entregarnos?

Pese a todo, es justo que lo sepan.

Y, aun así, el hecho de que lo sepan puede colocarnos en una situación arriesgada.

¿Te das cuenta? ¿Cuál es la decisión acertada?

Y, así, nos deslizamos a través del asentamiento como ladrones, empleando cualquier muro o edificio para ocultarnos, y nos quedamos paralizados cuando vemos a una mujer bastante delgada que transporta una canasta hacia un gallinero, junto a unos árboles. En todo caso, el lugar es tan pequeño que lo dejamos atrás antes de que el sol haya salido del todo, y hete aquí que nos encontramos del otro lado, de nuevo en la carretera, como si el asentamiento no existiese, como si jamás lo hubiésemos visto.

—Pues hasta aquí llega el asentamiento —murmura Viola una vez que desaparecemos tras una curva—. Ni siquiera llegaremos a saber cómo se llama.

—Lo que no sabemos es qué tenemos por delante —susurro.

—Seguiremos hasta llegar a Puerto.

—Y, entonces, ¿qué?

No responde.

—Nos estamos fiando demasiado de algo que quizá no sea más que un rumor —afirmo.

—Tiene que haber algo, Todd —repite Viola con gesto sombrío—. Tiene que haber algo, seguro.

Me quedo callado.

—Supongo —concedo unos instantes después.

Así las cosas, nos enfrentamos a una nueva mañana. Nos topamos por dos veces con hombres que conducen carretas de caballos y, por dos veces, corremos a escondernos en los bosques; Viola se ocupa de cerrarle el hocico a Manchee y yo de contener mi ruido.

Monótonas, las horas van pasando. No oímos más susurros. Podrían haber sido del ejército, sí, pero, desde luego, no tiene sentido que nos esforcemos en averiguarlo.

Cuando la mañana culmina en el mediodía, avistamos un nuevo asentamiento que se yergue en lo alto de una colina lejana. A pesar de que estamos ascendiendo por una pendiente y de que el río se descuelga un poco, podemos observar que ante nosotros nace lo que parece ser una llanura que, a buen seguro, tendremos que atravesar.

Sirviéndose de los prismáticos, Viola invierte unos instantes en inspeccionar el asentamiento. Luego me llega el turno a mí. Son unos diez o quince edificios, pero, incluso a esta distancia, advierto que están bastante descuidados y ruinosos.

—No lo entiendo —dice Viola—. Según el protocolo de colonización, la fase de agricultura de subsistencia ya debería estar superada hace tiempo. Además, es evidente que hay intercambios comerciales, así que ¿por qué vive esa gente en tan malas condiciones?

—Me parece que no sabes nada sobre la vida de los colonos, ¿verdad? — respondo, impacientándome un poco.

Ella frunce los labios.

—Es lo que me enseñaron en la escuela. He estado estudiando cuáles son las técnicas óptimas para establecer una colonia desde que cumplí los cinco años.

—La escuela no es la vida.

—¿Ah, no? —inquire, burlona.

—¿Es que no escuchas lo que te digo? —le espeto—. Algunos de nosotros estábamos demasiado ocupados en nuestra supervivencia para perder el tiempo en aprender qué es la agricultura de consistencia.

—De subsistencia, Todd.

—Da igual. —Echo a andar.

Viola viene detrás pisoteando el suelo.

—En cuanto llegue mi nave, tendrás que ponerte al día en unas cuantas cosas —me dice—. Tenlo por seguro.

—Ya, apuesto a que estás convencida de que los paletos ignorantes haremos cola para darte las gracias besándote el trasero. —Mi ruido está rugiendo, y no he dicho exactamente «trasero».

—Tiempo al tiempo —arguye casi a gritos—. Estás tú muy orgulloso de tu pequeño universo de cavernícolas, ¿verdad? Cuando llegue mi nave, tendrás ocasión de ver cómo se hace una colonia de verdad.

—Para eso faltan siete meses —contesto—. Mientras tanto, vete acostumbrándote, porque aquí hacemos las cosas como nos da la gana.

—¡Todd! —ladra Manchee, sobresaltándonos y, de pronto, sale disparado hacia delante.

—¡Manchee! —grito—. ¡Vuelve aquí!

Y, entonces, ambos lo oímos.

WILF Y EL MAR DE LA GRAN MASA

Un ruido extraño, casi inarticulado, coronando la colina que está frente a nosotros y precipitándose por la pendiente, gobernado por una voluntad única, pero dividido en múltiples voces que cantan la misma canción.

Eso he dicho.

Canción.

—¿Qué es eso? —pregunta Viola, tan asombrada como yo—. No es el ejército, ¿verdad? ¡No pueden habernos adelantado!

—¡Todd! —ladra Manchee, que ha llegado a lo alto de la pequeña colina—. ¡Vacas, Todd! ¡Vacas gigantes!

La boca de Viola se contrae.

—¿Vacas gigantes?

—Yo qué sé —respondo, echando a andar hacia la colina.

Porque se trata de un sonido... ¿Cómo describirlo?

Suena como sonarían las estrellas. O las lunas. Pero no como las montañas. Es demasiado sutil para proceder de una montaña. Es como si un planeta le estuviera cantando a otro, con fuerza, largamente, a través de una infinidad de voces diferentes, cada una de ellas con su timbre particular, con su nota distinta, y al tiempo, con un propósito común, formando una única corriente

de sonido que es triste, pero que no es triste; que es lenta, pero que no lo es; que confluye en una única palabra.

Una sola palabra.

Al llegar a la cima de la colina vemos extenderse a nuestros pies una nueva llanura, vemos que el río se despeña hacia ella y la atraviesa como una vena de plata sobre la roca, pero, por encima de todo, lo que vemos, pululando por aquí y por allá, a ambos costados del río, son criaturas.

Criaturas como las que nunca he visto en mi vida.

Son descomunales, como de unos cuatro metros de altura, y están cubiertas por una espesa mata de guedejas canas. Tienen la cola rematada por un pompón de pelusa y un par de cuernos curvos sobre la cabeza, la cual, montada sobre un larguísimo cuello que se aposenta entre un par de hombros poderosos, rebusca entre la hierba de la planicie sirviéndose de una enorme boca que muele y tritura los pastos. Ya caminando laboriosamente o abrevando en el río, se cuentan por miles, miles y miles hasta donde alcanza la vista, y el ruido que les sale de las entrañas canta siempre la misma palabra, a ritmos distintos y con entonaciones diferentes, pero siempre la misma palabra que las entrelaza a las unas con las otras, que las transforma en un solo rebaño que cruza la llanura.

—«Aquí» —dice Viola—. Están cantando «Aquí».

Están cantando **Aquí**. De una a otra, a través del ruido, eso cantan.

Aquí he venido.

Aquí nos tienes.

Aquí andaremos.

Aquí está lo nuestro.

Aquí.

Esto es...

¿Cómo te diría?

Es como la canción de una estirpe a la que la fortuna le sonríe, es un canto a la acogida que te da la bienvenida con solo escucharlo, es un cántico que te abraza y que te salva de la soledad. Si tienes corazón, seguro que alguna vez te lo han partido, y si eso ha ocurrido, siempre puede arreglarse.

Esto es...

¡Caramba!

Miro a Viola. Se tapa la boca con la mano y tiene los ojos llorosos, pero, aun así, diría que entre los dedos le asoma una sonrisa. Me encamino hacia ella para decirle...

—A pie no vais a llegar lejos —dice una voz que no es la mía desde algún lugar situado a nuestra izquierda.

Nos damos la vuelta al instante, y yo me llevo la mano hacia el cuchillo. En un camino lateral, un hombre con la boca entreabierta nos observa desde el asiento de una carreta vacía tirada por un par de bueyes.

Una escopeta descansa a su lado, como si acabara de ponerla allí.

—¡Vaca! —grita Manchee, a lo lejos.

—El carro, respétanlo —dice el hombre—, mas ir a pie es un arrisco. Mala cosa.

Y de nuevo, deja la boca entreabierta. Sepultado bajo los **Aquí** de las criaturas, su ruido dice exactamente lo mismo que ha dicho su voz. Estoy intentando con todas mis fuerzas no pensar en ciertas cosas y, de momento, lo único que consigo es que empiece a dolerme la cabeza.

—Si os place —dice—, servidor os lleva al través.

Levanta un brazo y señala la carretera, cuya línea desaparece bajo el rebaño, que la está cruzando en estos momentos. A pesar de que todavía no me había planteado que esos extraños animales nos cortan el paso, tengo claro que no me atrevería a pasar caminando entre ellos.

Me doy la vuelta y me dispongo a decir algo, cualquier cosa, lo primero

que se me ocurra que valga para excusarnos y salir de aquí.

Sin embargo, sucede algo extraordinario que me deja sin habla. Viola mira al hombre y le dice:

—Hildy, servidora —me señala a mí—. Y Ben.

—¿Cómo? —exclamo, casi con un ladrido al estilo de Manchee.

—Wilf —le dice el hombre a Viola, y me hacen falta unos segundos para comprender que ese es su nombre.

—Salud, Wilf —le responde ella, con una voz que no reconozco, que no es la suya, que le sale de entre los labios estirándose y encogiéndose, retorciéndose y desenredándose, una voz que me sume en la extrañeza cuanto más la oigo.

Está hablando como Wilf.

—Somos de Farbranch. ¿Y vos?

Wilf se lleva un pulgar al hombro.

—De Lavista —dice—. Voy por víveres a Saltotejones.

Visto lo visto, mi dolor de cabeza no puede sino empeorar. Me presiono las sienes con las manos en un intento por contener mi ruido, por evitar que lo que llevo dentro salga de mí y cause estragos. Por fortuna, los **Aquí** nos inundan con su tono cantarín.

—Arriba —dice Wilf, encogiéndose de hombros.

—¿Ben? —me llama Viola, que rodea los bueyes y deja la bolsa en la parte trasera de la carreta—. Wilf nos lleva al través.

Dicho lo cual, se monta y el hombre da un trallazo con las riendas. Los bueyes echan a andar con lentitud y, al pasar a mi lado, Wilf ni siquiera se digna mirarme. Me quedo donde estoy, asombrado, viendo cómo Viola se aleja y, frenética, me hace señas para que me suba a la carreta. No me queda otra alternativa, la verdad, así que termino por hacerle caso.

Me acomodo junto a ella y me la quedo mirando. Estoy boquiabierto.

—¿Qué demonios estás haciendo? —siseo.

—¡Chiss! —Viola se da la vuelta para ver si Wilf ha oído algo, pero, a juzgar por su ruido, parece que ya se ha olvidado de nosotros—. No lo sé muy bien —susurra—; supongo que dejarme llevar.

—Dejarte llevar, ¿hacia dónde?

—Si logramos atravesarlo, el rebaño se interpondrá entre nosotros y el ejército, ¿no?

No se me había ocurrido algo así.

—Pero ¿qué es lo que has dicho? ¿Qué pintan los nombres de Ben y Hildy en todo esto?

—Wilf tiene un arma —murmura mientras lanza una mirada fugaz a la parte delantera de la carreta—. Y tú mismo aceptas que el hecho de que seas de cierto lugar pone nerviosa a la gente. Así que, bueno, se me ocurrió de repente.

—Pero además, hablas como él.

—Lo intento.

—¡Pues te sale muy bien! —exclamo, y advierto que estoy subiendo el tono de voz en exceso.

—¡Chiss! —Viola se sobresalta, pero, debido a la canción del rebaño, al que nos estamos acercando, y a la escasa perspicacia de Wilf, tengo la impresión de que podríamos estar hablando sin preocuparnos.

—¿Cómo lo haces?

—Finjo, Todd —responde, haciéndome gestos con las manos para que baje el tono de voz—. ¿Es que por aquí no sabéis lo que es fingir?

Claro que sabemos lo que es fingir. El Nuevo Mundo y el pueblo del que provengo (cuyo nombre no puedo decir, cuyo nombre no puedo pensar) no parecen ser más que puras ficciones. Sin embargo, esto es diferente. Como ya he dicho, los hombres mienten todo el tiempo, se mienten a sí mismos y a los

demás, y le mienten al mundo en general, pero ¿quién sabe si hay un patrón entremezclado con las mentiras y las verdades que le rondan a uno por la cabeza? Todos saben que mienten, pero todos mienten, de manera que ¿qué más da? ¿En qué cambia eso las cosas? Los hombres son ríos de aguas turbias, son ruido, y a veces puedes percibir algo concreto en ellos y otras veces no.

No obstante, en el fondo, un hombre no deja de ser lo que es por mucho que mienta.

Porque todo lo que sé de Viola se basa en lo que me dice, en las palabras que le salen de la boca. Y al oírle decir que ella es Hildy y que yo soy Ben, y que ambos somos de Farbranch, al oírle hablar como Wilf (a pesar de que él no sea de Farbranch), me da por pensar que, en verdad, es así, que, por un instante, la realidad ha cambiado, se ha transformado en lo que indica su voz, la cual no estaba tan solo describiendo algo, sino que lo estaba creando, nos estaba transformando en algo distinto simplemente con el poder de la palabra.

Ay, mi cabeza.

—¡Todd! ¡Todd! —ladra Manchee, que brinca detrás de la carreta—. ¡Todd!

—Maldición —masculla Viola.

Me apeo de inmediato, agarro a Manchee, le cierro el hocico con una mano y vuelvo a subirme.

—¡Todd! —ladra él, pese a todo.

—Cállate, Manchee —le ordeno.

—Puede ser que no importe mucho —dice Viola, que ha dejado de hablar en susurros.

Levanto la vista.

—Vaca —dice Manchee.

Y, en efecto, uno de esos enormes animales pasa a nuestro lado.

Hemos entrado en el rebaño.

Hemos entrado en la canción.

Y, durante un rato, olvido todo lo que tiene que ver con las mentiras.

Solo he visto el mar en vídeos. No hay lagos en el lugar en el que nací, tan solo el río y la ciénaga, en los cuales, imagino, debió de haber barcos alguna vez, pero desaparecieron antes de que yo viniese al mundo.

A pesar de ello, si tuviese que figurarme en el mar, esto sería lo que me vendría a la cabeza. El rebaño nos rodea y, a excepción del cielo y de nosotros mismos, se lo traga todo. Nos ciñe como el flujo de una corriente que a veces se detiene a mirarnos, pero que, en general, está centrada en sí misma y en cantar **Aquí** con tanto ímpetu que, ahora que nos encontramos a su merced, da la sensación de que ha tomado el control de nuestros cuerpos, de que les proporciona la energía necesaria para que el corazón lata y los pulmones respiren.

Pasado un rato, descubro que me he olvidado de Wilf y de... de todo lo demás que estaba pensando, y que me contento con observar a cada uno de estos seres, que resoplan, rumian o, de vez en cuando, se tantean los unos a los otros con los cuernos, y empiezo a distinguir a las crías de los adultos, a los ejemplares más viejos, a los más grandes de los más pequeños, a los heridos y a los más desgreñados.

Viola se halla a mi lado, recostada, y el pequeño cerebro perruno de Manchee, que contempla el rebaño con la boca abierta y la lengua colgando, parece estar abrumado por el panorama circundante. Mientras Will nos transporta a través de la llanura, se me antoja por unos instantes que esto es lo único que hay en el mundo.

Que no hay otra cosa.

Miro a Viola y ella me mira a mí, me sonrío, sacude la cabeza y se enjuga las lágrimas que se le han formado en los ojos.

Aquí.

Aquí.

Estamos **Aquí** y en ningún otro lado.

Pues el único lugar que existe es **Aquí**.

—Así que, entonces... Aaron —musita Viola después de un tiempo, y sé exactamente qué la ha llevado a mencionar ese nombre.

Nos sentimos tan protegidos **Aquí** que podemos hablar de todos los peligros que nos apetezca.

—¿Sí? —contesto con un murmullo, observando una cría que nos mira con curiosidad mientras su madre la acaricia con el hocico.

Los ojos de Viola se vuelven hacia mí.

—¿Aaron es vuestro sacerdote?

Asiento.

—El único que hay en Prentisstown.

—¿Y de qué trataban sus sermones?

—De lo normal —respondo—. El infierno. La perdición. El día del juicio...

Me observa, extrañada.

—No estoy segura de que eso sea lo normal, Todd.

Me encojo de hombros.

—Él cree que estamos viviendo el fin del mundo —afirmo—. ¿Quién podría contradecirlo?

Viola se impacienta.

—Pues se parece poco al pastor que venía con nosotros en la nave, el padre Marc. Era agradable y atento, y, por encima de todo, optimista.

Resoplo.

—Nada que ver con Aaron. Todavía puedo oírlo decir: «Dios nos oye», y también: «Si uno de nosotros cae, todos caemos con él». Era como si, en el

fondo, nos desease lo peor.

—Sí, a mí también me dijo algo parecido. —Viola se cruza de brazos.

Los **Aquí** siguen envolviéndonos con su melódica omnipresencia. La miro.

—Él... ¿te hizo daño cuando estabais en la ciénaga?

Hace un gesto negativo con la cabeza y suspira.

—Vociferó y berreó, supongo que sermoneándome, y si yo corría, él me perseguía y volvía a ponerse a dar gritos, y entonces me echaba a llorar y le pedía ayuda, pero él no me hacía caso y continuaba con su sermón. Vi imágenes de mí en su ruido, cuando aún no sabía lo que era el ruido. Jamás he pasado tanto miedo en mi vida, ni siquiera cuando se estrelló nuestra nave.

Ambos elevamos la vista hacia el sol.

—«Si uno de nosotros cae, todos caemos con él.» —recita—. Por cierto, ¿tiene algún significado?

Tras reflexionar, me doy cuenta de que no sé qué responderle, de modo que me quedo callado y nos abandonamos a los **Aquí**, que nos llevan consigo hacia lo lejos, un poco más.

Aquí nos tienes.

Aquí y en ningún otro lugar.

Después de lo que podría ser una hora, o una semana o, tal vez, solo un segundo, los extraños seres comienzan a escasear y alcanzamos el otro lado del rebaño. Manchee se baja de la carreta de un salto. Como vamos bastante despacio y no es probable que se quede rezagado, se lo permito. Viola y yo salimos de nuestro ensimismamiento.

—Ha sido increíble —afirma ella con voz queda, mientras la canción va apagándose—. Había olvidado lo mucho que me duelen los pies.

—Sí —contesto.

—¿Qué eran esos animales?

—Gran masa, los llama un servidor —dice Wilf sin volverse—. Masa es lo

que son, sí.

Viola y yo nos miramos. Ya no recordábamos a nuestro carretero.

¿Nos habremos delatado?

—¿No se la llama de otra manera a la masa? —pregunta ella, incorporándose para volver a desempeñar su pantomima.

—Sí, sí —responde Wilf mientras permite que los bueyes reduzcan el ritmo—. Bovirafas, beluas, formifantes... —Se encoge de hombros—. Mas un servidor las llama masa.

—Masa —dice Viola.

—Masa —digo yo, intentando imitar el acento. Wilf nos mira por encima del hombro.

—Diz que sois de Farbranch, ¿miento? —inquire.

—Sí, sí —contesta Viola tras lanzarme una mirada. Wilf hace un gesto de asentimiento.

—Y percibisteis el ejército, ¿sí?

Siento una avalancha de ruido que sale de mi interior y, pese a que no puedo hacer nada para remediarlo, Wilf parece no darse cuenta. Hay preocupación en la expresión de Viola.

—¿Qué ejército es ese, Wilf? —le dice, tratando de recomponerse.

—El del pueblo maldecido —responde él, impertérrito, como si no le concediera ninguna importancia a la conversación—. Se juntó en las marismas, viene arrasando los pueblos y crece seguido. Lo percibisteis, ¿sí?

—¿Dónde oíste del ejército, Wilf?

—Dícese por ahí —afirma él—. Comadreos que vienen bajando el río. Al paisano le gusta chacharear, ¿oyes? Dícese por ahí. ¿Lo percibisteis?

Sacudo la cabeza, pero, sin embargo, Viola dice:

—Sí, lo percibimos.

Wilf vuelve a mirarnos.

—¿Y es grande?

—Muy grande —replica ella con gravedad—. Aconséjote que cuides de ti, Wilf. Es cosa muy mala. Y da aviso en Altotejones.

—Saltotejones —puntualiza él.

—Da aviso, Wilf.

Oímos que farfulla algo, pero enseguida advertimos que, en realidad, se está riendo.

—Nadie atiende al pobre Wilf, no —musita, casi para sí mismo, y luego azota a los bueyes con las riendas.

Llegamos al final de la llanura bien entrada la tarde. Empleando los prismáticos, todavía podemos ver el rebaño de la gran masa moviéndose en la distancia, hacia el norte, como una fuerza imparable. Wilf no vuelve a mencionar al ejército. Viola y yo reducimos nuestra conversación a lo mínimo indispensable para no levantar sospechas. Además, tengo que estar muy concentrado para lograr que mi ruido se mantenga dentro de unos niveles prudentes. Manchee trota detrás de la carreta, y tiene tiempo de olisquear las flores y hacer sus cosas.

La chirriante carreta se detiene cuando el sol está bajo en el cielo.

—Saltotejones —anuncia Wilf señalando, a lo lejos, un río que se despeña por un barranco. Al pie de la catarata, bordeando una pequeña laguna, hay quince o veinte edificaciones y, más allá, las aguas continúan su curso. Hay un camino estrecho que va hacia allí.

—Apeámonos aquí —dice Viola. Recogemos nuestras cosas y bajamos de la carreta.

—Pláceme —responde Wilf, mirándonos de soslayo.

—Gracias, Wilf —le dice ella.

—Servidor —replica él, escudriñando el horizonte—. Mas mejor poneos bajo techo. Viene lluvia.

Tanto Viola como yo adoptamos una expresión un tanto escéptica. No hay ni una sola nube en el cielo.

—Mmm... —medita Wilf—. Nadie atiende al bueno de Wilf, no.

Viola lo mira a los ojos y recupera su tono de voz normal, imagino que con el propósito de explicarse lo mejor posible.

—Tienes que advertir a todo el mundo, Wilf. Por favor. Los rumores de un ejército que has oído son ciertos, así que la gente debe prepararse para su llegada.

Wilf murmura una vez más y, sin otra apreciación, hace restallar las riendas. Los bueyes tiran de la carreta hacia la desviación que conduce a Saltotejones, y el carretero no se vuelve para mirarnos.

Lo observamos alejarse y, después, nos ponemos en marcha.

—¡Ay! —se queja Viola palpándose las piernas.

—Ya —confirmo—. A mí también me duelen.

—¿Crees que tendría razón? —me pregunta.

—¿Sobre qué?

—Sobre que el ejército va creciendo a medida que avanza —explica—. «Viene arrasando los pueblos y crece seguido» —añade, imitando el acento y el modo de hablar de Wilf.

—¿Cómo lo haces? —inquiero—. Ni siquiera eres de aquí.

Ella se encoge de hombros.

—Es por un juego con el que nos gustaba entretenernos a mi madre y a mí —dice—. Consistía en contar un cuento en que cada personaje tuviese una voz distinta.

—¿Y serías capaz de imitarme a mí? —insinúo con timidez.

Sonríe.

—Pues nada, heme aquí teniendo una conversación conmigo mismo, y pienso y pienso y vuelvo a pensar.

Frunzo el ceño.

—Yo no hablo así.

Continuamos por la pista y Saltotejones queda atrás. El viaje en carreta ha sido agradable, pero no hemos descansado. A pesar de que tratamos de ir tan rápido como podemos, a veces las fuerzas solo nos alcanzan para andar arrastrando los pies. Claro que puede ser que el ejército se haya visto forzado a detener su avance al topar con la gran masa.

Tal vez sí o tal vez no. En todo caso, al cabo de media hora, ¿sabes qué?

Está lloviendo.

—La gente debería atender al pobre Wilf —admite Viola, estudiando el cielo.

La pista corre paralela al río y, entre la una y el otro, divisamos un lugar más o menos resguardado. Nos detenemos en él a cenar, con la esperanza de que escampe. Sin embargo, si sigue lloviendo, no nos quedará otro remedio que mojarnos. Por cierto, con tantas emociones, no se me ha ocurrido ver si Ben se acordó de meterme un chubasquero en la mochila.

—Ojalá encuentres dos —dice Viola.

—Lo dudo —repongo, hurgando en el interior de la mochila. Pues no, no hay chubasquero. Genial—. ¿No te he dicho que dejaras de escuchar lo que pienso?

Por si te interesa saberlo, lo cierto es que, aunque sé que no debería confiarme, me encuentro bastante sosegado. Todavía tengo la canción de **Aquí** resonándome en los oídos, a pesar de que la llanura se encuentre ya a muchos kilómetros. La estoy tarareando y, si bien desafino un poco, recupero algo de ese sentimiento de pertenencia, de fraternidad, como si hubiese alguien a quien pudiera decirle que estoy **Aquí** con la confianza de que le importaría.

Miro a Viola, que está comiendo uno de sus paquetitos de fruta.

Pienso en el diario de mi madre, guardado en la mochila.

La historia de una voz, pienso.

¿Cómo me sentaría oír la voz de mi madre?

Viola arruga el envoltorio del paquete.

—Era el último.

—A mí todavía me queda un poco de queso —digo— y algo de carne seca, pero vamos a tener que procurarnos algo para comer mientras seguimos adelante.

—¿Te refieres a robar? —pregunta ella con las cejas enarcadas.

—Me refiero a cazar —respondo—. Y, bueno, si hiciera falta, también a robar. Por otra parte, podemos recolectar frutos silvestres, y hay raíces que se pueden comer hervidas.

—¡Mmm! —Viola sonrío con ironía—. En una nave no es muy necesario practicar la caza.

—Podría enseñarte.

—Vale —contesta, tratando de mostrarse animada—. ¿Y no te hace falta un arma?

—Si eres un buen cazador, las armas están de más. Las trampas son muy efectivas con los conejos, y se pueden capturar peces con un gancho y un poco de hilo. Con el cuchillo es posible cazar ardillas, pero no son muy sabrosas.

—Caballo, Todd —dice Manchee con un ladrido amortiguado.

Suelto una carcajada, la primera en mucho tiempo, creo. Viola también se ríe.

—No vamos a cazar caballos, Manchee —alargo un brazo para acariciarlo—. Qué ideas más absurdas tiene este perro.

—Caballo —insiste, poniéndose en pie y volviéndose en la dirección por la que hemos venido. Se acabó la risa.

UN CUCHILLO VALE LO QUE VALE QUIEN LO EMPUÑA

Se oye un repiqueteo de cascos, todavía lejano, pero acercándose al galope.

—¿Será alguien de Altotejones? —sugiere Viola con esperanza y duda en la voz.

—Saltotejones —corrijo, levantándome—. Escondámonos. Recogemos nuestras cosas en un santiamén. Nos hallamos en una estrecha franja de árboles que separa el río de la pista. No nos atrevemos a ponernos al descubierto y cruzar la pista, y, al tiempo, el río nos corta el paso por el lado opuesto, así que nuestra única opción consiste en un árbol caído, tras el que nos agachamos después de haber borrado los rastros de la cena. Tengo a Manchee entre las rodillas, y la lluvia nos cala hasta los huesos.

Desenfundo el cuchillo.

Los golpetazos de los cascos están cada vez más cerca.

—Oigo solo un caballo —susurra Viola—. No es el ejército.

—Tienes razón —respondo—, pero viene a galope tendido.

Oímos el cotocloc y, en unos instantes, vemos aparecer, entre los árboles, un punto oscuro que se acerca. A pesar de la lluvia y de que está anocheciendo, el jinete lleva al caballo a una velocidad prodigiosa. Nadie

haría eso sin motivo.

Viola se da la vuelta y examina el río.

—¿Sabes nadar?

—Sí.

—Estupendo —responde—, porque yo no.

¡Cotocloc, cotocloc, cotocloc!

Capto el primer rumor del ruido del jinete, pero, debido al estruendo que provocan los cascos de su montura, no llego a oírlo con claridad.

—Caballo —musita Manchee.

Ahí está. Zumba bajo la batahola de las pezuñas. Me llegan destellos, trozos de palabras. *Des... vo... osc... estup...*

Agarro el cuchillo con fuerza. Viola calla.

¡Cotocloc, cotocloc, cotocloc, coto...!

Rápido... Noche... Disparar... Sea lo que...

Ya está casi aquí, al inicio de la curva que dista de nosotros tan solo un centenar de metros...

¡Cotocloc, co...!

El cuchillo me arde en la mano porque...

Matarlos a todos... la niña... está oscuro...

¡Coto...!

Creo que reconozco...

¡Cotocloc, cotocloc, coto...!

Ya casi está aquí, casi está...

Y entonces ¿Todd Hewitt? suena con la claridad de la luz surcando la lluvia.

Viola contiene un grito. Le veo la cara.

—Junior —ladra Manchee. Es el señor Prentiss Junior.

Nos pegamos al tronco cuanto podemos, pero todo es en vano, pues el recién llegado tira de las riendas con fuerza para detener el caballo, que se encabrita y está a punto de lanzarlo por los aires.

Solo a punto, por desgracia.

Y tampoco ha sido suficiente para que se le caiga el rifle que lleva bajo el brazo.

¡Todd HEWITT, MALDITO!, chilla su ruido.

—¡Mierda! —oigo decir a Viola. Yo habría dicho lo mismo.

—¡Caramba! —grita el señor Prentiss Junior, y estamos lo suficientemente cerca de él como para ver la sonrisa que le atraviesa la cara y captar la sorpresa de su voz—. ¡Viajáis por la carretera! ¡Ni siquiera se os ha ocurrido ir campo a través!

Me encuentro con los ojos de Viola. ¿Qué otra alternativa nos quedaba?

—¡He oído tu ruido durante casi toda tu ridícula vida, muchacho! —Mira a un lado y a otro, intentando descubrir en qué lugar del angosto bosquecillo nos ocultamos—. ¿Crees que voy a dejar de oírlo ahora por el mero hecho de que te escondas?

Por encima de todo, lo que hay en su ruido es júbilo. Verdadero júbilo, como si el señor Prentiss Junior no acabase de creerse este golpe de fortuna.

—Oye, espera un momento —dice, metiendo el caballo entre los árboles—. Espera un momento. ¿Qué es eso que está a tu lado? ¿Ese agujero, esa nada?

Su voz es tan violenta que Viola se estremece. Tengo el cuchillo en la mano, pero él va a caballo y lleva un rifle.

—¡Pues claro que tengo un rifle, mocoso! —exclama mientras vira el caballo hacia nosotros y pasa sobre matorrales y entre troncos—. ¡Y, además, he traído otra cosa para la pequeña dama que te acompaña, Todd!

Miro a Viola. Sé que percibe lo que él está pensando, que ve el chorro de

imágenes que su ruido está vertiendo. Lo sé porque su cara se ha transformado en una mueca de espanto. Le toco el hombro y le señalo con la mirada la única vía de escape que tenemos.

—¡Sí, muchacho, por favor! —grita el señor Prentiss Junior—. ¡Huye, dame una razón para hacerte daño!

El caballo está tan próximo que también oímos su ruido, inquieto y atolondrado.

El tronco del árbol no nos ofrece más cobijo.

El señor Prentiss Junior está casi a nuestro lado.

Oprimo el mango del cuchillo entre los dedos y le doy la mano a Viola para deseársela suerte.

Es ahora o nunca.

Y...

—¡Ahora! —aúllo.

Salimos corriendo y el rifle empieza a escupir ráfagas de balas que astillan las ramas, pero nosotros volamos para salvar nuestras vidas.

—¡A por ellos! —le grita al caballo, que obedece la orden de inmediato.

Con solo dos brincos, el animal gira en redondo y regresa a la pista, tras lo cual comienza a galopar en la misma dirección en la que nosotros corremos. La arboleda que se levanta entre el río y la pista es lo bastante estrecha como para permitir que perseguidor y perseguidos podamos vernos entre los árboles. Las ramas se quiebran, los charcos nos salpican, los pies resbalan y, entre tanto, el jinete cabalga por la pista, atento a cada uno de nuestros movimientos.

No vamos a lograr escapar de él. Es imposible.

Y aun así lo intentamos, cada uno por su camino, sobre troncos derribados o a través de matorrales, y Manchee jadea y ladra detrás de nosotros, y la lluvia nos azota la cara, y la pista, que está cada vez más cerca, tuerce

repentinamente hacia el río, con lo que no nos queda otra alternativa que cruzarla por delante del caballo e internarnos en el bosque que está al otro lado, y entonces veo que Viola va a intentarlo, que va a cruzar, y también que el señor Prentiss Junior, haciendo girar algo con la mano, toma la curva y se abalanza sobre nosotros en el momento en que atravesamos la pista, ese mismo momento en que siento que algo se me aferra a las piernas y me hace perder el equilibrio.

—¡Aaah! —grito y, un instante después, aterrizo de bruces en una mezcla de barro y hojas podridas. Movida por la inercia, la mochila se desliza hacia delante y me da un fuerte tirón en los brazos, y Viola me está mirando, me ha visto caer, ya casi ha llegado al lindero del bosque, pero, por algún motivo, quiere detenerse y sus pies se hunden en el barro.

—¡No! ¡Corre, corre! —le grito, y ella me mira a los ojos y veo que su rostro se constriñe en una expresión súbita cuyo significado no logro interpretar, pero, pese a todo, un momento antes de que el caballo la alcance, se da la vuelta y desaparece entre los árboles.

Manchee corre hacia mí.

—¡Todd! ¡Todd! —ladra, pero yo ya estoy perdido, perdido, perdido. Porque el señor Prentiss Junior está encima de mí, montado en su caballo blanco, respirando trabajosamente y apuntándome con su rifle. Sé qué ha pasado. Me ha arrojado unas boleadoras que se me han enrollado en las piernas, lo ha hecho con la pericia y sangre fría de un cazador que persiguiese a un ciervo. Estoy tirado en el barro, boca abajo, atrapado como un criminal.

—Mi padre va a alegrarse mucho de verte —dice, y el caballo, nervioso, se revuelve. *Llueve*, le oigo pensar en el ruido, y *¿Serpiente?*

—Tenía la orden de comprobar si se sabía algo de ti por estos andurriales —sisea el señor Prentiss Junior con desdén—, pero fíjate, resulta que estabas aquí y que te he encontrado.

—Vete al infierno —le espeto, pero fíate si te digo que he utilizado una palabra más soez.

Todavía tengo el cuchillo en la mano.

—Sí, y eso me hace temblar de miedo —se burla, encañonándome con el rifle—. Suéltalo.

Extiendo el brazo y dejo caer el cuchillo, que se pierde en el agua sucia de un charco.

—Esa damisela tuya no ha demostrado tenerte demasiada lealtad, ¿has visto? —me dice mientras desmonta y le da unas palmadas al caballo para calmarlo. Manchee gruñe, pero él se limita a soltar una carcajada—. ¿Qué te ha pasado en la cola? —le pregunta, burlón.

Manchee le enseña los dientes y salta hacia él, pero el señor Prentiss, que es más rápido, le da una patada brutal en el hocico. Con un quejido, el perro retrocede hasta unos matorrales.

—Tus amigos te abandonan sin dudarlo, Todd. —Me mira desde arriba—. Pero de todo se aprende algo, ¿no es cierto? Los perros son solo eso, perros, y las mujeres, pues mira, resulta que también son perros.

—Cállate —mascullo.

Su ruido se inflama de una empatía y un triunfalismo fingidos.

—Pobre, pobre Todd. Ha pasado todo este tiempo con una mujer y no ha sabido qué hacer con ella.

—No se te ocurra hablar de Viola —amenazo. Sigo en el suelo, y las boleadoras no me dejan mover las piernas.

El ruido del señor Prentiss Junior crece, se torna malévolos, pero su expresión permanece impassible, como en una pesadilla.

—Te voy a explicar lo que se hace con las mujeres, Todd —dice, acuclillándose a mi lado—. A las ramera, te las quedas, y a las que no lo son, les pegas un tiro.

Se me acerca aún más. Veo esa patética pelusilla que le adorna el labio superior, que ni siquiera se oscurece con el agua de la lluvia. Es solo dos años mayor que yo. Solo dos años.

¿Serpiente?, piensa el caballo.

Con suma lentitud, apoyo las manos en el barro. Las hundo un poco.

—Una vez que te haya amordazado —afirma el señor Prentiss Junior con un tono de voz anegado en vileza—, iré a buscar a tu damisela y, más tarde, te diré qué clase de mujer es.

Este es el momento de entrar en acción.

Levanto el torso estirando los brazos y, tras hincar los pies en el barro, me propulso hacia delante con intención de darle un testarazo en la cara. Al aplastarle la nariz, se cae hacia atrás y yo lo empujo hasta que da con los huesos en el suelo. Le lanzo puñetazo tras puñetazo, con todas mis fuerzas, en la nariz y en los pómulos y, como él está demasiado sorprendido para reaccionar, le propino un rodillazo entre las piernas.

Se retuerce como un gusano y profiere un chillido largo y exasperado. Ruedo por el suelo hasta recuperar el cuchillo, me pongo en pie de un salto, le doy una patada al rifle para alejarlo y corro hacia el caballo agitando los brazos.

—¡Serpiente! ¡Serpiente! —gime el caballo y, viendo que voy hacia él, relincha, espantado, y sale huyendo por la pista.

Me doy la vuelta y ¡pum! El señor Prentiss Junior me golpea la nariz con los nudillos, pero, como no logra derribarme, grita:

—¡Ahora verás, asqueroso pedazo de...!

Le muestro el cuchillo y él retrocede, y entonces, con la vista empañada por la lluvia y por el puñetazo, lo ataco, pero él me esquiva, mira alrededor buscando el rifle, que descansa en el barro, y, al encontrarlo, se vuelve para hacerse con él, lo que me da la oportunidad de cargar, a pesar de sus codazos,

de tirarlo al suelo una vez más mientras mi ruido y el suyo se desgañitan.

Y no sé muy bien cómo lo he conseguido, pero el hecho es que estoy sobre él y que le he puesto el cuchillo en el gáznate.

Ambos damos la lucha por zanjada.

—¿Por qué habéis venido por nosotros? —le grito en la cara—. ¿Por qué nos acosáis?

El maldito señor Prentiss Junior y su maldito mostacho de pacotilla, que veo curvarse para dar lugar a una sonrisa que me repugna.

Le doy un nuevo rodillazo en la entrepierna.

Chilla, me escupe, pero el cuchillo lo tengo yo y está empezando a cortar la piel del cuello.

—Mi padre lo ha ordenado —dice.

—¿Por qué? —pregunto—. ¿Por qué nos busca?

—¿Que os busca? —dice—. No os busca, maldita sea. Solo te busca a ti, Todd. Solo a ti.

No puedo creer lo que oigo.

—¿Cómo? —inquiero—. ¿Por qué?

Pero no me contesta. Está concentrado en mi ruido. Está escudriñándome, espiándome.

—¡Oye! —grito, y le doy una bofetada con el dorso de la mano—. ¡Acabo de hacerte una pregunta!

Ahí vuelve esa sonrisa. Esto es un puñetero chiste. Está sonriendo.

—Ya sabes lo que dice mi padre, Todd Hewitt —contesta, mirándome con ojos infames—. Dice que un cuchillo solo vale lo que vale quien lo empuña.

—¡Cállate! —le espeto.

—Eres tenaz, lo admito, un luchador —dice, todavía sonriendo—. Pero no eres un asesino.

—¡He dicho que te calles! —bramo, pero advierto que ha adivinado en mi

ruido lo ocurrido con Aaron.

—Vamos, vamos —dice desafiante—. ¿Y qué vas a hacer si no me callo?
¿Matarme?

—¡Te mataré! —grito—. ¡Vaya si te mataré!

Se pasa la lengua por los labios y suelta una risotada. Está ahí tirado, sin poder hacer nada y con un cuchillo en la garganta, y, sin embargo, se permite el lujo de reírse.

—¡Cierra la boca! —aúllo, levantando el cuchillo.

Él se ríe, me mira y dice...

Dice...

Y dice esto...

—¿Quieres saber cómo rogaron por su vida Ben y Cillian antes de que les metiese una bala entre los ojos?

Mi ruido se incendia.

Y voy a clavarle el cuchillo.

Voy a matarlo aquí mismo.

Y...

Y...

Y...

Y cuando estoy a punto de hacerlo...

Justo en el momento en que el cuchillo emprende el descenso...

Justo en el momento en que tengo el poder para hacer lo que quiero...

Titubeo...

Una vez más...

Dudo...

Tan solo durante un instante...

Qué estúpido he sido...

Qué estúpido...

Porque en ese mismo momento, se deshace de mí atizándome con ambas piernas y, acto seguido, me da un codazo en la garganta. Me doblo por la cintura, medio asfixiado, y noto que me arrebató el cuchillo de la mano.

Tan sencillo como quitarle un caramelo a un colegial.

—Y ahora, Todd —dice incorporándose—, permite que te enseñe un par de cosas sobre cómo se da una cuchillada.

LA MUERTE DEL COBARDE

Me lo merezco. Lo he hecho todo mal. Me lo merezco. Si el cuchillo estuviese en mi poder, me lo clavaría en el corazón. Aunque dudo que tenga el valor suficiente ni siquiera para eso.

—Toda una obra de arte, Todd Hewitt —juzga el señor Prentiss Junior, examinando el cuchillo.

Tengo las rodillas en el fango y la mano en el cuello, y todavía no he recuperado el aliento.

—Tenías la batalla ganada, pero vas y lo echas todo a perder. —Recorre el filo con un dedo—. Eres tan inútil como medica.

—Termina de una vez —murmuro.

—¿Qué es eso que dices? —se burla, sonriente, mientras su ruido se ilumina.

—¡Que termines con esto de una vez por todas! —le grito.

—Ah, ya, pero has de saber que no voy a matarte —responde con ojos centelleantes—. A mi padre no le gustaría que lo hiciera, ¿sabes?

Se me acerca y me pone la punta del cuchillo en la cara para obligarme a echar la cabeza hacia atrás.

—Sin embargo, hay muchas cosas que se pueden hacer con un cuchillo sin

necesidad de matar a un hombre.

He dejado de mirar de reojo en busca de alguna posibilidad de escape.

Lo estoy mirando a él, a los ojos, que están llenos de vida, de ánimo, de superioridad, y también su ruido, que me trae imágenes de él en Farbranch, de mi granja, de mí mismo arrodillado frente a él.

Por el contrario, mi ruido no es más que un pozo lleno de estupidez, frustración y odio.

Lo siento, Ben.

Lo siento muchísimo.

—Otra vez Ben —dice—. No eres un hombre, lo sabes, ¿verdad? —Baja la voz—. Y nunca lo serás.

Noto que el filo del cuchillo se me posa sobre la mejilla.

Cierro los ojos.

Y en ese momento siento una oleada de silencio que se me acerca por detrás.

—Me alegro de verte —afirma el señor Prentiss Junior, mirando por encima de mí. Le estoy dando la espalda al bosque que se encuentra al otro lado del río, pero, aun así, percibo la queda presencia de Viola como si pudiera verla con mis propios ojos.

—¡Corre! —bramo—. ¡Sal de aquí mientras puedas!

No me hace caso.

—Apártate de él —le dice al señor Prentiss Junior—. Te lo advierto.

—¿Me estás amenazando a mí? —pregunta él, sonriente, señalándose con el cuchillo.

Da un respingo.

Algo le ha golpeado el pecho y se le ha quedado adherido. Parece ser una pequeña esfera de plástico de la que salen varios cables. El señor Prentiss Junior hace palanca con el cuchillo e intenta desprenderla, pero, pese a sus

esfuerzos, no lo logra. Alza la vista y mira a Viola con esa odiosa sonrisa.

—Sea lo que sea esto —dice—, no ha funcionado.

Y entonces, ¡buuum! ¡Un fogonazo, un estallido!

Una mano se me aferra al cuello de la camisa y tira de él hasta casi asfixiarme. Me caigo de espaldas, el cuchillo sale volando por el aire y, sacudido por un espasmo, el cuerpo del señor Prentiss Junior queda envuelto por un torbellino de chispazos y destellos que proceden de los cables del misterioso aparato. El humo y el vapor le cubren las mangas, el cuello y los pantalones. Mientras se derrumba, advierto que es Viola la que me está arrastrando hacia atrás. El señor Prentiss Junior yace en el suelo, sobre su rifle, con la cara en el fango.

Viola me suelta y ambos rodamos sobre un pequeño terraplén que hay al pie de la pista. Nos quedamos tendidos, jadeando. A pesar de que las chispas han cesado, el cuerpo del señor Prentiss Junior sigue convulsionándose.

—Con toda esta tierra mojada —masculla Viola, sin aire— temía que... —respira—. Que nos afectara también a ti y a mí... —respira—. Pero él iba a cortarte...

Callado y concentrado en una sola idea, me levanto. Reparo en el cuchillo y voy hacia él.

—Todd... —dice Viola.

Lo recojo. Me incorporo.

—¿Está muerto? —le pregunto sin mirarla.

—Debería estarlo —responde—. Acaba de recibir una descarga de...

Levanto el cuchillo.

—Todd, ¡no!

—Dame una buena razón... —le exijo con los ojos fijos en el señor Prentiss Junior.

—No eres un asesino —contesta ella.

Me doy la vuelta en el acto. Mi ruido ruge como una tormenta.

—¡No vuelvas a decirme eso! ¡Nunca! ¿Me oyes?

—Todd... —musita ella, extendiendo una mano, calmándome.

—¡Yo soy el motivo de que estemos en este lío! ¡No te buscan a ti! ¡Me buscan a mí! —Me vuelvo y miro al señor Prentiss Junior—. Y si matara a uno de ellos, entonces tal vez...

—No, Todd. Escúchame —dice ella, acercándoseme—. ¡Escucha lo que voy a decirte! —La miro. Mi ruido está tan desatado y mi expresión es tan horrenda que titubea un momento; sin embargo, da un nuevo paso hacia mí—. Atiéndeme, por favor.

Lo que me dice en este momento es más de lo que me había dicho hasta ahora.

—Cuando me encontraste en la ciénaga, yo había pasado cuatro días huyendo de ese hombre, Aaron, y tú, que eras la segunda persona que veía en este planeta, viniste hacia mí con ese cuchillo, y me pareció que eras igual que él.

Sigue con las manos en alto, como si yo fuese el asustado. El caballo del señor Prentiss Junior se ha marchado.

—Sin embargo, antes de que pudiese entender lo del ruido, lo de Prentisstown y cuáles eran tus motivos, me inspiraste confianza. Y no me equivoqué, Todd. Tú no eres de los que hacen daño. No formas parte de ellos.

—Me golpeaste la cara con una rama —recuerdo.

Pone los brazos en jarras.

—¿Y qué esperabas que hiciera? Tú tenías un cuchillo. De todos modos, no te hice mucho daño, ¿a que no?

No respondo.

—E hice bien en fiarme de ti —afirma—. Me vendaste el brazo. Me rescataste de Aaron cuando no tenías por qué hacerlo. Me sacaste de la

ciénaga, donde supongo que lo único que me esperaba era la muerte. Me defendiste de aquel hombre, en los huertos. Viniste conmigo cuando huimos de Farbranch.

—No —respondo a media voz—, la historia no es así. Si nos estamos escapando, es porque yo no fui capaz de...

—Creo que al fin estoy en condiciones de decir que sí entiendo la historia, Todd —me interrumpe—. ¿Por qué crees que van a por ti con tanta decisión? ¿Por qué piensas que todo un ejército atraviesa los pueblos, ríos y llanuras de este estúpido planeta tan solo para atraparte? —Señala al señor Prentiss Junior—. Él mismo lo ha dicho. ¿No se te ocurre el motivo que los lleva a invertir tanto esfuerzo en encontrarte?

El pozo que en que se me han disuelto las entrañas se vuelve más hondo y tenebroso.

—Porque soy la pieza que no encaja.

—¡Exacto!

Enarco las cejas.

—¿Y esa es una buena noticia? Mira qué contento estoy. Un ejército quiere matarme porque resulta que no soy un asesino.

—No —exclama ella—. Lo que quiere ese ejército es transformarte en un asesino.

Parpadeo.

—¿Eh?

Se aproxima a mí un paso más.

—Si logran convertirte en la clase de hombre que pretenden...

—Niño —puntualizo—. Todavía no soy un hombre.

Hace un gesto con la mano para desestimar lo que acabo de decir.

—Si consiguen extinguir esa parte de ti, esa parte de ti que jamás mataría, entonces se habrán salido con la suya, ¿lo entiendes? Si pueden hacerlo

contigo, podrán hacerlo con cualquiera. Y la victoria será suya. ¡Solo suya!

Se me acerca y alarga una mano para tocarme el brazo, el mismo con el que sostengo el cuchillo.

—Los hemos vencido —me asegura—. Los has vencido por no convertirte en lo que quieren que seas.

Aprieto las mandíbulas.

—Mató a Ben y a Cillian.

Viola sacude la cabeza.

—No, ha dicho que los mató. Y tú te lo has creído.

Miramos al señor Prentiss Junior. Está quieto, y el vapor empieza a disiparse.

—Conozco a los niños que son como él —dice ella—. Los he visto en la nave. Son unos mentirosos.

—Pero él es un hombre.

—¿Cómo puedes seguir hablando en esos términos? —me pregunta con voz enérgica—. ¿Cómo puedes empeñarte en que él es un hombre y tú no? ¿Solo por un cumpleaños ridículo? Si hubieses nacido en el lugar del que provengo, tendrías catorce años y un mes.

—¡Pero he nacido aquí! —grito—. ¡Soy de aquí, y aquí las cosas son como son!

—¡Muy bien, pues son un error! —Se agacha junto al señor Prentiss Junior—. Lo ataremos. Lo ataremos bien fuerte y nos largaremos, ¿te parece bien?

Sigo con el cuchillo en la mano.

Siempre lo tendré en la mano y me da igual lo que Viola diga y cómo lo diga.

De pronto, se levanta y mira alrededor.

—¿Dónde está Manchee?

¡Oh, no!

Lo encontramos en medio de unos matorrales. Nos gruñe, y es un gruñido gutural, inarticulado. Tiene el ojo izquierdo cerrado y la boca ensangrentada. Me hacen falta muchos intentos, pero, al final, logro apresarlos, y, entre tanto, Viola va a buscar su botiquín milagroso. Mientras me ocupo de que se esté quieto, ella le mete en la boca una píldora que lo adormece y, luego, le limpia un diente que tiene roto y le pone crema en un ojo. Se lo venda y, cuando lo veo en ese estado, tan pequeño, magullado y adormilado, susurrando mi nombre, tengo que darle un abrazo enorme y sentarme en medio de las matas, bajo la lluvia, mientras Viola reúne nuestras pertenencias y saca mi mochila del barro.

—Tu ropa está empapada —dice—. Y la comida ha quedado aplastada. Pero el diario sigue en la bolsa de plástico. Está en perfecto estado.

La idea de que mi madre llegara a saber en qué clase de cobarde se convertiría su hijo algún día hace que me entren ganas de arrojar el diario al río.

Pero no lo hago.

Atamos al señor Prentiss Junior con la cuerda de las boleadoras y descubrimos que la descarga eléctrica ha arrancado de cuajo la culata del rifle. Lo cual es una pena porque podría habernos sido útil.

—¿Qué has empleado para electrocutarlo? —le pregunto a Viola mientras, entre jadeos y resoplidos, arrastramos al señor Prentiss Junior hacia el margen de la pista. Inconscientes, los hombres pesan un mundo.

—Un dispositivo que le comunica a la nave mi situación geográfica en el planeta —explica—. Me costó lo mío desarmarlo.

Me pongo en pie.

—¿Y ahora cómo va a saber la nave dónde te encuentras?

Se encoge de hombros.

—Tendré que contentarme con la esperanza de que en Puerto haya algo

que sirva para establecer comunicación.

La observo coger su bolsa. Estoy convencido de que Puerto no está a la altura de sus expectativas.

Nos marchamos. El señor Prentiss Junior tenía razón en lo absurdo que ha sido por nuestra parte viajar por la pista, así que caminamos a unos veinte metros de ella, por el lado opuesto al río, y procuramos no perderla de vista. Nos turnamos para llevar a Manchee en brazos.

No hablamos demasiado.

Porque ella tiene cierta razón, ¿no? Puede ser ese el motivo de que el ejército nos persiga; si hacen de mí alguien que quiere unírseles, entonces se les unirán todos. Tal vez me consideren una especie de prueba. Yo qué sé: están tan locos como para eso.

Si uno de nosotros cae, todos caemos con él.

Claro que, para empezar, eso no explica por qué Aaron ha venido hasta aquí y, por otra parte, ya he visto que Viola es muy capaz de fingir ser alguien que no es. A pesar de que sus palabras me hayan parecido veraces, ¿cómo saber que no forman parte de una de sus ficciones?

Apuesto a que el alcalde Prentiss sabe que jamás me uniré a su ejército, mucho menos después de lo que les han hecho a Ben y a Cillian. Sea cierto o no lo que he visto en el ruido del señor Prentiss Junior, Viola se equivoca en una cosa: pese a lo que los hombres de Prentisstown se propongan, pese a la debilidad que me impide matar a alguien cuando se lo merece, tengo que cambiar si quiero convertirme en un hombre. Por fuerza, o nunca podré llevar la cabeza alta.

Pasa ya de la medianoche, y a mí solo me faltan veinticinco días y un millón de años para ser un hombre.

Si hubiese matado a Aaron, este no habría podido decirle al alcalde Prentiss en qué lugar me vio.

Si hubiese matado al señor Prentiss Junior cuando vino a nuestra granja, los hombres del alcalde Prentiss no habrían caído sobre Ben y Cillian, y Manchee no estaría como está.

Si hubiese sido capaz de matar, me habría quedado en mi casa y habría ayudado a Ben y a Cillian a defenderse.

Quizá, si fuese un asesino, Ben y Cillian estarían ahora vivos.

Y lo seré. Algún día.

Seré un asesino, por todas esas razones.

Ya lo verás.

El río se hunde entre las rocas formando un cañón, y el terreno se vuelve abrupto y pendiente. Descansamos un rato entre unas piedras y damos cuenta de los pocos víveres que han sobrevivido a la pelea con el señor Prentiss Junior.

Acuesto a Manchee en mi regazo.

—¿Qué tenía esa píldora?

—Era solo una porción de un analgésico para seres humanos —responde Viola—. Espero que no sea demasiado fuerte.

Le acaricio el pelo y las orejas. Está caliente y sumido en el sueño, pero, al menos, sigue con vida.

—Todd... —dice Viola, pero la interrumpo.

—Quiero que continuemos mientras nos queden fuerzas —afirmo—. Sé que deberíamos dormir un poco, pero, aun así, sigamos caminando hasta que no podamos más.

Se queda callada unos instantes.

—Vale —contesta después, y acabamos de comer en silencio.

La lluvia no amaina durante la noche, y el bosque está plagado de sonidos. Un millón de gotas estallan sobre un millón de hojas, el río ruge y brama, el barro se queja bajo nuestros pies. De vez en cuando, oigo ruido en la lejanía,

probablemente de animales salvajes que se esconden antes de que los veamos.

—¿Habrá alguna criatura por ahí que sea peligrosa? —pregunta Viola, que, debido a la lluvia, tiene que levantar la voz para hacerse oír.

—Incontables —digo. Señalo a Manchee, a quien ella lleva en los brazos—. ¿Se ha despertado?

—Todavía no —contesta con preocupación—. Espero que...

Desprevenidos, así es como rodeamos una roca y topamos con un campamento.

Ambos frenamos en seco y, en solo un instante, comprendemos lo que los ojos nos dicen.

Una fogata.

Pescado colgado de un espetón sobre ella.

Un hombre inclinado sobre una piedra, quitándole las escamas a un pescado.

De repente, igual que cuando supe que Viola era una niña a pesar de que nunca antes hubiese visto una, y mientras la mano se me escapa al cuchillo, sé que lo que estoy viendo no es ningún hombre.

Es un zulaque.

25

ASESINO

El mundo se detiene.

La lluvia deja de caer, el fuego ya no arde, el corazón se me para.

Un zulaque.

Ya no quedan más zulaques.

Todos murieron durante la guerra. Ya no hay más zulaques.

Pero resulta que estoy viendo uno, aquí, delante de mí.

Es alto y delgado, como los que aparecían en los vídeos; tiene la piel blanca y los dedos y los brazos finos y alargados, la boca en el medio de la cara, las orejas más bajas que las mandíbulas, los ojos oscuros como el azabache, y líquenes y musgo en vez de ropa.

Un alienígena. Tan alienígena como el que más.

¡Ah!

La realidad que he conocido se desmorona ante esta visión.

—¿Todd? —susurra Viola.

—No te muevas —le digo.

Porque, tras el sonido de la lluvia, estoy oyendo el ruido del zulaque.

No hay palabras en él, tan solo imágenes, extrañas, desviadas, de colores equívocos, imágenes en las que nos veo a Viola y a mí mirándolo a él,

asombrados.

Imágenes del cuchillo que tengo en la mano.

—Todd —murmura Viola con evidente inquietud.

Porque en el ruido del zulaque hay todavía más. Capto sus sentimientos, que lo inundan todo con su rumor.

Sentimientos de miedo. Percibo su miedo.

Bien.

Mi ruido se enciende, arde.

—Todd —insiste Viola.

—Deja de repetir mi nombre —le espeto.

El zulaque deja el pescado y se incorpora con parsimonia. Ha montado su campamento debajo de un afloramiento rocoso, en la ladera de una pequeña colina. La tierra está seca en su mayor parte, y veo bolsas y un rollo de musgo que imagino que debe de utilizar como estera.

Apoyado en una piedra, distingo un objeto brillante y alargado.

Y también distingo la imagen de ese objeto en el ruido del zulaque.

Es un arpón que ha utilizado para pescar en el río.

—Ni se te ocurra —amenazo.

Durante un segundo, pero solo durante un segundo, me sorprende la claridad con que lo estoy viendo todo, la claridad con que lo veo a él en la orilla del río, lo fácil que me resulta leer su ruido, a pesar de que solo se componga de imágenes.

Sin embargo, ese segundo transcurre y llega a su fin.

Porque ahora veo que está pensando en saltar hacia el arpón.

—¿Todd? —dice Viola—. Baja el cuchillo.

Y el zulaque salta.

Y yo salto al mismo tiempo.

(Ya verás.)

—¡No! —grita Viola, pero apenas la oigo, pues mi ruido ha empezado a bramar.

Mientras, con el cuchillo alzado, corro a través del campamento dispuesto a embestir al zulaque, que avanza a grandes trancos hacia el arpón, todo lo que pienso y expulso en el ruido, más embravecido que nunca, se condensa en imágenes y palabras que reivindican lo que sé, lo que he vivido, todas las ocasiones en que no he sabido emplear el cuchillo, y estoy gritando hasta en el último rincón de mi ser.

«¡Ya verás quién es aquí el asesino!»

Lo alcanzo antes de que llegue al arpón, y lo golpeo con un hombro. Caemos al suelo, y sus brazos y piernas, largos como las extremidades de una araña, me envuelven, tratan de atizarme en la cabeza, pero no logran hacerme daño, y me doy cuenta de que...

Me doy cuenta de que es más débil que yo.

—¡Todd, detente! —chilla Viola.

El zulaque quiere apartarse de mí, pero yo le doy un puñetazo en el pómulo que lo lanza contra unas piedras. Oigo que su boca emite un bisbiseo, que su ruido está dominado por el terror y el pánico.

—¡Para! —aúlla Viola—. ¿Es que no ves lo asustado que está?

—¡Más le vale estar asustado! —replico.

Ya nada va a detenerme.

Camino hacia él mientras se arrastra por el suelo en un desesperado intento por escaparse, y lo agarro por el tobillo, lo arrastro hacia mí mientras él no deja de sisear. Preparo el cuchillo.

Viola, que ha debido dejar a Manchee en algún lugar, me sujeta el brazo, me impide acuchillar al zulaque ahora mismo, y yo intento zafarme de ella, pero no lo consigo por mucho que me sacuda, pues ella persevera, de modo que ambos, dando traspiés, enzarzados, nos apartamos del zulaque, que se

agacha junto a una roca cubriéndose la cabeza con las manos.

—¡Déjame! —rujo.

—¡Todd, por favor! —grita ella, retorciéndome el brazo—. ¡Ya basta, por favor!

Le doy un empujón y me doy la vuelta, y entonces veo que el zulaque está reptando por el suelo...

Que pretende hacerse con el arpón...

Que ya casi lo toca con las puntas de los dedos...

Y todo mi odio entra en erupción, incandescente como la roca fundida...

Y me arrojo sobre él...

Y le hundo el cuchillo en el pecho.

Con un crujido, la hoja penetra en su cuerpo, y el zulaque suelta el grito más horrible, el más horrible de todos. De la herida sale un chorro de sangre roja (sí, roja, roja como la de los seres humanos) y, mientras él me araña la cara, yo saco el cuchillo y vuelvo a clavárselo y le oigo expulsar aire, gorgotear, gemir largamente, lo veo patalear y bracear, mirarme con esos ojos oscuros como la noche, enloquecidos por el dolor, por el desconcierto, por el miedo...

Y empujo el cuchillo...

Pero él no se muere, no se quiere morir, insiste en no morir... Hasta que, con un último lamento, expira.

Y su ruido enmudece.

Me atraganto, extraigo el cuchillo de su cuerpo y reculo chapoteando en el barro.

Me miro las manos, el cuchillo. Todo está ensangrentado. El filo y la hoja, el mango, mis manos y mis brazos, y también mi ropa. Noto que la sangre también me cubre la cara y, al frotármela, solo consigo embadurnármela

todavía más.

Es mucha esta sangre, tanta que ni siquiera el agua de la lluvia se la lleva.

El zulaque está ahí tendido...

En el mismo lugar en que acabo de matarlo.

Al oír que Viola contiene un jadeo, la miro y veo que se estremece, que se aleja de mí.

—¡Tú no sabes nada! —grito—. ¡Nada de nada! Ellos fueron los que empezaron la guerra. ¡Mataron a mi madre! ¡Todo lo que ha ocurrido, todo es culpa suya!

Y luego vomito.

Y vuelvo a vomitar.

Y cuando noto que mi ruido empieza a aplacarse, vomito una vez más.

Estoy inclinado, con la mirada fija en el suelo.

El mundo se detiene.

El mundo se ha detenido.

Lo único que percibo de Viola es su silencio. La mochila me resbala por la espalda y se me engancha en el cuello. Evito mirar al zulaque.

—Nos habría matado —digo, al fin, sin erguirme.

Viola no responde.

—¡Nos habría matado! —repito.

—¡Estaba aterrorizado! —grita ella, sollozando—. Incluso yo pude darme cuenta.

—Iba a coger el arpón —me defiendo, furioso, levantando la cabeza.

—¡Porque tú ibas hacia él con el cuchillo! —La estoy viendo. Tiene los ojos muy abiertos y quietos, como cuando no hablaba y se limitaba a mecerse.

—Ellos trajeron la muerte al Nuevo Mundo —afirmo.

Sacude la cabeza, furiosa.

—¡Eres un auténtico gilipollas! ¡Un gilipollas de mierda!

Esta vez son palabrotas de verdad.

—¿Cuántas veces has podido comprobar que lo que te han enseñado es mentira? —me pregunta con asco—. ¿Cuántas, eh?

—Viola...

—¿No te enseñaron que los zulaques habían muerto en la guerra? —inquieta, y no te podrías imaginar lo mucho que me repele el miedo que hay en su voz—. Vamos, ¡contesta! ¿No te dijeron que habían desaparecido?

Y, con eso, el último ápice de odio que pervive en mi ruido sucumbe definitivamente, porque, una vez más, me he comportado como un imbécil...

Y entonces me atrevo a mirar al zulaque...

A observar su campamento...

Y veo el pescado asándose en la fogata...

Y (no, no, por favor) rememoro el miedo que había en su ruido...

(¡No, no, no, por favor, no!)

Y tengo que devolver, sí, otra vez, aunque no me quede nada en el estómago...

Porque soy un asesino...

Soy un asesino...

Soy un asesino...

(¡Oh, no, por favor!) Soy un asesino.

Empiezo a temblar. Tiemblo tanto que me cuesta mantener el equilibrio.

—No, no, no... —mascullo sin cesar, y el miedo del zulaque retumba en mi cabeza, me acosa y me arrincona, está por todas partes, rodeándome, y los temblores se vuelven incontrolables y me hacen ponerme de rodillas, apoyarme en el suelo con ambas manos, y acaban por hacerme caer al suelo, a esa mezcla de barro y sangre que la lluvia no ha lavado todavía.

Cierro los ojos con todas mis fuerzas.

Me quedo a oscuras.

Solo veo vacío y tiniebla.

Una vez más, lo he estropeado todo. Una vez más, lo he hecho todo mal.

Muy lejos, en la distancia, oigo a Viola decir mi nombre.

Pero su voz está demasiado lejos.

Estoy solo. Y estaré solo para siempre.

Vuelvo a oír mi nombre.

Noto que alguien me tira del brazo.

Oigo un rastro de ruido que no es el mío, y solo entonces abro los ojos.

—Creo que ese zulaque no estaba solo —me dice Viola al oído.

Levanto la cabeza. Mi ruido está tan lleno de sombras y de horror que apenas puedo oír nada, y además la lluvia sigue cayendo sin cesar, con tanta fuerza como antes, pero, sorprendentemente, se me ocurre preguntarme si alguna vez dejará de llover y podré secarme, y entonces lo oigo: un murmullo indistinto deslizándose entre los árboles, y no me queda más remedio que aceptarlo aun cuando no reconozco su naturaleza.

—No sé si antes querrían matarnos —dice Viola—, pero ahora estoy segura de que sí.

—Tenemos que marcharnos —trato de ponerme en pie. Todavía estoy temblando, y me hacen falta un par de intentos para conseguir levantarme.

Noto el tacto del mango del cuchillo con las yemas de los dedos. La sangre lo ha vuelto pegajoso.

Lo tiro al suelo.

La expresión de Viola es una mueca terrible, tomada por el dolor, el miedo y el espanto, y todo por lo que he hecho, pero, como siempre, no nos queda tiempo para nada.

—Tenemos que irnos —insisto, y me dirijo hacia Manchee, que está tumbado sobre una laja de piedra.

Duerme y tiembla de frío, pero enseguida reconozco su olor y puedo hallar en él un poco de consuelo.

—¡Aprisa! —exige Viola.

Y, cuando me doy la vuelta con Manchee en los brazos, la veo mirar alrededor, escudriñar el bosque y la lluvia con un gesto en el que el pánico ha suplantado a todo lo demás.

Ella se vuelve y me mira, y entonces tengo que apartar los ojos, pues descubro que no puedo sostenerle la mirada.

Sin embargo, con el rabillo del ojo distingo un movimiento tras ella.

Veo que los matorrales que están a su lado se separan.

Y entonces veo algo totalmente nuevo en la expresión de Viola.

Veo que se da la vuelta a tiempo de advertir que Aaron ha salido de entre los árboles y salta hacia ella.

Y le agarra el cuello con una mano y, con la otra, le tapa la nariz y la boca empleando un pedazo de tela y, mientras doy un grito y me lanzo hacia allí, ella chilla e intenta soltarse, pero Aaron la sujeta con fuerza, y cuando he dado ya un tercer paso, ella se desvanece como consecuencia de lo que sea que contiene la tela; cuando doy el cuarto paso, él la tira al suelo; cuando doy un quinto y un sexto, todavía con Manchee en los brazos, él se lleva una mano a la espalda y yo solo puedo correr hacia él, porque en lugar de un cuchillo tengo a Manchee entre los brazos; y cuando doy el séptimo paso, él ya está blandiendo la vara de madera que llevaba prendida en la espalda y esa vara de madera surca el aire y se me estrella en la cara con un...

¡Crac!

... y me desplomo, y Manchee se me cae de los brazos mientras me doy de bruces contra el suelo y la cabeza me da vueltas y me hundo, porque el mundo de alrededor se vuelve borroso, grisáceo y lleno de dolor, y todo se inclina y resbala, pero las piernas y los brazos me pesan demasiado para

levantarme y, con la cara medio hundida en el fango, tengo que ver cómo Aaron me está observando, cómo en su ruido aparecen imágenes de Viola y de él, y cómo observa el cuchillo cubierto de sangre en medio del barro y lo recoge, y entonces quiero arrastrarme, pero el cuerpo se me ha atascado y tengo que contentarme con observar a Aaron viniendo hacia mí.

—Ya no me sirves para nada, muchacho —sentencia, y levanta el cuchillo por encima de la cabeza y ya solo me queda por ver cómo lo descarga sobre mí con toda la potencia de su brazo.



EL FIN DE TODAS LAS COSAS

Caigo **NO CAIGO**
 Caigo **NO** ^{perdóname} **POR FAVOR** ^{caigo}
 El cuchillo ^{Caigo} **SOCORRO** ^{Caigo}
^{zulaque} **Las zulas están muertas, todos los zulas**
Viola ^{perdóname} **PERDÓNAME** ^{tiene un arpón}
^{No, por favor} **¡DETRÁS DE TI, VIOLA!** ^{Caigo}
POR FAVOR, POR FAVOR
¡Detrás de ti, Viola! **¡Es Aaron!**
 Ya no me sirves ^{para nada, muchacho} ^{Viola} ^{Caigo}
VIOLA EADE ^{ese zulaque no estaba solo} ^{Caigo} ^{No, por favor}
¡Es Aaron! **os gritos y la sangre y no** ^{YA VERÁS}
¡DEN ^{Perdóname} **ZULAQUE** ^{Den}
^{Por favor} ^{se zulaque no estaba solo} ^{Perdóname}
^{Muertes} ^{Sangre oscura} **¡VEN** **¡VEN**
^{El cuchillo} ^{Perdóname} ^{Sangre oscura} **¡VEN** **¡VEN**
^{Viola cae} ^{Nos habría matado} ^{Viola} ^{Viola} ^{Viola}
¡CORRE! **SOY UN ASESINO**

—¡Viola!

Intento gritar, pero la oscuridad me rodea, una oscuridad sin sonidos, y estoy cayendo en la oscuridad y he perdido la voz...

—¡Viola!

El grito no acaba de salirme de la garganta, los pulmones se me han llenado de líquido, me duelen las entrañas, me duele, me duele...

—Aaron —susurro, pero no sé si alguien puede oírme—. Corre, es Aaron. Caigo en la tiniebla.

...

...

—¿Todd?

...

—¿Todd?

Manchee.

—¿Todd?

Siento una lengua que me lame la cara, lo que significa que siento la cara, lo que significa que sé dónde la tengo y, como si hubiese penetrado en mi interior un soplo de aire, abro los ojos.

Manchee está a mi lado, y la inquietud lo lleva a revolverse y a relamerse el hocico. Todavía tiene el ojo vendado, pero lo veo todo tan borroso que...

—¿Todd?

Intento pronunciar su nombre para sosegarlo, pero lo único que consigo es toser, y eso provoca que un dolor agudísimo me recorra la espalda. Sigo tumbado boca abajo sobre el barro, en el mismo lugar donde caí después de que Aaron...

Aaron.

... de que Aaron me golpeará la cabeza con una vara. Trato de levantarla

con sumo cuidado, pero una picazón abrasadora se me extiende por el pómulo y la mandíbula, y tengo que quedarme tal cual estoy, apretando los dientes durante unos instantes mientras dejo simplemente que me duela y que me escueza.

—¿Todd? —gimotea Manchee.

—Estoy aquí, Manchee —murmuro, y eso hace que algo se me desatasque en el pecho. Toso...

Tengo que dejar de toser o, de lo contrario, el dolor en la espalda me hará volverme loco.

La espalda.

Toso una vez más y una sensación de horror que me nace en las entrañas se me extiende por todas partes.

Lo último que vi antes de...

Oh, no.

¡No!

Carraspeo un poco y, pese a mis esfuerzos por no mover ni un solo músculo, la punzada de la espalda se reaviva hasta el límite de lo que puedo tolerar. Esto de mover la boca me va a matar, pero tengo que hacerlo.

—¿Tengo un cuchillo clavado, Manchee? —pregunto con voz ronca.

—Cuchillo, Todd —ladra él con evidente preocupación—. Espalda, Todd.

Se me acerca para volver a lamerme la cara, que es la manera en la que los perros acostumbran a calmar a sus amigos. Me limito a respirar y, tras cerrar los ojos, me quedo inmóvil durante un rato. Los pulmones se me contraen, se niegan a llenarse de aire.

«Soy Todd Hewitt», pienso, lo cual es un error, porque todo lo ocurrido regresa en ese instante a mi cabeza para aplastarme y asfixiarme, y vuelvo a ver la sangre del zulaque, la expresión aterrorizada de Viola, el gesto con que Aaron salió de entre los árboles y... Sollozo, pero el dolor resultante, que es

como un incendio que me quema los brazos y la espalda, me deja paralizado y me condena a padecer en silencio.

Despacio, muy despacio, comienzo a extender el brazo sobre el que tengo apoyado el peso del cuerpo. El sufrimiento es tal que me parece que me voy a desmayar de un momento a otro, y, en efecto, creo que me desmayo, pero, al despertar, otra vez, muy, muy despacio, muevo ese brazo otro poco más, lo suficiente para tantearme la espalda y que mis dedos toquen la mugrienta y empapada camisa y la mugrienta y empapada mochila, que, por extraordinario que pueda parecer, sigue en su sitio, y entonces lo encuentro.

El mango del cuchillo. Me sale de la espalda como una estaca.

Tendría que estar muerto.

Debería estar muerto.

¿Estoy muerto?

—No muerto, Todd —ladra Manchee—. ¡Mochila! ¡Mochila!

Gracias al dolor, que distingo con una precisión exacerbada, puedo comprender que tengo el cuchillo alojado entre los omóplatos, pero que, antes de clavármelo, atravesó primero la mochila. Algo que está dentro de la mochila impidió que se me hundiera hasta el...

El diario.

El diario de mi madre.

Tanteo con los dedos de nuevo, con suma cautela, y, en efecto, no hay duda: Aaron alzó el brazo y clavó el cuchillo en la mochila, y el diario de mi madre detuvo la hoja lo suficiente como para que no me ensartara.

(Una suerte que no tuvo el zulaque.)

Cierro los ojos e inspiro aire, aunque no demasiado, y después lo retengo mientras rodeo el mango del cuchillo con los dedos, momento en el que me veo obligado a respirar otra vez y a esperar a que se me pase el dolor. Tras eso, me decido y tiro del mango, pero descubro que no puedo con él, que

pesa demasiado y que causa que el dolor de la espalda se convierta en un verdadero calvario, y entonces grito como loco y tiro y, al fin, noto que el cuchillo se mueve y sale de mi cuerpo.

Paso un minuto resollando, evitando que me venza el llanto, si bien no desprendo el mango del cuchillo, cuya hoja sigue atrancada en la mochila y el diario.

Manchee me lame la cara.

—Buen perro —le digo, pero no sé por qué se lo he dicho.

Me hace falta una eternidad para lograr quitarme de los brazos las correas de la mochila y librarme de la carga. Con todo, no consigo ni siquiera empezar a levantarme, y supongo que he vuelto a desmayarme cuando descubro que Manchee, una vez más, está lamiéndome la cara, y que tengo que volver a abrir los ojos y a someterme al castigo que supone tomar una bocanada de aire.

Tendido sobre el barro como estoy, daría cualquier cosa por haber tenido la fortuna de que Aaron me hubiese hincado el cuchillo hasta la empuñadura, de estar ahora mismo tan muerto como el zulaque, de llegar hasta el fondo de aquel pozo, allá donde todo es oscuridad, allá donde no hay nada y no existe culpa que echarle a Todd, ni modo alguno de estropear nada, ni posibilidad de fallarle a Ben o de fallarle a Viola, y así me precipitaría para siempre en el vacío y todas mis preocupaciones desaparecerían.

Pero este de aquí, el que me lame, el que me insiste, es Manchee.

—Quita —extiendo un brazo y lo empujo.

Aaron podría haberme matado, podría haberme matado con solo proponérselo.

El cuchillo podría haberseme clavado en el cuello o en el ojo, o haberme rajado el cuello. Podría haber acabado con mi vida, lo tenía en bandeja, pero prefirió no hacerlo. Imagino que tendría sus razones. Razones poderosas.

¿Me habrá dejado vivo para que el alcalde me encuentre? ¿Por qué se habrá adelantado tanto al ejército? ¿Cómo es posible que haya viajado a una velocidad tal sin contar con un caballo? ¿Desde cuándo nos vendría siguiendo?

¿Cuánto tiempo llevaría siguiéndonos cuando apareció entre los matorrales y se llevó a Viola?

Dejo escapar un gemido.

Por eso ha permitido que sobreviva. Para que pueda vivir sabiendo que se ha llevado a Viola. Esa es su victoria, ¿verdad? Ese es el modo que ha elegido para hacerme sufrir. Tendré que soportar mi existencia recordando que él se la llevó, y eso se quedará grabado en mi ruido para siempre.

Con energías renovadas, ignoro el dolor y me incorporo, me voy irguiendo poco a poco mientras respiro hasta que tengo la impresión de que voy a ser capaz de levantarme. Noto estertores en los pulmones y un calor lacerante en la espalda, y todo eso se traduce en un nuevo ataque de tos, que soporto hasta el final concentrándome en una única idea.

Voy a encontrarla.

—Viola —ladra Manchee.

—Viola —afirmo. Aprieto los dientes y pugno por ponerme en pie. Pero es demasiado; el dolor me priva de controlar mis propias piernas y me vengo abajo sobre el barro, donde me quedo tendido y frustrado, donde tomar aire y expulsarlo supone una batalla ardua y tediosa, y entonces la mente se me disuelve en un torbellino de delirio, el cuerpo se me recalienta y se me empapa en sudor, y el ruido me lleva consigo corriendo, corriendo hacia la voz de Ben, que está en el bosque, llamándome, y corro hacia él hasta que oigo que está cantando la misma nana que me cantaban en la cuna, la misma que Ben aseguraba que era la preferida de mi madre, y, a pesar de que sé que es una canción de niños y no de hombres, el corazón se me encoge,

«temprano, una mañana, al salir el sol...».

Recobro la consciencia. La canción me acompaña.

Dice:

*Temprano, una mañana, al salir el sol,
oí la voz de una dama que gritaba en el valle:
«¡Por favor, no me engañes,
no me dejes, por favor!».*

Abro los ojos.

No me engañes. No me dejes.

Tengo que encontrarla.

Tengo que encontrarla.

Levanto la vista. El sol está alto en el cielo, pero no sé cuánto tiempo habrá podido pasar desde que Aaron capturó a Viola. Sé que ocurrió antes del amanecer. A pesar de las nubes, la luz es bastante intensa, de modo que me figuro que la mañana aún no ha debido de llegar a su fin. Eso, claro, siempre que no haya estado inconsciente más de un día. Prefiero no pensarlo. Cierro los ojos y aguzo el oído. Ha dejado de llover, así que los únicos sonidos que percibo son los de mi ruido y el de Manchee, además del continuo murmullo de los animales del bosque, que se dedican a llevar una vida que nada tiene que ver con la mía.

No hay rastro de Aaron. Ni tampoco del silencio de Viola.

Su bolsa. Abro los ojos y la encuentro un poco más allá.

Aaron, que no debió de ver en ella nada de utilidad, la dejó ahí tirada como si no fuese propiedad de nadie, como si no le importase el hecho de que pertenece a Viola.

Esa bolsa contiene los cachivaches más sorprendentes y, sobre todo,

prácticos.

Me atraganto y toso penosamente.

Como no parece que pueda levantarme, opto por arrastrarme, y eso es lo que hago pese al dolor que me atenaza el cuerpo.

—¡Todd! ¡Todd! ¡Todd! —ladra Manchee, histérico.

Pasa un rato largo, interminable, antes de que pueda llegar al lugar en el que me espera la bolsa y, una vez allí, me quedo quieto, descansando después del extenuante esfuerzo. Cuando recupero el aliento y el dolor amaina, la abro y, tras toquetear lo que contiene, encuentro la caja de las vendas. Solo queda una, así que decido que tendré que aprovecharla lo mejor que pueda. Luego inicio el laborioso proceso de quitarme la camisa, que requiere toda mi paciencia y mi resistencia, y cuando consigo que mi cabeza y mi espalda queden al aire, compruebo que la camisa está llena de barro y de sangre.

Con el escalpelo, que he tomado del botiquín, corto la venda en dos piezas. Una me la coloco en la cabeza, en donde se adhiere después de que la presione durante un rato, y la otra en la espalda. Mientras el tejido, que estará hecho de células humanas o de lo que sea que haya dicho Viola, cumple su función en las heridas y empieza a cicatrizarlas, siento un dolor que es casi peor que lo que he experimentado hasta ahora. Lo sufro como puedo, y pronto siento que una oleada de frescor se expande por mi riego sanguíneo. Opto por esperar un poco, hasta que tenga fuerzas suficientes para levantarme. Una vez en pie, el mareo amenaza con enviarme de nuevo al suelo, pero lo resisto y espero.

Después de un minuto, doy un primer paso. Después llega el siguiente.

Bien, pero ¿adónde voy?

No sé qué dirección será la que habrán seguido. Tampoco sé cuánto tiempo me llevan de ventaja. Por lo que sé, podrían estar ya con el ejército.

—¿Viola? —gime Manchee.

—No sé dónde está —le respondo—. Déjame pensar.

Las vendas son milagrosas, pero, aun así, no puedo enderezarme del todo. Miro alrededor. Con el rabillo del ojo, distingo el cuerpo del zulaque, pero prefiero no mirarlo de frente.

Por favor, no me engañes, no me dejes, por favor.

Suspiro. Sé qué es lo que tengo que hacer.

—No hay remedio —resuelvo—. Hemos de regresar y encontrar al ejército.

—¿Todd? —exclama Manchee.

—Lo sé, pero no hay remedio —insisto y, pese a las heridas y las vendas y todo lo demás, me pongo en acción.

Para empezar, me hace falta una camisa limpia.

Me dirijo hacia la mochila procurando no ver al zulaque.

El cuchillo sigue clavado en la tela de la mochila y en el diario, que está dentro. La verdad es que no quiero tocar ese cuchillo, ni tampoco me apetece ver en qué estado habrá quedado el diario, pero, con todo, apoyo ambos pies sobre la mochila y tiro del mango. Tras unos cuantos intentos, arranco el cuchillo y lo arrojo al suelo.

Lo observo, ahí tirado sobre unos musgos. Está ensangrentado. La mayor parte de la sangre es del zulaque, pero hay una porción más clara, en la punta de la hoja, que es mía. Espero que los zulaques no contagien más virus a través de la sangre.

Pero no tiene sentido que pierda el tiempo en plantearme preguntas cuya respuesta no estoy en condiciones de averiguar.

Abro la mochila y saco el libro de su interior.

Tiene una perforación cuya forma es exactamente igual a la de la sección de la hoja del cuchillo. Sin embargo, imagino que debido a que el filo es muy agudo y a que Aaron debió de clavarlo con mucha fuerza, las páginas, pese al

agujero que las atraviesa, no se han echado a perder. Hay salpicaduras de sangre en las esquinas y los bordes, sí, pero todavía se distinguen las letras.

Todavía podría leerlo.

Ojalá alguna vez merezca leerlo.

Aparto ese pensamiento de mi mente y busco una camisa limpia en la mochila. No dejo de toser, y el dolor es intolerable, de modo que, cuando la encuentro, reposo un rato. Siento que tengo los pulmones encharcados, como si se me hubiese llenado el pecho de cantos rodados, pero, con todo, me pongo la camisa, recupero de la mochila las cosas que aún pueden servirme de algo, cojo un poco de ropa, mi botiquín y, en fin, todo aquello que no han estropeado el señor Prentiss Junior, la lluvia y los constantes golpes, y lo guardo, junto con el diario de mi madre, en la bolsa de Viola, pues, tal y como estoy, jamás podría cargar con la mochila.

Sin embargo, cierta insistente pregunta me ronda la cabeza.

¿Adónde voy?

Por la pista, de vuelta hacia el ejército, hacia allá voy.

Iré allí y, de algún modo, rescataré a Viola, incluso si ello implica que me apresen a mí.

Pero ¿voy a poder hacer todo eso sin un arma?

No. Creo que no.

Miro el cuchillo, que yace sobre los musgos como si fuese una herramienta inocua, un objeto metálico que un niño debería mantener apartado de sí so pena de perder la inocencia si lo toca.

No quiero que ese objeto vuelva a entrar en contacto conmigo. De ningún modo. Nunca jamás. Pese a ello, tengo que acercarme, recogerlo, limpiar la sangre que mancha su superficie y envainarlo en el cinturón que todavía llevo puesto.

Tengo que hacer todo eso. No me queda otra alternativa.

El cadáver del zulaque me amenaza con su queda presencia, pero me resisto a mirarlo.

—Vamos, Manchee. —Extremado el cuidado, me cuelgo la bolsa de Viola en el hombro.

Por favor, no me engañes, no me dejes, por favor.

Hora de irse.

—Vamos a encontrarla —prometo.

Echo a caminar hacia la pista y el campamento del zulaque queda atrás. Lo mejor será que viaje por ella a la mayor velocidad que me permitan las piernas. Iré directo hacia ellos y, cuando oiga su ruido, me esconderé y esperaré a hallar el modo de recuperar a Viola.

Lo cual, no lo dudo, tal vez implique que, al final, tenga que encontrarme con ellos sin más estratagemas.

Mientras camino a través de unas zarzas, oigo que Manchee ladra:

—¿Todd?

Me doy la vuelta cuidando de que la vista no se me desvíe hacia el campamento.

—Vamos, Manchee.

—¡Todd!

—He dicho que vamos. Obedece, por favor.

—Por aquí, Todd —responde él, agitando el trozo de cola que aún conserva.

Me encaro con él.

—A ver, ¿qué estás diciendo?

Señala con el hocico en la dirección contraria.

—Por aquí —ladra. Se quita la venda del ojo con una pata y me mira con ambos ojos.

—¿Cómo que por ahí? —inquiero mientras un presentimiento va tomando

cuerpo en mi interior.

A juzgar por los aspavientos que hace con la cabeza, pretende que abandonemos la pista y que nos alejemos del ejército.

—Viola —ladra, corriendo en círculos.

—¿Hueles su rastro? —le pregunto mientras el presentimiento empieza a convertirse en una certeza.

—¡Por aquí, Todd!

—¿No es mejor que sigamos por la pista? —dudo—. ¿Estás seguro de que no debemos ir hacia el ejército?

—¡Todd! —ladra, excitado, una vez que nota que mi ruido sube de volumen.

—¿De verdad? —insisto—. Tienes que estar convencido, Manchee. No podemos equivocarnos en esto.

—¡Por aquí! —Y sale corriendo. Atraviesa los matorrales y toma por un sendero que discurre paralelo al río. Hacia Puerto.

No sé por qué lo hace ni me importa, porque, en fin, estoy corriendo tras él en la medida en que me lo permiten las heridas, porque, oye, lo veo brincar por delante y pienso: «Buen perro. Eres un perro excelente».

ADELANTE

—Por aquí, Todd —ladra Manchee, sorteando unas rocas.

Desde que salimos del campamento del zulaque, el terreno que recorremos se ha vuelto cada vez más difícil. Desde hace una hora, la zona de bosque ha dejado paso a una hilera de colinas por las que subimos y bajamos, y, a veces, incluso trepamos. Cuando alcanzamos la cima de una de ellas, me encuentro con un paisaje ondulado que se extiende hasta donde llega la vista, y algunas de esas lomas son lo bastante empinadas como para que rodearlas parezca más sensato que coronarlas. Entre ellas zigzaguean el río y el sendero, ora visibles, ora ocultos tras las laderas.

A pesar de los vendajes, gracias a los cuales podría decirse que el cuerpo no se me descoyunta, cada uno de los pasos que doy me flagela la espalda y la cabeza, y, a veces, me veo en la necesidad de detenerme, excepcionalmente, para devolver los escasos jugos que todavía tengo en el estómago.

Con todo, seguimos adelante.

«¡Más rápido —me digo—, ve más rápido, Todd Hewitt!»

Aaron nos aventaja en un día de viaje, tal vez, incluso, en un día y medio, y desconozco cuál es su destino o qué planea hacer una vez que llegue a él,

de manera que seguir adelante es la única solución a mi alcance.

—¿Estás seguro? —le pregunto a Manchee cada vez que se me presenta la ocasión.

—Por aquí —responde él, sin dudarlo.

Me llama la atención el hecho de que Viola y yo habríamos venido por este mismo sendero, que se aparta de la carretera y discurre pegado a la orilla del río, siempre derivando hacia el este, y que por él habríamos viajado hasta Puerto. No sé por qué Aaron quiere ir allí, no sé por qué ha optado por alejarse del ejército en lugar de reunirse con él, pero, mientras Manchee no pierda su rastro, procuraré acallar todas mis dudas.

Mantenemos el ritmo hasta mediodía, colina arriba y colina abajo, siempre hacia delante, entre árboles cuyas hojas han dejado de ser las anchas y redondas de la llanura para convertirse en agujas. Son más altos, estos árboles, tienen forma cónica y su aroma, también diferente, es tan penetrante que puedo saborearlo con la lengua. Atravesamos o saltamos todos los arroyos de los que bebe el río, los cuales, además, nos proporcionan agua para llenar las botellas.

Intento mantener la mente en blanco y concentrarme tan solo en el sendero, pues este sendero es el que me lleva hacia ella y el que, con suerte, me permitirá encontrarla. Intento, también, evitar acordarme del gesto que le vi en la cara después de matar al zulaque. Intento no pensar en lo mucho que me temió entonces y en cómo se apartó de mí como si creyera que iba a hacerle daño. Intento no pensar en lo mal que lo ha debido de pasar cuando Aaron la atrapó sin que yo pudiera hacer nada para remediarlo.

E intento no recordar el ruido del zulaque, el temor que lo invadía o el estupor que le debió de provocar el saber que lo mataban por el mero hecho de ser un pescador, ni quiero recordar el crujido que sentí cuando le clavé el cuchillo o cómo me manché con el chorro de aquella sangre oscura, ni mucho

menos pensar en el desconcierto que experimentó al comprender que iba a morir, que se moría, que se estaba muriendo...

Y, mejor, dejo de pensarlo.

¡Adelante, adelante!

La tarde es sustituida por el crepúsculo, las colinas se me antojan interminables y hete aquí que nos encontramos con otro problema.

—¿Comida, Todd?

—No nos queda —digo mientras los pies se me hunden en la blanda tierra de la pendiente por la que estamos descendiendo—. Ni siquiera para mí.

—¿Comida?

No recuerdo cuándo fue la última vez que tuvimos algo a lo que echarle el diente, ni tampoco, por cierto, cuándo fue la última vez que nos tumbamos a descansar. He perdido la cuenta también de los días que me faltan para hacerme un hombre, pero tengo la impresión de que esa fecha está más lejana que nunca.

—¡Ardilla! —ladra Manchee, de pronto, y, tras rodear el tronco de un árbol, se pierde en un bosquecillo de helechos.

No he visto a la ardilla, pero, en cambio, puedo oír un *Perro revoltoso*.

—¡Ardilla! —oigo a Manchee ladrar.

Revoltoso, revoltoso, revoltoso. Y, acto seguido, nada.

Manchee regresa con una ardilla en la boca, una ardilla de mayor tamaño y más oscura que las que estamos acostumbrados a ver en la ciénaga. La deja a mis pies, y al ver ese cuerpecito flácido, nervudo y ensangrentado, pierdo el apetito.

—¿Comida? —ladra.

—Está bien, chico —le digo, evitando mirar lo que está en el suelo—. Por mí puedes darte un festín.

Mientras Manchee da cuenta de su presa, noto que estoy sudando más de

lo normal y bebo un largo trago de agua. Estamos rodeados por una nube de mosquitos que tengo que ahuyentar a manotazos, y tampoco me deja en paz la tos, que viene acompañada de punzadas de dolor en la espalda y en la cabeza. Cuando Manchee ha terminado y parece listo para partir, volvemos a caminar, no sin que antes yo tenga que sobreponerme a un súbito mareo.

«Adelante, Todd Hewitt, camina.»

No me atrevo a dormir. Es probable que Aaron no lo haga, así que yo tampoco puedo hacerlo. Andamos y andamos, y las nubes nos sobrevuelan, las lunas se levantan y las estrellas se encienden en el cielo. Entre una colina y la siguiente, topamos con un rebaño de lo que parecen ser ciervos, pero, a juzgar por sus cuernos, diría que no son de la misma especie que los de la ciénaga. En cualquier caso, no tengo tiempo siquiera de reparar en ellos, pues Manchee los ahuyenta con sus ladridos y desaparecen en la espesura.

Proseguimos nuestro viaje hasta la medianoche. (¿Faltarán veinticuatro días? ¿Veintitrés?). En toda la jornada, no hemos oído sonidos relevantes o ruido procedente de algún asentamiento, y lo cierto es que tampoco hemos visto nada, ni siquiera cuando la maleza nos permitía observar la pista y el río. Sin embargo, al llegar a lo alto de una colina, entre los árboles, oímos al fin ruido de hombres, que nos golpea los oídos como una bofetada.

Nos detenemos y, pese a que sea de noche, nos agachamos.

Observo el terreno. Las lunas han subido bastante y, gracias a la luminosidad que desprenden, puedo distinguir dos cabañas alargadas situadas en sendos claros que se encuentran situados más abajo. Desde una de ellas me llega el ronroneo del ruido de unos hombres que duermen. *¿Julia?... a caballo... díselo... por el río...* y otras muchas cosas sin sentido, pues el ruido de los sueños es el más extraño de todos. La otra cabaña está en silencio, y ese silencio es de mujeres, cuya presencia puedo notar incluso desde esta distancia. Hay hombres en una cabaña y mujeres en la otra, lo cual, supongo,

es una manera de solventar el problema de pasar la noche, pero, sea como fuere, el silencio de esas mujeres me hace pensar en Viola y, agitado, debo buscar apoyo en el tronco de un árbol para conservar el equilibrio.

Recuperado, me digo que donde hay personas, hay comida.

—¿Podrías volver a encontrar el rastro si nos apartamos de él? —le susurro a Manchee, ahogando una tos.

—Rastro mío —ladra con gran seriedad.

—¿De verdad?

—Todd huele —ladra—, Manchee huele.

—Vale, pero guarda silencio mientras nos acercamos. —Nos arrastramos colina abajo con todo el sigilo del que somos capaces y, tras sortear árboles y atravesar la maleza, llegamos a una pequeña hondonada. Más arriba, están las cabañas.

Oigo que mi ruido flota alrededor como un vapor viciado y tibio, semejante al sudor que expulso por los poros de la piel, y me esfuerzo en moderarlo y allanarlo tal y como vi hacer a Tam, que era capaz de controlar su ruido con una pericia de la que no he visto ejemplo en Prentisstown...

Ahí tienes la metedura de pata.

¿Prentisstown?, oigo, casi de inmediato, en la cabaña de los hombres.

Nos quedamos petrificados. Los hombros se me desploman. Es el ruido de alguien que duerme, pero, aun así, halla eco en las voces de otros durmientes. ¿Prentisstown? y ¿Prentisstown? y ¿Prentisstown?, como si dudaran del significado de la palabra que están pronunciando.

No les cabrá ninguna duda cuando se despierten.

¡Estúpido!

—Vamos —digo, dándome la vuelta para deshacer el camino y volver al sendero.

—¿Comida? —ladra Manchee.

—Vamos, Manchee.

Y así, sin comer, emprendemos la marcha otra vez, apresurándonos hacia la noche.

«Más rápido, Todd. Venga, muévete.»

Adelante, adelante, colina arriba, agarrándome a los tallos de las plantas para ascender, y colina abajo, apoyándome en las peñas para evitar la caída, y es que el rastro se empeña en ponérselo difícil y evitar llevarnos por lugares en los que caminar sea más sencillo, como, por ejemplo, la pista o las orillas del río; y, entre tanto, toso y a veces tropiezo, y al despuntar el sol llega un momento en que ya no puedo más, simplemente, ya no puedo más porque las piernas se me doblan y tengo que sentarme.

No podía más, de verdad.

(Lo siento.)

Me duele la espalda, me duele la cabeza, estoy sudando, huelo mal, tengo hambre y tenía que sentarme aquí, al pie de este árbol, solo un momento; tenía que sentarme. Lo siento, lo siento, lo siento...

—¿Todd? —murmura Manchee, viniendo hacia mí.

—Estoy bien, hermano.

—Caliente, Todd —dice, refiriéndose a la temperatura de mi cuerpo.

Toso, y mis pulmones emiten un sonido que bien podría ser el de una avalancha de piedras rodando por la ladera de una montaña.

«Arriba, Todd Hewitt. Levanta esas posaderas y ponte a andar.»

Divago y no puedo evitarlo. Quiero aferrarme a la imagen de Viola, pero los pensamientos me traicionan y me siento muy pequeño y enfermo, aquí, en la cama, desde la que veo a Ben cuidarme, pues estoy realmente enfermo y la fiebre me hace delirar, ver cosas horribles, como que las paredes de mi habitación estén temblando o que se paseen espectros junto a mi cama, o que a Ben le crezcan colmillos en la boca y brazos por todas partes, qué espanto,

y grito y aparto todo eso de mí con los brazos, pero Ben está conmigo y me canta la canción, me da de beber y prepara las medicinas...

Medicinas.

Ben preparando las medicinas.

Me despejo un poco.

Levanto la cabeza y rebusco en la bolsa de Viola, en la que encuentro el botiquín. Menuda colección de pastillas hay en el botiquín; como para aburrirse. Cada una de ellas tiene una palabra escrita que la identifica, pero eso a mí no me sirve para nada, y, en todo caso, no puedo arriesgarme a tomar el analgésico que durmió a Manchee. Opto por mirar en mi botiquín, que es mucho peor, claro, pero que al menos tiene unas pastillas que, sí, aunque sean asquerosas y estén hechas de cualquier manera, sé que me aliviarán el dolor sin tumbarme. Me trago dos y, después, para cerciorarme, otras dos.

«¡Levanta de ahí, pedazo de gandul!»

A la espera de que las pastillas surtan su efecto, me siento y dedico unos minutos a respirar y también, con todas mis fuerzas, a vencer el sueño, y cuando el sol asoma sobre la cumbre de una loma lejana, compruebo que empiezo a encontrarme un poco mejor.

Bueno, no sé si eso es cierto, pero, en fin, más me vale que lo sea.

«¡Vamos, Todd Hewitt! ¡Ponte en marcha de una vez, maldito!»

—Vale —digo con la respiración entrecortada mientras me froto las rodillas—. ¿Por dónde, Manchee?

Y allá vamos otra vez.

El rastro discurre como antes, alejado de la carretera y de cualquier cosa que se parezca a una construcción, pero siempre hacia delante, hacia Puerto, solo Aaron sabe por qué. A media mañana llegamos a un arroyuelo que desciende hacia el río. A pesar de lo pequeño que es, compruebo primero que

no haya cocodrilos y, una vez hecho eso, relleno las botellas. Manchee se mete en el agua chapoteando y, sin mucho éxito, intenta atrapar los pececillos de lustrosas escamas que le mordisquean las patas.

Me arrodillo y me lavo la cara. El agua está gélida y contribuye a espabilarme. Cuánto me gustaría que estuviéramos ganando terreno. Cuánto me gustaría saber qué distancia nos separa de ellos.

Y desearía que él no nos hubiese encontrado.

Desearía que, para empezar, no hubiera encontrado a Viola.

Desearía que Ben y Cillian no me hubiesen mentido.

Desearía que Ben estuviera conmigo, aquí y ahora.

Y desearía estar de vuelta en Prentisstown.

Me acuclillo y levanto la vista.

No, nada de eso. No deseo volver a Prentisstown. Por nada del mundo.

Y si Aaron no hubiese encontrado a Viola, yo tampoco la habría encontrado, así que ese deseo también lo elimino.

—Venga, Manchee —digo, volviéndome para coger la bolsa.

Y entonces veo a la tortuga, tomando el sol sobre una roca.

Me quedo paralizado.

Nunca he visto una tortuga como esta. El caparazón es puntiagudo y tiene una franja roja que lo recorre de parte a parte. Para aprovechar el calor del sol al máximo, la tortuga está totalmente estirada, de modo que las partes blandas de su cuerpo han quedado expuestas.

Y en el lugar del que procedo, las tortugas se comen.

Su ruido es un **Aaah** interminable, y no parece que esté muy preocupada por nosotros. Apuesto a que cree que puede esconderse en su caparazón y echarse al agua antes de que podamos atraparla. Además, aun en el caso de que consiguiéramos apresarla, no seríamos capaces de sacarla del caparazón.

A no ser, claro, que tuviéramos un cuchillo con el que matarla.

—¡Tortuga! —ladra Manchee, mirándola. No se anima a acercarse a ella, entre otras cosas, porque las tortugas de la ciénaga poseen el suficiente vigor como para lanzarse detrás de un perro. Pero esta está tan tranquila, y salta a la vista que no nos considera un problema.

Me llevo la mano a la espalda, en busca del cuchillo.

Cuando tengo el brazo a medio camino, siento un pinchazo entre los omóplatos.

Me detengo. Trago saliva.

(Zulaque, dolor, desconcierto.)

Bajo la vista y me veo reflejado en el agua. Tengo el pelo enmarañado, y la venda que me cubre parte de la cabeza está más sucia que una oveja entrada en años.

Y la mano se me ha quedado parada muy cerca del cuchillo.

(Sangre roja, miedo, miedo, miedo.)

Retiro la mano.

La aparto.

Me incorporo.

—Vamos, Manchee —digo. Ni miro a la tortuga ni me preocupo por el ruido que hace. Manchee le ladra unas cuantas veces más, pero ve que estoy cruzando el arroyo y viene conmigo, hacia delante, siempre hacia delante.

Así que resulta que tampoco puedo cazar.

Y no puedo acercarme a ningún asentamiento.

Con lo cual, o encuentro a Viola y a Aaron en poco tiempo, o me moriré de hambre si es que esta tos no acaba conmigo primero.

—Genial —concluyo, y no tengo otra cosa que hacer que ir lo más rápido que puedo.

«No es lo bastante rápido, Todd. Vamos, pelele, haz que trabajen esos malditos pies.»

La mañana deja paso a un nuevo mediodía, y el mediodía, a su vez, a una nueva tarde. Tomo más pastillas, seguimos adelante y, en lugar de comer o descansar, nada de eso, caminamos, caminamos y caminamos. El sendero empieza a empinarse hacia abajo una vez más, y lo agradezco. El rastro de Aaron se acerca a la pista, pero, a pesar de que, de vez en cuando, me llega alguna nota de un ruido lejano, me encuentro tan mal que no levanto la vista para mirar.

Dado que no es el ruido de Aaron ni tampoco el silencio de Viola, a mí ¿qué más me da?

La tarde desemboca en otro crepúsculo más y, mientras descendemos por una ladera, me caigo.

Por alguna razón, las piernas dejan de sostenerme y, como no me da tiempo a recuperar el equilibrio, me caigo al suelo y comienzo a resbalar colina abajo, y resbalo y resbalo y sigo resbalando a una velocidad cada vez mayor, y choco con unos matorrales que atravieso notando cómo algo se me desgarran en la espalda, y a pesar de que trato de frenar con las manos, no consigo agarrarme a nada, pues no encuentro más que hierba y hojas que no hacen sino acelerar mi descenso, y entonces tropiezo con un bache, me elevo en el aire y caigo en el suelo con los hombros por delante, lo cual me provoca tal dolor que chilló y aúlló, pero ya nada importa, porque no me detengo hasta llegar al fondo de la ladera, donde voy a chocar contra unas zarzas.

—¡Todd! ¡Todd! ¡Todd! —ladra Manchee, corriendo hacia mí, pero todo lo que puedo hacer en este momento es soportar el dolor sin desmayarme, soportar el cansancio, la opresión en el pecho, el hambre de un estómago que se desgañita y me enloquece, los pinchos de las zarzas que me han puesto perdido de cortes y, en suma, soportar no tener energías suficientes para romper a llorar de una vez por todas.

—¿Todd? —ladra Manchee, que da vueltas alrededor tratando de descubrir

un pasaje entre las zarzas.

—Dame un minuto —respondo, haciendo fuerza para incorporarme, pero me inclino y me caigo de bruces.

«Levántate —pienso—. ¡Levántate, pedazo de basura, levántate!»

—Hambre, Todd —ladra Manchee, y sé que no se refiere a sí mismo, sino a mí—. Come. Come, Todd.

Tosiendo y escupiendo la inmundicia que me inunda los pulmones, me apoyo en el suelo con las manos y logro arrodillarme.

—Comida, Todd.

—Ya —digo—. Lo sé.

Estoy tan mareado que tengo que apoyar la cabeza en el suelo.

—Espera un poco —le pido—. Espera un poco, por favor.

Y me pierdo en la oscuridad.

No sé cuánto tiempo he estado inconsciente, pero me despierto al oír a Manchee ladrar:

—¡Gente! ¡Gente! ¡Todd, Todd, Todd! ¡Gente!

Abro los ojos.

—¿Qué gente? —pregunto.

—Por aquí —responde—. Gente. Comida, Todd. ¡Comida!

Tomo aire, a pesar de las toses, y, arrastrándome como si mi cuerpo pesara toneladas, salgo de entre las zarzas. Alzo la mirada.

Estoy en una zanja, al costado de la pista.

A la izquierda, distingo una caravana de carretas tiradas por bueyes o caballos. Está a punto de desaparecer tras una curva.

—Socorro... —imploro, pero mi voz es apenas un jadeo rasgado.

«Arriba.»

—Socorro —repito, sin éxito.

«Arriba.»

Se acabó. No puedo más. Ya no me muevo. Se acabó.

«Arriba.»

Que se acabó.

Dejo de ver la última carreta y se acabó.

«Abajo.»

Me tiendo en la pista, y los guijarros se me clavan en las mejillas. Un estremecimiento me recorre el espinazo, y me acurruco, me repliego en mí mismo y cierro los ojos, pues he fracasado, he fracasado, y lo único que quiero es que la oscuridad me lleve consigo, por favor, por favor...

—Eres Ben, ¿miento?

Abro los ojos.

Veo a Wilf.

EL OLOR DE LAS RAÍCES

—Tú andas mal, digo yo —afirma Wilf, que me agarra por un antebrazo para levantarme y, viendo que ni siquiera así hago ademán de mover la cabeza, me agarra también por el otro. Como sigo en el suelo, decide alzarme en vilo y llevarme al hombro hasta su carreta.

—¿Quién va ahí, Wilf ? —pregunta una voz de mujer a la que no puedo ver.

—Ben —responde Wilf—. Pinta enfermo.

Me deja sobre la plataforma de la carreta. Me encuentro en medio de un barullo de bultos, cajas cubiertas por trozos de cuero, muebles y grandes capazos, todo ello desarreglado y apelotonado.

—Es demasiado tarde —musito—. Se acabó.

La mujer, que se ha bajado de la carreta para venir a verme, se inclina sobre mí y me inspecciona la cara. Es ancha, va vestida con ropas viejas, tiene el pelo lacio y arrugas en los ojos, y habla con una voz aguda y rápida como la de un ratón.

—¿Qué traes, mozo? —Me pregunta.

—La he perdido. —Me tiembla la barbilla y tengo un nudo en la garganta—. Para siempre.

Noto que una mano me toca la frente, y la sensación es tan refrescante que me froto contra ella.

—Calentura —le dice la mujer a Wilf.

—Sí, sí —responde él.

—Pide cataplasma —dice la mujer, y me parece entrever que se aleja hacia la zanja.

—¿Dónde paró Hildy, Ben? —me pregunta Wilf, mirándome a los ojos. Los míos están tan llorosos que apenas le distingo el rostro.

—No se llama Hildy —confieso.

—Diz que no —repone él, impasible—, mas tú le dices tal.

—Se ha ido —mascullo, sollozando. La cabeza se me derrumba sobre el pecho, y noto que Wilf me pone una mano en el hombro y me lo aprieta.

—¿Todd? —ladra Manchee, inseguro, a bastante distancia de la pista y la carreta.

—Tampoco yo me llamo Ben —le digo a Wilf sin mirarlo.

—Diz que no —contesta—, mas nos te decimos tal.

Levanto la vista. El rostro y el ruido que encuentro siguen tan inmovibles como los recordaba, pero, en fin, tengo que recordarme por enésima vez que conocer la mente de un hombre no es lo mismo que conocer al hombre.

Callado, Wilf regresa a la parte delantera de la carreta. La mujer vuelve trayendo un trapo que huele a rayos y centellas. Apesta a raíces, a barro y a saber a qué hierbajos del demonio, pero estoy tan cansado que permito que me haga lo que quiera, que me lo pase por la frente y sobre la venda que me cubre parte de la cabeza.

—Sanará la calentura —me informa, montándose en la carreta, que se sacude un poco cuando Wilf golpea a los bueyes con las riendas. Los ojos de la mujer, abiertos en toda su amplitud, me examinan con detenimiento—.

¿Huyes del ejército, tú?

Su silencio me recuerda tanto a Viola que tengo que esforzarme en no abrazarla.

—Más o menos —respondo.

—Diz que Wilf sabe del ejército por ti, ¿miento? —asevera—. Por ti y por una moza. Le aconsejasteis correr la voz entre los vecinos, que les dijera que se tramontaran, ¿sí?

Mientras los chorretones de una agüilla pardusca y hedionda me resbalan por la cara, levanto la vista y la miro, y después observo a Wilf, que adivina en el ruido que tengo los ojos fijos en su espalda.

—Atendieron a Wilf —me informa.

Más allá del carretero está la pista. Al tomar una curva, no solo puedo oír el correr del río, que es ya como un viejo amigo, como un compañero de desventuras, sino también divisar una fila de carretas que llega por lo menos hasta la curva siguiente. Van todas tan cargadas como esta, y la gente que viaja en ellas, instalada entre los bultos, cuida de que nada se caiga.

Es una caravana. La carreta de Wilf ocupa la posición de retaguardia, y hay mujeres y hombres, y también niños, si es que el hedor del trapo que tengo sobre la cabeza no me está nublando el juicio. Oigo el ruido y el silencio, que se entremezclan formando un gran estrépito de voces diversas.

Ejército, oigo a menudo.

Ejército, y ejército y más ejército.

Y también Pueblo maldecido.

—¿Es la gente de Saltotejones? —pregunto.

—Y de Lavista, sí —responde la mujer, haciendo un gesto de asentimiento—. Y otros, también. El río y la carretera han llevado hasta bastante lejos las nuevas de un ejército del pueblo maldecido. Crece seguido, juntando brazos y

espadas.

«Viene arrasando los pueblos y crece seguido», pienso.

—Diz que se cuentan por un millar —me informa la mujer.

Wilf suelta un bufido.

—De aquí a Prentisstown no hay un millar de almas.

La mujer se muerde el labio.

—Servidora le hablaba al mozo de los comadreos, nada más.

Contemplo la pista que va quedando detrás de nosotros y, al ver a Manchee trotando en la distancia, me acuerdo de Ivan, el hombre del depósito de Farbranch que me dijo que no todos compartían la misma opinión sobre los hechos, que Prentiss..., que mi pueblo todavía podía contar con algunos aliados. Tal vez no con miles, pero sí con unos cuantos, que imagino que cada vez irán siendo más a medida que el ejército se mueve, así que ¿quién podrá detener a una fuerza de esa magnitud?

—Vamos a Puerto —dice la mujer—. Allí nos ampararán.

—Puerto —musito.

—Diz que por aquellos lugares se conoce el remedio para el ruido —comenta—. Quisiera ver eso, sí. —Se ríe para sí misma—. U oírlo, mejor. —Se da un golpe en el muslo.

—¿Hay zulaques allí? —pregunto.

La mujer me mira con gesto de sorpresa.

—Los zulaques no quieren saber de la gente —contesta—. Tuvieron suficiente con la guerra. Viven a lo suyo y nos a lo nuestro, y así es el arreglo. —Da la impresión de que se supiese de memoria lo que está diciendo—. Mas no viven muchos, ya.

—Tengo que irme. —Apoyo las manos y trato de incorporarme—. Tengo que encontrarla.

Y consigo incorporarme, pero solo para desequilibrarme y caerme de la

carreta. La mujer le ordena a Wilf que detenga los bueyes y, luego, entre los dos, vuelven a subirme a la carreta, no sin antes hacer lo propio con Manchee. Mientras Wilf se ocupa de las riendas, ella aparta unas cuantas cajas para hacerme sitio, y enseguida noto que vamos más rápido que antes, más rápido, al menos, que si fuésemos andando.

—Come —me ordena la mujer, mostrándome una hogaza de pan—. Si quieren partir, los mozos deben comer primero.

Muerdo un pedazo del pan que me ofrece, y, como se me abre el apetito, devoro el resto sin acordarme de que Manchee también debe de estar hambriento. Mientras me observa con ojos atentos, la mujer se procura más hogazas y las reparte entre Manchee y yo.

—Gracias —digo.

—Jane es mi nombre —afirma, dispuesta a animar la conversación—. ¿Qué conoces de ese ejército? —pregunta—. ¿Lo vieron tus ojos?

—Sí —respondo—. En Farbranch.

Contiene el aliento.

—Entonces es seguro. —No es una pregunta, sino una afirmación.

—Ya lo dijo servidor —tercia Wilf desde la parte delantera.

—Páreceme que andan rebanándole el pescuezo a los paisanos y poniéndoles los ojos a cocer —replica Jane.

—¡Jane! —la reprende Wilf.

—Digo que me parece, más nada.

—Matan a la gente —susurro—. Eso es todo lo que puedo decir.

La mirada de Jane me registra la expresión y el ruido durante unos instantes.

—Wilf lo sabe todo de ti, sí —dice, y no sé qué querrá decir la sonrisa que le veo en la cara.

Una de las gotas que se escurren desde el trapo me llega hasta los labios y

me hace escupir y toser, amén de contener una arcada.

—¿Qué es este mejunje? —pregunto con una mueca de asco.

—Cataplasma para calenturas —dice Jane.

—Huele fatal.

—Lo que mal huele el mal se lleva —afirma, como si lo que dice fuese una verdad que todo el mundo conoce.

—¿El mal? —exclamo—. La fiebre no es el mal. Es solo fiebre.

—Sí, y la cataplasma la sana.

La observo. Sus ojos no se despegan de mí en ningún momento, y eso empieza a hacer que me sienta incómodo. Me trae a la mente a Aaron y la expresión que se le pone en la cara cuando te juzga con la mirada, cuando cierra los puños mientras larga sus sermones, cuando te amenaza con un agujero del que nunca podrás salir.

Son los ojos de la locura.

Trato de acallar ese pensamiento, pero parece que Jane no lo ha advertido.

—Tengo que marcharme —resuelvo—. Muchísimas gracias por el pan y la cata... Como se diga. Pero debo irme.

—Mala cosa eso de andar solo por estos bosques, mozo —replica, mirándome sin pestañear, con esa misma inquietante fijeza—. Es un arrisco, sí.

—¿Por qué? —Me aparto de ella un poco.

—Hay unos pueblos por aquí —contesta con los ojos más abiertos aún que antes y un inicio de sonrisa en los labios—, unos pueblos malhadados y endemoniados por el ruido. Diz que hay uno en el que la gente se tapa la faz con una máscara, y otro en el que, por andar siempre cantando en lugar de ocuparse del jornal, los paisanos tienen el humor extraviado. En otro, las paredes son de vidrio y la gente camina desnuda, pues se conoce que en el ruido no hay secretos, ¿miento?

Está muy cerca de mí. Su aliento huele todavía peor que el trapo, y puedo notar el silencio que se agazapa tras sus palabras. ¿Cómo es posible? ¿Cómo puede el silencio prodigarse de un modo tan escandaloso?

—Hay muchos secretos en el ruido —replico—. Toda clase de secretos.

—Sea la paz con el mozo, Jane —interviene Wilf desde el asiento de la carreta.

El rostro de Jane se descompone.

—Me perdone —dice a regañadientes.

Gracias al tentempié y, supongo, también, a lo que sea que me esté haciendo ese trapo repugnante, empiezo a encontrarme un poco mejor y me atrevo a incorporarme.

Estamos más cerca de la caravana, lo suficiente para que sea posible distinguir la nuca de algunas cabezas y oír cómo el ruido de los hombres se entreteje con el silencio de las mujeres, como un riachuelo entre las piedras.

De vez en cuando, una de esas cabezas, normalmente la de un hombre, se vuelve y echa un vistazo a nuestra carreta, y me parece entender que soy yo el motivo de su curiosidad.

—Debo encontrarla —digo.

—¿A la moza? —pregunta Jane.

—Sí —respondo—. Gracias por todo, pero tengo que irme.

—¡Mas mira esa calentura! ¡Y los pueblos de por aquí!

—No importa. —Me deshago del trapo—. Vamos, Manchee.

—Es un arrisco —insiste ella, con verdadera preocupación—. El ejército...

—Ya me encargaré yo del ejército. —Me dispongo a apearme de la carreta. Todavía me cuesta un poco tenerme en pie, así que tengo que tomármelo con calma.

—¡Mas te harán preso! —exclama Jane—. Eres de Prentisstown y...

Le clavo la mirada.

Jane se tapa la boca con una mano.

—¡Silencio, mujer! —brama Wilf, volviéndose.

—Perdona, que tengo la lengua suelta —me susurra ella al oído. Pero ya no hay nada que hacer. La palabra salta de una caravana a la siguiente de un modo que ya he visto demasiadas veces, y no solo la palabra, sino lo que hay en ella que tiene que ver conmigo, lo que a todos les parece que piensan o que saben de mí, y enseguida son muchos los pares de ojos que reparan en la última carreta de la caravana y los bueyes y caballos que dejan de caminar para que sus dueños puedan observarnos mejor.

Topamos con una infinidad de rostros y un chorro de ruido que se centran en nosotros.

—¿Quién va ahí contigo, Wilf ? —grita el hombre que viaja en la carreta que nos precede.

—Un mocito con calentura —le responde Wilf—. Son malas, estas fiebres. El mozo delira y habla sin tino.

—¿Heme de fiar de lo que dices?

—Sí, sí —le asegura Wilf—. El mocito está enfermo.

—Enséñanoslo —exclama una mujer—. Queremos verle la cara.

—¿Y si es un espía? —sugiere otra con voz aguda—. ¿Y si trae al ejército hasta aquí?

—¡No queremos espías con nosotros! —ruge un hombre.

—Le dicen Ben —explica Wilf—. Viene de Farbranch. Y lamenta los hechos del ejército del pueblo maldecido tanto como nos. Servidor responde de él.

Las voces callan durante unos instantes, pero el ruido de los hombres se propaga por el aire zumbando como un enjambre de avispas. Escrutado por las miradas de todos, intento que se apiaden de mi estado y, por encima de cualquier otra cosa, me obligo a pensar en la invasión de Farbranch. No me

cuesta demasiado, y la tristeza me encoge el corazón.

Mientras se prolonga la situación, el ruido alcanza su cota máxima, pero luego decae.

Con lentitud, los bueyes y caballos empiezan a ponerse en marcha y a separarse de nosotros llevándose consigo a esos hombres y mujeres que todavía nos miran. Wilf hace que sus bueyes reempresen la marcha a un ritmo inferior al del resto para que nos quedemos rezagados.

—¡Ay de mí! —dice Jane con voz entrecortada—. Wilf me dijo que callara. Me dijo que callara mas...

—Está bien —la interrumpo.

—¡Ay de mí!

La carreta sufre una sacudida. Wilf, que ha refrenado a los bueyes, aguarda a que la caravana se haya alejado lo bastante y, después, desmonta y viene a la parte trasera de la carreta.

—Nadie atiende al bueno de Wilf —me dice con algo que se parece a una sonrisa tímida—. Pero cuando atienden, confían.

—Debo irme —afirmo.

—Sí, sí —responde él—. Mala cosa, mas debes ir, si te place.

—¡Ay de mí! —repite, una vez más, Jane.

Me bajo de la carreta y Manchee viene conmigo. Wilf abre la bolsa de Viola y, tras lanzarle una mirada a Jane, esta mete en el interior un poco de pan y fruta, y otro poco de carne ahumada.

—Gracias —digo.

—Ojalá encuentres a la que buscas —me desea Wilf mientras cierro la bolsa.

—Ojalá.

Tras efectuar una leve inclinación de cabeza, regresa al asiento de la carreta y hace chasquear las riendas.

—Prudencia, mozo —me susurra Jane—. Cuídate de los endemoniados.

MIL VECES AARON

Una vez en el bosque, Manchee tarda un rato, un rato agónico, en encontrar de nuevo el rastro, pero al fin anuncia:

—Por aquí —y volvemos a ponernos en camino.

Este perro es un buen perro, un buen perro. ¿Te lo había dicho ya?

La noche ha caído sobre nosotros, y yo sigo sudando y tosiendo horriblemente, los pies se me han convertido en una gran ampolla y la fiebre sigue pesándome en la frente, pero tengo el estómago lleno y provisiones en la bolsa como para mantenernos durante dos días, así que lo único que importa se encuentra por delante.

—¿La hueles, Manchee? —pregunto, mientras caminamos a lo largo de un tronco para pasar por encima de un arroyo—. ¿Seguirá viva?

—Viola huele —ladra Manchee al llegar al otro lado—. Viola miedo.

Lo cual me inquieta todavía más, así que apuro el paso. A medianoche (¿veintidós días?, ¿veintiuno?), la linterna se queda sin pila. La reemplazo por la de Viola con la esperanza de que la suya no nos falle. Las horas pasan y las colinas se vuelven más empinadas y difíciles de superar, pero nosotros proseguimos, y Manchee, ante mí, olisquea y recibe de vez en cuando un poco de carne ahumada, y yo, entre toses y traspíes, procuro abreviar cuanto

puedo los descansos, que a menudo consisten en que me apoye contra un árbol, y, cuando el sol comienza a insinuarse en el horizonte, tengo la impresión de estar caminando hacia el amanecer.

Pronto la luz del día nos baña con toda su intensidad, y en ese momento siento que lo que me rodea empieza a temblar.

Me sujeto al tallo de un helecho para evitar resbalar por la pendiente por la que descendemos, y me detengo. Mareado, cierro los ojos, pero eso empeora las cosas todavía más, pues veo trémulas franjas de color y chispazos, y la brisa me sacude el cuerpo, al que apenas le restan fuerzas. Tengo la momentánea sensación de que voy a caerme por la cuesta, pero cuando el vértigo se me pasa y abro los ojos, me descubro en medio de una claridad extraña, irreal, que parece salida de un sueño.

—¿Todd? —ladra Manchee, preocupado, supongo que notando algo raro en mi ruido.

—La fiebre —respondo, entre toses—. No debí deshacerme de aquel trapo. Ya no tiene remedio.

Me tomo las últimas pastillas que quedan en mi botiquín y seguimos adelante.

Al llegar a lo alto de una colina, miro alrededor y las demás colinas, el río y la pista comienzan a ondularse como si estuvieran dispuestos en una sábana al viento, y, parpadeando y frotándome los ojos, tengo que esperar un rato antes de poder volver a caminar. Manchee, a mi lado, gime. Hago ademán de inclinarme para hacerle una caricia, pero, al ver que corro el riesgo de caerme, prefiero concentrarme en bajar por la falda de la colina.

Pienso en el cuchillo que llevo en el cinturón, en la sangre que lo manchó después de que se introdujera en mi cuerpo, en la sangre del zulaque que se mezcló con la mía y en lo que esa sangre haya podido contagiarme cuando Aaron me apuñaló.

—Me pregunto si lo habrá hecho a propósito —digo, no sé si a Manchee o a mí mismo, o tal vez a nadie en particular, mientras alcanzamos el fondo de la bajada y veo un árbol en el que encontrar un poco de reposo—. Me pregunto si querría hacerme morir lentamente.

—Así es —dice Aaron, asomándose por detrás del árbol.

Suelto un grito, trastabillo hacia atrás, agito los brazos para protegerme, caigo de espaldas y empiezo a arrastrarme por el suelo, y entonces levanto la vista y...

Se ha ido.

Manchee me está observando.

—¿Todd?

—Aaron —mascullo con el corazón en un puño, a punto de sucumbir a un nuevo ataque de tos.

Manchee olfatea el aire, olfatea y olfatea.

—Por aquí —ladra, inquieto.

Tosiendo, miro alrededor y, pese a la fiebre, que deforma la realidad que me circunda y la vuelve manchada y sinuosa, no distingo signo alguno de la presencia de Aaron.

No oigo su ruido, ni tampoco el silencio de Viola. Cierro los ojos.

«Todd Hewitt —me digo, para defenderme del delirio—. Me llamo Todd Hewitt.»

Busco a tientas la botella y bebo un sorbo de agua, y luego como un trozo del pan de Jane. Solo entonces me atrevo a abrir los ojos.

Nada.

Nada, excepto bosque y una nueva colina que remontar.

Y los rayos del sol, brillantes.

Al final de la mañana, llegamos a una hondonada encajada entre dos colinas en la que encontramos un riachuelo. Relleno las botellas y bebo un

poco de agua fresca.

Me encuentro muy mal, pero que muy mal. A veces tiemblo sin remedio, a veces sudo a mares, a veces la cabeza me pesa tanto que me cuesta mantenerla sobre los hombros. Me inclino sobre el riachuelo y me mojo la cara.

Al incorporarme, veo el reflejo de Aaron en el agua.

—Asesino... —dice desfigurado, con una sonrisa.

Doy un salto y busco el cuchillo (una vez más, el dolor de entre los omóplatos me envía un latigazo), pero, cuando vuelvo a mirar, ha desaparecido, y, como si nada hubiera pasado, Manchee sigue entretenido persiguiendo peces.

—He venido a encontrarte —le digo al viento que ha comenzado a levantarse.

La cabeza de Manchee sale del agua de inmediato.

—¿Todd?

—Te encontraré, aunque esa sea la última cosa que haga.

—Asesino... —susurra una voz en el viento.

Durante unos momentos, me quedo donde estoy, tosiendo y respirando con dificultad. Regreso a la orilla y vuelvo a echarme agua fría en la cara y en el pecho.

Y nos ponemos a andar.

La humedad y el frescor del agua me hacen sentir mejor durante un tiempo y, mientras el sol va aproximándose a su cénit, subimos y bajamos por las laderas de varias colinas. Pero la visión vuelve a emborronárseme, y nos vemos en la necesidad de hacer un alto y comer algo.

—Asesino... —oigo a una voz decir desde algún lugar cercano y, luego, más allá, otra vez—. Asesino... —y una vez más, desde otro punto en el bosque—. Asesino...

Evito levantar la vista y me dedico a seguir comiendo.

Me digo que todo esto tan solo se debe a la sangre del zulaque. Es producto de la fiebre y de la enfermedad, y nada más.

—¿Y nada más? —inquire Aaron, situado al otro lado del claro en que nos encontramos—. Si es cierto que no hay nada más, ¿por qué te empeñas en perseguirme?

Viste la sotana de los domingos y las heridas de la cara se le han curado, de modo que su aspecto es el mismo que tenía en Prentisstown. Junta las manos por delante del pecho como si se dispusiera a conducir un rezo y me mira, resplandeciente a la luz del sol.

Me acuerdo muy bien de su puñetazo sonriente.

—El ruido nos une, Todd —dice, con una voz escurridiza y brillante como una serpiente—. Si uno de nosotros cae, todos caemos con él.

—No estás aquí —replico, apretando las mandíbulas.

—Aquí, Todd —ladra Manchee.

—¿Ah, no? —inquire Aaron, y entonces desaparece en un resplandor.

Mi mente sabe que este Aaron no es real, pero mi corazón, que funciona por su cuenta, me está golpeando el pecho con la misma insistencia con que lo haría si lo fuera. Me cuesta bastante respirar, y, aunque sé que debemos volver a caminar cuanto antes, invierto un tiempo precioso en descansar.

La comida me está ayudando bastante, gracias al bendito de Wilf y a esa loca mujer, pero, con todo, a veces incluso andar con paso lento me resulta demasiado trabajoso. Con el rabillo de ojo, veo a Aaron sin cesar, ya entre los árboles, ya oculto tras unas rocas o de pie encima de un tronco caído, pero aparto la vista y continúo andando.

Y luego, desde la cima de una colina, veo que la pista, más abajo, atraviesa el río. Los ojos me ofrecen un panorama de formas cambiantes y rizadas, pero, aun así, alcanzo a distinguir un puente sobre el que la carretera cruza el

río.

Recuerdo en este instante la bifurcación de Farbranch y me pregunto adónde habrá ido el ramal que no tomamos. A la izquierda, solo veo bosques y colinas, las cuales se mecen de una manera artificiosa. Tengo que cerrar los ojos unos minutos.

Descendemos muy despacio, demasiado despacio, dejándonos llevar por el rastro, que nos lleva hacia la pista y el puente, el cual, pese a los antepechos que lo recorren, no tiene aspecto de ser muy seguro. La pista vira hacia él, y en ese punto, el agua se acumula y da lugar a una zona de barro y charcos.

—¿Pasó al otro lado del río, Manchee? —Apoyo las manos en las rodillas mientras toso y pugno por recuperar el aliento.

Manchee olisquea como un poseso, ora hacia un lado de la pista, ora hacia el otro, y, tras inspeccionar el puente, regresa al lugar en que lo estoy esperando para informarme.

—Wilf huele —ladra—. Carreta huele.

—Ya veo las rodadas —respondo, frotándome la cara—. Pero ¿qué hay de Viola?

—¡Viola! —exclama—. Por aquí.

Sale de la pista y va siguiendo la orilla del río.

—Buen perro —digo, entre jadeos—. Buen perro.

Tenemos que sortear ramas y arbustos, y, entre tanto, el río, a nuestro lado, ruge y se nos aproxima más que en cualquier otra etapa del viaje.

Y, de pronto, me topo de frente con un asentamiento.

Me enderezo y solo puedo expresar mi asombro con una tos.

Está destruido.

Los edificios, que son ocho o diez, han quedado reducidos a cenizas y escombros calcinados, y no se oye ni el más mínimo indicio de ruido.

En un primer momento, achaco los destrozos al paso del ejército, pero

luego advierto que hay vegetación creciendo entre los restos, que no hay humo y que el viento azota el lugar como si en él tan solo moraran los muertos. En el río, cerca del puente, veo un embarcadero en bastante mal estado, y también una vieja barca meciéndose en la corriente. En la orilla, cerca de lo que debió de ser en su día un molino, hay otras embarcaciones más, medio hundidas e inservibles.

Hace frío, y el sitio hace tiempo que está despoblado. Un asentamiento más en el Nuevo Mundo que no pudo llegar a la fase de la agricultura de... de consistencia.

Al volverme, veo que en el medio de todo está Aaron.

Tiene la cara como la tenía después de que se la despedazaran los cocodrilos: rajada, medio arrancada, con la lengua asomándole por el desgarrón que se le llevó la mejilla.

Y está sonriendo.

—Únete a nosotros, joven Todd —dice—. La iglesia siempre está abierta.

—Te mataré —le prometo, y el viento se lleva mis palabras, las apaga, pero sé que me ha oído, del mismo modo que yo lo he oído a él.

—No lo creo —afirma, dando un paso hacia mí con los puños cerrados—. Sé muy bien que no eres un asesino de verdad, Todd Hewitt.

—Eso ya lo veremos —repongo con una voz extraña y metálica. Me sonrío enseñándome los dientes y, entre brillos y ondulaciones, va caminando hasta colocarse junto a mí. Se lleva las manos al cuello de la sotana y se la abre para mostrarme el pecho.

—Aquí está tu oportunidad de alimentarte del árbol de la sabiduría, Todd Hewitt. —Siento que su voz procede de las entrañas de mi propia mente—. Mátame.

Pese al frío viento, estoy caliente y sudoroso, y, además, no puedo llenar de aire los pulmones como quisiera y la cabeza está empezando a dolerme de

un modo insoportable. Cada vez que miro hacia un punto, lo que veo tarda unos segundos en situarse en el lugar en el que debería estar.

Aprieto los dientes.

Imagino que me estoy muriendo.

Pero él morirá antes que yo.

Ignorando el dolor de entre los omóplatos, extendiendo un brazo y me lo llevo a la espalda para desenvainar el cuchillo. Al observarlo, veo que está manchado de sangre fresca y que hay en él un resplandor que parece proceder del propio metal y no de la luz del sol.

Aaron, cuya sonrisa es tan amplia que se le sale de la cara, hincha el pecho. Levanto el cuchillo.

—¿Todd? —ladra Manchee—. ¿Cuchillo, Todd?

—¡Adelante, Todd! —me dice Aaron, y te juro que puedo oler la oscuridad que hay en él—. Abandona la inocencia y adéntrate en el pecado. Si puedes.

—Ya lo he hecho —contesto—. Ya he matado.

—Matar a un zulaque no es lo mismo que matar a un hombre —arguye él, burlándose de lo estúpido que soy—. Los zulaques son demonios cuya misión consiste en ponernos a prueba. Matar a uno de ellos es como matar a una tortuga. —Me mira con los ojos muy abiertos—. Pero tú ni siquiera te atreves con una tortuga, ¿verdad?

Empuño el cuchillo con fuerza y gruño mientras el mundo da vueltas alrededor.

Pero el cuchillo sigue detenido.

Oigo un gorgoteo y la sangre empieza a manar de las heridas del rostro de Aaron. Advierto que se está riendo.

—Fue una muerte muy lenta la de esa niña —susurra.

Y suelto un grito de furia...

Y levanto el cuchillo aún más...

Y pienso clavárselo en el corazón...

Y él sigue sonriendo...

Y propulso el cuchillo hacia abajo...

Y se hunde en medio del pecho de Viola.

—¡No! —grito, pero ya es demasiado tarde.

Observa el cuchillo, y luego sus ojos se van alzando hasta mirarme a mí. La expresión se le contrae por el dolor y la confusión, y el ruido que sale de ella es como el del zulaque que yo...

(Que asesiné.)

Llora, abre la boca y dice:

—Asesino...

Y cuando quiero acercarme, se desvanece en una cortina de luz.

Tengo el cuchillo en la mano, pero no hay rastro de sangre en la hoja.

Caigo de rodillas, me derrumbo hacia delante y me quedo tirado en el suelo, en medio del asentamiento quemado, respirando, tosiendo, sollozando, gimiendo mientras la consistencia de la realidad circundante se desmorona y se derrite.

No puedo matarlo.

Lo deseo. Lo deseo con todo mi ser. Pero no puedo.

Si lo hiciera, dejaría de ser quien soy y la perdería a ella.

Y no puedo permitírmelo. No, no, no.

Me pierdo en espejismos y sucumbo al desmayo.

Y es Manchee, ese amigo y compañero que jamás me abandona, el que me despierta a base de lengüetazos, y sus pensamientos atribulados llenan el ruido y lo colman de lamentos.

—Aaron —ladra, tenso y sigiloso—. Aaron.

—Déjame, Manchee.

—Aaron —gime, lamiéndome.

—No está —respondo, tratando de levantarme—. Es solo una visión que...
Que, por el hecho de ser visión, Manchee no puede ver.

—¿Dónde está? —inquiero, y, al ponerme de pie de un salto, lo que me rodea se sacude y se tiñe de naranja y de rosa. Tambaleante, observo.

Hay cientos de hombres que son Aaron, en cientos de lugares diferentes, rodeándome. También hay niñas, todas iguales a Viola, que, asustadas, me miran implorándome ayuda con los ojos, y zulaques con cuchillos clavados en el pecho. Todos ellos hablan a la vez, y el estruendo de sus voces es ensordecedor.

—¡Cobarde! —dicen. Todos ellos. «Cobarde», una y otra vez.



Cobarde Cobarde cobarde
CobARDE Cobarde Cobarde
Cobarde Cobarde Cobarde Cobarde Cobarde
Cobarde Cobarde Cobarde Cobarde Cobarde
Cobarde Cobarde Cobarde Cobarde Cobarde
Cobarde Cobarde Cobarde Cobarde Cobarde

Pero he nacido en Prentisstown y, por eso, puedo sobreponerme al ruido.



Cobarde Cobarde Cobarde Cobarde
Cobarde Cobarde Cobarde Cobarde Cobarde

Y, tras todo eso, veo a un Aaron que, de pie en medio de un campamento, no me está mirando.

Cobarde Cobarde cobarde cobarde
Cobarde Cobarde Cobarde Cobarde

Veo a un Aaron que se arrodilla para rezar.

Cobarde cobarde

Veo a Viola tendida en el suelo, junto a él.

Cobarde cobarde cobarde cobarde
Cobarde Cobarde Cobarde Cobarde
Cobarde cobarde cobarde
Cobarde Cobarde Cobarde

—¡Aaron! —ladra Manchee.

Cobarde cobarde cobarde Cobarde Cobarde
Cobarde Cobarde Cobarde Cobarde Cobarde
Cobarde cobarde Cobarde cobarde
Cobarde Cobarde Cobarde Cobarde Cobarde

—Aaron —digo.

Cobarde.

UN NIÑO LLAMADO TOBB

—¿Qué vas hacer? —me dice el niño, que se desliza hasta encaramárseme al hombro.

Saco la cabeza de las frías aguas del río y las salpicaduras me empapan la espalda. He descendido del peñasco, me he abierto paso entre multitudes que me llamaban cobarde a gritos, he llegado hasta la orilla y he sumergido la cabeza. Estoy temblando de frío, pero la realidad comienza a aposentarse. Sé que no durará, sé que la fiebre y la infección de la sangre del zulaque terminarán por vencerme, pero, por ahora, necesito ver con la máxima claridad posible.

—¿Cómo vamos a llegar hasta ellos? —me pregunta el niño, rodeándome—. Él oírá nuestro ruido.

Los temblores me hacen toser, cualquier cosa me hace toser, y expectoro un salivazo verdoso, pero luego contengo la respiración y vuelvo a meter la cabeza.

El agua está a una temperatura tal que siento como si una cuchilla me estuviese rozando la cara, pero, pese a ello, aguanto y me entretengo escuchando los burbujeos de la corriente y los ladridos de Manchee, que asiste a la escena desde la orilla. Noto que la fuerza del agua me suelta la

venda de la cabeza y se la lleva río abajo. Me asalta la imagen de Manchee quitándose el vendaje de la cola en otro lugar de este mismo río y, olvidando mi situación, me entra la risa.

Medio ahogado, tosiendo y jadeando, alzo la cabeza.

Abro los ojos. Lo que veo brilla de un modo artificial y está cubierto por titilantes estrellitas, pero, al menos, el suelo ha dejado de moverse y los múltiples dobles de Aaron, Viola y el zulaque han desaparecido.

—¿Crees que podremos hacerlo nosotros solos? —pregunta el niño.

—No nos queda otra alternativa —susurro.

Me vuelvo y lo miro.

Lleva una mochila y una camisa como las mías, pero, a diferencia de mí, no tiene heridas en la cabeza. Sostiene un diario en una mano y un cuchillo en la otra. Estoy tiritando, y todo lo que puedo hacer consiste en observarlo mientras toso e intento respirar.

—Vamos, Manchee —digo, y me encamino hacia el peñasco y el asentamiento arrasado. Andar me exige mucho esfuerzo y tengo la impresión de que el suelo que piso puede hundirse de un momento a otro, pues las piernas me pesan como montañas y, al tiempo, menos que una pluma, y, no obstante, camino, camino y camino con la vista fija en el peñasco, al que me voy acercando poco a poco, poniendo un pie y luego otro, y entonces ya casi he llegado y extendiendo un brazo para agarrarme a unas ramas y auparme, y más tarde ya estoy casi arriba, ya casi puedo apoyar la espalda en el árbol que está más allá, y, al fin, levantar la vista.

—¿Será posible que sea él? —me dice el niño al oído. Miro por entre los árboles en busca del cauce del río.

El campamento sigue en su sitio, en la ribera, y, a esta distancia, es tan solo un conjunto de motas oscuras. Todavía tengo colgada del hombro la bolsa de Viola, así que busco los prismáticos y, tras encontrarlos, me los llevo a los

ojos, pero enseguida descubro que, debido a mi temblequeo, me cuesta fijarlos en un punto determinado. El campamento está lo bastante lejos para que todo ruido se pierda en la distancia, pero, pese a ello, percibo con claridad su silencio.

El silencio de Viola.

—Aaron —me indica Manchee—. Viola.

No es un producto de mi imaginación afiebrada ni tampoco de los escalofríos. Aaron está arrodillado, rezando, y Viola está tumbada frente a él.

No sé qué está sucediendo. No sé qué están haciendo ahí. Pero sí sé que son ellos.

Tras tanto caminar, tropezar, toser y sufrir, ahí están; por mucho que me cueste creerlo, son ellos.

A lo mejor no he llegado tarde y, a juzgar por el dolor que tengo en el pecho y por el nudo que se me ha formado en la garganta, me doy cuenta de que, hasta ahora, estaba convencido de que llegaría tarde.

Pero no, todavía estoy a tiempo.

Me inclino y (cállate) sollozo, sollozo, estoy llorando, pero tiene que pasármeme porque tiene que ocurrírseme algo, tiene que ocurrírseme, pues depende de mí y solo de mí, y yo estoy aquí para salvarla, para salvarla a ella...

—¿Qué vamos a hacer? —pregunta el niño, todavía con el diario y el cuchillo en las manos, situado a cierta distancia de mí.

Me froto los ojos con las palmas de las manos en un intento por concentrarme, por usar el cerebro, por no oír lo que...

—¿Qué pasa si esto es el sacrificio? —sugiere el niño.

Levanto la vista.

—¿Qué sacrificio?

—El sacrificio que viste en el ruido —dice—. El sacrificio de...

—¿Y por qué vendría hasta aquí para hacer eso? —pregunto—. ¿Por qué iba a recorrer tanta distancia para pararse en medio de un bosque como otro cualquiera a hacer eso?

La expresión del niño no registra variación alguna.

—Puede ser que tenga que hacerlo ahora —dice— precisamente porque ella se está muriendo.

Tembloroso, doy un paso al frente.

—¿De qué se está muriendo? —La cabeza vuelve a dolerme, y el mareo va en aumento.

—De miedo —asevera el niño, retrocediendo un paso—. De decepción.

Me doy la vuelta.

—No pienso escucharte.

—¿Escuchar, Todd? —ladra Manchee—. Viola, Todd. Por aquí.

Me apoyo en el árbol. Necesito pensar. Tengo que pensar en algo de una vez.

—No podemos acercarnos —reflexiono—. Él nos oiría.

—La matará si nos oye —vaticina el niño.

—No estaba hablando contigo. —Toso una vez, dos veces; la cabeza me da vueltas—. Hablaba con mi perro —concluyo.

—Manchee —dice Manchee, que viene a lamerme la mano.

—Y no puedo matarlo.

—No puedes matarlo —afirma el niño.

—Aunque quisiera.

—Aunque él se lo merezca.

—Así que tiene que existir la posibilidad de hacerlo de otro modo.

—Siempre que ella no huya de ti.

Lo miro. Sigue ahí, el niño, con el diario, el cuchillo y la mochila.

—Márchate —le ordeno—. Aléjate de mí y no regreses.

—Es probable que ya no puedas salvarla.

—No me sirves de nada —le recrimino, elevando el tono de voz.

—Pero yo soy un asesino —replica, y veo que en el cuchillo que empuña hay manchas de sangre.

Cierro los ojos y aprieto los dientes.

—Tú no te metas —le advierto—. No te metas.

—¿Manchee? —ladra Manchee.

Abro los ojos. El niño se ha esfumado.

—No me refería a ti, Manchee —digo, y me acerco a él y lo acaricio entre las orejas.

Y lo observo. A Manchee.

—No me refería a ti —repito.

Y pienso. Entre jirones de niebla y torbellinos, resplandores y destellos de luz, dolor y zumbidos, pienso.

Y sigo pensando.

Le rasco las orejas a este perro, a este perro condenadamente bueno que nunca quise, pero que insiste en estar a mi lado, que vino conmigo por la ciénaga, que, cuando Aaron intentaba asfixiarme, le dio un mordisco, que encontró a Viola, que me lame la mano con esa lengua estrecha y rosada, que encajó una patada del señor Prentiss Junior que le ha dejado un ojo hinchado que apenas puede abrir, que perdió gran parte de la cola cuando Matthew Lyle se la cortó, porque él, mi perro, no dudó en enfrentarse a un hombre armado con un machete simplemente para salvarme, que tira de mí cuando lo único que me apetece es hundirme en la oscuridad, y que me recuerda quién soy cada vez que me olvido de mi nombre.

—Todd —murmura, frotándome la mano con la cocorota y arañando el suelo con las patas traseras.

—Tengo una idea —repongo.

—¿Y qué pasa si no funciona? —pregunta el niño, asomándose entre los árboles.

No le hago caso y cojo los prismáticos con una mano trémula. Escudriño el campamento de Aaron una vez más y reparo en la zona que lo rodea. La orilla del río está cerca y, en ella, hay un árbol hendido, seco y desprovisto de hojas; sin duda, golpeado por un rayo.

Eso servirá.

Dejo los prismáticos y le sujeto la cabeza a Manchee con ambas manos.

—Vamos a salvarla —le digo—. Tú y yo.

—Salvarla, Todd —ladra, moviendo el muñón que tiene por rabo.

—Fracasaréis —tercia el niño, al que ahora no veo.

—Pues mejor. Así no vendrás con nosotros —afirmo, entre toses, mientras abro mi ruido para que Manchee reciba imágenes de lo que quiero que haga—. Es fácil, Manchee. Tú corre.

—¡Yo corro! —ladra.

—¡Buen perro! —Le acaricio las orejas otra vez—. Buen perro.

Me pongo en pie y, no sé si caminando, arrastrándome o por medio de una sucesión de tropiezos y trapiés, regreso al asentamiento abandonado. Me laten las sienes, como si mi contaminada sangre las azotase, y lo mismo hace la realidad que me muestran los ojos. Si los cierro, en cambio, todo parece calmarse y la tormenta de fulgores amaina.

Lo primero que me hace falta es un palo. Acompañado por Manchee, registro los escombros y las ruinas en busca de algo que me pueda servir como tal. Casi todo está calcinado y ha perdido su solidez, pero nuestro tesón encuentra recompensa.

—¿Este, Todd? —ladra Manchee mientras, con la boca, tira de un palo que es la mitad de largo que él y se halla bajo lo que parece ser un montículo de sillas carbonizadas. ¿Qué habrá ocurrido en este lugar?

—¡Perfecto! —Se lo quito de la boca.

—Eso no vale para nada —juza el niño, oculto en un rincón. Distingo los destellos de la hoja de su cuchillo—. No podrás salvarla.

—Ya veras como sí. —Arranco las astillas más grandes que sobresalen del palo. Uno de los extremos está ennegrecido, pero eso es justo lo que quiero—. ¿Puedes llevarlo? —le pregunto a Manchee, acercádoselo.

Lo muerde, lo masca un poco para afianzárselo bien entre los dientes, y ladra:

—¡Sí!

—Genial —Me incorporo y estoy a punto de irme al suelo—. Ahora tenemos que hacer fuego.

—No puedes —me recuerda el niño, que nos espera junto a las ruinas—. La cajita se rompió en el puente.

—Cállate —replico sin mirarlo—. Ben me enseñó a hacer fuego.

—Ben está muerto —dice el niño.

—Temprano, una mañana —canturreo, y sigo cantando, a pesar de que eso haga que las formas que veo se vuelvan titilantes y evanescentes—, al salir el sol...

—No eres lo bastante fuerte para hacer fuego.

—Oí la voz de una dama que gritaba en el valle... —Doy con un trozo de madera largo y plano, y empleo el cuchillo para hacerle una pequeña muesca—. Por favor, no me engañes... —Encuentro una pequeña vara y le achato el extremo—. No me dejes, por favor...

—Porque hacerle eso a una dama no debes, no —el niño acaba la canción por mí.

No le hago caso. Sitúo la punta roma de la vara en la muesca y la hago girar mientras la presiono hacia abajo. El ritmo de la labor pronto se acompasa con los latidos que noto en las sienes, y me acuerdo de estar con

Ben en el bosque, de cuando competíamos para ver quién era capaz de hacer fuego antes que el otro. Siempre ganaba él y, en la mitad de las ocasiones, yo ni siquiera lograba una llamita de nada. Qué buenos tiempos aquellos.

Qué gratos.

—Vamos —me digo. Sudo, toso y estoy mareado, pero mis manos trabajan sin descanso. Entre tanto, Manchee le ladra al trozo de madera, supongo que para animarlo a entrar en combustión.

Después de unos instantes, surge de la muesca una leve nubecilla de humo.

—¡Ajá! —celebro. Tapo la muesca con una mano para protegerla del viento y, con sumo cuidado, soplo desde arriba. Tras emplear un poco de musgo seco a modo de combustible, veo aparecer una primera llama, y en ese instante experimento una alegría como hacía mucho que no sentía. Añado unas cuantas astillas pequeñas y, al ver que han prendido, agrego algunas otras más grandes, de modo que pronto tengo ante mí una fogata que arde alegremente.

Dejo que el fuego se avive durante unos minutos. El viento está soplando desde la dirección del campamento, así que espero que Aaron no huela el humo.

No obstante, tengo más motivos para darle importancia a la dirección del viento.

Me voy bamboleando hasta la orilla usando los troncos de los árboles a modo de apoyos y logro llegar al embarcadero.

—Vamos, vamos —musito mientras, tambaleándome, me atrevo a poner un pie sobre el embarcadero. Los tablones crujen al pisarlos y, en determinado momento, me falta muy poco para caerme al agua, pero, con todo, consigo llegar hasta el final, donde está amarrada la barca.

—Se va a hundir —dice el niño, que veo aparecer a la orilla del río. Me dejo caer hasta el fondo de la barca y, tras mucho temblequear y toser,

consigo erguirme. Es muy estrecha, y las cuadernas que la forman están cedidas y deformadas.

Pero flota.

—Tú no sabes manejar una barca.

Subo al embarcadero, deshago el camino hasta el asentamiento y, una vez allí, trato de hallar un leño lo bastante plano como para que pueda servir como remo.

Cuando lo encuentro, doy por finalizados los preparativos.

Estamos listos.

Inexpresivo y sin ruido, el niño está ahí, con la mochila a la espalda, sosteniendo objetos que me pertenecen.

Le clavo la mirada. No dice nada.

—¿Manchee? —grito, pero descubro que el perro está a mis pies.

—¡Aquí, Todd!

—Buen perro —volvemos a la fogata. Recojo el palo que Manchee encontró hace un rato y coloco uno de sus extremos sobre las llamas. Pasados unos instantes, se pone incandescente y humea, y el fuego prende en la madera que todavía no había ardido—. ¿De verdad crees que puedes llevar esto en la boca? —le pregunto a Manchee.

No tarda en demostrarme que sí puede. Y ahí está, el perrazo más impresionante del mundo, dispuesto a lanzarse sobre el enemigo con una tea ardiente en la boca.

—¿Preparado, compañero? —digo.

—¡Preparado, Todd! —ladra él, moviendo el rabo a una velocidad inusitada.

—Manchee morirá —dice el niño.

Pero persevero, por mucho que el mundo de alrededor dé vueltas y me confunda con destellos, por mucho que la tos me esté consumiendo los

pulmones, que las sienes me latan, que las piernas apenas me sostengan y que la fiebre me devore, yo persevero.

Pues claro que sí.

—Soy Todd Hewitt —le explico al niño—. Y tú vas a quedarte aquí.

—No puedes dejarme atrás —se queja él, pero ya me estoy dando la vuelta, ya estoy diciéndole a Manchee que entre en acción, y él, con el palo en la boca, sale corriendo hacia el peñasco, sobre el que brinca con agilidad, y yo cuento hasta cien en voz alta, porque quiero que la voz del niño calle de una vez para siempre, cuento hasta cien una vez más, y después me encamino a toda prisa hacia el embarcadero, salto a la barca, me pongo el madero que hará de remo en el regazo y uso el cuchillo para cortar las deshilachadas amarras.

—Nunca podrás dejarme atrás —dice el niño desde el embarcadero, observándome con el diario en una mano y el cuchillo en la otra.

—¿Eso crees? Pues atiende —le respondo y, mientras la corriente separa la barca del embarcadero y la empuja río abajo, el niño va haciéndose cada vez más pequeño, inevitablemente.

Allá voy.

Hacia Aaron.

Hacia Viola.

Hacia lo que sea que me depare el destino.

LOS MALVADOS RECIBEN SU CASTIGO

En Prentisstown hay embarcaciones, pero nadie navega en ellas desde que tengo uso de razón. Este mismo río, el que ahora me tiene a merced de sus aguas, pasa por allí, cierto, pero el tramo de Prentisstown abunda en rocas y rápidos, y desemboca en una zona pantanosa que, como muy bien sé, está infestada de cocodrilos. Más allá, todo es arboleda y ciénaga. Con lo cual, esta es la primera vez que me encuentro en una barca y, aunque pudiera parecer que gobernarla a favor de la corriente es tarea fácil, lo cierto es que no lo es.

Por fortuna, esta parte del río es bastante mansa, y las únicas olas son las que levanta el viento. La barca va a la deriva allá donde el río la empuja y no adonde la dirijo yo, de modo que prefiero concentrar mis energías en lograr que deje de girar sobre sí misma.

Pasan los minutos, e invariablemente mis intentos acaban en fracaso.

—¡Puñeta! —mascullo—. ¡Maldito trasto!

Sin embargo, tras chapotear un poco con el remo (y, sí, ya sé, después de varias vueltas más), empiezo a notar que soy capaz de mantener la barca más o menos derecha y, al levantar la vista, compruebo que ya he superado la mitad del camino.

Trago saliva, me estremezco y toso.

Este es el plan. Imagino que no es el mejor, pero sí es todo lo que mi pobre y maltratado cerebro ha podido pergeñar.

Manchee debe llevar el palo en llamas hasta más allá del campamento de Aaron y, una vez allí, dejarlo caer sobre algo que arda. El viento arrastrará el humo en sentido inverso y Aaron creerá que he montado mi propio campamento. Luego Manchee retrocederá hasta el campamento de Aaron ladrando como un loco para hacerle creer que me está avisando de que lo ha encontrado. Eso es sencillo, pues tan solo tiene que ladrar mi nombre, algo que hace sin cesar.

Es de esperar que Aaron vaya tras él. Que intente matarlo. Pero Manchee correrá más deprisa (¡Corre, Manchee, corre como el viento!) Entonces Aaron verá el humo y, como no me tiene ningún miedo, se internará en el bosque en esa dirección con el propósito de acabar conmigo.

A mi vez, iré flotando por el río y llegaré a su campamento mientras él está ausente en el bosque. Rescataré a Viola, y Manchee, después de haber dado un rodeo para perder a Aaron (¡Corre, corre!), se reunirá con nosotros allí.

Sí, vale, este es el plan.

Ya sé.

Ya sé, pero si no funciona, entonces tendré que matar a Aaron.

Y si eso sucediera, no podrá importarme en qué me habré convertido ni qué pensará de mí Viola.

No me importará.

Hay que hacer lo que hay que hacer y, si llega el momento de hacerlo, lo haré.

Desenfundo el cuchillo.

La hoja todavía tiene restos de sangre coagulada, la mía y la del zulaque, pero lo demás reluce y centellea, centellea y reluce. La punta se dobla hacia

arriba como un dedo pulgar erecto, el reborde aserrado se proyecta hacia fuera como una hilera de dientes y el filo late como una vena cargada de sangre.

El cuchillo está vivo.

Mientras lo empuñe, mientras lo emplee, el cuchillo vive, vive con la única intención de quitar la vida, pero tiene que recibir una orden, tiene que esperar a que le ordene matar, pues desea hacerlo, desea hincarse, desgarrar, cortar, hender y rajar, pero no antes de que yo desee que lo haga, de que su voluntad y la mía se hayan convertido en la misma voluntad.

Yo soy el que le da permiso, yo soy el que se responsabiliza.

No obstante, el hecho de que el cuchillo desee hacerlo contribuye a ponérmelo más fácil.

Si llega el momento, ¿dudaré?

—No —susurra el cuchillo.

—Sí —susurra el viento que barre las aguas.

Una gota de sudor me resbala por la frente y va a caer en la hoja del cuchillo, que es ahora tan solo eso, un cuchillo, una herramienta, un trozo de metal que tengo en la mano.

Solo un cuchillo.

Lo dejo en el fondo de la barca.

Vuelvo a tiritar. Toso y escupo inmundicia. Me incorporo para permitir que el frescor del viento me sosiegue y evite que la vista me engañe con raros colores y superficies ondulantes. El río inicia una larga curva y yo, mientras siga a flote, con él.

Ya no hay vuelta atrás. Me falta muy poco para llegar.

Miro a la izquierda, por encima de las copas de los árboles. Me castañetean los dientes.

Todavía no veo humo.

Vamos, hombre, eso es lo que tengo que ver ahora según mi plan. Pero no veo humo.

No hay humo.

Y ya estoy avanzando por la curva. Venga, Manchee.

No hay humo.

Y los dientes, dale que dale, castañeteando. Me rodeo el pecho con los brazos...

¡Humo! El primer indicio de lo que será una columna, ganando altura como una pequeña nube de algodón.

«Buen perro —pienso, apretando los dientes—. Buen perro.»

La barca deriva hacia el centro de la corriente, así que me empleo con el remo y trato de aproximarla a la orilla.

Los espasmos que me sacuden el cuerpo son tan violentos que a duras penas puedo sostener el remo.

El río se curva aún más.

Ah, y ahí está el árbol hendido al que le cayó un rayo, ahí está, acercándoseme por la izquierda.

Ya no queda nada.

Aaron está ahí, en algún lugar cercano.

Menos que nada.

Toso, sudo y tiemblo, pero nada me va a impedir que siga remando. La orilla está a escasos metros. Si, por algún motivo, Viola no puede correr, me va a hacer falta varar la barca en la orilla.

Me gustaría mantener mi ruido al mínimo, pero el mundo que me rodea se ha plegado en un abanico de luces trepidantes, y mi agitación es tal que todo esfuerzo sería en vano. Tendré que contentarme con la esperanza de que el viento brame lo bastante y que Manchee...

—¡Todd! ¡Todd! ¡Todd! —ladridos en la distancia. Mi perro, gritando mi

nombre para atraer a Aaron—. ¡Todd! ¡Todd! ¡Todd!

El viento me impide oír el ruido de Aaron, así que no sé si la estratagema estará dando resultado, pero, de un modo u otro, estoy a la altura del árbol hendido y ya no falta nada para...

—¡Todd! ¡Todd!

Vamos, vamos...

Estoy pasando junto al árbol hendido...

Me agacho en el fondo de la barca...

—¡Todd! ¡Todd! —Los ladridos son cada vez más débiles, se van alejando...

Crujidos de ramas que se rompen...

Y luego ¡TODD HEWITT! rugido con la potencia de un león...

De un león que se aleja...

—Vamos —susurro—, vamos, vamos, vamos...

Aferrados al remo, mis puños tiemblan y...

Las aguas me llevan más allá...

El árbol ha quedado atrás...

Ahí está el campamento y...

Ahí está ella.

Ahí está ella.

Aaron se ha marchado y ella está ahí.

Yace en el suelo en medio del campamento.

Quieta.

El corazón me da un vuelco, toso y murmuero:

—¡Por favor, por favor, por favor...! —Remo con furia hasta conseguir que la barca se arrime a la orilla, salto al agua y me caigo de espaldas, pero me agarro a la proa de la barca, por favor, por favor, por favor, y me levanto, arrastro la barca un trecho para sacarla del agua, echo a correr y tropiezo y

corro, corro hacia Viola...

—Por favor —imploro mientras corro y me duele el pecho, me arde el pecho, me estalla el pecho—. Por favor.

Llego hasta ella, me encuentro con ella. Tiene los ojos cerrados y la boca entreabierta. Pego el oído a su pecho, pese al ruido, el viento, los ladridos y el grito de mi nombre resonando por los bosques...

—Por favor —susurro.

Pum, pum.

Pum, pum.

Está viva.

—Viola —la llamo. Apenas veo nada ya entre los puntos de luz que se me ciernen desde los párpados, pero no importa—. ¡Viola!

Le sacudo los hombros, la cara.

—Despierta —susurro—. Despierta, despierta, ¡despierta!

No puedo llevarla en brazos. Estoy demasiado débil y mareado. Me caería.

Pero si tengo que llevarla en brazos, lo haré.

—¡Todd! ¡Todd! ¡Todd! —ladra Manchee desde algún lugar de las profundidades del bosque.

—¡Todd Hewitt! —oigo a Aaron aullar mientras persigue a mi perro.

Y entonces, debajo de mí, oigo:

—¿Todd?

—¿Viola? —exclamo, casi ciego y ahogado.

Ella me está mirando.

—No tienes buen aspecto —dice con voz amodorrada. Tiene cortes por debajo de los ojos, y una ira súbita me anega las entrañas.

—Tienes que levantarte —susurro.

—Me ha drogado... —dice, cerrando los ojos.

—¿Viola? —Vuelvo a sacudirla—. Aaron va a volver de un momento a

otro. Tenemos que salir de aquí.

Ya no oigo ladridos.

—Tenemos que irnos —insisto—. ¡Ahora!

—Peso demasiado —responde ella arrastrando las palabras.

—Viola, por favor —le ruego, casi sollozando—. ¡Por favor!

Sus párpados se estremecen y se abren.

Sus pupilas se fijan en mí.

—Has venido a buscarme... —dice.

—Sí —contesto entre toses.

—Has venido a buscarme... —insiste, y su expresión parece cercana al llanto.

En ese momento, Manchee llega saltando sobre unos matorrales y ladrando como si su vida dependiera de ello.

—¡Todd! ¡Todd! ¡Todd! —ladra, correteando hacia un lado y hacia el otro—. ¡Aaron! ¡Viene! ¡Viene!

Viola profiere un gemido y se levanta con tanto ímpetu que tiene que sostenerme para impedir que me caiga. Como puedo, levanto un brazo y le señalo la barca.

—¡Allí! —Me falta el aire.

Echamos a correr...

Cruzamos el campamento...

La barca y el río están delante de nosotros...

Manchee, que ha tomado la delantera, se monta en la barca de un salto...

Viola me precede...

Y estamos a cinco...

A cuatro...

A tres pasos de llegar...

Y Aaron sale de entre los árboles...

Su ruido es un chillido tan terrorífico que no me atrevo a mirar atrás...

—¡Todd Hewitt!

Pero Viola ha alcanzado la proa de la barca y se lanza al interior...

Dos pasos...

Y uno más...

Y estoy empujando la barca con todas mis fuerzas para meterla en el río...

—¡Todd Hewitt!

Aaron se acerca...

La barca está encallada...

—¡Los malvados recibirán su castigo!

Está muy cerca...

Y la barca no se mueve...

Y el ruido de Aaron me golpea como un puñetazo...

Pero la barca, de pronto, se ha movido...

Ya tengo los pies en el agua, ya flota la barca...

Y me caigo...

Me fallan las fuerzas y no puedo subirme a la barca...

Me caigo al agua y la barca comienza a alejarse...

Pero Viola me agarra por la camisa y me alza en vilo hasta dejarme con los hombros apoyados en la proa...

—¡Eso sí que no! —brama Aaron...

Viola grita, sigue tirando de mí...

Aaron está ya en el agua...

Se me aferra a los pies...

—¡No! —grita Viola, que no me suelta, que me sujeta con todas sus fuerzas...

Me quedo en el aire...

La barca se detiene...

El rostro de Viola se contrae por el esfuerzo...

Pero esta es una lucha perdida de antemano...

Y entonces oigo un «¡Todd!» ladrado con tanta ferocidad que me parece el grito de guerra de un cocodrilo que está por abalanzarse sobre todos nosotros...

Pero es Manchee...

Es Manchee...

Es mi perro, mi perro, mi perro, que salta sobre Viola, me pasa por la espalda y se lanza sobre Aaron aullando y gruñendo y gritando mi nombre («¡Todd!»), y Aaron suelta un berrido de furia...

Me ha soltado los pies.

Viola y yo nos precipitamos al fondo de la barca, y la sacudida nos empuja hacia la corriente.

La barca empieza a alejarse de la orilla.

Vuelvo la cabeza a un lado y a otro, desesperado por ver qué ocurre, y trepo valiéndome de pies y manos hasta la proa de la barca.

—¡Manchee! —grito.

Aaron se ha pisado el borde de la sotana y ha caído en la arena de la orilla. Manchee está sobre él mordiéndole la cara, arañándolo por todas partes, gruñendo y bramando. Aaron hace intentos por quitárselo de encima, pero mi perro le clava los dientes en la nariz y le da un tirón.

La nariz de Aaron se desgarró y termina por separarse de la cara. Enloquecido por el dolor y chorreando sangre, Aaron da voces y gritos furibundos.

—¡Manchee! —grito—. ¡Date prisa, Manchee!

—¡Manchee! —grita Viola.

—¡Vamos, Manchee!

Y él levanta la mirada para verme...

Y esa es la oportunidad que Aaron estaba esperando.

—¡No! —grito.

Agarra a Manchee por la cabeza con brutalidad y lo eleva en el aire.

—¡Manchee!

Oigo chapoteos y forcejeos, y percibo vagamente que Viola se ha hecho con el remo y está intentando impedir que el río se lleve la barca corriente abajo, pero la realidad se ha convertido para mí en una confusión de luces y vibraciones y...

Y Aaron ha capturado a Manchee.

—¡Vuelve aquí! —brama Aaron con un brazo extendido. De ese brazo pende Manchee, que gime y se sacude intentando zafarse, víctima de un sufrimiento atroz.

—¡Suéltalo! —aúllo. Aaron baja la vista...

La sangre le mana en abundancia por el hueco en donde tenía la nariz, y los dientes le asoman por la raja que le cruza la mejilla. Es ese monstruo sanguinolento y cruento el que dice, una vez más:

—¡Vuelve aquí, Todd Hewitt!

—¿Todd? —gime Manchee.

Pese a los esfuerzos de Viola, que, sobreponiéndose a la debilidad y a la somnolencia, rema tenazmente para que la barca regrese a la orilla, nos estamos alejando poco a poco.

—No —le oigo decir, una y otra vez—. No.

—¡Suéltalo! —grito.

—¡O el perro, Todd, o la niña! —responde Aaron con una frialdad y un aplomo que resultan aterradores—. ¡Tú eliges!

Topo con el cuchillo y lo sostengo con el brazo extendido, pero el mareo me hace derrumbarme y golpearme la boca con la borda de la barca.

—¿Todd? —me llama Viola mientras rema a contracorriente y la barca

gira descontrolada.

Al sentarme otra vez, el vértigo vuelve a demostrarse más fuerte que mi voluntad y me devuelve al fondo de la barca.

—Te mataré —digo, pero mi voz se ha vuelto un susurro inaudible.

—¡Se te acaba el tiempo, Todd! —amenaza Aaron, perdiendo los nervios.

—¿Todd? —gimotea Manchee—. ¿Todd?

No...

—Te mataré —la voz me falla...

No...

No hay nada que hacer...

La corriente arrastra la barca...

Y observo a Viola remar, reparo en las lágrimas que le corren por las mejillas...

Ella me mira...

Y ya no hay nada que hacer...

—No —musita Viola—. Oh, no, Todd...

Y entonces le sujeto los brazos para que deje de remar.

El ruido de Aaron se transforma en un estallido de sombra y sangre.

La corriente nos lleva consigo.

—¡Perdóname! —grito mientras el río nos empuja, y noto que el pecho está a punto de partírseme por la mitad, que mis palabras me están arrancando una parte de mí—. ¡Perdóname, Manchee!

—¿Todd? —ladra él, confuso y asustado, viendo que nos marchamos sin él—. ¿Todd?

—¡Manchee! —grito.

La mano libre de Aaron se cierne sobre mi perro.

—¡Manchee!

—¿Todd?

Aaron da un tirón y se oye un ¡crac! y un grito y, sobre todo lo demás, un ladrido que queda en suspenso, y el corazón se me parte para siempre jamás.

Es tanto el dolor, tanto, tanto, tanto, que me agarro la cabeza con las manos, me derrumbo y abro la boca y expulso desde mis entrañas un lamento interminable al que va a parar toda la oscuridad que guardo en mi interior.

Y cedo a las tinieblas.

Y ya no sé nada más. Que el río nos lleve lejos.



SEXTA
PARTE

DONDE EL RÍO ACABA

El sonido del agua.

Y trinos de pájaros.

¿Cómo vuelvo a mi casa?, cantan. **¿Cómo vuelvo a mi casa?** Y, por debajo, música.

Sí, te lo aseguro; música.

Aflautada, extraña y a la vez conocida...

Y hay luz en lugar de oscuridad, una cascada de luz blanca y dorada.

Y calor.

Y noto suavidad en la piel.

Y también un silencio a mi lado, que me llama con la misma pertinacia de siempre.

Abro los ojos.

Estoy en una cama, bajo una manta, en el interior de una pequeña habitación cuadrada de paredes blancas. Hay por lo menos dos ventanas por las que la luz entra a raudales acompañada por el murmullo del exterior, el del agua que corre y el de los pájaros mudándose de árbol en árbol (y música, ¿será eso música?), y, durante unos momentos, no recuerdo quién soy ni lo que me ha ocurrido, ni tampoco sé por qué me duele la...

Veo a Viola, que duerme ovillada en un sillón que está junto a la cama. Respira por la boca y tiene las manos metidas entre los muslos.

Estoy demasiado atontado como para mover los labios y llamarla por su nombre, pero mi ruido debe de estar armando bastante barullo, pues enseguida la veo abrir los ojos y mirarme, y, de pronto, se encuentra encima de mí, abrazándome. Me está aplastando la nariz.

—¡Oh, Todd, por fin! —musita, estrujándome tanto entre los brazos que hasta me hace daño.

Le acaricio la espalda con una mano y aspiro el aroma que emana de ella. Flores.

—Creía que no ibas a volver en ti —afirma, sin rebajar la fuerza con que me abraza—. Creía que estabas muerto.

—¿Y no lo estaba? —grazno con una voz estridente que no es la mía.

—Estabas muy enfermo —responde, incorporándose para arrodillarse sobre la cama—. Enfermo de verdad. El doctor Snow no estaba muy seguro de que fueras a despertarte, y cuando un médico admite tener esa clase de dudas...

—¿Quién es el doctor Snow? —pregunto, recorriendo la pequeña habitación con la mirada—. ¿Y dónde estoy? ¿Es esto Puerto? ¿De dónde sale esa música?

—Estamos en un asentamiento llamado Carbonel —me explica—. Bajamos por el río y...

Se interrumpe al verme registrar con la mirada los pies de la cama.

Hay un espacio vacío ahí. Manchee no está.

Y entonces lo recuerdo todo.

El pecho se me desmorona. La garganta se me cierra. Alcanzo a oírlo en mi propio ruido, ladrando. «¿Todd?», me llama, incapaz de comprender por qué lo estoy abandonando. «¿Todd?», así, con signos de interrogación,

preguntándome para siempre por qué me he marchado sin él.

—Lo he perdido —mascullo.

Me da la impresión de que Viola va a decir algo, pero, cuando levanto la vista para mirarla, compruebo que le brillan los ojos y que está asintiendo en silencio, y es mejor así, es mejor no decir nada.

Lo he perdido.

Lo he perdido.

Y no sé qué puedo decir.

—¿Es ruido lo que estoy oyendo? —pregunta una voz que entra por la puerta precedida por su propio ruido. Se trata de un hombre, pero un hombre grande, alto y ancho de espaldas. Lleva gafas y, tras ellas, hay unos ojos saltones y curiosos. Sonríe de soslayo, y su ruido llega hasta mí tan cargado de alivio y de júbilo que me entran ganas de arrastrarme hasta la ventana más cercana y huir.

—El doctor Snow —dice Viola al tiempo que sale de la cama para hacer sitio.

—Es un placer conocerte. Al fin, Todd —dice el doctor Snow con una gran sonrisa. Se sienta en la cama y extrae un aparato del bolsillo de la camisa. Se coloca los extremos del aparato en los oídos y, sin siquiera avisarme, me coloca en el pecho una especie de disco unido por un cable—. Respira hondo, por favor.

No hago lo que me dice. Me limito a observarlo.

—Quiero saber si esos pulmones están limpios —explica, y ahora me doy cuenta de qué es lo que me llama la atención de su voz. Su acento es el más parecido al de Viola que yo haya oído en el Nuevo Mundo—. Bueno, no es exactamente el mismo —arguye—, pero se le asemeja un poco.

—El doctor Snow te ha curado —apunta Viola.

Guardo silencio e inspiro una bocanada de aire.

—Muy bien —comenta el doctor Snow, posándome el disco en otro lugar—. Una vez más. —Tomo aire y lo expulso. Descubro que puedo hacerlo, que puedo respirar tanto como quiera—. Has estado muy malito, muchacho —dice—. Creí que no íbamos a poder recuperarte. Hasta ayer, ni siquiera hacías ruido. —Me mira a los ojos—. Hacía tiempo que no me encontraba una enfermedad como la tuya.

—Ya —contesto.

—Hacía muchísimo tiempo que no sabía de un encontronazo con un zulaque —insiste. No digo nada. Prefiero seguir llenando los pulmones de aire—. Muy bien, Todd —dice—. ¿Te importaría quitarte la camisa, por favor?

Miro al médico, pero los ojos enseguida se me desvían hacia Viola.

—Esperaré fuera —dice ella, y se marcha.

Me llevo la mano a la espalda para tirar de la camisa y, con gran asombro, descubro que ya no me duele nada entre los omóplatos.

—Ahí hicieron falta unos cuantos puntos de sutura —me informa el doctor Snow, que se me acerca por detrás y me coloca el curioso aparato en la espalda.

Me estremezco.

—Está frío, eso.

—Esa muchacha no se ha separado de ti ni un instante —asevera, ignorando mis quejas mientras continúa inspeccionándome la espalda—. Ni siquiera para dormir.

—¿Desde cuándo estoy aquí?

—Esta es la mañana del quinto día.

—¿Cinco días? —digo, y, antes de que él tenga tiempo de responder, me he deshecho de la manta y estoy poniéndome de pie—. ¡Tenemos que salir de aquí! —grito. Me tambaleo un poco, pero, aun así, las piernas me sostienen.

Viola se apoya en el marco de la puerta.

—Ya he intentado explicárselo —dice.

—Aquí estáis a salvo —repone el doctor Snow.

—No es la primera vez que alguien nos dice lo mismo —lamento. Miro a Viola en busca de ayuda, pero ella tensa la expresión y fuerza una sonrisa, y entonces me doy cuenta de que lo único que me cubre es un par de calzoncillos llenos de rotos y bastante viejos—. ¡Eh! —exclamo, tapándome con las manos las partes pudendas.

—Aquí estáis mejor que en cualquier otra parte —asegura el doctor Snow, que va hacia una pila de ropa limpia que hay junto a la cama, coge mis pantalones y me los da—. Durante la guerra, nuestro frente fue uno de los más movidos. Sabemos muy bien cómo defendernos.

—Entonces os enfrentasteis a los zulaques. —Le doy la espalda a Viola e introduzco las piernas en las perneras de los pantalones—. Los que vienen ahora son hombres. Mil hombres.

—Eso dicen los rumores —reflexiona el doctor Snow—, pero es físicamente imposible que sean tantos.

—No sé si es físicamente imposible —respondo—, pero tienen armas.

—Nosotros también tenemos armas.

—Y caballos.

—Nosotros también.

—¿Y no crees que algunos de los vuestros se cambiarían de bando? —pregunto, desafiante.

No contesta, lo cual me satisface. No, de ninguna manera me satisface. Me abrocho los pantalones.

—Debo irme.

—Debes descansar —objeta él.

—No nos vamos a quedar aquí de brazos cruzados esperando a que se

presente el ejército —señalo a Viola y, también, sin darme cuenta, señalo el espacio desocupado en el que debería estar mi perro.

El médico y Viola callan mientras mi ruido colma la habitación de Manchee, la llena hasta arriba de Manchee ladrando, levantando la pata y ladrando otro poco más.

Y muriéndose.

Yo tampoco sé qué decir.

(¡Lo he perdido, lo he perdido!)

Me siento vacío. Vacío del todo.

—Nadie te va a obligar a hacer algo que no quieras hacer —dice el doctor Snow con amabilidad—. Sin embargo, antes de que os marchéis, a los ancianos del pueblo les gustaría hablar contigo.

Frunzo el ceño.

—¿Para qué?

—Por si eso puede servirnos de ayuda.

—¿Y cómo voy a ayudaros? —protesto mientras me hago con una camisa limpia—. El ejército vendrá y matará a todo aquel que no se una a sus filas. Eso es todo.

—Este es nuestro hogar, Todd —replica—. Vamos a defenderlo. No tenemos otra alternativa.

—Pues, entonces, no contéis conmigo para... —digo.

—¿Papá? —me interrumpe una vocecita.

Al lado de Viola, en el vano de la puerta, ha aparecido un niño.

Un niño real.

Me está mirando con los ojos abiertos como platos, y su ruido, que es un murmullo rebotante de gracia, luz y espacio, me describe como alguien con *cicatrices*, dice de mí que estoy *flacucho* y me llama *niño durmiente*, mientras no deja de repetir la palabra «papá» pronunciada de múltiples

maneras, diversas y afectuosas todas, para preguntar quién soy, para que su padre le haga caso, para decirle que lo quiere, todo ello en una única palabra que se reproduce hasta el infinito.

—Eh, hombrecito —dice el doctor Snow—. Jacob, este es Todd. Ha despertado.

Jacob me dirige una mirada solemne, se tapa la boca con un dedo y efectúa una inclinación de cabeza.

—La cabra no da leche —informa a media voz.

—Conque no, ¿eh? —dice el doctor Snow, irguiéndose—. Pues tendremos que convencerla de lo contrario, ¿te parece?

Papá, papá, papá, canturrea el ruido de Jacob.

—Iré a ver a esa cabra —me está diciendo el doctor Snow—, y luego reuniré a los ancianos.

No puedo apartar la vista de Jacob, quien, a su vez, no puede apartar la suya de mí.

Está mucho más cerca de lo que lo estuvieron aquellos niños de Farbranch. Y es verdaderamente pequeño.

¿Sería yo tan pequeño alguna vez?

El doctor Snow todavía no ha terminado de hablar.

—Traeré aquí a los ancianos para ver si es cierto que no puedes ayudarnos. —Se inclina sobre mí hasta conseguir atraer mi atención—. O que nosotros no podemos ayudarte a ti.

Su ruido me parece sincero y veraz. Creo que este hombre dice lo que piensa. Y también creo que se equivoca.

—Tal vez sí —admite con una sonrisa— o tal vez no. Todavía no has visto el pueblo. Vamos, Jacob —toma de la mano a su hijo—. Hay comida en la cocina. Supongo que estarás hambriento. Volveré dentro de una hora.

Me asomo al vano de la puerta para observarlo marcharse. Jacob, que

todavía tiene el dedo puesto sobre los labios, me lanza una última mirada furtiva y, junto a su padre, sale al exterior.

—¿Cuántos años tendrá? —le pregunto a Viola, mientras contemplo el pasillo, ahora vacío—. No sabría decir.

—Cuatro —responde ella—. Me lo ha dicho unas ochocientas veces. Me parece que es demasiado joven para ocuparse de ordeñar.

—Es normal en el Nuevo Mundo —afirmo. Al volverme para mirarla, veo que tiene los brazos en jarras y una expresión seria en el rostro.

—Come algo —dice—. Tenemos que hablar.

CARBONEL

Me lleva a la cocina, que es tan diáfana y limpia como la habitación. Sigo oyendo el río, los trinos de los pájaros, la música...

—¿Qué es esa música? —pregunto, encaminándome a la ventana para echar un vistazo al exterior. A veces, tengo la impresión de que reconozco la melodía, pero las líneas que la componen varían de pronto y se solapan las unas a las otras.

—La emiten los altavoces del asentamiento —responde Viola, sacando un plato de carne del congelador.

Me siento a la mesa.

—¿Qué pasa? ¿Están de fiesta o algo así?

—No —dice, y me hace un gesto para indicarme que no sea impaciente—. No hay ninguna fiesta. —Me da un trozo de pan, unas frutas que no he visto en mi vida y una bebida de tonos rojizos que sabe a bayas con azúcar.

Me dedico a comer.

—Cuenta.

—El doctor Snow es un buen hombre —afirma para empezar, como si pensara que eso es lo primero que debo tener en cuenta—. Se deshace en bondad y amabilidad, y se ha esforzado mucho para salvarte, Todd, créeme.

—Vale. ¿Qué más?

—Esa música que suena por los altavoces... —dice mientras me observa comer—. Aquí apenas se oye, pero en el pueblo está tan alta que no te permite captar los pensamientos de los hombres.

—Como en el bar.

—¿Qué bar?

—El de Prentiss... —me interrumpo—. ¿De dónde creen que somos?

—Farbranch.

Suspiro.

—Trataré de recordarlo —le doy un mordisco a una de las frutas—. Pues en ese bar que tú y yo sabemos tienen por costumbre poner la música a todo volumen para tapar el ruido.

Asiente.

—Le pregunté al doctor Snow a qué se debía esa música, y él me respondió que servía para que los hombres pudiesen mantener sus pensamientos en la intimidad.

Me encojo de hombros.

—Imagino que no debe de ser agradable vivir oyendo música a todas horas, pero tiene cierto sentido, ¿no? Es un modo de solucionar el problema del ruido.

—Los pensamientos de los hombres, Todd —insiste—. De los hombres. Ha dicho que va a decirles a los ancianos que vengan a verte, pero esos ancianos son todos hombres.

Se me ocurre una idea espantosa.

—¿Es que aquí también murieron todas las mujeres?

—No. Aquí hay mujeres —responde, jugueteando con el cuchillo de la mantequilla—. Limpian, cocinan, dan a luz y viven todas en un gran dormitorio separado del pueblo, en donde no pueden interferir en los

quehaceres de los hombres.

Dejo el tenedor en el plato.

—Mientras iba en tu busca, pasé por un lugar semejante. Los hombres dormían en una cabaña y las mujeres en otra.

—Todd —dice Viola, mirándome con fijeza—. No me hacen caso. No les interesa lo que digo. Han obviado todos los comentarios que les he hecho sobre el ejército. Me llaman «muchachita», y, vamos, solo les falta hacerme trenzas y darme una muñeca. —Se cruza de brazos—. Si ahora quieren hablar contigo, es porque han empezado a aparecer caravanas de refugiados en la carretera del río.

—Wilf —deduzco.

Los ojos de Viola me examinan y toman nota de lo que ha quedado registrado en mi ruido.

—¡Oh! —exclama—. No, no lo he visto.

—Espera un momento. —Bebo otro sorbo del jugo. Tengo una sed tal que cualquiera pensaría que hace años que no bebo—. ¿Cómo es posible que nos hayamos adelantado tanto al ejército? ¿Por qué todavía no han llegado si hace cinco días que estamos aquí?

—El viaje en la barca duró un día y medio —contesta ella, rascando la mesa con una uña.

—Un día y medio —musito, reflexionando—. Debimos de recorrer muchos kilómetros.

—Muchos, sí —confirma—. Dejé que el río nos llevara. Me daba miedo que nos detuviéramos en los sitios por los que estábamos pasando. Te costaría creer algunas de las cosas que... —sacude la cabeza.

Recuerdo las advertencias de Jane.

—¿Gente desnuda y paredes de cristal? —sugiero.

Viola me mira con extrañeza.

—No —responde—. Hablo de pobreza. Una pobreza horrorosa. Aquellas gentes tenían aspecto de que nos comerían si nos poníamos a su alcance, así que opté por continuar río abajo hasta que, a la mañana siguiente, divisé al doctor Snow y a Jacob pescando. Por su ruido, adiviné que era médico y, a pesar de las extrañas costumbres que tienen por aquí con las mujeres, al menos está todo limpio.

Inspecciono la cocina, clara y ordenada.

—No podemos quedarnos —afirmo.

—Estoy de acuerdo —dice, y apoya el mentón en ambas manos—. He estado muy preocupada por ti. —Hay emoción en su voz—. Y también porque sabía que el ejército estaba acercándose y ellos no me hacían caso. —Frustrada, golpea la mesa—. Y estaba muy triste por...

Calla. La frente se le arruga y aparta la vista.

—Por lo de Manchee —digo, y es la primera vez que menciono su nombre desde...

—Lo siento muchísimo, Todd —musita con ojos llorosos.

—Ya no hay nada que hacer. —Me levanto arrastrando la silla con brusquedad.

—Él te habría matado —dice ella—, y luego habría matado a Manchee simplemente porque podía hacerlo.

—Deja de hablar del asunto, por favor —le pido, y salgo de la cocina y regreso a la habitación. Viola viene detrás—. Hablaré con esos ancianos —agrego, recogiendo del suelo la bolsa de Viola para meter en ella la ropa lavada—, y luego nos iremos. ¿Sabes a cuánta distancia estamos de Puerto?

Sonríe fugazmente.

—A dos jornadas de camino.

Me enderezo.

—¿Tan lejos nos ha traído el río?

—Sí, tan lejos.

Silbo. Dos días. Solo dos días. Y luego, lo que sea que encontremos en Puerto.

—Todd...

—¿Sí? —contesto, colgándome la bolsa del hombro.

—Gracias —dice ella.

—¿Por qué?

—Por rescatarme.

El tiempo se detiene por un instante.

—No hay de qué —mascullo, sabiendo que las mejillas se me están poniendo coloradas. Miro hacia otro lado, pero ella guarda silencio—. ¿Estás bien? —le pregunto, rehuyéndole la mirada—. ¿Te hizo daño?

—En realidad, yo no... —Pero tiene que detenerse al oír que la puerta de la casa se cierra y el soniquete de papá, papá, papá resuena en el pasillo. En lugar de entrar en la habitación, Jacob se arrima al marco de la puerta.

—Papá me ha dicho que vengáis conmigo —anuncia.

—Ah —enarco las cejas—. Debo ir a hablar con los ancianos, ¿verdad?

Jacob asiente con gravedad.

—Bueno, pues en ese caso, vayamos —resuelvo, mirando a Viola—. Y, después, nos marcharemos.

—Perfecto —dice ella, y me alegra el modo en que lo ha dicho. Ambos salimos al pasillo, pero, al llegar a la puerta, Jacob se detiene y se da la vuelta.

—Solo tú —dice, señalándome a mí.

—Solo yo, ¿qué?

Viola se cruza de brazos.

—Quiere decir que solo tú irás a hablar con los ancianos.

Jacob inclina la cabeza para confirmarlo, con la misma seriedad de antes.

Miro a Viola y luego al niño.

—Oye —digo, agachándome para ponerme a la altura de los ojos de Jacob—. ¿Por qué no vas y le dices a tu padre que Viola y yo iremos enseguida, eh?

Jacob abre la boca.

—Pero él dijo que...

—No me importa lo que haya dicho —repongo con voz queda—. Vamos, ve.

Sofoca un jadeo y corre hacia la puerta.

—Me parece que ya estoy hartado de la gente que se cree con derecho a decirme lo que tengo que hacer —afirmo y, de repente, sorprendido por el recelo que capto en mi propia voz, me dan ganas de volver a la cama y dormir otros cinco días más.

—¿Estarás en condiciones de ir andando hasta Puerto? —me pregunta Viola.

—Pues claro —respondo, y ella sonrío.

Voy hacia la puerta.

Una vez más, espero ver a Manchee correteando hacia nosotros.

Su ausencia es tan abrumadora que me parece ver que está aquí, a mi lado, y el pecho se me contrae. Tengo que detenerme, tomar aliento y tragar saliva.

—No —mascullo.

Su último «¿Todd?» pende de mi ruido como una herida.

Esa es otra de las singularidades del ruido. Lo que te sucede se queda grabado, y el ruido lo reproduce sin descanso.

Diviso la leve polvareda que levanta Jacob al pasar corriendo junto a unos árboles de camino al asentamiento. Miro alrededor. La casa del doctor Snow no es demasiado grande, pero, aun así, cuenta con una galería que remata en una terraza sobre el río. Veo un pequeño embarcadero y un puente pegado al

agua que enlaza el sendero que viene de Carbonel con la carretera, la misma a lo largo de la cual hemos pasado tantas penurias. Está oculta tras una hilera de árboles y, a solo dos días de camino, termina en Puerto.

—¡Vaya! —exclamo—. Comparado con el resto del Nuevo Mundo, esto es el paraíso.

—Hace falta algo más que unas casas bonitas para estar en el paraíso —dice Viola.

Continúo inspeccionando los alrededores. El doctor Snow es dueño de un jardín muy arreglado y compuesto junto al que discurre el sendero del asentamiento. Más allá, tras los árboles, distingo varias edificaciones, de las que procede la música.

Esa música rara. Cambia constantemente, supongo que para impedir que te acostumbres a ella y dejes de prestarle atención. No conozco las canciones, que aquí fuera se oyen a un volumen un tanto excesivo, y, si bien supongo que lo que se pretende es que no las conozca, estoy seguro de que, al despertar, oí algo que...

—En el pueblo resulta insoportable —dice Viola—. La mayor parte de las mujeres ni siquiera se acercan —frunce el ceño—. Es de lo que se trata, imagino.

—La mujer de Wilf me habló de un asentamiento en el que la gente...

Me interrumpo porque la música varía. O no varía.

La que viene del asentamiento sigue siendo la misma cantinela prolija, farragosa y absorta.

Pero hay otra.

Otra música diferente.

—¿Oyes eso? —pregunto.

Me doy la vuelta.

Miro a un lado y a otro. Viola hace lo mismo.

Intentamos descubrir qué es lo que oímos.

—A lo mejor acaban de instalar otro altavoz del otro lado del río —
especula—. Por si acaso a las mujeres se les ocurre la idea de plantarlos a
todos.

Pero no estoy escuchando sus palabras.

—No —susurro—. No puede ser.

—¿Cómo? —inquire Viola con un tono de voz distinto.

—Chisss —aguzo el oído e intento que mi ruido me estorbe lo menos
posible.

—Viene del río —susurra ella.

—Chisss —insisto, pues el corazón se me acelera y el ruido me envuelve
zumbando y montando jaleo.

Ahí, entre el rumor del río y el ruido de los pájaros, suena...

—Una canción —murmura Viola—. Alguien está cantando.

Alguien está cantando.

Y, además, está cantando: «Temprano, una mañana, al salir el sol...».

Mi ruido estalla.

—¡Ben! —digo.

NO ME DEJES, POR FAVOR

Corro hacia la orilla y me detengo a escuchar.

«Por favor, no me engañes.»

—¿Ben? —No sé si grito o susurro.

Viola se me aproxima por detrás.

—¿Es Ben? ¿Es tu Ben? —pregunta.

Le indico que se calle con un dedo y, tras concentrarme más allá del sonido del río, de los pájaros y de mi propio ruido, descubro...

«No me dejes, por favor.»

—Al otro lado del río —dice Viola, y echa a andar hacia el puente con paso decidido. Voy tras ella, la adelanto, escudriño el paisaje, escucho por allí y por allá, y...

Detrás de unos frondosos arbustos...

... está Ben.

Es Ben.

Está agachado detrás de la maleza y, con una mano apoyada en el tronco de un árbol, me observa ir hacia él, me observa cruzar el puente, y, mientras me acerco, relaja la expresión y abre su ruido tanto como los brazos, y yo me lanzo hacia ellos saltando del puente, brincando sobre los arbustos, y él me

abrazo y está a punto de caerse mientras mi corazón se deshace de alegría y mi ruido brilla como un cielo despejado...

Ahora todo va a ir bien.

Todo va a ir bien.

¡Todo va a ir bien!

Ben está conmigo.

Me abraza con fuerza y musita mi nombre, y yo, bajo la mirada de Viola, que se ha quedado a cierta distancia, le doy un abrazo tras otro, porque es Ben, por todos los santos, es Ben, Ben, Ben.

—Soy yo, sí —dice, sonriente y medio ahogado por mi efusividad—. ¡Qué alegría verte, Todd!

—Ben —digo, separándome un poco de él, pero, como no sé qué hacer con las manos, vuelvo a la carga, le agarro de la camisa y tiro de él de una manera que solo puede significar amor—. Ben —repito.

Él asiente y sonrío.

Sin embargo, tiene los ojos cercados por arrugas hondas, y ya empiezo a percibir los primeros indicios de lo que ha ocurrido, que se insinúan en su ruido y que él no puede contener, de modo que tengo que preguntárselo:

—¿Y Cillian?

En lugar de responderme con palabras, me lo muestra mediante el ruido, en el que lo veo correr hacia nuestra granja, que las llamas están abrasando y consumiendo con Cillian y algunos de los hombres del alcalde en el interior, y luego lo veo a él mismo detenido, sumido en la aflicción.

—¡No, por favor! —ruego, hundido, a pesar de que una parte de mí adivinase ya la certeza de lo que ahora Ben me ratifica.

Sin embargo, intuir no es lo mismo que saber.

Abatido, Ben asiente una vez más, y entonces advierto que sus ropas están sucias, que tiene un coágulo de sangre en la nariz y que su aspecto es de no

haber comido nada durante días, pero, con todo, es Ben, y Ben, como siempre, puede leerme el pensamiento como nadie, y yo le dejo hacer con los ojos anegados en lágrimas, echándome en sus brazos para llorar, esta vez con todo mi ser, la desaparición de mi perro, de Cillian y de nuestras vidas.

—Lo abandoné —digo entre la baba y el llanto—. Lo abandoné.

—Lo sé —responde, y sé que es cierto porque capto esas mismas palabras en su ruido. *Lo abandoné*, piensa.

Al cabo de unos instantes, se desprende de mí con delicadeza y dice:

—Escúchame, Todd. No tenemos mucho tiempo.

—¿Para qué no tenemos mucho tiempo? —Me enjugo las lágrimas, pero Ben está pendiente de Viola.

—Hola —dice ella, con cierta desconfianza en la mirada.

—Hola —contesta Ben—. ¿Tú debes de ser...?

—Lo soy —afirma Viola.

—Has estado cuidando de Todd, ¿verdad?

—Hemos cuidado el uno del otro.

—Me alegro —responde Ben, cuyo ruido alterna entre la pesadumbre y la afabilidad—. Me alegro.

—Vamos —tercio, agarrándole el brazo para conducirlo hacia el puente—. Te procuraremos algo de comer, y hay un médico que...

Pero Ben no se mueve.

—¿Te importaría quedarte vigilando? —le pregunta a Viola—. Si ves algo, cualquier cosa, avísanos, tanto si viene por la pista como si procede del asentamiento.

Obedeciendo, Viola me lanza una mirada y se aleja hacia el sendero.

—La situación es muy comprometida —me informa Ben, con voz grave y lenta—. Debes ir a Puerto. No hay un minuto que perder.

—Lo sé, Ben —repongo—, pero ¿por qué...?

—Te persigue todo un ejército.

—Ya, y también Aaron. Pero ahora que estás aquí, podríamos...

—No puedo ir contigo —afirma.

Me quedo con la boca abierta.

—¿Cómo? Pero claro que puedes venir...

Él sacude la cabeza.

—Sabes que no.

—Seguro que se nos ocurre la manera —insisto y, sin embargo, mi ruido ya ha empezado a arremolinarse, a reflexionar y a recordar.

—Los hombres de Prentisstown no son bien recibidos en ningún lugar del Nuevo Mundo —dice.

Le doy la razón con un gesto de cabeza.

—Ni tampoco, por cierto, los niños de Prentisstown.

Me toca el brazo.

—¿Alguien te ha hecho daño?

Lo miro en silencio.

—Mucha gente —afirmo.

Se muerde el labio y su ruido se precipita hacia el desconsuelo.

—Te he buscado —dice—. Noche y día, ya detrás del ejército, a su lado o por delante, recogiendo los rumores que hablaban de un niño y una niña que viajaban solos. Y ahora estás aquí y te encuentras bien. Sabía que te encontraría. —Suspira, y es tanto el amor y la tristeza de su gesto que sé que está por decirme una verdad que le cuesta admitir—. Sin embargo, en el Nuevo Mundo yo soy un peligro para ti. —Hace un gesto para hacerme ver los arbustos, que nos cobijan como a ladrones—. Vas a tener que hacer el resto del viaje tú solo.

—No estoy solo —respondo sin pensar.

Sonríe, pero eso no mengua la gravedad del momento.

—No —admite—, no estás solo. —Desvía la vista y, a través de las frondas, otea el río y la casa del doctor Snow—. ¿Has estado enfermo? —pregunta—. Ayer por la mañana, tu ruido descendía hasta el río somnoliento y enfermo. He estado aquí aguardando desde entonces. Me temía lo peor.

—He estado enfermo —digo, y la culpa empieza a cernerse sobre mi ruido con la pesadez y la lentitud de la niebla.

Ben me observa de arriba abajo.

—¿Qué ha pasado, Todd? —inquire mientras, con la habilidad de siempre, rebusca en mi ruido—. ¿Qué ha pasado?

Dejo que sea mi ruido el que conteste por mí, y le ofrezco a Ben lo que recuerdo desde el principio; los cocodrilos que atacaron a Aaron, la escapada por la ciénaga, la nave de Viola, la persecución a que nos sometieron el alcalde y sus hombres, el puente, Hildy y Tam, Farbranch y lo que allí sucedió, la bifurcación, Wilf y la gran masa que cantaba «Aquí», el señor Prentiss Junior, el rescate de Viola...

Y el zulaque.

Y lo que le hice.

No soy capaz de mirar a Ben a los ojos.

—Todd —dice.

Sigo con la vista puesta en el suelo.

—Todd —insiste—, mírame.

Levanto los ojos. Los suyos, tan azules como los recordaba, me buscan la mirada y me la sostienen.

—Todos hemos cometido errores, Todd. Todos.

—Lo maté —digo. Trago saliva—. Era como tú y como yo, y lo maté.

—Actuaste así porque confiaste en lo que sabías. Decidiste obrar según lo que juzgaste más conveniente.

—¿Y eso excusa mis actos?

Distingo algo en su ruido, un secreto que pugna por salir a la luz.

—¿Qué ocurre, Ben?

Suspira.

—Es hora de que lo sepas, Todd —afirma—. Es hora de que sepas la verdad.

Las ramas de los arbustos se apartan, y Viola, apresurada, aparece entre ellas.

—Vienen caballos por la carretera —anuncia sin aliento.

Aguzamos el oído. Los cascos se oyen a lo lejos, aproximándose a galope tendido. Ben se escabulle hacia los arbustos, y Viola y yo vamos tras él. Sin embargo, no parece hacernos demasiado caso, preocupado como está por el raudo jinete, a quien oímos llegar por la carretera y tomar por el puente que lleva a Carbonel, cuyos tablones, golpeados por los cascos del caballo, traquetean y crujen. El pulso del galope acaba por entremezclarse con la música de los altavoces y perderse poco después.

—Malas noticias —juzga Viola.

—El ejército debe de estar al caer —especula Ben—. Es probable que sea cuestión de horas.

—¿Qué? —exclamo, retrocediendo un poco. Viola da un respingo.

—Ya te he dicho que no nos quedaba mucho tiempo —dice Ben.

—¡Entonces, marchémonos cuanto antes! —respondo—. Tú vendrás con nosotros. Le diremos a la gente que...

—No —me interrumpe Ben—. No. Vosotros id a Puerto y no os preocupéis por mí. Es lo mejor que podéis hacer.

Nuestras preguntas enseguida lo abruman.

—¿Y en Puerto estaremos a salvo del ejército? —inquire Viola.

—¿Es cierto que allí se conoce la cura para el ruido? —pregunto yo a mi vez.

—¿Tendrán algún sistema de comunicaciones? ¿Podré ponerme en contacto con mi nave?

—¿Crees que allí estaremos bien? ¿Es peligroso ese lugar?

Ben levanta las manos para detenernos.

—No lo sé —admite—. Hace veinte años que no voy a Puerto.

Viola se endereza de súbito.

—¿Veinte años? —exclama—. ¿Veinte años? —Va levantando el tono de voz—. Y entonces, ¿cómo vamos a saber qué es lo que nos encontraremos al llegar? ¿Cómo podemos saber siquiera si Puerto sigue existiendo?

Me froto la cara con una mano y, entonces, la repentina conciencia del vacío que Manchee llenaba me permite comprender que nunca hemos querido saberlo.

—No lo sabemos —digo con certidumbre— y nunca lo hemos sabido.

Viola suspira y relaja los hombros.

—Supongo que es cierto —murmura.

—Pero debéis tener esperanza —tercia Ben—. Jamás perdáis la esperanza.

Viola y yo lo miramos de una manera que no sabría describir. Digamos que lo miramos como si nos estuviese hablando en un idioma incomprensible, como si nos acabase de decir que nos mudásemos a una de las lunas, como si pretendiera convencernos de que todo ha terminado bien y que solo nos resta ser felices y comer perdices.

—Resulta difícil tener esperanza —digo después de un rato.

Él sacude la cabeza.

—¿Qué crees que os ha empujado durante vuestro viaje? ¿Por qué te parece que habéis llegado tan lejos?

—Por miedo —responde Viola.

—Por desesperación —añado.

—No —arguye, mirándonos a los dos—. Nada de eso. Habéis hecho un

viaje que la mayor parte de los habitantes de este planeta no harán en sus vidas. Habéis superado obstáculos y afrontado peligros en los que muy bien podríais haberos dejado el pellejo. Habéis escapado de un ejército, de un lunático y de la enfermedad, y habéis visto cosas que la mayoría de la gente jamás verá. ¿Es posible que no os deis cuenta de que, si estáis aquí, es gracias a la esperanza?

Intercambio una mirada con Viola.

—Entiendo lo que quieres decir, Ben, pero... —digo.

—¡Esperanza! —insiste, apretándome el brazo—. Gracias a la esperanza. Con mirarte a los ojos me basta para saber que hay esperanza. Que puedo poner mis esperanzas en los dos. —Observa a Viola y luego me mira a mí—. Al final de vuestro viaje hay esperanza.

—Tú no puedes saberlo —replica Viola, y mi ruido, a mi pesar, coincide con ella.

—No —responde Ben—, pero creo en ello. Creo en vosotros. De ahí nace la esperanza.

—Ben...

—Aunque tú no creas —dice—, recuerda que yo sí.

—No tendría que recordarlo si vinieras con nosotros.

—¿No vas a venir? —pregunta Viola con sorpresa.

Ben hace ademán de hablar, pero cambia de opinión en el último momento y aprieta los labios

—¿Cuál es esa verdad? —le pregunto—. ¿Qué es lo que tenemos que saber?

Ben toma una bocanada de aire.

—Está bien —responde, pero entonces alguien grita mi nombre desde el otro lado del río.

Y en ese instante, notamos que la música de Carbonel sucumbe al ruido de

los hombres que están atravesando el puente.

Muchos hombres.

Supongo que este es otro de los propósitos de la música. Que nadie los oiga venir.

—¿Viola? —grita el doctor Snow—. ¿Qué estáis haciendo aquí?

Endezco la espalda y observo la escena. El doctor Snow recorre el puente con su hijo, Jacob, a quien lleva de la mano, y tras ellos marcha un grupo de hombres que, con gesto menos amable, nos miran a Ben, a Viola y a mí.

Y, mientras empiezan a entender lo que ven, el ruido que causan cobra tonalidades distintas.

Veo que algunos portan rifles.

—¿Ben? —susurro.

—Debéis huir —contesta él—. Debéis salir de aquí ahora mismo.

—No pienso marcharme sin ti. Otra vez no.

—Todd...

—Demasiado tarde —advierte Viola.

Porque, tras salir del puente, se encaminan hacia los arbustos, que ya no nos esconden de nadie.

El doctor Snow es el primero en aproximarse. Observa a Ben de arriba abajo.

—¿Se puede saber quién es este?

El ruido que acompaña a esas palabras no es amistoso.

LA LEY

—Este es Ben —digo, tratando de que mi ruido acalle todos los interrogantes que envían los hombres.

—¿Y qué relación tiene con vosotros? —inquire el doctor Snow con desconfianza en el gesto.

—Es mi padre —respondo, porque, a fin de cuentas, esa es la verdad—. Ben es mi padre.

—Todd —dice Ben, detrás de mí, y noto que su ruido, plagado de emociones, me aconseja, sobre todo, precaución.

—¿Tu padre? —pregunta un hombre de barba hirsuta, cuyos dedos se curvan sobre la culata de un rifle.

Sin embargo, el rifle sigue apuntado hacia el suelo. Al menos, de momento.

—Deberías medir tus palabras cuando afirmas que este hombre es tu padre, Todd —afirma el doctor Snow lentamente, rodeando los hombros de su hijo con un brazo.

—Dijiste que el muchacho era de Farbranch —protesta un tercero, que tiene una marca de nacimiento de color púrpura debajo de un ojo.

—Porque así me lo dijo la niña. —El doctor Snow centra la vista en Viola

—. ¿No es cierto, Vi?

Viola le sostiene la mirada, pero no responde a su pregunta.

—La palabra de las mujeres carece de valor —opina el de la barba—. Este hombre que tengo delante ha nacido en Prentisstown, y no me cabe ninguna duda al respecto.

—Viene como avanzadilla del ejército —juzga el de la marca de nacimiento.

—El muchacho es inocente —dice Ben y, cuando me doy la vuelta, veo que ha levantado las manos—. Es a mí a quien queréis.

—Error —puntualiza el de la barba, cada vez más irritado—. Es a ti a quien no queremos.

—Vamos a calmarnos un poco, Fergal —dice el doctor Snow—. Aquí pasa algo extraño.

—Ya sabes lo que dice la ley —replica el de la marca de nacimiento.

La ley.

En Farbranch también se hablaba de ella.

—También sé que nos encontramos en circunstancias extraordinarias —asevera el doctor Snow, tras lo cual nos mira y añade—: Deberíamos darles la oportunidad de explicarse.

Oigo que Ben toma aire.

—Bueno, yo...

—Tú no —lo interrumpe el de la barba.

—Vamos, cuéntanos, Todd —me dice el doctor Snow—. Y ten presente que lo más importante es que digas la verdad.

Miro a Viola, a Ben, y a Viola una vez más.

¿Y por qué parte de la verdad me decido?

Oigo el chasquido de un rifle al ser amartillado. El hombre de la barba está alzando el cañón de su arma, y lo mismo hacen uno o dos compañeros suyos.

—Cuanto más tardes en responder —me advierte el de la barba—, más me costará no ver en ti a un espía.

—No somos espías —reivindico al punto.

—Sabemos que el ejército del que habló esa muchacha tuya avanza por la pista del río —dice el doctor Snow—. Uno de nuestros vigías nos ha avisado que está a una hora de camino.

—¡Oh, no! —susurra Viola.

—No es mía —mascullo.

—¿Qué? —pregunta el doctor Snow.

—¿Qué? —dice, confusa, Viola.

—Digo que ella no es mía —insisto—. Viola se pertenece a sí misma y a nadie más.

No te puedes imaginar cómo me está mirando Viola en este momento.

—Lo que sea —tercia el de la marca de nacimiento—. Hay un ejército de Prentisstown que se dispone a marchar sobre nosotros, un hombre de Prentisstown que se esconde en las cercanías de nuestro pueblo y un niño de Prentisstown que ha estado malmetiendo por aquí toda la semana. A mí todo esto me huele a chamusquina.

—Ha estado enfermo —arguye el doctor Snow—. Tenía mucha fiebre.

—Eso es lo que quieres hacernos creer —le recrimina el de la marca de nacimiento.

El doctor Snow se vuelve hacia él con parsimonia.

—¿Debo entender que me estás tachando de mentiroso, Duncan? Te ruego que tengas en mente que le estás hablando al presidente del Consejo de Ancianos.

—¿Me estás diciendo que te niegas a ver la conjura que tienes delante de los ojos, Jackson? —repite el de la marca de nacimiento, que no parece dispuesto a retirarse ni a bajar el rifle—. Somos un blanco fácil. A saber qué

le habrán dicho estos a su ejército —apunta a Ben con el rifle—. Pero, en cualquier caso, vamos a zanjar el asunto sin más pérdida de tiempo.

—No somos espías —insisto—. Huimos de ese ejército, igual que haríais vosotros si estuvieses en nuestra situación.

Los hombres se miran los unos a los otros.

En su ruido, oigo pensamientos sobre el ejército, sobre escapar de él en vez de quedarse a defender el pueblo. Además, veo una ira que va creciendo poco a poco y que se debe a que estos hombres no saben cómo proteger a sus familias. Pero, sobre todo, veo una ira reconcentrada que no responde a que no estén preparados, a pesar de los avisos de Viola ni tampoco al estado en el que se encuentra este mundo.

Una ira que recae única y exclusivamente sobre Ben.

Están enfadados con Prentisstown, y Prentisstown, para ellos, es ahora solo un hombre.

El doctor Snow se arrodilla para ponerse a la altura de Jacob.

—Oye, hombrecito —le dice a su hijo—, vuelve a casa, anda.

Papá, papá, papá, oigo repetir en el ruido de Jacob.

—¿Por qué, papá? —le pregunta, mirándome.

—Pues porque estoy seguro de que la cabra está bastante solita —contesta el doctor Snow—. ¿De qué nos vale una cabra que está solita, eh?

Jacob examina a su padre, después a Ben y a mí, y, al fin, a los hombres armados.

—¿Por qué están todos tan enfadados?

—Pues... —repite el doctor Snow—. Estamos aclarando un poco las cosas, y nada más. Vamos, ve a casa y comprueba que la cabra esté bien, ¿vale?

Jacob se queda reflexionando.

—Sí, papá —dice después.

El doctor Snow le da un beso en la frente y le revuelve el cabello. Jacob sale corriendo por el puente hacia su casa. Cuando el doctor Snow se vuelve para mirarnos, una colección de rifles dirigen sus cañones hacia nosotros.

—Imagino, Todd, que advertirás que las cosas se ponen cada vez más feas —dice con una pesadumbre que no es fingida.

—Él no sabe nada —señala Ben.

—¡Cierra el pico, asesino! —grita el de la barba, haciendo gestos con su arma.

¿Asesino?

—Dime la verdad —me pide el doctor Snow—. ¿Eres de Prentisstown?

—Él me salvó de los hombres de Prentisstown —repite Viola, contestando por mí—. De no haber sido po...

—¡Calla, niña! —la interrumpe el de la barba.

—Ahora no es momento de que las mujeres se pongan a hablar, Vi —la reprende el doctor Snow.

—Pero... —protesta Viola.

—Por favor —le insiste el doctor Snow antes de encararse con Ben y añadir—: ¿Qué le has contado al ejército? ¿Les has dicho cuántos hombres somos, qué defensas tenemos...?

—He estado huyendo del ejército —responde él, todavía con las manos en alto—. Miradme. ¿Tengo aspecto de ser un soldado bien alimentado y pertrechado? No solo no les he dicho nada, sino que he estado escapando de ellos, buscando a mi... —se interrumpe, y sé cuál es la razón de esa pausa—. A mi hijo —agrega.

—¿Y has obrado así conociendo la ley? —pregunta el doctor Snow.

—Sí, conozco la ley —afirma Ben—. ¿Quién puede desconocerla?

—Pero ¿qué maldita ley es esa? —grito—. ¿De qué demonios estáis hablando?

—Todd es inocente —asegura Ben—. Podéis comprobarlo en su ruido siempre que queráis, y os garantizo que no encontraréis nada que os permita concluir lo contrario.

—No debemos fiarnos de ellos —dice el de la barba, con la vista fija en su rifle—. Ya lo sabes.

—Yo no sé nada —replica el doctor Snow—. Hace por lo menos diez años que no sé nada.

—Sabemos que se han levantado en armas, que han formado un ejército —argumenta el de la marca de nacimiento.

—Sí —concede el doctor Snow—, pero no veo crimen en los ojos de este muchacho.

Una docena de ruidos distintos se ciernen sobre mí como varas dispuestas a atizarme.

—Además, tenemos otros problemas más importantes —continúa diciendo el doctor Snow—. Un ejército viene hacia aquí e ignoramos si quienes lo forman saben o no lo que hemos preparado para recibirlo.

—¡No somos espías! —aúllo.

Pero, como si no me oyera, el doctor Snow se vuelve hacia los hombres.

—Llevad al muchacho y a la niña al pueblo. Que la niña vaya con nuestras mujeres. El muchacho podrá luchar a nuestro lado.

—¡Espera un momento! —bramo.

El doctor Snow mira a Ben.

—Y a pesar de que crea que, en efecto, eres tan solo un hombre en busca de su hijo, debes entender que la ley es la ley.

—¿Es esta tu decisión? —inquire el de la barba.

—Siempre que los ancianos estén de acuerdo conmigo —contesta el doctor Snow. Unos con más renuencia que otros, pero todos ellos con ademanes adustos y bruscos, los hombres expresan su conformidad con un gesto de

cabeza. El doctor Snow me mira—. Lo siento, Todd.

—¡Aguarda! —insisto, pero el hombre de la marca de nacimiento da un paso al frente y me agarra el brazo—. ¡Déjame en paz!

Otro hombre sujeta a Viola, que se resiste tanto como yo.

—¡Ben! —grito, mirándolo—. ¡Ben!

—Ve, Todd —responde él.

—¡No, Ben!

—Recuerda siempre que te quiero.

—¿Qué va a pasar contigo? —pregunto mientras intento librarme de las manos del de la marca de nacimiento. Miro al doctor Snow—. ¿Qué vais a hacer con él?

No me responde, pero lo adivino en su ruido. Van a hacer lo que la ley exige que se haga.

—¡Y un cuerno! —bramo y, con el brazo que tengo libre, desenfundo el cuchillo y le hago un corte en la mano al hombre que me retiene, que suelta un berrido y se desentiende de mí.

—¡Corre! —le ordeno a Ben—. ¡Sal corriendo!

Veo a Viola morder la mano de su captor, el cual chilla y se aparta de ella.

—¡Y tú también! —le grito—. ¡Corre!

—Yo que vosotros no haría eso —masculla el de la barba, y los rifles, uno tras otro, se van amartillando.

Profiriendo maldiciones y juramentos, el de la marca de nacimiento se dispone a golpearme con el puño, pero yo le muestro el cuchillo.

—¡Atrévete! —le digo—. ¡Vamos, ven aquí!

—¡Ya basta! —ruge el doctor Snow.

Se hace un silencio repentino, que es lo que permite que oigamos los cascos.

Cotocloc, cotocloc, cotocloc...

Caballos. Cinco. Diez. Quince, quizá.

Volando sobre la pista como si los espolease el mismo diablo.

—¿Exploradores? —le pregunto a Ben, conociendo la respuesta de antemano.

Sacude la cabeza.

—No, es la avanzada del ejército.

—Traerán armas —le digo al doctor Snow y a los hombres rápidamente—. Tantas como vosotros.

El doctor Snow está reflexionando. Oigo el runrún de su ruido mientras calcula cuánto tardarán en llegar esos caballos, cuántos problemas les pondremos Viola, Ben y yo, cuánto de su precioso tiempo les haremos perder.

Toma una decisión.

—Soltadlos.

—¿Qué? —exclama el de la barba, cuyo ruido exige apretar el gatillo del rifle de inmediato—. Ese es un traidor y un asesino.

—Pero tenemos un pueblo que proteger —aduce el doctor Snow con voz firme—. Tengo un hijo cuya vida debo salvaguardar. Y tú también, Fergal.

El de la barba frunce el ceño, pero calla.

El cotocloc de los caballos es cada vez más intenso.

El doctor Snow se vuelve hacia nosotros.

—Marchaos —dice—. Tan solo espero que no hayáis sentenciado nuestro destino.

—No hemos sentenciado nada —replico—. Esa es la verdad.

El doctor Snow contrae los labios.

—Te creo. —Mira a los hombres—. ¡Vamos! —grita—. ¡A vuestros puestos! ¡Rápido!

El grupo se dispersa a la carrera en la dirección de Carbonel, y el de la

barba y el de la marca de nacimiento, mientras corren, nos lanzan miradas desconfiadas con el propósito de hallar un motivo que les permita abrir fuego sobre nosotros, pero no lo encuentran. Nos limitamos a observarlos alejarse.

Advierto que estoy temblando de pies a cabeza.

—¡Uf! —Viola se dobla por la cintura.

—Tenemos que salir de aquí —digo—. El ejército está más interesado en nosotros que en ellos.

Todavía tengo conmigo la bolsa de Viola, si bien todo lo que contiene se reduce a unas cuantas piezas de ropa, las botellas de agua, los prismáticos y el diario de mi madre, todavía guardado en la bolsa de plástico.

Eso es todo lo que nos queda en este mundo. Así que estamos listos para partir.

—El ejército nunca va a darse por vencido —se lamenta Ben—. No puedo ir con vosotros.

—Claro que puedes —replico—. Podrás separarte de nosotros más tarde, pero, de momento, lo que tenemos que hacer es irnos todos juntos. No estoy dispuesto a que te atrape el ejército. —Miro a Viola—. ¿Estamos?

Endereza los hombros y me observa con expresión resuelta.

—Estamos —afirma.

—Pues vamos allá —resuelvo.

Los ojos de Ben se debaten entre Viola y yo. Arruga la frente.

—Solo hasta que estéis a salvo.

—Dejemos la conversación para después —propongo—. Ahora hay que correr.

PREGUNTAS CON RESPUESTA

Por razones evidentes, evitamos acercarnos a la carretera que discurre junto al río, y corremos entre los árboles, como siempre, en dirección a Puerto, abriéndonos camino entre raíces y ramas para alejarnos de Carbonel a la mayor velocidad que las piernas nos permiten.

Al cabo de unos diez minutos, se oyen los primeros disparos.

No miramos atrás. Ni por un momento se nos ocurre mirar atrás. Mientras corremos, el sonido de las balas va languideciendo.

Y seguimos corriendo.

Viola y yo somos más rápidos que Ben y, a veces, tenemos que reducir el ritmo para evitar que se rezague.

Pasamos por dos asentamientos deshabitados, cuyas gentes, es de suponer, supieron reaccionar a los rumores de la venida del ejército con más eficacia que las de Carbonel. Avanzamos al abrigo de los árboles que se levantan entre el río y la pista, pero no vemos ninguna caravana de carretas. A estas alturas, deben de estar ya llegando a Puerto.

Proseguimos.

La noche nos encuentra corriendo.

—¿Estás bien? —le pregunto a Ben, cuando hacemos un alto a la orilla del

río para rellenar las botellas de agua.

—Continuemos —dice, jadeante—. Continuemos.

Viola me mira con preocupación.

—Siento que no tengamos comida —afirmo, pero él sacude la cabeza y vuelve a repetir lo mismo.

—Continuemos.

Y eso hacemos.

Y, cuando llega la medianoche, todavía estamos haciéndolo.

(¿Quién sabe cuántos días me quedan? ¿Tendrá alguna importancia eso ahora?)

Hasta que, en un momento dado, Ben dice:

—Esperad. —Se detiene y apoya las manos en las rodillas. Su respiración es pesada y trabajosa.

Inspecciono el terreno que nos rodea, que la luz de las lunas ilumina. Viola también mira alrededor. Señala hacia un punto.

—Allí —dice.

—Subamos hasta allí, Ben —propongo, apuntando con un dedo la colina baja que Viola ha divisado—. Desde esa altura podremos hacernos una idea sobre dónde estamos.

Ben no responde, tan solo resopla y asiente, y después sigue nuestros pasos. Hay un sendero bien cuidado que nos conduce hacia arriba entre los árboles, y en lo alto encontramos un claro.

Es al llegar cuando entendemos en qué clase de lugar estamos.

—Un cementerio —digo.

—¿Un qué? —inquire Viola mientras observa las losas de piedra que se yerguen sobre las tumbas. Debe de haber unas cien o doscientas, ordenadas en filas y rodeadas de césped. La vida de los colonos es corta y difícil, y muchos de los que llegan al Nuevo Mundo no tardan en sucumbir.

—Es un lugar para enterrar a los muertos —le explico a Viola. Ella adopta una expresión de asombro.

—¿Un lugar para hacer qué?

—¿Qué pasa? ¿Los viajeros del espacio no se mueren? —pregunto.

—Sí —contesta—. Pero nosotros incineramos los cadáveres. No los metemos en un agujero —se cruza de brazos y frunce la boca y el entrecejo mientras sopesa los sepulcros con la mirada—. Esto me parece bastante poco higiénico.

Ben, que está sentado junto a una de las lápidas y jadea, todavía no ha dicho palabra. Tras beber un sorbo de agua de una de las botellas, se la ofrezco. Levanto la vista y contemplo el panorama. Se divisa la carretera y el río, que fluye a nuestra izquierda. El cielo es claro y abundante en estrellas, y las lunas están medio llenas.

—¿Ben? —musito, observando el techo de la noche.

—¿Sí? —contesta mientras bebe.

—¿Te encuentras bien?

—Sí. —Su respiración está cerca de recuperar el ritmo acostumbrado—. Pero estoy hecho para las tareas agrícolas; no para los maratones.

Disfruto de la perspectiva de las lunas, que, persiguiéndose la una a la otra, resplandecen sobre el mundo sin atender a los vaivenes de los seres humanos.

Tras eso, escudriño en mi interior, en mi ruido.

Y me doy cuenta de que estoy listo.

Esta es la última oportunidad.

Y estoy listo.

—Creo que ha llegado el momento —anuncio, mirando a Ben—. Es preferible que sea ahora, pues más tarde tal vez no tengamos tiempo.

Él se lame los labios y traga un último sorbo de agua. Enrosca el tapón en la botella.

—Lo sé —admite.

—El momento, ¿para qué? —pregunta Viola.

—¿Por dónde empezar? —duda Ben.

Me encojo de hombros.

—Me es indiferente, con tal de que sea la verdad.

Oigo que el ruido de Ben se reúne para entretejer la secuencia de los hechos, y esta, al fin, se destila, se aparta de la corriente principal para salir de su escondrijo y revelarme lo que he ignorado durante toda mi infancia.

El silencio de Viola se vuelve, si cabe, más silencioso de lo habitual, como si ella ni siquiera se atreviese a respirar.

Ben toma aliento.

—El germen del ruido no era un arma de los zulaques. Eso es lo primero que debes saber. El germen ya estaba aquí cuando aterrizamos. Se trata de un fenómeno natural, presente en el aire de este planeta desde siempre y para siempre. Al desembarcar de nuestras naves, solo hizo falta un día para que los pensamientos de todos nosotros se volvieran patentes a oídos de los demás. Imagínate qué sorpresa.

Se detiene, concentrado en sus recuerdos.

—De todos vosotros, los hombres —puntualiza Viola.

—Sí, solo los hombres —añado yo.

Ben asiente.

—Nadie sabe por qué es así. Tampoco a día de hoy. En su mayoría, nuestros científicos eran especialistas en agricultura, y los médicos no lograban dar con el motivo del ruido, así que, durante cierto tiempo, nos sumimos en el caos... Un caos como no creería posible. Caos, confusión y ruido, ruido, ruido incesante. —Se rasca la barbilla—. Muchos hombres partieron y fueron a establecerse en asentamientos distantes, y a medida que se abrían carreteras y caminos, Puerto fue perdiendo población. Sin embargo,

la gente no tardó en darse cuenta de que no había nada que hacer, de modo que cada uno trató de adaptarse lo mejor posible, de encontrar maneras de vivir con el ruido, y surgieron comunidades diferentes que optaron por soluciones distintas. Y lo mismo ocurrió cuando descubrimos que nuestro ganado hablaba, y también los animales domésticos y las criaturas salvajes.

Observa el cielo y su mirada va descendiendo hasta el cementerio, el río y la pista.

—Todos los seres de este planeta conversan entre sí —juzga—. Todos ellos. Esa es la esencia del Nuevo Mundo: un caudal de información que corre a perpetuidad, así lo queramos como si no. Los zulaques lo sabían, se habían amoldado, pero nosotros, a diferencia de ellos, no estábamos preparados. Ni mucho menos. Si la información es excesiva, se convierte en ruido. Y nunca jamás cesa.

Hace una pausa y, desde luego, como siempre, el ruido, el mío y el suyo, llena los huecos que han dejado sus palabras al interrumpirse, y el silencio de Viola no hace sino recalcar su presencia.

—Con el paso de los años —rememora Ben—, la situación en el Nuevo Mundo fue empeorando hasta tornarse desesperada. Las cosechas no prosperaban, la pobreza se extendía y nuestra idea de un supuesto paraíso se hizo pedazos. No existía tal paraíso. Y, entonces, una fe nueva comenzó a ganar adeptos, una fe venenosa que buscaba culpables.

—Los extraterrestres —deduce Viola.

—Los zulaques —digo, asaltado de repente por un sentimiento de profunda vergüenza.

—Sí, esa fe consideraba que los culpables eran los zulaques —confirma Ben—. Y, de un modo u otro, se transformó en un movimiento, y el movimiento en guerra. —Sacude la cabeza—. No duraron mucho esos desdichados. Nosotros teníamos armas y ellos no, y así es como

desaparecieron los zulaques de la faz de este planeta.

—No del todo —indico.

—En efecto —conviene él—, no del todo. Pero una lección les quedó grabada a sangre y fuego: que no debían volver a acercarse a los hombres.

Una brisa suave barre la cima de la colina y, al disiparse de repente, da la impresión de que nosotros tres fuésemos los únicos habitantes del Nuevo Mundo. Nosotros y los fantasmas del cementerio.

—Pero la guerra no es el final de la historia —aventura Viola a media voz.

—No —dice Ben—. La historia está lejos de terminar ahí.

Lo sé. Y sé también lo que viene ahora.

He cambiado de opinión. No me apetece seguir escuchando.

Sin embargo, cedo.

Miro a Ben a los ojos, me concentro en su ruido.

—La guerra no terminó con el exterminio de los zulaques —afirmo—. Al menos, en Prentisstown.

Ben se pasa la lengua por los labios, y su ruido me trae inseguridad, hambre y lamento, pues ya se está imaginando la despedida que pronto nos separará.

—La guerra es un monstruo —masculla—. La guerra es el mal. Nace, se alimenta y crece interminablemente. —Me mira—. Y, por lo demás, se reproduce en los hombres, a quienes, a su imagen y semejanza, transforma en monstruos.

—No podían soportar el silencio —musita Viola—. No podían soportar que las mujeres lo supiesen todo de ellos y que ellos no supiesen nada de las mujeres.

—Algunos hombres lo encajaron de esa manera, sí —repone Ben—. Pero no todos. No yo, ni tampoco Cillian. Había hombres buenos en Prentisstown.

—Pero hubo una parte sustancial que reaccionó de otro modo —digo.

—Sí —admite.

Una nueva pausa hace que la verdad empiece a asomar a nuestras conciencias.

De una vez y para siempre.

Viola hace gestos de incredulidad con la cabeza.

—¿Estás diciendo que...? —pregunta—. ¿De verdad estás diciendo que...?

Y así es.

Aquí está lo que yace en el medio de todo lo demás.

Aquí está eso que ha ido creciendo en mi fuero interno desde que salí de la ciénaga, eso que vi, a ratos, en algunos hombres y, sobre todo, en Matthew Lyle, y que, en mayor o menor medida, se encuentra presente en la respuesta que todos ellos dan al oír la palabra «Prentisstown».

Aquí está.

La verdad.

Y no la quiero.

Pero es irresistible.

—Después de matar a los zulaques —anticipo—, los hombres de Prentisstown mataron a las mujeres de Prentisstown.

Viola contiene un grito, a pesar de que, si no me equivoco, lo ha adivinado al mismo tiempo que yo.

—No todos los hombres —observa Ben—. Pero sí muchos. Se dejaron influir por el alcalde Prentiss y los sermones de Aaron, quien proclamó la vileza de todo lo oculto. Mataron a cada una de las mujeres y a cada uno de los hombres que quisieron protegerlas.

—Y a mi madre —susurro.

Ben se limita a efectuar una inclinación de cabeza.

El estómago me da un vuelco.

Mi madre muriéndose, siendo asesinada a manos de los mismos hombres a quienes estuve viendo a diario.

Tengo que sentarme en una lápida.

Tengo que pensar en algo, en otra cosa. Tengo que introducir una novedad en mi ruido para evadirme.

—¿Quién era Jessica? —pregunto de pronto al acordarme del ruido de Matthew Lyle, de la violencia que había en él y que ahora ha cobrado un sentido totalmente distinto.

—Hubo quienes supieron prever lo que se avecinaba —responde Ben—. Jessica Elizabeth era nuestra alcaldesa y notó enseguida que los vientos cambiaban de dirección.

«Jessica Elizabeth —pienso—. Nueva Elizabeth.»

—Ella organizó a algunas de las niñas y a los muchachos más jóvenes y les ordenó escaparse por la ciénaga —sigue diciendo Ben—, pero los hombres del alcalde atacaron antes de que ella misma, las mujeres y los hombres que no habían perdido el juicio tuviesen tiempo de seguirles los pasos.

—Y eso fue todo —concluyo, abotargado—. Nueva Elizabeth pasó a ser Prentisstown.

—Tu madre jamás pensó que pudiera ocurrir algo así —recuerda Ben con una sonrisa triste—. Era una mujer llena de amor, resuelta a confiar en la bondad de sus congéneres. —La sonrisa se evapora—. Y luego llegó el momento en que se hizo demasiado tarde para huir, y, como tú eras demasiado pequeño para valerte por ti mismo, tu madre nos pidió que cuidáramos de ti, que te mantuviéramos a salvo pasara lo que pasase.

Levanto la mirada.

—¿Cómo iba a estar a salvo quedándome en Prentisstown?

Abatido, Ben se me queda mirando, y su ruido está tan cargado de pesares que me cuesta creer que no se derrumbe.

—¿Por qué no os marchasteis? —pregunto.

Se frota la cara.

—Porque tampoco nosotros creímos posible el ataque. Yo no lo creía posible, al menos, y habíamos montado la granja, y tenía la impresión de que todo se resolvería por sí mismo antes de que sucediera un desastre. Creía que se trataba tan solo de rumores y pura paranoia, al igual que tu madre, y lo seguí creyendo hasta el último momento. —Frunce el entrecejo—. Me equivoqué. Fui un estúpido. —Aparta la vista—. Me obstiné en no ver la evidencia.

Me acuerdo ahora de las palabras que me dijo para consolarme por lo sucedido con el zulaque.

«Todos hemos cometido errores, Todd. Todos.»

—Luego, ocurrió lo peor —dice Ben—. La noticia de lo que se había hecho en Prentisstown corrió como un reguero de pólvora, empezando por las pocas personas que habían conseguido salir con vida. Se consideró culpables a todos los hombres de Prentisstown. Ya no podíamos marcharnos de allí.

Los brazos de Viola siguen cruzados.

—¿Por qué a nadie se le ocurrió ir por vosotros? ¿Por qué el resto del Nuevo Mundo no decidió que pagarais por vuestros actos?

—¿Y qué iban a hacer? —pregunta Ben, que parece cansado—. ¿Iniciar una nueva guerra, esta vez contra hombres bien armados? ¿Encerrarnos en una prisión gigantesca? Por el contrario, establecieron una ley por la cual todo hombre que atravesase la ciénaga sería condenado a pena de muerte. Y, después de eso, se olvidaron de nosotros.

—Pero tenían que haber hecho... —insiste Viola, gesticulando—. No sé. Algo.

—Si a tus puertas reina la calma —responde Ben—, es difícil que decidas trasponerlas y salir a buscar dificultades. La ciénaga nos aisló del Nuevo

Mundo, y aisló a este de nosotros. El alcalde estableció que Prentisstown sería un pueblo en el exilio. Condenado, por supuesto, a una muerte lenta. No nos marcharíamos nunca y, si lo hacíamos, se nos daría caza y se nos mataría.

—¿Y nadie lo intentó? —dice Viola—. ¿Nadie quiso correr el riesgo y fugarse?

—Sí, hubo quien lo intentó —contesta Ben, remarcando las palabras—. No era raro que la gente desapareciese.

—Pero si Cillian y tú erais inocentes... —repongo.

—No éramos inocentes —me interrumpe Ben con amargura. Suspira—. No éramos inocentes.

—¿Qué significa eso? —pregunto, alzando la cabeza. El estómago me está haciendo pasar un mal rato—. ¿Qué quiere decir que no erais inocentes?

—Dejasteis hacer —adivina Viola—. No estuvisteis junto a los hombres que dieron su vida para ayudar a las mujeres.

—Nosotros no peleamos —dice—, ni tampoco morimos. —Sacude la cabeza—. Escasa inocencia la nuestra.

—¿Y por qué no peleasteis? —pregunto.

—Cillian lo deseaba —responde Ben—. Quiero que lo sepas. Cillian habría hecho cuanto estaba en su mano para detener aquella barbarie. Habría muerto en el intento, sin duda. —Una vez más, desvía la mirada—. Pero no se lo permití.

—¿Por qué no?

—Ya lo entiendo —susurra Viola.

La miro. Yo no entiendo nada.

—Entiendes, ¿qué?

Viola tiene la mirada puesta en Ben.

—O bien luchaban por la causa justa y, como consecuencia, tú te quedabas convertido en un bebé huérfano y desprotegido —dice—, o se volvían

cómplices de la injusticia y te sacaban adelante.

No sé si comprendo el sentido literal de sus palabras, pero capto lo que quiere decir.

Lo hicieron por mí. Ese horror. Lo hicieron por mí.

Ben y Cillian. Cillian y Ben.

Lo hicieron para que yo sobreviviera.

No sé qué pensar ni cómo sentirme.

Hacer lo correcto debería ser fácil.

No debería convertirse en un embrollo tremendo como todo lo demás.

—Así que esperamos —dice Ben—. En una cárcel del tamaño de todo un pueblo. Lleno del peor ruido que se hubiese podido oír antes de que los hombres empezaran a negar el pasado y que al alcalde se le ocurriesen sus grandes proyectos. Esperamos a que tuvieses edad suficiente para cuidar de ti mismo, y, mientras tanto, preservamos tu inocencia en la medida de lo posible. —Se palpa la cara con las manos—. Sin embargo, el alcalde también esperaba.

—¿Por mí? —pregunto, imaginando ya la respuesta.

—Por el niño que sería el último en convertirse en un hombre —matiza Ben—. Al hacerse hombres, los niños debían oír la verdad. Mejor dicho, determinada interpretación de la verdad. De ese modo, ellos también se volvían cómplices.

Recuerdo el ruido de Ben cuando, estando aún en la granja, oí en él aquellas cosas acerca de mi cumpleaños y el momento en que los niños pasan a ser hombres.

Acerca del verdadero significado de la complicidad y cómo esta puede heredarse.

Cómo se esperaba que yo también la heredase.

Y, asimismo, acerca de los hombres que...

Procuro dejar la mente en blanco.

—Supongo que tiene sentido —convengo.

—Eres el último —afirma Ben—. Si el alcalde logra hacer del último niño de Prentisstown uno de sus hombres, se convertirá en Dios, ¿entiendes? Todos seríamos creaciones tuyas, y él nos tendría sometidos a su control.

—Si uno de nosotros cae... —recito.

—... todos caemos con él —concluye Ben—. Por eso quiere encontrarte. Eres un símbolo, el último niño inocente de Prentisstown. Si puede ganarte para su causa, su ejército se completará y responderá por fin a sus designios.

—¿Y si no? —pregunto, sin saber muy bien si me ha ganado para su causa.

—Si no —musita Ben—, te matará.

—En resumen, que el alcalde Prentiss está tan loco como Aaron —juzga Viola.

—No exactamente —dice Ben—. Aaron está loco. Pero el alcalde está lo bastante cuerdo para amoldar la locura a sus propios fines.

—¿Que son?

—El mundo —contesta Ben sin inmutarse—. Lo quiere todo.

Abro la boca, dispuesto a plantear más preguntas cuya respuesta no me apetece conocer, pero entonces, como si no hubiese otra cosa que pudiera suceder en este mismo instante, lo oímos.

Cotocloc, cotocloc, cotocloc.

Viene por la pista, como una broma pesada.

—¡No puedo creerlo! —protesta Viola.

Ben ya está en pie, escuchando.

—Diría que es solo un caballo.

Todos dirigimos la mirada hacia la carretera, que resplandece levemente bajo la luz de las lunas.

—Los prismáticos —dice Viola, que está a mi lado.

Sin decir una palabra, los saco de la bolsa, pulso el botón que activa la visión nocturna y, con ellos ante los ojos, rastreo el terreno en busca de la fuente de ese sonido que se eleva en la noche.

Cotocloc, cotocloc, cotocloc.

Voy siguiendo la línea de la carretera hasta que...

Ahí está.

Ahí está él.

¿Quién, si no?

El señor Prentiss Junior, en cuerpo y alma, montado a caballo.

—¡Maldición! —masculla Viola tras adivinar la identidad del jinete en mi ruido.

—¿Davy Prentiss? —inquire Ben con sorpresa después de oír lo que mi ruido revela.

—El único e inimitable. —Guardo las botellas de agua en la bolsa de Viola—. Tenemos que largarnos.

Viola le ofrece los prismáticos a Ben, quien desea ver al recién llegado con sus propios ojos. Satisfecha su curiosidad, se quita los prismáticos de los ojos y les echa una ojeada.

—¡Son geniales! —dice.

—Tenemos que irnos ya —Se lamenta Viola—. Como siempre. Vamos.

Todavía con los prismáticos en la mano, Ben se vuelve y nos mira. No tardo en advertir lo que está empezando a tomar forma en su ruido.

—Ben... —digo.

—No —me interrumpe—. Aquí es donde nos separamos.

—Ben...

—No me hace falta nadie para encargarme del puñetero Davy Prentiss.

—Tiene un arma —protesto—. Y tú no.

Se me acerca.

—Todd... —murmura.

—No, Ben —insisto, elevando el tono de voz—. No pienso escucharte.

Me mira a los ojos y me doy cuenta de que ya no es necesario que se encorve.

—Todd —repite—, expiaré todo el mal que he causado protegiéndote.

—No puedes dejarme, Ben —imploro con la voz tomada por el llanto (sí, cállate)—. ¡Otra vez no!

Él está sacudiendo la cabeza.

—No puedo ir a Puerto con vosotros. Ya lo sabes. Soy el enemigo.

—Pero podemos explicar lo ocurrido...

Continúa sacudiendo la cabeza.

—El caballo se está acercando —anuncia Viola.

Cotocloc, cotocloc, cotocloc.

—La única razón que me permite considerarme un hombre —dice Ben con voz firme y sólida— es ver cómo tú te vas haciendo un hombre.

—Todavía no soy un hombre, Ben —me quejo con un nudo en la garganta (calla)—. He perdido la cuenta de los días que me faltan.

Sonríe de un modo que me hace entender que no vale la pena discutir.

—Dieciséis —responde—. Quedan dieciséis días para tu cumpleaños. — Me toma la barbilla entre los dedos y me la levanta—. Pero hace tiempo que ya eres un hombre. No permitas que nadie te diga lo contrario.

—Ben...

—¡Vamos! —ordena, y se me acerca, le da los prismáticos a Viola y me abraza—. No hay un padre que esté tan orgulloso como yo —me susurra al oído.

—No —mascullo—. ¡No es justo!

—No lo es —se aparta de mí—. Pero hay esperanza al final de esa carretera. Acuérdate.

—¡No te vayas! —le ruego.

—Tengo que irme. El peligro está al caer.

—Cada vez más cerca —señala Viola con los prismáticos en los ojos.

Cotocloc, cotocloc...

—Lo detendré. Os daré tiempo. —Mira a Viola—. Cuida de Todd —le dice—. ¿Tengo tu palabra?

—La tienes —contesta ella.

—Ben, por favor —murmuro—. ¡Por favor!

Me ciñe los hombros por última vez.

—Recuérdalo —dice—. ¡Esperanza!

Y, sin añadir nada más, se da la vuelta y echa a correr colina abajo, hacia la carretera. Al llegar al fondo, se vuelve y descubre que lo estamos observando.

—¿A qué estáis esperando? —nos grita—. ¡Corred!

¿QUÉ SENTIDO TIENE?

No diré lo que siento mientras corremos por la otra ladera de la colina, alejándonos de Ben, pues me parece entrever que no habrá vida después de este momento.

La vida equivale a correr, así que, cuando nos paremos, tal vez sepamos que la vida ha terminado.

—¡Ánimo, Todd! —exclama Viola, delante de mí, lanzándome una mirada—. ¡Vamos, aprisa!

No respondo.

Corro.

Descendemos y volvemos a estar a la orilla del río. Una vez más. La carretera discurre a nuestro lado. Una vez más.

Siempre es lo mismo.

El fragor del río es más fuerte, ya que, en este trecho, las aguas bajan con más fuerza; pero ¿qué más da? ¿Qué importa?

La vida no es justa.

Es injusta.

Siempre.

Es absurda y ridícula, y solo ofrece sufrimiento, dolor y gente que quiere

hacer daño. No puedes amar nada ni a nadie, pues perderás lo que amas, se echará a perder y tú te quedarás solo, y tienes que estar luchando constantemente, corriendo constantemente tan solo para mantenerte con vida.

No hay cosas buenas en la vida. No hay cosas buenas en ninguna parte.

¿Qué sentido tiene si puede saberse?

—El sentido que tiene —dice Viola, que frena en seco en medio de unos matorrales y me da un fuerte golpe en el hombro— es que le importas lo bastante como para sacrificarse por ti, ¡y si se te ocurriera rendirte —grita—, entonces su sacrificio sería en vano!

—¡Ay! —exclamo, frotándome el hombro—. Pero ¿por qué tiene que sacrificarse, eh? ¿Por qué tengo yo que perderlo?

Se me acerca.

—¿Te crees que eres el único que ha perdido a alguien? —inquieta con tono amenazador—. ¿Has olvidado que mis padres murieron?

Tiene razón.

Lo había olvidado.

Guardo silencio.

—Tú eres ahora todo lo que tengo —dice exasperada—. Y yo soy ahora todo lo que tienes tú. Y a mí también me duele que se haya marchado, me duele que mis padres estén muertos y me duele la maldita hora en que a alguien se le ocurrió venir a este planeta, pero así son las cosas, y, sí, es un asco que nos hayamos quedado solos, pero no nos queda otro remedio que aceptarlo.

Sigo callado.

Pero ahí está ella y la miro, es decir, la miro de verdad, quizá por primera vez desde que la vi agazapada junto a un árbol, en la ciénaga, y creí que era un zulaque.

Hace una eternidad.

Conserva el frescor y la lozanía de los días de comodidades en Carbonel (ayer, tan solo ayer), pero tiene suciedad en las mejillas, está más delgada y ojerosa, lleva los cabellos alborotados y enmarañados y las manos cubiertas de mugre, viste una camisa manchada de verdín, una rama le arañó el labio cuando corría con Ben (ya no quedan vendas que puedan cerrarle el corte) y me está mirando.

Y me está diciendo que es todo lo que tengo.

Y que soy todo lo que tiene.

Y empiezo a sentir cómo sienta eso.

Los colores que pueblan mi ruido cambian de tonalidad.

Endulza la voz al hablar, pero solo un poco.

—Falta Ben, falta Manchee y faltan mis padres —dice—. Y no soporto que sea así. No lo soporto. Pero estamos cerca del final de la carretera. No nos queda casi nada para llegar. Si tú no te rindes, yo no me rendiré.

—¿Crees que debemos tener esperanza en lo que nos aguarde al final de la carretera?

—No —responde con sencillez, desviando la mirada—. No lo creo, pero pienso seguir adelante. —Me mira a los ojos—. ¿Vas a venir conmigo?

No hace falta que conteste.

Continuamos corriendo.

Sin embargo...

—Yo creo que deberíamos ir por la carretera —digo, sujetando una rama que amenaza con azotarme la cara.

—¿Y el ejército? —pregunta—. ¿Y los caballos?

—Sabes que estamos aquí. Sabemos que vienen. Da la impresión de que todos vamos por la misma ruta hacia Puerto.

—Y los oiremos llegar —admite—. Y por la carretera viajaremos más veloces.

—Sí, viajaremos más veloces.

Y entonces dice:

—Pues vayamos por la maldita carretera y no paremos hasta llegar a Puerto.

Sonríó un poco.

—¡Fíjate! —exclamo—. Ya casi hablas como yo.

Dicho y hecho. Vamos por la maldita carretera, viajando tan veloces como nos lo permite el cansancio. Sigue siendo la misma pista polvorienta, tortuosa y, a veces, embarrada por la que hemos recorrido junto al río tantos y tantos kilómetros; y el Nuevo Mundo que la flanquea, frondoso y arbolado, tampoco ha variado.

Si aterrizaras aquí y no supieses nada de nada, imagino que podrías creer que has encontrado el paraíso.

Un gran valle se va abriendo ante nosotros, llano allí donde el río lo surca y pendiente a medida que va aupándose a las lejanas colinas que lo circundan. En estas solo se aprecia el reflejo de la luz de las lunas. No hay signo alguno de la presencia de un asentamiento o, al menos, de uno que esté iluminado.

Tampoco se percibe nada que nos permita pensar que Puerto está más adelante, pero también es cierto que nos encontramos en la parte más deprimida del valle y que los vericuetos de la carretera nos tapan la vista. El bosque tapiza ambas riberas del río, y es fácil creer que esta carretera es lo único que queda de un Nuevo Mundo abandonado y deshabitado.

Continuamos.

Y continuamos.

Solo cuando las primeras franjas rosadas del amanecer empiezan a insinuarse sobre el valle, nos permitimos hacer un alto para saciar nuestra sed.

Bebemos. Solo se oye mi ruido y el murmullo del río.

No hay caballos galopando. No hay ruido de otros.

—Ya sabes que esto significa que Ben ha conseguido lo que se proponía —dice Viola, que elude mirarme—. De un modo u otro, ha detenido al jinete.

Asiento y dejo escapar un «mmm».

—Y no hemos oído disparos.

Vuelvo asentir y a murmurar un «mmm».

—Siento haberte gritado —afirma—. Solo quería que siguieras adelante, que no te pararas.

—Lo sé.

Estamos apoyados en unos árboles próximos a la orilla. La carretera está detrás de nosotros y, del otro lado del río, solo se divisa arboleda, colinas y cielo, cada vez más claro, azul, grande y vacío, pues las estrellas comienzan a apearce de él.

—Cuando partimos en el transbordador —dice Viola, contemplando el río —, me costó mucho despedirme de mis amigos. Nada más que un puñado de niñas y niños, hijos de otros serviolas. Creía que iba a tener que esperar siete meses para volver a encontrarme con alguien de mi edad en este planeta.

Bebo un poco de agua.

—Yo no tenía amigos en Prentisstown.

Se vuelve para mirarme.

—¿Cómo que no tenías amigos? Algún amigo tendrías que tener.

—Me llevé bien con algunos niños durante un tiempo, pero eran un par de meses mayores que yo. De modo que cuando se hicieron hombres, le retiraron la palabra a los niños. —Me encojo de hombros—. Yo era el último niño. Al final, quedamos Manchee y yo.

Viola cuenta las estrellas con la mirada.

—Es una costumbre de lo más estúpida.

—Tienes razón.

Nos quedamos callados, Viola y yo, detenidos junto al río, descansando mientras avanza un nuevo amanecer.

Solos, ella y yo.

Después de unos instantes, nos incorporamos y nos disponemos a reemprender la marcha.

—Llegaremos a Puerto mañana —digo—, siempre que mantengamos el ritmo.

—Mañana —medita Viola—. Espero que tengamos algo que comer.

Le toca a ella llevar la bolsa, así que se la doy. El sol se derrama por el fondo del valle, encima del río, y mientras observo la luz que lame las colinas, descubro algo que me llama la atención.

Alertada por el sobresalto que agita mi ruido, Viola se vuelve de repente.

—¿Qué?

Me protejo los ojos del sol naciente con una mano. Allá, sobre la carena de las colinas, se eleva una débil estela de polvo.

Y se está moviendo.

—¿Qué es eso? —pregunto.

Viola coge los prismáticos.

—No veo con claridad —informa, con ellos frente a los ojos—. Me molestan unos árboles.

—¿Algún viajero, tal vez?

—Tal vez esa sea la otra pista. La que partía de la bifurcación.

Nos quedamos mirando unos instantes, durante los cuales la polvareda continúa moviéndose lentamente hacia Puerto como una nube lejana. Es extraño ver algo sin ruido.

—Me gustaría saber por dónde andará el ejército —digo—. ¿A qué distancia estará de nosotros?

—Es probable que los hombres de Carbonel hayan peleado con fiereza. —
Viola enfoca los prismáticos hacia el camino que hemos seguido, pero el
paisaje es demasiado llano y los árboles ocultan lo demás. Solo hay árboles
alrededor, y cielo, y un rastro de polvo que viaja sobre las colinas más
alejadas.

—Debemos continuar —digo—. Estoy empezando a inquietarme.

—Pues continuemos —murmura Viola.

De vuelta a la pista.

De vuelta a la vida del correr constante.

Como no tenemos provisiones, el desayuno se limita a una fruta amarilla
que Viola encuentra colgando de unos árboles y dice haber probado en
Carbonel. La comida consiste en el mismo plato, pero eso es mejor que nada.

Pienso, una vez más, en el cuchillo que llevo en el cinturón.

¿Sería capaz de cazar si se me presentara la oportunidad? Ah, pero no
tenemos tiempo.

Al mediodía le sigue la tarde. El paisaje que nos acoge es tan solitario y
perturbador como hasta ahora. Viola y yo corremos por el fondo del valle, no
hay asentamientos a la vista, y no hay caravanas ni sonidos que puedan oírse
distintos de la letanía del río, cuyo caudal va creciendo kilómetro a kilómetro
hasta el punto de que llega a costarme percibir mi propio ruido y que
tendríamos que levantar la voz si quisiéramos hablar.

Sin embargo, estamos demasiado hambrientos para hablar. Y demasiado
cansados. Y corremos demasiado.

Así que proseguimos.

Me descubro observando a Viola.

La polvareda de las colinas, que viaja en nuestra dirección, va
adelantándonos a medida que el día declina y al fin desaparece en la
lontananza, y yo reparo en el modo que tiene Viola de seguirla con la mirada.

La veo corriendo, a mi lado, soportando calambres en las piernas. La veo frotárselas mientras reposamos y la veo beber el agua de las botellas.

Ahora que la he visto, no puedo dejar de mirarla. Me descubre.

—¿Qué?

—Nada —respondo, y miro hacia otra parte, pues no sé.

Los costados del valle están cada vez más empinados y próximos, y el río y la pista se enderezan. Divisamos parte del camino por el que hemos venido. No hay signos del ejército ni tampoco del jinete. El silencio que nos rodea es casi tan desconsolador como si el ruido nos emboscara.

A la hora del crepúsculo, el sol se pone por la parte del valle que hemos dejado atrás, sea lo que sea lo que haya sobrevivido allí del Nuevo Mundo o lo que les haya ocurrido a los hombres que lucharon contra el ejército y a los que, por el contrario, se le unieron.

Sea lo que sea lo que les haya pasado a las mujeres.

Viola abre la marcha.

La observo correr.

Poco después del anochecer, llegamos a un asentamiento, que, como otros que hemos visto, tiene embarcaderos sobre el río y está abandonado. Solo consta de cinco casas, que se disponen a lo largo de la pista, pero una de ellas parece ser una tienda.

—¡Espera un momento! —dice Viola, que se detiene.

—¿La cena? —pregunto, sin aliento.

Me da a entender que sí con un gesto de cabeza.

Son necesarias seis patadas para abrir la puerta de la tienda y, a pesar de que no hay nadie en el interior, tengo la impresión de que me van a sorprender in fraganti en cualquier momento. Entre las latas, encontramos una hogaza de pan duro, un poco de fruta aplastada y unas cuantas tiras de carne ahumada.

—Con esto no tendremos más que para un día, o, a lo sumo, dos — comenta Viola, entre un bocado y el siguiente—. Debieron de partir hacia Puerto ayer o anteayer.

—El rumor de la presencia de un ejército es una fuerza poderosa —digo, y estoy a punto de atragantarme por el apresuramiento con que engullo un trozo de carne ahumada.

Después de engañar al hambre con estas magras provisiones, guardo lo que ha sobrado en la bolsa de Viola, que ahora cuelga de mis hombros, y, al hacerlo, veo el diario de mi madre. Sigue ahí, envuelto en la bolsa de plástico, todavía agujereado de parte a parte.

Introduzco los dedos en la bolsa de plástico y acaricio las cubiertas. Son muy suaves al tacto, y desprenden un vago olor a piel.

El diario. El diario de mi madre. Ha venido con nosotros hasta aquí. Ha sobrevivido a las heridas. Igual que nosotros.

Miro a Viola.

Ella vuelve a descubrirme observándola.

—¿Qué? —pregunta.

—Nada. —Devuelvo el diario a su lugar, entre las provisiones—. Vamos. De vuelta a la pista y al río, de vuelta a la larga marcha hacia Puerto.

—Esta debería ser nuestra última noche de viaje —señala Viola—. Si el doctor Snow estaba en lo cierto, llegaremos mañana.

—Sí —respondo—, y nuestro mundo cambiará.

—De nuevo.

—De nuevo, sí —convengo.

Vamos poniendo un pie tras el otro.

—¿Empiezas a tener esperanza? —pregunta Viola con curiosidad.

—No —contesto, acallando mi ruido—. ¿Y tú?

Enarca las cejas y sacude la cabeza.

—No, yo tampoco.

—Pero, de todos modos, llegaremos hasta el final.

—Sí, claro —repite ella—. Así llueva o truene.

—Seguro que llueva y truena a la vez —especulo.

Tras la puesta de sol, las lunas vuelven a alzarse, si bien han decrecido con respecto a la noche de ayer. El cielo sigue despejado, las estrellas siguen suspendidas, el mundo sigue envuelto en una calma chicha, y la corriente del río ha incrementado su tumulto.

Es medianoche.

Quince días.

Quince días para que...

¿Para qué?

Seguimos el viaje bajo el cielo nocturno, que va derivando sobre nosotros con parsimonia, y el hambre y el cansancio vuelven a hacerse notar. Poco antes de la madrugada, topamos con dos carretas volcadas en medio de la pista y un gran desbarajuste de trigo tirado por el suelo y capazos tumbados.

—Ni siquiera tuvieron tiempo de recoger lo que transportaban —dice Viola—. Lo abandonaron todo aquí.

—Me parece que este es un lugar para desayunar tan bueno como otro cualquiera. —Me hago con uno de los capazos, lo arrastro hasta la margen de la pista que da al río y, tras apoyarlo en el suelo con la boca hacia abajo, me siento sobre él.

Imitándome, Viola coge otro, lo trae hasta aquí y se pone cómoda. El sol despide franjas de color que cruzan el cielo y que, como la propia carretera y el río, indican la dirección de la mañana. Abro la bolsa, saco los alimentos que cogimos en la tienda y los reparto. Bebemos del agua de las botellas.

La bolsa está abierta, en mi regazo. Ahí están la ropa y los prismáticos.

Y también, una vez más, el diario.

Percibo la proximidad del silencio de Viola y el correspondiente vacío que se me forma en el pecho, el estómago y la cabeza, y recuerdo la inquietud que sentía antes cuando estaba demasiado cerca de ella y me invadían el dolor y el sentimiento de pérdida, me parecía caer en el vacío, me encerraba en mí mismo y me entraban ganas de sollozar, y, bueno, lloraba.

O no.

Bueno, quizá exagere.

La miro.

A estas alturas, debe saber qué transporta mi ruido. Soy el único que está con ella, y su habilidad para leerme el pensamiento no ha hecho sino aumentar. Poco importa el fragor del río.

Sin embargo, Viola come en silencio y, supongo, espera a que sea yo quien se decida a hablar.

Quien se decida a preguntar.

Porque eso es lo que estoy pensando.

El sol que ilumine el día por venir será el que nos vea llegar a Puerto, un lugar en el que vive más gente de la que he visto en toda mi vida, un lugar en el que el ruido será tal que, si resultara que no conocen una cura, no habrá intimidad. En caso contrario, el único ruido sería el mío, lo cual empeoraría aún más las cosas.

En cuanto estemos en Puerto, seremos engullidos por la gran ciudad.

Dejaremos de ser los de ahora, Todd y Viola, desayunando junto al río mientras amanece; las únicas dos personas del planeta.

Seremos unos cualesquiera, como los demás.

De modo que esta puede ser nuestra última oportunidad.

Aparto los ojos de Viola y me decido a hablar.

—Estaba pensando en la habilidad que tienes para imitar voces y acentos.

—Ya —responde con un hilo de voz.

Le muestro el diario.

—¿Qué tal si probaras con la manera de hablar de Prentisstown?

OÍ LA VOZ DE UNA DAMA

—«Querido Todd» —lee Viola, imitando el acento de Ben lo mejor que sabe; es decir, pero que muy bien—. «Hijo mío.»

La voz de mi madre. Mi madre me habla.

Me cruzo de brazos y observo el trigo desparramado sobre la pista.

—«Comienzo este diario el día de tu nacimiento, el día en que por primera vez te he tenido entre los brazos en lugar de tenerte en el vientre. ¡Estés dentro o fuera, tú sigues dando patadas! Pero eres la cosa más hermosa que se ha visto desde el principio de los tiempos. Estoy segura de que eres lo más bonito que hay en el Nuevo Mundo y, desde luego, en Nueva Elizabeth no hay nada que se te parezca.»

Sé que me estoy azorando, pero el sol todavía no ilumina lo bastante para que Viola lo note.

—«Me gustaría mucho que tu padre estuviera aquí para verte, Todd, pero el Nuevo Mundo y el Señor de allá arriba han estimado oportuno que la enfermedad se lo llevase hace cinco meses, de modo que tú y yo tendremos que esperar a reencontrarnos con él en el más allá.

»Te pareces a él. Bueno, ya sé que los bebés solo se parecen a sí mismos, pero, aun así, créeme, te pareces a él. Vas a ser fuerte, pues tu padre lo fue. Y

vas a ser guapo, sí, vas a ser guapísimo. Las damas del Nuevo Mundo se van a quedar extasiadas.»

Viola pasa la página. Evito mirarla, tal y como ella hace conmigo. En este momento, prefiero no saber qué expresión tiene en la cara.

Porque está ocurriendo algo muy extraño.

Las palabras que dice no son las tuyas, como en una mentira, pero, al tiempo, traen consigo una verdad nueva, una nueva realidad en la que mi madre está hablando conmigo por medio de Viola y, durante un tiempo al menos, esa realidad está hecha para mí, solo para mí.

—«Déjame que te cuente cómo es el lugar en el que has nacido. Se llama Nuevo Mundo y es un planeta que está compuesto enteramente de esperanza...»

Viola se detiene, solo un segundo, y después continúa.

—«Aterrizamos aquí hace ahora diez años con la ilusión de llevar una vida distinta, más sencilla, sincera y afable, una vida que no tuviera que ver con la del Viejo Mundo, que nos permitiera convivir en paz sobre la base del amor a Dios y al prójimo.

»Pero nos está costando trabajo. No quiero mentirte, Todd, ni siquiera ahora. No lo hemos tenido fácil...

»Antes de nada, quiero que sepas que tu madre no ha recibido mucha educación. Porque la vida de los colonos es dura y no permite perder el tiempo en florituras. Con tanto trabajo que queda por hacer, es fácil olvidarse de cuidar los modales. De todas maneras, un poco de informalidad nunca viene mal, ¿verdad? En fin, queda dicho. Es mi primer defecto como madre. Habla como quieras, Todd. Te prometo que no voy a corregirte.»

Viola se muerde el labio, pero, como no digo nada, retoma la lectura.

—«El caso es que en el Nuevo Mundo y en Nueva Elizabeth hemos tenido que pasar penalidades y enfermedad. En este planeta hay una que llamamos

ruido contra la que los hombres luchan desde que desembarcamos, pero tú serás uno de los niños de este asentamiento que no conocerá otra cosa, de modo que será difícil explicarte cómo era antes la vida y por qué se ha vuelto tan dura. En cualquier caso, lo hacemos lo mejor que podemos.

»Un hombre que se llama David Prentiss, que además tiene un hijo un poco mayor que tú, Todd, y que es uno de nuestros organizadores más capaces (si la memoria no me falla, creo que fue serviola en la nave)...».

Viola hace un alto, pero esta vez soy yo quien se queda a la espera de que diga algo, cosa que no ocurre.

—«Convenció a Jessica Elizabeth, nuestra alcaldesa, de fundar este pequeño asentamiento del otro lado de una enorme ciénaga para que el ruido del resto del mundo no llegara hasta nosotros innecesariamente. Nueva Elizabeth es ruidosa, desde luego, pero al menos, sus habitantes son todos conocidos y dignos de confianza. En su mayor parte.

»Mi trabajo consiste en cultivar varios campos de trigo que se encuentran al norte del asentamiento. Desde que tu padre falleció, nuestros buenos amigos Ben y Cillian me han estado ayudando mucho, puesto que viven en la granja vecina. Espero con impaciencia el momento en que los conozcas. ¡Ojalá ya hubiese llegado! Ya te han tenido en brazos y te han dicho hola, así que, mira, un día en el mundo y ya has hecho dos amigos. Es un buen comienzo, hijo.

»De hecho, estoy convencida de que te irá bien, ya que has nacido dos semanas antes de lo previsto. Seguro que decidiste que ya bastaba de ir en el vientre y que querías ver qué tenía que ofrecerte el mundo de fuera. Te comprendo muy bien. El cielo es ancho y azul, y los árboles verdes, y además en este mundo los animales pueden hablar, lo que se dice hablar, y tú puedes contestarles, y hay tantas maravillas de las que disfrutar, tienes tanto que descubrir, Todd, que me cuesta soportar que todavía no puedas percibir todo

eso, que tengas que esperar aún para ver las posibilidades que se te presentarán y todas las cosas que podrás hacer.»

Viola toma aliento.

—Aquí hay un espacio en blanco y, más abajo, tu madre escribió «más tarde», como si algo la hubiese interrumpido —explica—. ¿Estás bien?

—Sí, claro —respondo, impaciente, todavía con los brazos cruzados—. No pares, por favor.

El día avanza y la luz del sol empieza a mostrarse en toda su intensidad. Procuero no mirar a Viola de frente.

Ella prosigue con la lectura.

—«Más tarde.

»Perdona, hijo, pero es que he tenido que atender a nuestro pastor, Aaron, que ha venido de visita.»

Viola se detiene para humedecerse los labios.

—«Es una suerte que lo tengamos con nosotros, pero tengo que admitir que últimamente no estoy muy de acuerdo con algunas de las cosas que dice sobre los nativos del Nuevo Mundo. Zulaques, se llaman, y constituyeron toda una sorpresa para nosotros, ¡pues son tan tímidos que ni quienes organizaron la colonización cuando estábamos en el Viejo Mundo ni los transbordadores de reconocimiento supieron de su existencia!

»Son unos seres muy cándidos. Son distintos y puede que un poco primitivos, y, que nosotros sepamos, no emplean ninguna lengua para comunicarse entre sí o escribir, pero discrepo con quienes dicen que los zulaques son animales y no seres inteligentes como nosotros. En los últimos tiempos, Aaron ha dedicado sus sermones a intentar convencernos de que Dios trazó una línea divisoria entre ellos y nosotros y que...

»En fin, no es un tema del que me apetezca hablarte en tu primer día. Aaron es un ferviente defensor de sus convicciones y ha sido un punto de

referencia espiritual para todos nosotros durante estos años, así que, por si acaso alguien encuentra este diario y lo lee, me permito decir aquí que ha sido un privilegio que Aaron nos acompañara y que te bendijera en tu primer día de vida. ¿Queda claro?

»Sin embargo, también quiero aprovechar este primer día para decirte que, antes de que te hagas demasiado mayor, conviene que comprendas lo atractivo que es el poder, pues eso es lo que distingue a los hombres de los niños, a pesar de que, en este sentido, la mayor parte de los hombres tenga una idea equivocada.

»Y eso es todo lo que tengo que decir. Que lo sepan los ojos indiscretos.

»¡Ay, hijo, son tantas las maravillas del mundo! No debes permitir que nadie te convenza de lo contrario. Aun así, es cierto que la vida en el Nuevo Mundo no es fácil, no quiero engañarte. Si me decido a hablar contigo, es para hacerlo con franqueza, así que tengo que confesarte que me ha faltado poco para caer en la desesperanza. La situación en el asentamiento es demasiado complicada para que pueda explicártela en este momento y, me guste o no, pronto empezarás a ver las cosas por ti mismo, pero la verdad es que hemos tenido que soportar hambre y enfermedades y que, incluso estando vivo tu padre, las dificultades eran muchas. ¡Qué poco me faltó para rendirme!

»Pero no me he rendido. No me he rendido por ti, mi niño, mi hermoso y maravilloso hijo, porque pienso que tú harás del mundo un lugar mejor y te prometo que te criaré con todo mi amor y toda mi esperanza, porque te prometo que este mundo mejorará para que tú lo veas con tus propios ojos. Te lo juro.

»Porque esta mañana, cuando te tuve en mi regazo por primera vez y te alimenté con lo que mi propio cuerpo produce, sentí que te quería tanto que casi me dolía y que apenas podría soportarlo.

»Pero solo eso. Casi.

»Te canté esa canción que mi madre me cantaba y que su madre le cantaba a ella. Dice así...»

En este punto, para mi asombro, Viola se pone a cantar.

Está cantando.

Se me pone la piel de gallina y el pecho se me contrae. Imagino que conoce la letra después de haberla oído en mi ruido y habérsela oído cantar a Ben, pues ahí está, saliendo de su boca como el tañido de una campana.

Modulando al vaivén de la canción, la voz de Viola logra que la realidad se transforme en la voz de mi madre.

*Temprano, una mañana, al salir el sol,
oí la voz de una dama que gritaba en el valle:
«Por favor, no me engañes,
no me dejes, por favor,
porque hacerle eso a una dama no debes, no».*

No puedo mirarla a los ojos.

No puedo mirarla.

Me cubro la cabeza con las manos.

—«Es una canción triste, Todd, pero contiene una promesa. Jamás te engañaré, jamás te dejaré, y te lo prometo para que tú, el día de mañana, puedas prometérselo a otras personas y sepas que es cierto.

»Tengo que dejarlo por hoy.

»Estás llamándome, hijo, y tengo que ir a atenderte.»

La voz de Viola deja paso al sonido del río y a mi ruido.

—Aún hay más —me informa después de un rato, pasando las páginas del diario mientras yo sigo con la vista baja—. Mucho más. —Me mira—.

¿Quieres que siga leyendo? —devuelve la vista al diario—. ¿Quieres que lea el final?

El final.

Que lea lo último que mi madre escribió antes de...

—No —digo sin dudarlo.

«Estás llamándome, hijo, y tengo que ir a atenderte.»

Eso se quedará grabado en mi ruido para siempre.

—No —insisto—. Dejémoslo por hoy.

Al reparar en Viola, veo que la pena que le pesa en el rostro es la misma que me pesa a mí en el ruido. Tiene los ojos húmedos y la barbilla le tiembla, pero solo un poco, apenas un temblor iluminado por el resplandor del amanecer. Ella sabe que la observo, siente que mi ruido la observa, y se vuelve para contemplar el río.

Y entonces, en esta mañana, bajo este sol que ahora sale, me doy cuenta de algo.

Me doy cuenta de algo muy importante.

Tan importante que tengo que ponerme de pie mientras amanece.

Sé lo que está pensando.

Es que sé lo que está pensando.

A pesar de que solo le veo la espalda, sé muy bien lo que está pensando y sintiendo, sé lo que en este momento sucede en su interior.

Por el modo en que se ha dado la vuelta, por la manera en que apoya la cabeza en las manos y guarda el diario en el regazo, y también por cómo la veo tensarse un poco al oír en el ruido todo esto que estoy pensando.

Lo leo.

Le leo el pensamiento.

Está pensando en que, como mi madre, sus padres también llegaron aquí traídos por la esperanza. Se está preguntando si tener esperanza en el destino

final de esta carretera se demostrará tan trágico como el destino final de mi madre. Y está poniendo las palabras de mi madre en boca de sus padres para oírles decir que la quieren, que la echan de menos y que le desean lo mejor. Y también cantando esa canción sobre todo lo demás, transformándola en una manifestación de pura tristeza.

Me duele, me duele de un modo bueno, pero aun así me duele, pero es bueno, pero me duele.

Ella me duele.

Ya sé.

Sé que es cierto.

Porque lo veo en sus pensamientos.

Distingo su ruido, a pesar de que no lo tenga.

Sé quién es.

Conozco a Viola Eade.

Me llevo las manos a la cabeza en un intento de impedir que se derrame todo lo que hay en ella.

—Viola —susurro con voz agitada.

—Sí, lo sé —responde quedamente, rodeándose el cuerpo con los brazos y mirando hacia otro lado.

Y la veo así, a mi lado, sentada, contemplando el río mientras avanza la mañana, y cada uno de nosotros lo sabe.

Nos conocemos el uno al otro.

LA CATARATA

El sol trepa a lo alto del cielo, y vemos que el río, fragoroso, se precipita hacia el final del valle entre rápidos y rociones de espuma.

Viola es la que rompe el encantamiento que nos ha tenido callados un buen rato.

—Ya sabes lo que es eso, ¿verdad? —pregunta. Se coloca los prismáticos en los ojos y escudriña el río. El sol la deslumbra, de modo que tiene que proteger las lentes con una mano.

—¿Qué ves? —pregunto.

Presiona uno o dos botones y vuelve a mirar.

—¿Qué hay? —Me estoy impacientando.

Me da los prismáticos.

Sigo el curso del río, por los rápidos y la espuma, hasta...

Hasta el final.

Unos cuantos kilómetros más allá, el río está cortado por un precipicio.

—Otra catarata —digo.

—Parece bastante más grande que la que vimos con Wilf —opina Viola.

—Imagino que la carretera salvará el desnivel —elucubro—. No tenemos de qué preocuparnos.

—Ya, pero no es eso lo que estaba pensando.

—Entonces, ¿qué es?

—Pues bien —responde, un tanto extrañada de mi poca perspicacia—, que una catarata de ese tamaño a buen seguro que esconde una ciudad a sus pies. Si tuvieses que escoger desde el espacio un lugar para fundar el primer asentamiento del planeta, un valle como ese, con una catarata, tierras fértiles y agua potable en abundancia, sería el lugar idóneo.

Mi ruido se sacude un poco.

¿A quién se le habría ocurrido? A mí no, desde luego.

—Puerto —deduzco.

—Apuesto a que hemos encontrado la ciudad —contesta—. Te aseguro que cuando lleguemos a esa catarata, veremos Puerto extendiéndose ante nosotros.

—Si nos damos prisa —digo—, estaremos allí a la hora del desayuno.

Me mira a los ojos por primera vez desde que leyó el diario de mi madre.

—¿Y si corremos? —sugiere.

Y luego sonrío.

Una sonrisa auténtica.

Y ya sé lo que eso significa.

Recogemos nuestras cosas y partimos.

Más apurados que nunca.

Tengo los pies doloridos y cansados, y supongo que Viola también. Me debato entre las ampollas, las heridas y las ausencias y añoranzas que me pesan en el corazón. Y ella también.

Pero corremos.

¡Vaya si corremos!

Porque a lo mejor... (cállate).

Porque quizá... (no lo pienses).

Tal vez sí debamos tener esperanza en que el final de esta carretera es feliz.

El río aumenta su caudal y se endereza a medida que avanzamos, y las paredes del valle se nos van acercando, tanto que la carretera se vuelve pendiente. El agua pulverizada que levantan los rápidos flota en el aire. Se nos mojan la ropa, la cara y las manos. El rugido se transforma en un estruendo ensordecedor que colma el ambiente. No resulta desagradable. Por el contrario, parece como si nos estuviera lavando, como si se estuviera llevando el ruido que nos mancha.

«Que Puerto esté detrás de esa cascada, por favor», pienso.

«Por favor.»

Porque veo a Viola lanzarme miradas fugaces mientras corremos, y tiene una expresión luminosa que, repartida en sonrisas e inclinaciones de cabeza, me anima a continuar hacia delante, y se me ocurre pensar que podría ser la esperanza la que nos espolea y nos da fuerzas, una esperanza que tiene su lado peligroso, doloroso y arriesgado, pues nos hace plantarle cara a la suerte como si existiera la posibilidad de que esta nos concediese la victoria.

Por favor, que Puerto esté allí.

Por favor, por favor, por favor.

Nos hace falta una hora de carrera continua para alcanzar la cascada. La carretera, al fin, empieza a elevarse y separarse del río, cuyas aguas turbulentas se despeñan entre las rocas. Ya no nos separa de la orilla ningún árbol y, a nuestra derecha, vemos elevarse una ladera que se va empinando mientras el valle se cierra. Por delante solo hay agua y cascada.

—¡Ya casi estamos! —exclama Viola, que corre delante de mí con los cabellos flotando en el aire y reflejando la luz del sol.

Y entonces...

Y entonces, en el borde del desnivel, la carretera se dobla en una pronunciadísima curva que la lleva hacia abajo y hacia la derecha.

Ahí es donde nos detenemos.

La catarata es formidable y debe de tener un frente de un kilómetro al menos. El agua, blanca, espumosa y violenta, brama sobre el vacío y cae en raciones que salvan un salto de varios cientos de metros y, a modo de neblina, vuelven a ascender entre arcos iris. La ropa se nos empapa.

—Todd —musita Viola.

Apenas la he oído, pero no me hace falta.

Sé qué quiere decir.

Allí donde el agua se arroja al vacío, el valle vuelve a abrirse hasta hacerse tan ancho como el mismo cielo, y recibe las revueltas aguas que salen de la catarata para refrenarlas en remansos y meandros y dar lugar, de nuevo, al río.

Y el río va a Puerto.

Puerto.

No es posible que sea otro lugar.

Se expande ante nosotros como una mesa llena de alimento.

—¡Ahí está! —dice Viola.

Y noto que sus dedos envuelven los míos.

Las cataratas a nuestra izquierda, la espuma y los arcoíris en el cielo, el sol subiendo por delante y el valle más abajo.

Y Puerto, esperándonos.

Nos encontramos, tal vez, a unos tres o cuatro kilómetros.

Y entonces llegaremos.

Llegaremos, sí.

Miro lo que nos rodea, lo que rodea la curva de la carretera, que, tras correr hacia nuestra derecha pegada a la pendiente del valle, se deja caer zigzagueando hasta reunirse con el río.

Junto al cual desemboca en Puerto.

—Quiero verla —dice Viola, soltándome la mano para manipular los prismáticos. Limpia las gotas de agua que se adhieren a las lentes y se los lleva a los ojos—. Es hermosa —musita, y se calla, se limita a mirar y a desempañar las lentes.

Después de unos instantes de silencio, me da los prismáticos y tengo oportunidad de contemplar Puerto por primera vez.

El agua en suspensión impide distinguir los detalles o la gente, pero veo todo tipo de construcciones diferentes, unas más grandes y otras más pequeñas, que se disponen alrededor de lo que parece ser una gran iglesia, y también calles bien definidas, que, entre árboles y edificios, circunvalan el centro y conectan los distintos grupos de edificaciones.

Debe de haber unas cincuenta.

O un ciento, si me apuras.

Esa ciudad es lo más grande que he visto en toda mi vida.

—Tengo que decir —grita Viola— que es un poco más pequeña de lo que esperaba.

No le presto atención.

Valiéndome de los prismáticos, recorro la carretera desde la ciudad hacia la cascada y descubro lo que, con toda probabilidad, es una barricada y una valla fortificada.

—Se están preparando —anuncio—. Se están preparando para la batalla.

Viola me mira con preocupación.

—¿Crees que repelerán el ataque? —pregunta—. ¿Estaremos a salvo si nos quedamos en la ciudad?

—Depende de la veracidad de los rumores que hablan del ejército.

El instinto me hace volverme, como si esperara encontrarme al ejército avanzando sobre nosotros, y entonces diviso una de las colinas que rodean el valle, la que está más próxima.

—Comprobémoslo —propongo.

Retrocedemos un trecho por la pista en busca de un lugar por el que poder escalar y llegar a la cima. Durante la ascensión, siento las piernas ligeras, y mi ruido está más claro que otros días. Estoy triste; por Ben, por Cillian, por Manchee y por lo que nos ha pasado a Viola y a mí.

Sin embargo, Ben tenía razón.

Hay esperanza al pie de la cascada más grande.

Y tal vez no duela tanto, después de todo.

Cruzamos una arboleda encaramada a la pendiente, que nos obliga a servirnos de raíces y piedras para ir ganando altura, y no nos detenemos hasta comprobar que el valle ha quedado allá abajo, extenso y lejano.

Con los prismáticos, escudriño el río, la carretera y la vista que se abre por encima de los árboles. Tengo que limpiar las lentes una vez más, pues la llovizna de la cascada llega hasta aquí.

Observo.

—¿Ves algo? —pregunta Viola.

El río va menguando con la distancia hasta perderse en el horizonte.

—No —contesto.

Miro más allá.

Y después más acá.

Y...

Ahí.

En la parte más profunda del valle, en la curva más marcada de la carretera, en la última sombra que el sol todavía tiene que levantar; allí está.

Un gentío que debe de ser el ejército, avanzando como una mancha de líquido oscuro sobre el cauce seco de un río. A esta distancia, es difícil percibir los detalles, pero creo estar seguro de que no veo caballos.

Es solo una muchedumbre, un enjambre de puntos negros que se vierte

sobre la carretera.

—¿Cuántos son? —pregunta Viola—. ¿Se les han unido muchos?

—No sabría decir —admito—. ¿Trescientos? ¿Cuatrocientos? No lo sé. Estamos demasiado lejos para...

Me interrumpo.

—Estamos demasiado lejos para saberlo. —Los músculos de la cara se me contraen en una amplia sonrisa—. A kilómetros y kilómetros.

—Hemos ganado —afirma Viola, sonriente ella también—. Corrimos, nos persiguieron y han fracasado.

—¡Iremos a Puerto y avisaremos a quien gobierne la ciudad! —digo, pensando con rapidez mientras mi ruido naufraga en una marea de excitación—. Avanzan formando un frente, pero la entrada a la ciudad es demasiado estrecha, y además no creo que lleguen hoy ni tampoco esta noche, y, por otra parte, estoy seguro de que esos no son mil hombres.

Estoy seguro.

(Sin embargo...)

La sonrisa de Viola es la más exhausta y feliz que haya visto nunca. Vuelve a tomarme de la mano.

—Hemos ganado.

Pero entonces temo afrontar el riesgo de la esperanza y mi ruido se nubla un poco.

—Bueno, puede ser, pero todavía no estamos allí, y no sabemos si Puerto podrá...

Viola sacude la cabeza.

—Nada de eso —replica—. Hemos ganado. Haz caso de lo que te digo y vivirás mejor, Todd Hewitt. Hemos estado todo este tiempo escapándonos de ese ejército y, ¿sabes qué?, nos hemos escapado.

Me mira con una sonrisa que se queda en suspenso, a la espera de mi

respuesta.

Mi ruido zumba, rebosa calidez, alegría, cansancio y alivio, y, pese a que todavía estoy un poco preocupado, pienso que Viola tiene razón; tal vez sí hemos ganado y tal vez yo debería atreverme a darle un abrazo. Es decir, que me doy cuenta de que estoy de acuerdo con ella.

—Hemos ganado —digo al fin.

Y entonces ella me rodea con los brazos y me estrecha como si temiera que fuese a caerme, y nos quedamos así, bajo la finísima cortina de agua, en medio de la ladera de la colina.

Ya no huele tanto a flores como antes, pero da igual.

Contemplo la incesante masa de agua que se desploma en las cataratas, las gotas de agua pulverizada que, encendidas por el sol, imprimen sobre la vista de Puerto sus destellos, la luz clara que se refleja en el trecho del río anterior a la catarata, convertido ahora en una serpiente plateada.

Y permito que mi ruido bulla de alegría mientras paseo la mirada a lo largo del río y...

No.

Se me crispan todos los músculos del cuerpo.

—¿Qué? —exclama Viola, sobresaltada.

Sigue la dirección que le señalo con los ojos.

—¿Qué? —repite.

Y, después, lo divisa.

—No —musita—. ¡No puede ser!

Una barca desciende por el río.

Está lo bastante próxima como para que los prismáticos estén de más.

Lo bastante próxima para distinguir el rifle y la sotana.

Lo bastante próxima para vislumbrar las cicatrices y la expresión de furia.

Remando hacia nosotros, frenético, como el juez del último día.

¡Aaron!

40

EL SACRIFICIO

—¿Nos habrá visto? —pregunta Viola con voz tensa.

Los prismáticos, que no tardo en encontrar en la bolsa, me devuelven una imagen de Aaron gigantesca y aterradora que tengo que alejar pulsando unos cuantos botones. No mira hacia nosotros; tan solo rema rítmicamente para conducir la barca hacia la orilla junto a la que pasa la pista.

A pesar de las espantosas heridas que hacen que su rostro haya dejado de serlo, a pesar de la mejilla despellejada o de la nariz arrancada, todavía es posible percibir en su gesto la mirada feroz y devoradora, despiadada y, por encima de todo, imparable, casi inmortal.

Recuerdo a Ben diciendo que la guerra convertía a los hombres en monstruos.

Bien, pues he aquí un monstruo que viene hacia nosotros.

—No creo que nos haya visto —reflexiono—. Todavía no.

—¿Podremos huir de él?

—Tiene un arma —respondo—, y todavía nos falta un buen trecho de carretera para llegar a Puerto.

—Entonces iremos campo a través. Entre los árboles.

—No son muchos los que nos ocultarían de aquí a la carretera. Tendremos

que descender muy rápido.

—Yo corro mucho —contesta Viola.

Y allá vamos, ladera abajo, resbalando sobre las hojas y las raíces húmedas, y usando las manos a modo de freno con el que agarrarnos a piedras y asideros. Los árboles apenas nos cubren, y Aaron, que rema en el río, está a la vista.

Lo que implica que él también puede vernos a nosotros si es que acierta a divisarnos.

—¡Aprisa! —me urge Viola.

Abajo...

Y más abajo...

Precipitándonos a la carretera...

Los pies se nos atascan en el barro del arcén...

La carretera nos tapa la perspectiva y perdemos de vista el río...

Pero solo durante unos instantes...

Porque ahí está él...

La corriente lo trae a una velocidad vertiginosa...

Aquí viene, río abajo...

Está ante nosotros...

¡Y nos ha visto!

El estrépito de la cascada es colosal, sin embargo, aun así, distingo la voz.

La reconocería incluso en las antípodas del planeta.

—¡TODD HEWITT!

Extiende un brazo que busca el rifle.

—¡Vamos! —grito.

Los pies de Viola, delante de mí, muerden la pista, y ambos corremos hacia la curva que conduce a los zigzags.

Nos faltan unas decenas de metros para alcanzarla y desaparecer en la

cuesta...

Corremos como si nos hubiésemos pasado las dos últimas semanas reponiendo fuerzas...

Nuestros pies baten el suelo, una y otra vez, aprisa, aprisa...

Miro por encima del hombro...

Y veo a Aaron intentando manejar el rifle con una sola mano...

Intentando equilibrarlo mientras gobierna la barca...

Que, al ingresar en los rápidos, se sacude y está a punto de derribarlo...

—¡No será capaz! —le grito a Viola—. ¡No puede remar y disparar al mismo...!

¡Bum!

Un terrón de barro estalla junto a los pies de Viola...

Chillo, Viola chilla, y ambos, instintivamente, nos encorvamos...

Y corremos más y más...

Aprisa, aprisa, aprisa...

Corre, corre, corre, corre... Mi ruido atruena como un cohete...

Y no miro atrás...

Solo cinco pasos...

Corre, corre...

Tres...

¡Bum!

Viola se está cayendo...

—¡No! —aúllo.

Choca contra el suelo al llegar a la curva y desaparece rodando tras la rasante...

—¡No! —grito otra vez, y salto tras ella...

Cuesta abajo...

Voy trompicando en un vano intento por alcanzarla...

No...

No puede ser...

No en este momento...

No cuando estamos a punto de...

¡No, por favor...!

Rodando aún, Viola cae sobre unos matorrales adyacentes a la carretera y...

Y se detiene, se queda tendida en el suelo boca abajo.

Y yo corro hacia ella haciendo esfuerzos por conservar el equilibrio, y me arrodillo entre los matorrales y la tomo entre los brazos y estoy buscando la sangre, la herida, el disparo y clamo:

—No, no, no, no, no...

Ciego de furia y de desasosiego, maldigo para mis adentros las falsas promesas de la esperanza, y no, no, no...

Pero ella abre los ojos...

Abre los ojos, se agarra a mí y me dice:

—No estoy herida, no estoy herida.

—¿No? —exclamo, sacudiéndola levemente—. ¿Estás segura?

—La he notado —afirma—. He notado que la bala me pasaba rozando los ojos y me he caído. Pero estoy bien.

Jadeo, resoplo, vuelvo a jadear y a resoplar.

—Menos mal —musito—, menos mal.

La cabeza me da vueltas, y el ruido se arremolina.

Ella ya se está poniendo en pie. Me incorporo, y ambos observamos la carretera.

Abrupta y tumultuosa, la cascada está a nuestra izquierda, y la revirada carretera discurre a nuestro lado para, acto seguido, hundirse en la escarpada sucesión de curvas cerradas.

Somos un blanco fácil.

No hay sino vegetación rala, y ni un solo árbol.

—Acabará con nosotros —vaticina Viola, escrutando la parte alta de la carretera. No hay señal de Aaron, pero no cuesta imaginárselo arribando a la orilla, hundiendo los pies en el agua, casi caminando sobre ella.

—¡TODD HEWITT! —le oímos gritar, y su voz, que a duras penas se sobrepone al fragor del agua, se me antoja la más potente del orbe.

—No tenemos dónde escondernos —dice Viola, mirando alrededor—. Tendremos que llegar primero hasta abajo.

Estudio el terreno. Las laderas que descienden hasta nosotros son demasiado empinadas, la carretera está desprotegida y lo demás es matorral, en que de nada serviría que nos ocultáramos.

Estamos al descubierto.

—¡TODD HEWITT!

Viola levanta un índice.

—Podríamos ir a resguardarnos a los árboles de la cima de esa colina.

Sin embargo, parece tan improbable que superemos esa pendiente que advierto que Viola calla y cede a la realidad de nuestras circunstancias.

Giro sobre mí mismo, examinando lo que...

Y entonces lo veo.

Un camino angosto y apenas visible que parte de la primera curva de la carretera y se desvía hacia la catarata. Desaparece unos pocos metros más allá, pero logro adivinar dónde continúa.

En el acantilado.

Cae casi en picado hasta un lugar que está debajo de la catarata.

Es una especie de cornisa.

Una cornisa bajo el salto de agua.

Retrocedo hasta la carretera y vuelvo a mirar. Ya no veo el estrecho

sendero.

Ni tampoco la cornisa.

—¿Qué pasa? —pregunta Viola.

Regreso a los matorrales.

—¡Allí! —le digo, indicándole el lugar con una mano extendida—. ¿Lo ves?

Entrecierra los ojos. En su caída, el caudal de agua ensombrece la parte de la cornisa a la que da el camino.

—Desde aquí es posible localizarlo —le explico—, pero no desde la carretera. —La miro—. Nos esconderemos allí.

—Pero él te oirá —replica Viola—. Te oirá y vendrá por nosotros.

—El estruendo de la cascada lo impedirá, y yo procuraré reducir mi ruido al mínimo.

Viola arruga la frente y recorre la carretera con la mirada, desde Puerto hasta el lugar en el que, es de suponer, Aaron aparecerá de un momento a otro.

—Es demasiado cerca —protesta.

La tomo del brazo y tiro de ella.

—Vamos. Esperaremos a que pase de largo. O hasta que anochezca. Con suerte, creará que nos hemos cobijado en esos árboles.

—Si descubre dónde estamos, no tendremos manera de huir.

—Pero si corremos hacia la ciudad, nos disparará. —La miro a los ojos—. Es nuestra única oportunidad.

—Todd...

—¡Ven conmigo! —insisto, mirándola con toda la intensidad de la que soy capaz, con toda la esperanza que puedo convocar. «No me dejes, por favor»—. Te prometo que esta noche estaremos en Puerto. —Le aprieto el brazo. «Por favor, no me engañes»—. Te lo prometo.

Viola me devuelve la mirada, efectúa una brusca inclinación de cabeza y ambos salimos corriendo hacia el pequeño sendero, brincamos sobre los matorrales y...

—¡TODD HEWITT!

Aaron está a punto de llegar a la catarata...

Descendemos por un empinado terraplén cercano a la margen del agua, y la pendiente de la colina es tal que se nos cierne desde detrás...

Resbalamos hasta la arista del acantilado...

La catarata está frente a nosotros...

Al llegar al borde, topo con que el terreno cae a pico y, al echarme hacia atrás instintivamente, tropiezo con Viola...

Ella me sujeta por la camisa y me ayuda a mantener el equilibrio...

Por delante, las aguas se disgregan y vuelan hacia las rocas que están más abajo...

Pero la cornisa está a escasa distancia...

Nos haría falta saltar sobre el vacío para llegar hasta ella...

—No había visto esta parte —digo mientras Viola me agarra por la cintura para evitar que ambos nos caigamos.

—¡TODD HEWITT!

Está cerca, muy cerca...

—Ahora o nunca —me susurra Viola al oído...

Y me suelta...

Salto...

Me veo suspendido en el aire...

La masa de agua de la catarata se precipita sobre mí...

Aterrizo en la cornisa...

Y me vuelvo...

Viola está saltando...

La agarro en el aire y ambos nos caemos de espaldas sobre la cornisa...

Nos quedamos tendidos, jadeando...

Y escuchando...

Y, durante unos instantes, lo único que oímos es el rugido del agua...

Pero, de pronto, debilitada por la barahúnda, esa voz...

—¡TODD HEWITT!

Sin embargo, parece que estuviera a kilómetros de distancia.

Viola está encima de mí, y nuestros apurados alientos se entrecruzan.

Nos miramos a los ojos.

Y el estrépito es lo bastante fuerte como para que no se oiga mi ruido.

Tras unos instantes, Viola apoya las manos en el suelo y se levanta. Al ver el lugar al que hemos ido a parar, se queda con la boca abierta.

—¡Caramba! —dice.

Me pongo en pie y miro yo también.

Caramba.

La cornisa es algo más que una cornisa. Se extiende hacia dentro, por debajo de la cascada. Nos hallamos ante la boca de un corredor cuyo lateral es una cortina de agua, blanca y nítida como la sólida roca que pisamos.

—Vamos —digo, y echo a caminar sobre el resbaladizo suelo de la cornisa. Está mojado y cubierto de limo, de modo que procuramos separarnos del dosel de agua.

El estruendo es tremendo. Resulta casi sólido a los oídos, como si pudieras tocarlo y saborearlo.

Tal es su potencia que el ruido ha desaparecido.

Jamás he tenido una sensación de silencio como esta.

Avanzamos por la cornisa, bajo la catarata, poniendo los pies entre pequeños charcos y las acumulaciones del verdoso cieno que los rodean. Hay raíces que cuelgan desde el techo de roca, y no puedo imaginar a qué clase de

planta pertenecen.

—Estos de aquí podrían ser escalones —grita Viola, que debe forzar la voz para hacerse oír.

—¡TODD HEWITT! —grita la voz de Aaron desde una distancia que se nos antoja infinita.

—¿Nos habrá descubierto? —pregunta Viola.

—No lo sé —respondo—. No lo creo.

La pared del acantilado se quiebra, y la cornisa, pegada a ella, sigue su sinuoso perfil. Estamos empapados, tenemos frío y no resulta fácil sujetarse a las raíces para conservar el equilibrio.

Más adelante, el corredor se inclina bruscamente y se amplía, y es evidente que hay escalones labrados en la roca, que forman una suerte de escalera.

No hay duda de que no somos los primeros en pasar por aquí.

Descendemos, y el agua brama a tan solo unos centímetros de nuestras cabezas.

Llegamos abajo.

—¡Vaya! —exclama Viola, delante de mí, y conozco ya el motivo de su sorpresa.

El corredor se abre de repente para dar lugar a una gran caverna, el techo de roca sube a gran altura y el agua de la catarata, que se despeña desde la arista exterior del techo, cierra la enorme estancia resultante como una vela tremolante y combada.

Pero la exclamación de Viola no se debe a eso.

—Es una iglesia —afirmo.

Es una iglesia. Divididas por un pasillo central, hay cuatro hileras de bancos esculpidos en piedra que miran hacia una gran roca, el púlpito, sobre cuya superficie plana se aposentaría el sacerdote para pronunciar sus sermones con un portentoso muro de agua como telón de fondo, a través del

cual la luz de la mañana ilumina el espacio y arranca destellos de todas y cada una de las húmedas superficies, convertidas así en telones de estrellas que rodean un grupo de tres esferas talladas en la roca, blancas y resplandecientes: las lunas y el Nuevo Mundo, tierra prometida y destino de las esperanzas de los colonos, relumbrando sobre la iglesia y presidiéndola desde las alturas.

¡Una iglesia debajo de una cascada!

—¡Es hermosa! —dice Viola.

—Está abandonada —le indico, pues, recuperado del primer impacto visual, advierto que algunos de los bancos se han desmoronado y que hay inscripciones a todo lo largo de los muros, algunas grabadas en la roca y otras pintadas, y la mayor parte de ellas, banales; «P.M. y M.A.», «Willz ♥ Chillz» o «Abandonad toda esperanza, vosotros que...».

—Son cosas de niños —juzga Viola—. Se han apoderado del lugar a hurtadillas.

—¿Sí? ¿Te parece que esto lo hace un niño?

—En la nave, había un conducto de ventilación en desuso en el que nos gustaba colarnos —explica—. Estaba en bastante peor estado que esto.

Sobrecogidos, paseamos por la gran sala observándolo todo. La planta de la iglesia debe de tener una anchura de unos cinco metros, y la arista por la que se precipita el agua está a una decena de metros de altura.

—Diría que esta caverna es natural —opino—. Al encontrarla, debieron de considerarla un milagro.

Viola se cruza de brazos.

—Y luego se dieron cuenta de que no era muy práctica como iglesia.

—Demasiado húmeda —convengo—. Demasiado fría.

—Diría que la descubrieron los primeros que desembarcaron en el Nuevo Mundo —dice Viola, observando las blancas esferas del techo—. Apuesto a

que durante el primer año. Todo era nuevo y alentador. —Se da la vuelta, registrando la estancia con la mirada—. Hasta que la realidad los sacó de su error.

Yo también observo. Me parece entrever lo que sintieron quienes estuvieron aquí por primera vez. La luz del día se filtra por la cascada y tiñe de blanco la roca, y el fragor del agua acalla cualquier otro sonido creando una quietud que, aun sin esos bancos y ese púlpito, por sí sola, retrotrae al espectador al espacio sagrado de una iglesia.

De pronto, advierto que detrás de los bancos no hay nada. El suelo desaparece en una caída de cincuenta metros que termina en un lecho rocoso.

De modo que vamos a tener que esperar aquí.

Aquí es donde vamos a aferrarnos a la esperanza.

En una iglesia bajo el agua.

De vez en cuando, desde el corredor nos llega la voz que me llama: «Todd Hewitt», pero es apenas un murmullo.

Viola se estremece.

—¿Y qué hacemos ahora?

—Aguardaremos a que anochezca —contesto—. Nos quedaremos aquí escondidos con la esperanza de que no nos encuentre.

Me siento en uno de los bancos de piedra, y Viola se acomoda junto a mí. Se quita la bolsa de los hombros y la deja en el suelo.

—¿Y qué pasa si descubre el sendero?

—Esperemos que no.

—Pero ¿qué pasa si lo descubre?

Me llevo una mano a la espalda y desenfundo el cuchillo.

El cuchillo.

Ambos lo miramos. Las blancas aguas se reflejan en la hoja, en la que enseguida se posan pequeñas gotas de agua que la hacen brillar como una

antorcha.

El cuchillo.

Nos quedamos callados, contemplando cómo reluce en el medio de la iglesia.

«Todd Hewitt», lejano, casi inaudible.

Viola dirige la vista hacia la entrada, se cubre la cara con las manos y aprieta los dientes.

—Pero ¿qué es lo que quiere ese hombre? —estalla de pronto—. Si el ejército y todo lo demás es por ti, ¿por qué me quiere a mí? ¿Por qué me dispara? ¡No lo comprendo!

—No hay motivos que permitan entender el comportamiento de un lunático.

Sin embargo, mi ruido recupera en este momento la imagen de Aaron disponiéndose a sacrificar a Viola en la ciénaga. Entonces, la llamó «la señal».

Un regalo de Dios.

No sé si Viola se acuerda de eso o si simplemente lo distingue en mi ruido.

—No creo que me quiera para ofrecerse en sacrificio —dice de pronto.

—¿Cómo?

Me mira con expresión perpleja.

—No soy yo lo que persigue —insiste—. Me tuvo dormida la mayor parte del tiempo y, cuando me levanté, vi que su ruido contenía ideas extrañas y confusas que no fui capaz de entender.

—Está loco —afirmo—, loco de atar.

Viola no responde y se limita a observar la cascada. Alarga un brazo y posa la mano sobre la mía.

«TODD HEWITT», no tan remoto como antes.

La mano de Viola se crispa, el corazón me da un vuelco.

—¡No! —dice—. ¡Se está acercando!

—No puede encontrarnos.

—Pues a mí me parece que sí.

—Entonces nos encargaremos de él.

Ambos nos quedamos mirando el cuchillo.

«¡TODD HEWITT!»

—Ya está en el camino —dice Viola, aferrándoseme al brazo.

—Todavía no.

—Yo creo que sí —afirma con voz agitada—. Estoy segura.

—Llegaremos a Puerto.

—¡TODD HEWITT!

Esta vez, la voz es clara.

Ha encontrado el corredor.

Aprieto con los dedos el mango del cuchillo y, al mirar a Viola, veo que tiene la vista puesta en el corredor. El miedo se me instala en el pecho como una herida.

Los nudillos de los dedos con los que empuño el cuchillo se vuelven blancos de la tensión.

Si se atreve a tocarla...

Y mi ruido retrocede al comienzo de nuestro viaje, a aquella Viola que todavía no hablaba, a la que me dijo cómo se llamaba, a la que habló con Hildy y Tam y a la que imitó el modo de hablar de Wilf, a la que vi al despertarme en la casa del doctor Snow, a la que le hizo una promesa a Ben, y, al fin, a la que se hizo con la voz de mi madre y provocó que mi realidad se transformara durante unos momentos.

Rememoro lo que hemos pasado.

Cuando Viola lloró después de que ambos abandonáramos a Manchee a una muerte segura.

Cuando me dijo que yo era todo lo que tenía.
Cuando descubrí que podía leerle el pensamiento, a pesar de su silencio.
Cuando, hace un rato, en la pista, creí que Aaron le había disparado y viví unos instantes espantosos.

Y me pregunto qué sentiría si la perdiera.
Qué dolor, qué ultraje, qué injusticia.
Qué furia.
Con qué violencia desearía morir en su lugar.
Miro el cuchillo que tengo en la mano.
Y me doy cuenta de que Viola tiene razón.
De que tiene razón por muy delirante que me parezca lo que eso implica.
El sacrificio no tiene que ver con ella.
Ella no es la víctima elegida.
Si uno de nosotros cae, todos caemos con él.
—Ya sé lo que quiere —anuncio, levantándome.
—¿Qué? —pregunta Viola.
—¡TODD HEWITT!
Está en el corredor, no hay duda.
No tenemos escapatoria.
Ya viene.
Viola se pone de pie, y yo me interpongo entre el lugar en el que se encuentra y la boca del corredor.
—Agáchate detrás de uno de los bancos —le digo—. Escóndete.
—Todd...
Me voy alejando de ella hasta que se me desprende la mano de su brazo, y aun más allá.
—¿Adónde vas? —grita, nerviosa.

Observo el camino por el que hemos venido.

Lo veré aparecer en cuestión de unos instantes.

—¡TODD HEWITT!

—¡Si te quedas ahí, te verá! —grita Viola.

Empuño el cuchillo.

El cuchillo que tantos problemas ha causado.

El cuchillo que detenta semejante poder.

—¡Todd! —insiste Viola—. Pero ¿qué haces?

La busco con la mirada, entre los bancos y las blancas esferas que resplandecen sobre ella y el agua que proyecta sobre ella su cambiante resplandor, la busco en su rostro y en los movimientos de su cuerpo, que está ahí de pie, encarándome, y vuelvo a encontrarla, vuelvo a saber que es Viola Eade y que la conozco, que el silencio no implica vacío, que jamás implica vacío.

La miro a los ojos.

—Voy a darle el recibimiento que se merece —afirmo.

Y, a pesar de que el estrépito le impida oír mi ruido y conocer mis pensamientos, ella me mira también a mí y veo que lo ha entendido.

Se yergue y endereza los hombros.

—No voy a esconderme —dice—. Haré lo que tú hagas.

Y eso es todo lo que puedo pedir.

Asiento.

—¿Lista? —le pregunto.

Inclina la cabeza sin dejar de mirarme y me da a entender que está preparada, que está convencida.

Me vuelvo hacia el corredor.

Cierro los ojos.

Inspiro con fuerza.

Y, tras concentrar todo el aire de los pulmones y hasta el último ápice de ruido que tengo en la cabeza... Grito, grito con todas mis fuerzas...

—¡AAROOON!

Abro los ojos, y ya solo espero que aparezca frente a mí.

†

SI UNO DE NOSOTROS CAE...

Lo primero que veo de él son los pies, que van tanteando los escalones sin prisa, procurando no resbalarse con la tranquilidad que le da saber que estamos aquí.

Sujeto el cuchillo con la mano derecha, pero la izquierda también se dispone a entrar en acción. Me sitúo en medio del pasillo, entre los bancos, en el punto central de la iglesia. Viola está unos metros más atrás.

Estoy preparado.

Advierto que estoy preparado para lo que sea.

Los acontecimientos me han guiado hasta aquí, hasta este lugar, y a tener este cuchillo en la mano y un motivo por el que luchar.

Una persona.

Y si tengo que elegir entre esa persona y él, no hay duda de cuál es mi decisión, y el ejército puede irse al infierno.

Estoy preparado.

Nunca lo estaré tanto como ahora.

Porque sé lo que quiere ese hombre.

—¡Vamos! —mascullo.

Veo aparecer las piernas de Aaron y luego los brazos, uno ocupado con el

rifle y el otro apoyándose en la pared de roca.

Y luego le veo la cara.

Esa cara terrible como ninguna otra.

Medio desollada, con la hendidura que deja al aire las encías y los dientes, y la nariz amputada, una cara inhumana.

Sonríe.

Empiezo a sentir miedo.

—Todd Hewitt —dice a modo de saludo.

Elevo la voz por encima del fragor del agua y trato de aparentar aplomo.

—Aparta ese rifle de mi vista, Aaron.

—Conque esas tenemos, ¿eh? —se mofa mientras nos observa a Viola y a mí. A pesar de que no la veo, sé que no se deja intimidar, sé que se enfrenta a los ojos de Aaron con toda la valentía de que es capaz.

Y eso me da fuerzas.

—Sé qué es lo que quieres —afirmo—. Lo he adivinado.

—¿Qué me dices, joven Todd? —exclama Aaron, y noto que escudriña mi ruido, que pugna por desentrañar los retazos que sobreviven al estruendo de la catarata.

—Ella no es la víctima que quieres sacrificar —repongo.

Sin responderme, da los primeros pasos por el suelo de la iglesia mientras observa los bancos y el púlpito.

—Y yo tampoco —agrego.

Su perversa sonrisa se hace aún más grande, tanto que una de las cicatrices que rodean el desgarrón que tiene en el rostro se abre y expulsa un hilo de sangre.

—Las cabezas pensantes sirven al maligno —proclama, y supongo que sus palabras no hacen sino darme la razón.

Lo sigo con la mirada mientras él va rodeándome para dirigirse a la parte

de la iglesia que ocupa el púlpito y, tras él, la catarata.

—Eres tú —digo—. Tú eres el que quiere ofrecerse en sacrificio.

Dejo que el ruido salga de mí sin barreras a propósito de que tanto Viola como él sepan a qué se debe lo que acabo de decir.

Porque lo que Ben me dijo cuando me marché de la granja, lo que hacen los niños de Prentisstown cuando se convierten en hombres, la razón por la que los niños que se hacen hombres le retiran la palabra a los niños que siguen siendo niños, el motivo por el que los niños transformados en hombres se vuelven cómplices de los crímenes ocurridos en Prentisstown es...

Es que...

Y me obligo a mí mismo a decirlo en voz alta...

Es que deben matar a un hombre.

Ellos solos, con sus propias manos.

Esos hombres que desaparecieron, que intentaron fugarse...

No se fugaron ni desaparecieron.

El señor Royal, profesor mío y bebedor de whisky, el que se pegó un tiro, en realidad no se pegó un tiro. Seb Mundy le disparó al cumplir los trece años, lo obligó a quedarse de pie delante de él y apretó el gatillo en presencia de todos los hombres de Prentisstown. El señor Gault, de cuyo rebaño de ovejas tuvimos que hacernos cargo hace dos inviernos creyendo que se había marchado del pueblo, solo trató de marcharse. El alcalde Prentiss lo atrapó mientras corría por la ciénaga y, amparándose en la ley del Nuevo Mundo, decidió ejecutarlo, si bien esperó a que el señor Prentiss Junior tuviese trece años para que fuese este el que, sin ayuda de otro, lo torturara hasta la muerte.

Los casos como estos son innumerables. Muchos hombres que conocía murieron a manos de niños que conocía. Los hombres del alcalde mantenían con vida a los fugados que capturaban y los reservaban para los niños que

estuviesen por cumplir trece años. Si no tenían a nadie, optaban por elegir a un hombre de Prentisstown que no les gustase y poner como pretexto que había abandonado el pueblo.

Así, la vida de un hombre pasaba a depender de un niño con la obligación de arrebátarsela él solo.

Un hombre moría, y otro hombre nacía.

Todos cómplices. Todos culpables.

Excepto yo.

—¡Oh, no! —musita Viola.

—Pero conmigo iba a ser diferente, ¿no es cierto? —inquiero.

—Tú eras el último, Todd Hewitt —responde Aaron—. El último soldado del ejército de Dios.

—No creo que Dios tenga nada que ver con tu ejército —replico—. Baja ese rifle. Sé lo que tengo que hacer.

—La cuestión es la siguiente, Todd: ¿eres un mensajero? —pregunta, alzando la barbilla y sonriendo todavía más, si cabe—. ¿O eres un farsante?

—Léeme el pensamiento —respondo—. Compruébalo tú mismo si no me crees capaz de hacerlo.

Me observa desde el púlpito y extiende su ruido sobre el estruendo de la cascada, lo lanza, lo empuja hacia mí, y entonces me encuentro con *sacrificio, con la obra de Dios, con el martirio del santo.*

—Tal vez, joven Todd —juzga.

Y deja el rifle sobre el púlpito.

Trago saliva y aprieto el cuchillo.

Sin embargo, él le echa un vistazo a Viola y se ríe.

—Ah, pero no —exclama—. Las niñas podrían aprovecharse de la situación, ¿verdad?

Y, como si no se lo propusiera, arroja el rifle a la cascada.

El agua se lo traga al instante.

Se ha deshecho de él.

Así que ahora solo quedamos Aaron y yo.

Y el cuchillo.

Abre los brazos y advierto que pretende adoptar la pose de predicador, la misma que le conozco del púlpito de su iglesia, en Prentisstown. Se apoya en el púlpito, muestra las palmas de las manos y alza la vista hasta centrarla en el brillante techo de agua que nos sobrevuela.

Comienza a mover los labios con lentitud.

Predica.

—Estás loco —le espeto.

Me mira.

—No, estoy bendecido.

—Quieres que te mate.

—Te equivocas, Todd Hewitt —responde, y tras bajar del púlpito, da un paso hacia mí por el pasillo central—. El odio es la clave. El odio es la fuerza. El odio es el fuego que purifica al soldado. El soldado debe odiar.

Da un paso más.

—No quiero que me mates —explica—. Quiero que me asesines.

Retrocedo.

Su sonrisa vacila.

—Quizá el muchacho prometa más de lo que está en sus manos.

—¿Por qué? —pregunto, reculando. Viola también se aleja del púlpito, y se detiene bajo la esfera del Nuevo Mundo—. ¿Por qué haces esto? ¿Hay alguna razón lógica que permita entender lo que te propones?

—Dios me ha enseñado el camino —contesta.

—Estoy en este mundo desde hace casi trece años —repongo— y, que yo sepa, los caminos los enseñan los hombres.

—Porque Dios se vale de ellos —argumenta Aaron.

—Y también el mal —tercia Viola.

—Sí —conviene él—. El mal habla con palabras tentadoras que arrullan...

—Cállate —le ordeno—. Ni se te ocurra dirigirte a ella.

Al llegar a la última fila de bancos, camino hacia la derecha, y Aaron obra a la inversa en el extremo opuesto de la estancia, de modo que empezamos a movernos a la manera de un parsimonioso tiovivo, él con las manos en alto y yo con el cuchillo en ristre. Viola se mantiene detrás de mí, y el agua pulverizada de la catarata lo cubre todo. La iglesia gira alrededor lentamente, la cortina de agua recibe los rayos del sol y nos los envía convertidos en un resplandor blanco, y la humedad del ambiente vuelve el suelo resbaladizo.

Y, por encima de todo, el sordo fragor, siempre el fragor.

—Tú eras la última prueba —indica Aaron—. El último niño. El que nos completa. Contigo en las filas del ejército, el círculo se cerraría y viviríamos en la dicha. Si uno de nosotros cae, todos caemos con él, Todd. Y todos tenemos que caer. —Cierra los puños y vuelve a mirar hacia arriba—. ¡Entonces renaceríamos! Nos alzaríamos sobre este mundo maldito y lo reformaríamos...

—Yo no lo habría hecho —lo interrumpo, y él frunce el entrecejo, molesto—. No habría matado a nadie.

—Claro, Todd Hewitt —exclama—. Y por eso eres tan especial, ¿no es cierto? El niño que no puede matar.

Veo a Viola a mi lado con el rabillo del ojo. Los tres seguimos dando vueltas alrededor de los bancos, pero ella y yo estamos a punto de llegar a la pared de la que parte el corredor.

—No obstante, Dios exige un sacrificio —perora Aaron—. Dios exige un mártir. ¿Y quién mejor que el niño especial para matar al mismísimo heraldo de la palabra divina?

—No creo que Dios te diga nada —asevero—, pero estoy convencido de que te quiere muerto.

Los ojos de Aaron se colman de vacío y de demencia. Un escalofrío me recorre el espinazo.

—¡Seré un santo! —vaticina con voz vibrante—. ¡Ese es mi destino!

Ha llegado al extremo del pasillo y nos sigue bordeando la última fila de bancos.

Viola y yo no nos detenemos.

Estamos casi en el corredor.

—Pero, claro, ¿cómo motivar a nuestro muchacho? —medita Aaron con mirada vertiginosa—. ¿Cómo empujarlo hacia la hombría?

Y, en ese momento, su ruido se precipita sobre mí como una tromba.

Los ojos se me salen de las órbitas.

Se me revuelve el estómago.

Los hombros se me caen y una debilidad imperiosa toma posesión de mi cuerpo.

Lo veo. Es una fantasía, una mentira, pero las mentiras de los hombres son tan vívidas como la verdad, y percibo hasta el último detalle.

¡Iba a asesinar a Ben!

Ese era el modo de obligarme a matarlo. Así es como lo habrían conseguido. Para perfeccionar su ejército y hacer de mí un asesino, iban a ejecutar a Ben.

Y pretendían que yo lo presenciara.

Que mi odio fuera tal que me viese en la necesidad de acabar con la vida de Aaron.

Mi ruido se desboca y estalla.

—¡Eres un maldito pedazo de...!

—Pero entonces, Dios envió una señal —dice Aaron, mirando a Viola con

ojos desencajados, ensangrentado y más repulsivo que nunca—. Una niña —afirma—, un regalo de los cielos...

—¡No la mires! —chillo—. ¡Ni se te ocurra mirarla!

Aaron se vuelve hacia mí, sonriente.

—Sí, Todd —responde—. Este es tu camino, el camino que habrás de recorrer. El niño de corazón blando, el niño que no podía matar. ¿Por quién mataría? ¿A quién protegería?

La boca del corredor está cada vez más cerca.

—Y cuando ese silencio suyo endemoniado y vil corrompió nuestra ciénaga, creí que Dios me había mandado una víctima a quien sacrificar, un último ejemplo del mal oculto en sí mismo que podría destruir y purificar. —Sacude la cabeza—. Pronto se me reveló que su propósito era otro. —Mira a Viola y luego a mí—. ¡Todd Hewitt defenderá a los indefensos!

—¡Ella es muy capaz de defenderse! —protesto.

—Y, después, huiste. —Sus ojos saltones fingen asombro—. Preferiste huir a cumplir tu destino. —Levanta la vista y recorre con ella la iglesia—. Y, en consecuencia, harás que mi victoria sea aún más dulce.

—¿De qué victoria me hablas? —pregunto.

—¿De verdad no lo sabes? —contesta él, sonriente, una vez más—. Ven a mí, Todd. Ven y trae contigo el odio que te inunda el corazón.

—Lo haré —replico—. Que no te quepa duda.

Pese a ello, sigo retrocediendo hacia la salida.

—Te ha faltado poco, joven Todd —dice Aaron—. En la ciénaga empuñabas el cuchillo, veías que yo iba a matar a la niña, pero todo quedó en nada. Titubeaste. Heriste, pero no mataste. Y luego la separé de ti y tú, como sabía que harías, nos seguiste la pista y caíste en la trampa, pero tampoco eso fue suficiente. Sacrificaste a tu perro para salvar a la niña, preferiste que le partiese el espinazo a tu perro querido, en lugar de aceptar que te ayudara a

convertirte en lo que te corresponde.

—¡Cállate! —grito.

Me muestra las palmas de las manos.

—¡Aquí me tienes, Todd! —dice—. ¡Culmina tu viaje! ¡Hazte un hombre!
—Baja la cabeza hasta que sus ojos me encuentran—. ¡Cae!

Contraigo los labios.

Enderezo los hombros.

—Yo ya soy un hombre —le aseguro.

Y mi ruido proclama lo mismo.

Aaron clava en mí unos ojos extáticos y penetrantes.

Y luego suspira.

Como si estuviese decepcionado.

—Todavía no —dice con una expresión totalmente distinta—. Tal vez
nunca lo seas.

Ya no retrocedo más.

—Una pena —masculla.

Y salta sobre mí...

—¡Todd! —grita Viola...

Pero no pienso retroceder...

Por el contrario, avanzo hacia él...

Me dispongo a luchar.

Embisto con el cuchillo mientras le veo echárseme encima, pero, en el último segundo, me hago a un lado para que se estampe contra la pared de roca...

Gruñendo, se da la vuelta y trata de golpearme con un brazo extendido, pero yo me agacho para evitar el golpe y le hago un tajo en el antebrazo, lo que, sin embargo, no hace sino incrementar su furia...

Lanza hacia mí el otro brazo y me da un puñetazo debajo de la

mandíbula...

Me desequilibro...

—¡Todd! —grita Viola.

Caigo de espaldas sobre el último banco.

Enseguida levanto la vista.

Aaron se vuelve hacia Viola.

Ella está al pie de las escaleras...

—¡Corre! —le grito.

Pero ella tiene en las manos una piedra grande y plana, que, con una mueca y un gruñido iracundo, le arroja a Aaron, y este, pese a pretender repelerla con un brazo, la recibe en la frente y, atontado, va trastabillando hacia atrás...

—¡Vamos! —me grita Viola.

Me pongo en pie de un salto.

Pero Aaron ya se ha recuperado.

La sangre le cubre el rostro.

La boca se le abre para expulsar un bramido.

Brinca como una araña, aferra a Viola por el brazo...

Ella se resiste fieramente y le estrella la mano izquierda en la cara...

Pero él no la suelta.

Voy volando hacia ellos, voy aullando.

Con el cuchillo por delante.

Y, sin embargo, lo retraigo en el último momento.

Y cargo con los hombros...

Aterrizamos en los escalones. Viola yace boca arriba, y yo estoy encima de Aaron, que me sacude en la cabeza, una y otra vez, con ambos puños para, acto seguido, acercarme esa cara horrible suya y darme un mordisco en el cuello.

Aúllo, proyecto las dos manos sobre él con violencia y luego me aparto.

Agarrándome el cuello, voy reculando hacia el centro de la iglesia.

Él vuelve por mí alargando un puño...

Y me asesta un mamporro en el ojo.

Noto que los músculos del cuello ceden al impacto y la cabeza se me echa hacia atrás.

Tropiezo con las filas de bancos...

Y aquí viene otro puñetazo.

Levanto la mano con la que sostengo el cuchillo para protegerme.

Pero el filo de la hoja mira hacia abajo...

Y encajo un nuevo porrazo.

Me arrastro por el húmedo suelo, huyendo.

Me impulso por el pasillo central, hacia el púlpito.

Y, una vez más, los nudillos de Aaron me alcanzan en plena cara.

Creo que se me han roto dos dientes.

Estoy a punto de desmoronarme.

Y al fin, me derrumbo.

Me golpeo la cabeza contra la piedra del púlpito...

Y deajo caer el cuchillo...

Que, tras rebotar en el suelo, se detiene cerca del borde de la cornisa.

No me ha servido de nada, como siempre.

—¡El ruido te delata! —brama Aaron—. ¡El ruido te delata! —Viene caminando hacia mí—. Desde que puse un pie en este lugar sagrado, ¡supe que sería así! —Se detiene junto a mí y, cerrando los puños, que están manchados con mi propia sangre, me mira con un gesto atroz—. Nunca serás un hombre, Todd Hewitt. Jamás.

Con el rabillo del ojo, atisbo a Viola, que registra el suelo frenéticamente

para encontrar una piedra...

—Ya soy un hombre —reivindico, pero estoy en el suelo, me he deshecho del cuchillo, la voz se me quiebra y me tapo la herida del cuello con una mano temblorosa.

—¡Me has privado del sacrificio! —Los ojos se le han transformado en un par de diamantes incendiados, su ruido escupe llamaradas rojas y abrasadoras—. ¡Ahora te mataré! —Se inclina sobre mí—. Y tú morirás sabiendo que también pienso matarla a ella, lentamente.

Aprieto los dientes.

Me levanto con gran esfuerzo.

—Vamos, ven a por mí —gruño.

Aaron brama y toma impulso.

Extiende los brazos para agarrarme.

Levanto la cabeza, disponiéndome para el encontronazo.

Pero, en ese momento, Viola le machaca el costado de la cabeza con una piedra que a duras penas ha podido levantar.

Aaron tropieza.

Choca con los bancos, se apoya en ellos.

Y vuelve a tropezar.

Pero no se cae.

Trastabilla, pero no se cae. Dándole la espalda a Viola, se encara conmigo, indiferente al surtidor de sangre en que se le ha convertido el cráneo, y ahora su envergadura y su corpulencia se me antojan de pesadilla...

Es un monstruo.

—No eres humano —musito.

—Ya te lo he dicho, joven Todd —responde con voz ronca y bestial mientras su ruido se cierne sobre mí como un torrente de pura furia—. Soy un santo.

Sin siquiera volverse ni mirar de reojo, proyecta un brazo hacia atrás y estrella el puño contra el ojo de Viola, que, dando un grito, sale despedida hacia atrás, colisiona con un banco y se golpea la cabeza contra el suelo de roca...

Se queda inmóvil.

—¡Viola! —grito.

Esquivo a Aaron.

Él no hace ademán de cortarme el paso.

Me planto junto a Viola de un salto.

Tiene las piernas sobre el banco.

Y la cabeza en el suelo.

Sobre un charquito de sangre que va creciendo...

—¡Viola! —grito mientras la incorporo.

Pero la cabeza, lacia y desmadejada, se le cae hacia atrás.

—¡Viola! —grito.

Oigo en ese momento un estruendo detrás de mí.

Una carcajada.

Aaron se está riendo.

—No había duda de que la traicionarías —dice—. Estaba escrito que así sería.

—¡Cállate!

—¿Y sabes por qué?

—¡Te mataré!

Baja la voz hasta convertirla en un susurro.

Un susurro que me recorre el cuerpo como un escalofrío.

—¡Porque ya has caído!

Y mi ruido se inflama.

Explota con una virulencia desconocida.

Con una virulencia criminal.

—¡Sí, Todd! —sisea Aaron—. Ese es el camino que vas a seguir.

Con sumo cuidado, tiendo a Viola en el suelo. Luego me levanto y lo miro.

El odio que siento es tan enorme que colma la caverna.

—Vamos, muchacho —masculla Aaron—. ¡Purifícate!

Reparo en el cuchillo.

Descansa en el agua de un charco.

Junto al púlpito, detrás de Aaron, cerca del borde del precipicio.

Allí donde fue a caer.

Y le oigo llamarme...

Utilízame, dice...

Agárrame y utilízame, dice...

Aaron abre los brazos.

—Asesíname —me ordena—. Sé un hombre.

Nunca jamás me sueltes, dice el cuchillo.

—Lo siento —murmuro sin saber por qué.

Lo siento.

Y allá voy.

Aaron no trata de evitar mi embestida, y deja los brazos extendidos como si quisiera abrazarme.

Le golpeo con el hombro.

Él no opone resistencia.

Mi ruido es una marea de fuego.

Volamos más allá del púlpito, hacia el borde de la cornisa.

Le caigo encima.

Me deja hacer...

Le aporreo la cara... Una...

Y otra...

Y otra vez...
Se la deshago aún más...
Se la rompo en mil pedazos sanguinolentos...
Permito que el odio me usurpe la voluntad y se sirva de mis puños...
Y sigo machacando esa cara...
Destrozándola...
Los huesos se rompen...
Los cartílagos ceden...
Un ojo desaparece aplastado por mis nudillos...
Y, con todo, sigo golpeando...
Y la sangre me salpica, me empapa...
Y mi ruido bebe de ella...
Me refreno, me enderezo...
Pero él se está riendo, sí, todavía se ríe...
—¡Sí! —barbota—. ¡Sí...!
La sed de sangre vuelve a enloquecerme...
No puedo contenerla...
Ni tampoco al odio...
Y entonces alzo la vista...
Y ahí está el cuchillo...
A un metro de distancia...
Cerca del borde de la cornisa...
Junto al púlpito...
Llamándome...
Gritando mi nombre...
Y esta vez lo sé...
Lo sé y no me cabe duda...
Voy a usarlo.

Alargo una mano...

Y me impulso hacia allí...

Cegado por el rojo velo que se ha corrido sobre mi ruido...

SÍ, dice el cuchillo...

SÍ.

TÓMAME.

HAZTE CON MI PODER...

Pero es una mano distinta la que se apodera del cuchillo antes que la mía...

Es la mano de Viola.

Y mientras todavía estoy corriendo hacia el cuchillo, percibo una fuerza en mi interior...

Un empuje en el ruido...

Porque ella está aquí...

Porque está viva...

Y esa fuerza, ese empuje, se pone incandescente...

—Viola —musito.

Tan solo eso...

Viola.

Y ella coge el cuchillo.

La inercia me arrastra hacia el borde de la cornisa y, mientras me vuelvo con el propósito de retomar el control de mi cuerpo y frenarlo, la veo levantar

el cuchillo, la veo echarse a caminar hacia Aaron y, al caerme y notar cómo los dedos se me resbalan sobre el cieno del suelo, veo a un Aaron tuerto incorporándose, observando a Viola con el único ojo que le queda, a Viola, que se le aproxima con el cuchillo en alto y yo ya no puedo hacer nada más que quedarme quieto al borde de la cornisa para observar cómo lo que aún sobrevive del ruido de Aaron irradia ira y miedo y grita *¡No!*

¡Tú no!, chilla.

Pero Viola levanta el cuchillo un poco más...

Y lo lanza hacia abajo...

Abajo...

Abajo...

Hasta que se hunde en el cuello de Aaron...

Con tanta fuerza que lo atraviesa y sale por el otro lado.

Se oye un crujido, un crujido que me recuerda a otro.

Aaron se desestabiliza...

Y Viola suelta el cuchillo.

Da un paso atrás.

Está lívida.

Oigo sus jadeos, a pesar del estrépito de la cascada.

Me pongo de pie ayudándome con las manos.

Y ambos nos quedamos mirando.

Aaron se yergue.

Se yergue con una mano aferrada al cuchillo, que no se mueve de su sitio.

Su único ojo mira a uno y otro lado, sobresaliendo de los párpados, y la lengua le cuelga como un peso entre los labios.

Se pone de rodillas.

Y al fin se levanta.

Viola chilla y se aparta de él.

Se aleja hasta venir a mi lado.

Oímos cómo Aaron intenta tragar saliva.

Cómo trata de respirar.

Retrocede y tropieza con el púlpito.

Nos mira.

La lengua se le balancea y se retuerce.

Quiere hablar.

Quiere decirme algo.

Intenta pronunciar una palabra.

Pero no puede.

Ya no.

Su ruido prorrumpe en un estallido de colores violentos e imágenes indescritibles.

Me mira a los ojos.

Y su ruido cesa.

Por fin.

Y la gravedad se le apodera del cuerpo y lo hace inclinarse.

Se lo lleva más allá del púlpito.

Sobre el borde de la cornisa.

Y le hace desaparecer tras el agua.

El cuchillo se ha ido con él.

PUERTO AL FINAL DEL CAMINO

Viola se deja caer a mi lado como un fardo.

Jadeante, observa el lugar en el que hemos visto a Aaron por última vez. La luz que se filtra a través del agua le acaricia la cara con sus brillantes ondas, pero eso es lo único que se mueve en ella.

—¿Viola? —la llamo, mientras me levanto y me agacho junto a ella.

—Se ha acabado —dice.

—Sí —respondo—. Nos hemos librado de él.

Se queda callada, recuperando el aliento.

Mi ruido traquetea como una nave a punto de estrellarse, y todo en él es rojo y blanco e irreconocible, como si la cabeza se me hubiese abierto por la mitad.

Lo habría hecho.

Lo habría hecho por ella.

Sin embargo...

—Yo también lo habría hecho —digo—. Estaba preparado.

Me mira con los ojos muy abiertos.

—¿Todd?

—Lo habría matado —mi voz sube de tono—. ¡Estaba preparado!

La barbilla de Viola empieza a temblar, y luego también los hombros, y los ojos se le han quedado fijos en el vacío, absortos, y todo el cuerpo se le sacude, y entonces noto que algo cambia en mi ruido, que algo se introduce en él y se añade a todo lo demás, y tengo que abrazarla y mecarme con ella hacia delante y hacia atrás para que pueda temblar cuanto quiera.

Durante un largo rato, se queda en silencio, que solo rompe de vez en cuando para gemir con un hilo de voz, y, entre tanto, me acuerdo de cuando maté al zulaque, de aquel crujido que noté extenderse por el brazo cuando lo mataba, y luego todavía podía ver su sangre y la imagen de su muerte se me inmiscuía en los pensamientos una y otra vez.

Y todavía es así.

(Sin embargo, sí que lo habría hecho.)

(Estaba preparado.)

(Pero ahora el cuchillo se ha perdido.)

—Matar a alguien no es como la gente se imagina —le estoy hablando al oído—. En realidad, no tiene nada que ver.

(Pero lo habría hecho.)

Los espasmos de Viola no remiten, así que aún estamos aquí, junto a la fragorosa cascada, y el sol se ha encaramado a lo alto del cielo de manera que su luz ya no llega con tanta intensidad a la iglesia. Estamos ensangrentados y mojados, verdaderamente ensangrentados y mojados.

Y tenemos frío, un frío espantoso.

—Vamos —digo, obligándome a levantarme—. Empecemos por secarnos un poco, ¿vale?

La ayudo a ponerse en pie. Busco su bolsa, que se encuentra entre dos bancos, y, al regresar junto a ella, le doy la mano.

—El cielo está despejado —le digo—. Seguro que afuera hace calor.

Ella me mira la mano que le ofrezco y titubea antes de tomármela. Pero, al

fin, cede y lo hace.

Rodeamos el púlpito, pues, pese a que el agua ya ha borrado todo rastro de sangre del suelo, no queremos pasar por el lugar en el que ha estado Aaron.

(Lo habría hecho.)

(Pero ahora el cuchillo...)

Siento que la mano que ella me agarra está temblando, pero no sé si es ella la que tiembla o soy yo.

Subimos las escaleras y, cuando estamos en el corredor, a mitad de camino, Viola se decide a romper el silencio.

—Me siento mal —dice.

—Lo sé —respondo.

Nos detenemos y ella se acerca a la cascada. Está mal.

Muy mal.

Supongo que esto es lo que pasa cuando matas a alguien en la vida real.

Se inclina y devuelve. Tiene los cabellos mojados y enmarañados.

No quiere mirarme.

—No podía permitir que lo hicieras —explica—. Se habría salido con la suya.

—Lo habría hecho —le aseguro.

—Lo sé —contesta, observando el agua—. Por eso he tenido que hacerlo yo.

Suspiro.

—Deberías habérmelo dejado a mí.

—No —me mira—. No podía permitirlo. —Se limpia la boca con la manga y tose—. Pero tenía otros motivos.

—¿Cuáles? —pregunto.

Me mira a los ojos. Los suyos están desencajados y enrojecidos por haber vomitado.

Y han envejecido.

—Quería hacerlo, Todd —musita, arrugando la frente—. Quería hacerlo. Deseaba matarlo. —Se tapa la cara con las manos—. ¡Dios mío! —jadea—. ¡Oh, Dios mío, oh, Dios...!

—Cálmate —digo, apartándole las manos de la cara—. Ya basta. Era un hombre malvado; malvado y loco...

—¡Lo sé! —grita—. Pero no dejo de verlo. No dejo de ver cómo el cuchillo le atraviesa el...

—Vale, muy bien, querías hacerlo. —Prefiero interrumpirla antes de que se ponga peor—. ¿Y qué? Lo mismo quería yo. Sin embargo, él te obligó a hacerlo, te obligó a elegir entre su vida o las nuestras. Ahí está la vileza. No en lo que querías o en lo que has hecho, sino en él, ¿estamos?

Levanta la vista para mirarme.

—Ha hecho lo que dijo que haría —replica, bajando el tono de voz—. Me ha hecho caer—. Gime otra vez y se cubre la boca con las manos en un vano intento por contener un sollozo.

—No —respondo con firmeza—. No, escucha, yo pienso de otro modo, ¿entiendes? Mira.

Observo el agua y el corredor y no sé de qué otro modo pienso, pero ella está aquí, conmigo, y no sé qué estará pensando y al mismo tiempo sí lo sé, pues la veo bambolearse en el borde de la cornisa, la siento pedirme que la salve.

Que la salve como ella me ha salvado a mí.

—Yo pienso así —afirmo mientras mis pensamientos van surgiendo e inmiscuyéndose en el ruido—. Creo que todo el mundo cae —asevero—, todos nosotros sin excepción. Y me parece que la cuestión no es esa.

La sujeto por los hombros para asegurarme de que me está prestando atención.

—Me parece que la cuestión es si somos o no capaces de volver a levantarnos.

Corre el agua, temblamos de frío y ella me está mirando. Aguardo, me encomiendo a la esperanza.

Veo que se aparta del borde.

La veo venir hacia mí.

—Todd —dice, pero no es una pregunta.

Es solo la afirmación de mi nombre.

La afirmación de quien soy.

—Vamos —contesto—. Puerto nos espera.

Tomados de la mano, llegamos a la zona llana de la cornisa, en donde hemos de andar con suma cautela para no resbalar. Saltar al terraplén se nos hace más difícil esta vez, pues estamos débiles y empapados. Tomo carrerilla y brinco al otro lado, y después me vuelvo para ayudar a Viola.

Henos aquí, otra vez bajo el sol.

Reposamos un rato para entrar en calor, tras lo cual trepamos por el terraplén, deshacemos el camino por entre los matorrales y llegamos a la carretera.

Una vez allí, contemplamos la vista.

Puerto sigue en su lugar.

—Un último esfuerzo —mascullo.

Viola se frota los brazos y me mira de soslayo.

—Tienes la cara bastante magullada, ¿lo sabías?

Me palpo el rostro con los dedos. Se me ha hinchado un ojo, y tengo algunos huecos en la dentadura.

—Pues gracias por decírmelo —respondo—. Hasta ahora, no me dolía nada.

—Perdona —sonríe, y se toca la nuca.

—Y tú, ¿qué tal estás?

—Me duele un poco —contesta—, pero estoy viva.

—Eres indestructible —afirmo.

Vuelve a sonreír.

En ese momento oigo un silbido y un chasquido, y Viola deja escapar una exclamación, un grito ahogado.

Bañados por la luz solar, ambos nos miramos a los ojos durante unos instantes, sorprendidos sin saber por qué.

La veo bajar los ojos y miro en la misma dirección.

Tiene la camisa manchada de sangre.

De su sangre.

Sangre fresca.

Le sale de un pequeño orificio que está a la derecha del ombligo.

—¿Todd? —exclama.

Y luego se cae hacia delante.

La agarro y el peso de su cuerpo me hace trastabillar.

Alzo la vista.

Escudriño lo alto del acantilado, donde comienza la carretera.

El señor Prentiss Junior.

A caballo.

Sostiene una pistola en la mano.

—¿Todd? —musita Viola, que se me apoya en el pecho—. Creo que alguien acaba de dispararme, Todd.

No tengo palabras.

Mi mente y mi ruido se han quedado sin palabras.

El señor Prentiss Junior espolea su caballo y lo hace descender hacia nosotros.

No deja de apuntarnos con la pistola.

No hay escapatoria.

Y ya no tengo el cuchillo.

La realidad en que me hallo inmerso se me va haciendo patente con la misma lentitud y evidencia del peor de los dolores; la respiración de Viola es irregular y penosa, el señor Prentiss Junior desciende por la carretera montado en su caballo, y mi ruido proclama a los cuatro vientos que estamos acabados, que no hay salida, que no hay manera de eludir lo que el destino ha prefijado.

¿Quién soy yo para contradecirlo? ¿Quién soy yo para desviar el rumbo de los acontecimientos? ¿Quién soy yo para evitar que el mundo se termine en este preciso instante?

Aprieto los dientes.

Mi ruido expulsa destellos de color rojo y púrpura.

«Soy el puñetero Todd Hewitt.»

Ese soy yo, maldita sea.

Miro al jinete a los ojos y le envío mi ruido, que corre hacia él directamente.

—Te agradecería que me llames señor Hewitt —digo con voz ronca.

El señor Prentiss Junior se estremece, se estremece de verdad, y, en un gesto involuntario, tira de las riendas, lo que provoca que el caballo se encabrite.

—No me hagas reír —responde, pero ambos notamos que su voz ha perdido aplomo—. ¡Arriba las manos! —añade—. Mi padre te espera.

Mi reacción es inverosímil.

La más inverosímil que hubiera podido ocurrírseme.

Hago oídos sordos.

Tiendo a Viola en la polvorienta carretera.

—Me quema, Todd —susurra ella.

Dejo la bolsa en el suelo, me quito la camisa, la doblo y la coloco sobre el agujero de bala.

—Sostén esto con fuerza —le digo a Viola mientras la ira bulle en mi interior como roca fundida—. No tardaré ni un segundo.

Miro a Davy Prentiss.

—Levanta —me ordena, todavía incapaz de calmar al caballo—. No voy a repetírtelo, Todd.

Me pongo en pie.

Doy un paso al frente.

—He dicho que quiero ver esas manos arriba —insiste, y su caballo relincha, resopla y cocea.

Voy hacia él.

Cada vez más rápido.

Hasta correr.

—¡Voy a dispararte! —grita Davy, blandiendo el arma mientras el caballo, descontrolado, llena el ruido de ***¡Ataque! ¡ataque!***

—¡No vas a dispararme! —grito, corriendo hacia la cabeza del caballo e inundándola de ruido.

¡Serpiente!

El caballo vuelve a encabritarse.

—¡Ya basta, Todd! —aúlla Davy, que, con la mano que tiene libre, intenta recuperar el gobierno de su montura.

Al llegar a su lado, le doy una palmada al caballo en los cuartos delanteros, y después me aparto. El animal relincha y se levanta apoyándose en las patas traseras.

—¡Eres hombre muerto! —grita Davy mientras el caballo recula y corcovea.

—No te falta razón —replico.

Espero a que se me presente la oportunidad.
El caballo relincha y cabecea.
Aguardo.
Davy tira de las riendas.
Lo esquivo.
Espero.
—¡Maldito caballo! —grita Davy.
Le da un nuevo tirón a las riendas.
El caballo gira sobre sí mismo.
Espero un poco más.
Veo que Davy, escorado sobre la silla, viene hacia mí.
Este es el momento.
Cierro el puño, tomo impulso y...
¡Bum!
Le alcanzo en plena cara con la fuerza y el peso de un martillo.
Noto que le rompo la nariz con los nudillos.
Da un alarido de dolor y se cae de la silla.
Suelta la pistola, que vuela hacia la carretera.
Retrocedo.
Uno de los pies de Davy se queda enganchado al estribo.
El caballo se encabrita una vez más.
Le azoto los cuartos traseros con todas mis fuerzas.
Y con eso es suficiente.
Sale galopando por la pista y arrastra con él a Davy, quien va golpeándose con las piedras y el suelo.
La pistola está ahí tirada.
Voy hacia ella.
—¿Todd?

No queda tiempo.

No queda tiempo para nada.

Sin apenas pensar, me olvido de la pistola y corro hacia Viola, que yace junto a los matorrales.

—Me estoy muriendo, Todd —susurra.

—No te estás muriendo —contesto, levantándola en vilo.

—Tengo frío.

—¡No te estás muriendo de ninguna manera! —grito—. ¡Hoy no!

Observo la serie de curvas que la pista traza antes de desembocar en Puerto.

Se me antoja un camino demasiado lento.

Así que atajo por los matorrales y me lanzo pendiente abajo.

—¡Vamos! —grito, mientras mi ruido se olvida de sí mismo y mi realidad se limita a mover las piernas.

¡Vamos!

Corro.

Cruzo los matorrales.

Atravieso la carretera.

Y luego más matorrales.

Y otra vez cruzo la carretera.

Bajando y bajando.

Desprendiendo terrones de tierra con los pies y saltando sobre la maleza.

Esquivando las raíces.

¡Vamos!

—Espera —le digo a Viola—. Tú espera, ¿me oyes?

Viola se queja con cada sacudida.

Pero eso significa que todavía respira.

Desciendo.

Y desciendo.

Vamos.

Por favor.

Resbalo sobre unos helechos.

Pero conservo el equilibrio.

Carretera y matorrales.

La pendiente es tan pronunciada que me duelen los músculos de las piernas.

Matorrales y carretera.

Corro.

Por favor...

—Todd...

—¡Espera!

Llego al final de la ladera sin dejar de correr.

Viola pesa muy poco.

Casi nada.

Tomo por la carretera que, entre árboles y junto a las aguas del río, conduce a Puerto.

—¡Espera! —le digo a Viola, apurándome tanto como me lo permiten los pies.

Vamos.

Por favor.

A lo largo de curvas y giros...

Bajo los árboles, junto a la orilla del río...

Por delante, distingo las barricadas que vimos hace un rato con los prismáticos. Consisten en una larga hilera de cruces de madera que cortan el paso, excepto por una abertura central.

—¡Ayuda! —grito—. ¡Que alguien nos ayude!

Sigo corriendo.

Vamos.

—No creo que pueda... —musita Viola, sin aliento.

—¡Claro que puedes! —repongo—. ¡Ni se te ocurra rendirte!

Y la carrera continúa.

Aquí está la barricada.

Pero no hay nadie.

Está desierta.

Paso al otro lado.

Ni un alma a la vista.

—Todd...

—Ya casi hemos llegado —afirmo.

—Me estoy yendo, Todd...

La cabeza de Viola se desploma.

—¡No, ni de broma! —le grito—. ¡Despierta, Viola Eade! ¡Mantén los ojos bien abiertos!

Y ella lo intenta. La veo intentarlo.

Los ojos se le abren, solo un poco, pero se le abren.

Y, entre tanto, corro como el viento.

—¡Socorro! —grito una y otra vez—. ¡Socorro!

Por favor.

—¡Socorro!

Viola empieza a respirar entrecortadamente.

—¡Que alguien nos ayude!

No, por favor.

No veo a nadie, a nadie.

Las casas junto a las que paso están cerradas y vacías. En este tramo, la carretera está asfaltada, pero, aun así, nadie camina por ella.

—¡Socorro!

Golpeo el asfalto con los pies...

La carretera va hacia la gran iglesia central, situada en medio de un claro, y la sombra de sus pináculos se extiende por la superficie de una plaza que está delante del edificio.

Pero tampoco allí se ve a nadie.

No.

—¡Socorro!

Corro por la plaza, la escudriño, aguzo el oído...

No.

No.

Está vacía.

A Viola le está costando mucho esfuerzo respirar.

Y Puerto está abandonada.

No se oye nada, no se ve a nadie.

Doy vueltas y más vueltas.

—¡Socorro! —aúllo.

Pero no hay respuesta.

Puerto está abandonada.

No hay esperanza.

Las fuerzas me fallan y tengo que arrodillarme para evitar que Viola se me caiga de los brazos. La camisa se ha desplazado de su lugar, así que vuelvo a colocarla sobre la herida.

Advierto que nos hemos olvidado de todo. La bolsa, los prismáticos y el diario de mi madre; todo se ha quedado atrás.

Solo estamos Viola y yo, y no hay nada ni nadie más en el mundo.

Y ella se desangra...

—Todd... —dice con voz débil y torpe.

—Por favor —musito, a punto de sollozar—. Por favor.

Por favor, por favor, por favor, por favor...

—Ya que lo pides con tanta insistencia —dice una voz que procede del otro lado de la plaza.

Alzo la vista.

Un caballo asoma por una de las esquinas de la iglesia.

Y, sobre él, un jinete.

—No —susurro.

No.

«No.»

—Sí, Todd —responde el alcalde Prentiss—. Lamento tener que decirte que sí.

El caballo se acerca perezosamente, al paso. El alcalde tiene el mismo aspecto sosegado e impertérrito de siempre, no suda ni lleva guantes, y sus botas relucen de tan limpias.

No es posible.

No puede ser.

—¿Cómo vas a estar tú aquí? —exclamo—. ¿Cómo...?

—Incluso los necios saben que hay dos carreteras que llevan a Puerto — contesta con voz calma y sedosa.

La polvareda. La polvareda que divisamos ayer moviéndose hacia Puerto.

—Pero ¿cómo es posible? —insisto, tan sorprendido que me cuesta pronunciar las palabras—. Al ejército todavía le faltaba un día de viaje...

—A veces, los rumores que hablan sobre el ejército son tan efectivos como el propio ejército, muchacho —afirma—. Las condiciones de la rendición son de lo más favorable. Los vencidos han accedido incluso a despejar las calles para que yo mismo pudiera darte el recibimiento que mereces. —Observa la catarata—. Si bien, esperaba verte acompañado por mi hijo.

Miro alrededor y diviso caras, mil caras que se asoman a puertas y ventanas.

Y también cuatro hombres a caballo, que vienen hacia nosotros desde la iglesia.

Devuelvo la vista al alcalde Prentiss.

—Ahora soy el presidente Prentiss —me informa—. Espero que no se te olvide.

Y entonces me doy cuenta.

No oigo su ruido.

No oigo el ruido de nadie.

—En efecto —dice—, no lo oyes. Ocurre algo interesante aquí, y no creo que tú...

Viola profiere un quejido. Apenas puedo sostenerla.

—¡Por favor! —grito—. ¡Sálvala! ¡Haré todo lo que quieras! ¡Me uniré al ejército! ¡Estoy dispuesto a...!

—Todo lo bueno se hace esperar —responde el alcalde con cierto grado de exasperación.

Desmonta del caballo y camina hacia mí.

Sé que hemos fracasado.

Estamos perdidos.

Se ha acabado.

—En calidad de recién elegido presidente de este hermoso planeta nuestro —afirma el alcalde, que extiende una mano como si quisiera mostrarme el mundo al que se refiere—, permíteme darte la bienvenida a su nueva capital.

—¿Todd? —susurra Viola con los ojos cerrados.

La estrecho entre los brazos.

—Lo siento —musito—. Lo siento mucho.

Hemos caído en una trampa.

Hemos venido hasta el fin del mundo para nada.
—Bienvenido a Nueva Prentiss —dice el alcalde.

LA HISTORIA CONTINÚA EN...



LA
PREGUNTA
Y LA
RESPUESTA

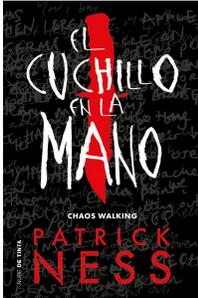
REINA EL CAOS

PATRICK
NESS

NUBE DE TINTA

El comienzo de la aclamada trilogía en que se basa la superproducción *Chaos Walking*.

Del novelista de *Un monstruo viene a verme*.



Prentissstown no es como el resto de ciudades. Desde que sus habitantes se infectaron con el germen pueden escuchar los pensamientos de la gente de su alrededor en un Ruido constante y abrumador. No existe la privacidad. No hay secretos.

Todd Hewitt es el único adolescente en esta ciudad de hombres. Este nunca ha sido su lugar. Jamás ha encajado. Hasta que por casualidad encuentra un sitio en completo silencio. Algo imposible. Un terrible secreto. Y ahora va a tener que escapar antes de que sea demasiado tarde.

PATRICK NESS, novelista ganador de numerosos premios, ha escrito para England's Radio 4 y *Sunday Telegraph*, y colabora como crítico literario en *The Guardian*. Es el autor de *Un monstruo viene a verme*, la novela *best seller* ganadora de la Carnegie Medal –el mayor premio de literatura juvenil del Reino Unido–, en la que se inspira la aclamada película de J. A. Bayona. Entre sus últimas obras se encuentran *Los demás seguimos aquí* o *Libre*.

El cuchillo en la mano es el comienzo de la trilogía Chaos Walking.

Título original: *The Knife of Never Letting Go*

Edición en formato digital: junio de 2018

© 2008, Patrick Ness

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2008, Alexandre Casal Vázquez, por la traducción

Diseño e ilustración de portada: adaptación a partir del diseño original de Walker Books

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-16588-81-7

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

El cuchillo en la mano

PRIMERA PARTE

1. El agujero en el ruido
2. Prentisstown
3. Ben y Cillian
4. No lo pienses
5. Lo que sabes
6. El cuchillo por delante

SEGUNDA PARTE

7. Si existiese una niña
8. Las alternativas de un cuchillo
9. Cuando la suerte no acompaña
10. Fuego y comida
11. El libro sin respuestas
12. El puente

TERCERA PARTE

13. Viola
14. El extremo opuesto de un rifle

15. Compañeros de sufrimiento
16. Una noche sin perdones
17. Encuentro en un huerto
18. Farbranch
19. Las otras alternativas de un cuchillo

CUARTA PARTE

20. Un ejército de hombres
21. El ancho mundo
22. Wilf y el mar de la gran masa
23. Un cuchillo vale lo que vale quien lo empuña
24. La muerte del cobarde
25. Asesino

QUINTA PARTE

26. El fin de todas las cosas
27. Adelante
28. El olor de las raíces
29. Mil veces Aaron
30. Un niño llamado Todd
31. Los malvados reciben su castigo

SEXTA PARTE

32. Donde el río acaba

33. Carbonel

34. No me dejes, por favor

35. La ley

36. Preguntas con respuesta

37. ¿Qué sentido tiene?

38. Oí la voz de una dama

39. La catarata

40. El sacrificio

41. Si uno de nosotros cae...

42. Puerto al final del camino

Sobre este libro

Sobre Patrick Ness

Créditos